

UNIVERSIDAD DE CHILE

HISTORIA DE CHILE

HISTORIA MILITAR

(1520 - 1883)

POR EL

JENERAL INDALICIO TELLEZ

TOMO II

BALCELLS & Co.
Bandera 195 - Fontecilla 268
SANTIAGO DE CHILE
1925

TERCERA PARTE

ESPEDICION LIBERTADORA AL PERÚ



CAPITULO I

Espedición Libertadora al Perú

SUMARIO.— 1) Llegada de San Martin a Chile.— 2) Primeros intentos de Chile para organizar una escuadra. — 3) La escuadra se refuerza.—4) Primera salida de la escuadra.—5) Primer buque a vapor.—6) Captura de un convoy español.—7) Llegada de Lord Cochrane.—8) Primera salida de Lord Cochrane.—9) Segunda salida de Lord Cochrane.—10) Toma de Valdivia. —11) Organización del ejército.— 12) Fuerza total de la espedición.—13) Fuerzas realistas.—14) Partida de la espedición.

1) Llegada de San Martín a Chile.—Tan pronto como se vió libre de los afanes de la campaña, San Martín partió á Buenos Aires para establecer definitivamente las condiciones i la forma en que se realizaría la campaña libertadora al Perú.

Una vez de acuerdo con Puyrredon sobre todos los puntos, regresó a Chile para acelerar los preparativos i llegó en los precisos momentos en que Santiago celebraba el fracaso de la espedición que desde España había llegado, escoltada por la fragata María Isabel.

Era unánime la opinión, tanto en Chile como en la Arjentina, de que se había hecho indispensable i urjente organizar una espedición capaz de batir o los españoles en su mismo centro de resistencia, que era el Perú. Estaba en el ánimo de todos la convicción de que ese país, por sí mismo, era absolutamente incapaz de conseguir su independencia i hasta de intentarla. I estaban en lo cierto, como se probó más tarde.

Pero para realizar ese proyecto, San Martín i O'Higgins tenían que resolver dos problemas igualmente difíciles: obtener el dominio del mar i organizar un ejército capaz de amenazar seriamente el poder militar de los españoles en el Perú.

El primero era previo i, por eso, a él tendieron los primeros esfuerzos.

2) Primeros intentos de Chile para organizar una escuadra.— Propiamente, el primer intento de Chile para organizar una escuadra fué un fracaso i se realizó bajo el gobierno de Carrera durante la invasión de Pareja.

Bloqueaba a Valparaíso una fragata-corsario enviada por el virrei del Perú que, manteniéndose fuera del alcance de los fuegos del puerto, molestaba el comercio, ocasionando así graves molestias, i el Cabildo de Santiago acordó pedir al gobernador de Valparaíso, señor Lastra, un informe sobre la posibilidad de armar dos buques capaces de dar caza a la expresada fragata.

El informe fué favorable al proyecto i, después de muchos incidentes i grandes sacrificios para conseguir el dinero necesario, se logró armar i

equipar dos buques tomados en arrendamiento a una compañía de filibusteros americanos. Eran el bergantín «Potrillo» i la fragata «Perla», que se pusieron bajo el mando de uno de los capitanes de esos buques, don Vicente Barba.

El triunfo habría sido seguro, si la tripulación de la «Perla», instigada por un italiano, Carlos Magi, no se hubiere vendido al oro español, entregando la nave al encontrarse con la «Warren», (que así se llamaba la fragata española) en vez de presentar combate. Unidas ambas fragatas, les fué mui fácil apresar al bergantín «Potrillo» que, viéndose traicionado, se rindió tras corta resistencia.

Este desgraciado incidente desalentó al gobierno, que ya no pensó en organizar escuadra, hasta que el proyecto de espedicionar al Perú lo hizo indispensable.

Llegó el año 17, i apenas ganada la batalla de Chacabuco, se pensó en la organización de una escuadra capaz de conquistar el dominio del Pacífico. Pero el problema era difícil. Se carecía de buques, de tripulaciones i hasta de recursos para adquirir esos elementos.

Sin embargo, O'Higgins no se desalentó i aprovechó la primera ocasión propicia para adquirir un buque, con el solo recurso de una estratajema.

Fué un pequeño buque de comercio español el que, engañado por la bandera española que intencionalmente se había mantenido izada en el fuerte de San Antonio, penetró confiadamente al

puerto, donde fué apresado. Era el bergantín «Aguila» de 220 toneladas, que largó el ancla en Valparaíso el 26 de Febrero.

Armado rápidamente en guerra por las autoridades de Valparaíso, fué tripulado por 43 individuos, de los cuales sólo 18 eran chilenos. i entregado al mando del marino irlandés, don Raimundo Morris.

Después de salvar grandes dificultades, pudo hacerse a la mar en una escursión de ensayo, que no llegó más allá de las costas de San Antonio i de la cual regresó sin novedad alguna.

Su segunda salida, efectuada el 17 de Marzo, tuvo por objeto ir a buscar a la isla de Juan Fernández a varios ilustres chilenos que allí estaban relegados, desde los tiempos de Marcó del Pont.

Por esa fecha, los fuerzas navales de que disponía el virrei del Perú eran 2 fragatas, 3 corbetas i 2 bergantines que montaban un total de 224 cañones i con ellas atendía el abastecimiento de la plaza de Talcahuano que se hallaba sitiada por O'Higgins i al bloqueo de Valparaíso.

El buque encargado de merodear por las afueras de Valparaíso era la corbeta llamada «Sebastiana» i como contra ella nada podía el bergantín chileno, se pensó en darle un compañero.

Se aprovechó para esto un bergantín mercante llamado «Rambler», que se hallaba cargando cobre en la Bahía de Valparaíso i que montaba cuatro carronadas (cañón corto i grueso). Se le agregaron seis más, i ya se le consideró en si-

tuación de hacerse a la mar, transformado en buque de guerra.

Quedó así formada la primera flotilla i se la puso al mando del marino francés don Juan Tortel. A las 9 de la noche del 1.° de Julio de 1817 ponía proa al mar en demanda del buque enemigo i tras una correría en que llegó hasta la altura de Talcahuano, regresó a Valparaíso sin haber tenido la suerte de encontrar a su adversario.

Pocos días después, en vez de la «Sebastiana», aparecían frente a Valparaíso la fragata «Venganza» i el bergantín «Pezuela», fuerza mui superior a la que formaban los dos modestos bergantines chilenos.

Se pensó entonces en equipar i armar un tercer buque, que fué la fragata «María» i subió así a tres el número de las naves patriotas.

La primera hazaña la realizó el bergantín «Aguila», apresando en los primeros días de Octubre a la fragata «Perla» que, convertida en trasporte español, venía de Cádiz de donde había salido el 16 de Mayo. Este era el mismo buque que, a consecuencia de una traición, fué entregado a los españoles en 1813.

3) La Escuadra se refuerza.—Sin nada digno de anotarse trascurrió el año 17; pero el 5 de Marzo de 1818, burlando el bloqueo que efectuaban la fragata «Esmeralda» i el bergantín «Pezuela», entró en la bahía la fragata mercante inglesa «Windham» de 800 toneladas i armada con 34 cañones de 18 i 24 libras. Esta fragata

llegaba, a insinuación del ajente de Chile en Londres don José Antonio Alvarez Condarco, para ser ofrecida en venta al gobierno patriota.

Se aceptó el precio de $ 180,000, de los cuales el gobierno pagó 105,000 i el resto el comercio estranjero de Valparaíso. En honor del jeneral araucano, se le puso el nombre de «Lautaro».

Comandante de este buque se nombró a un valiente oficial de la marina inglesa llamado Jorje O'Brien i se la dotó de una tripulación de 350 hombres, de los cuales 100 eran estranjeros.

4) Primera salida de la Escuadra.—En la tarde del 26 de Abril salió de Valparaíso para ejercitar a su tripulación no lejos del puerto; pero su comandante, ansioso de encontrarse con los buques españoles, navegó mar afuera i al día siguiente por la mañana, logró abordar a la fragata «Esmeralda». La tomó, pero la volvió a perder, pereciendo en la demanda.

En compensación, el segundo comandante logró dar caza a un bergantín español llamado «San Miguel», en el cual iban al Callao varios comerciantes españoles, a quienes se hizo pagar por su rescate el dinero suficiente para que el gobierno quedara como dueño absoluto de la «Lautaro».

Sucesivamente, para reforzar la escuadra, el gobierno fué adquiriendo, en Julio, el navío inglés «Cumberland» de 1,350 toneladas i 44 cañones i la corbeta «Coquimo» por el precio de $ 140,000 i $ 36,000, respectivamente. i en Agos-

to, el bergantín «Colombo» de 16 cañones, en el precio de $ 33,000.

El 17 de Setiembre se dió a conocer como jefe de la escuadra al capitán de navío don Manuel Blanco Encalada, reemplazándolo en la Comandancia Jeneral de Marina por el capitán de corbeta don Juan Tortel i con esto quedó ya más o menos organizada la escuadra i con material i personal suficiente para constituír una sería amenaza para el poder naval de España en el Pacífico.

5) Primer buque a vapor.—Merece especial mención la iniciativa i los esfuerzos hechos en Londres por el ajente chileno Álvarez Condarco, en el sentido de proveer al país del primer buque a vapor que había de surcar nuestros mares. El buque se llamó «Estrella Naciente», era de 410 toneladas, contaba con 60 caballos de fuerza i en la prueba que de él se hizo (entre Valparaíso i Quinteros) desarrolló 4 millas de andar. Llegó a Chile en 1822.

6) Captura de un convoi español.—Habiendo llegado a conocimiento del gobierno patriota que venía en viaje desde Cádiz un gran convoi de tropas españolas, se dispuso que la escuadra se aprestara para salir a su encuentro i capturarlo. Con este fin, el navío «San Martín», la fragata «Lautaro», la corbeta «Chacabuco» i el bergantín «Araucano», levaron anclas i, a medio día del 9 de Octubre de 1818, zarparon de Valparaíso. Llevaban 1109 hombres de tripulación i 142 cañones. Muchas esperanzas fundaron los patriotas en esta escuadrilla, aun cuando no tenían sino pocos

motivos para ello, pues todo allí era improvisado. Su comandante en jefe carecía de la esperiencia necesaria, la tripulación era completamente heterojénea, hasta el punto de que en algunos buques las maniobras se ordenaban en inglés, la marinería carecía de preparación i hasta la disciplina, dejaba mucho que desear. El valor i el patriotismo eran los únicos factores con que se podía contar.

Tanto para darse tiempo para el adiestramiento de la tripulación, como para cruzar todo el camino en que podía avanzar el convoi enemigo, la escuadra avanzó hacia el sur haciendo grandes orzaduras, que resultaron mui provechosas para el objeto que se perseguía; pero que retardaron la marcha más de lo indispensable, con grave perjuicio del objetivo que se llevaba.

A consecuencia de este retardo, la fragata que escoltaba al convoi (la «María Isabel») i una parte de él, alcanzaron a entrar en Talcahuano, i si la espedición no fracasó, fué sólo debido a que una feliz casualidad permitió a Blanco Encalada saber, al llegar a la isla de Santa María (frente a Coronel) que cinco días antes había pasado por allí, en viaje a Talcahuano, la fragata «María Isabel».

Sin pérdida de tiempo, Blanco se dirijió a Talcahuano con el «San Martín» i la «Lautaro», divisó a la «María Isabel» i puso proa hacia ella llevando izada la bandera inglesa. Gracias a este ardid, pudo llegar hasta colocarse a tiro de cañón de la fragata española; pero ésta, sospechando lo que

ocurría, disparó sobre los buques chilenos. Blanco, sin contestar, izó la bandera chilena i continuó avanzando con el propósito de llegar al abordaje.

No lo esperó el capitán de la «María Isabel» que, sintiéndose perdido, disparó sobre el «San Martín» toda su batería de estribor, cortó sus cables i echó su buque sobre la playa. Se cambiaron algunos disparos más de cañón i fusilería, la tripulación de la «María Isabel» ganó la costa, después de arriar la bandera, i el buque español, aunque varado, quedó al arbitrio de las armas chilenas.

Después de muchos esfuerzos i de tener que resistir los fuegos de cañón i de fusilería que desde tierra hacían los españoles, a las 11 de la mañana del día siguiente se logró poner a flote la fragata, valiosa presa, que fué a robustecer considerablemente las fuerzas de la naciente escuadra chilena. Cargaba 50 cañones i era el mejor buque que hasta esa fecha hubiera enviado España a las costas del Pacífico.

A las tres de la tarde de ese mismo día ya la escuadra salía de Talcahuano con rumbo a la isla de Santa María donde, según Blanco sabía, se había dado cita a los demás buques del convoi. (Cuatro alcanzaron a entrar en Talcahuano antes de la llegada de la escuadra chilena i zarparon después para el Callao.)

En el término de dos semanas se logró capturar el resto del convoi que era formado por cinco trasportes i con esto quedada coronada en

forma brillante, la primera operación en gran escala de la escuadra chilena.

El 17 de Noviembre entraba de nuevo en Valparaíso la escuadra de Blanco engrosada con la fragata «María Isabel» i llevando, además, los trasportes apresados.

7) Llegada de Lord Cochrane.—Pocos días después, el 28 de Noviembre de 1818, entraba en la bahía la fragata mercante inglesa «Rose», llevando a su bordo al famoso marino inglés, Lord Cochrane, que por insinuación del ya tantas veces nombrado ajente de Chile en Londres, señor Alvarez Condarco, llegaba a Chile dispuesto a ofrecer sus valiosos servicios. Traía también como cooperadores a varios distinguidos oficiales de la marina inglesa.

El ya famoso jefe de la escuadra, don Manuel Blanco Encalada, con modestia i abnegación que le honran, no tuvo el menor inconveniente en ceder su puesto a Lord Cochrane, ni en ofrecerse, lo que es más, a seguir bajo sus órdenes prestando sus servicios en la armada.

Al tomar Lord Cohrane el mando de la escuadra, esta se componía de los siguientes buques.

Navío «San Martín» con 56 cañones i 382 hombres de tripulación. Lo mandaba el capitán don Roberto Wilkinson.

Fragata «O'Higgins» (ex-«Santa Isabel») con 50 cañones i 210 hombres de tripulación. La mandaba el capitán don Roberto Foster.

Corbeta «Chacabuco», con 20 cañones i 97 hombres de tripulación. La mandaba el capitán don Francisco Díaz.

Fragata «Lautaro», con 44 cañones i 228 hombres de tripulación. La mandaba el capitán don Carlos Wooster i de los

Bergantines «Araucano», «Galvarino» i «Puyrredón» con 16, 18 i 16 cañones, respectivamente.

Las tripulaciones de estos buques estaban formadas por unos 1,200 hombres, de los cuales sólo 150 eran estranjeros.

Tal fué el resultado del esfuerzo de O'Higgins, Zenteno i Blanco, que, sin base alguna i sin dinero, habían logrado ganar el dominio del mar en menos de dos años, dejando abierto el camino que debía seguir la Espedición Libertadora al Perú.

8) Primera salida de Lord Cochrane.—Con todo empeño se dedicó Cochrane a preparar a la escuadra para emprender operaciones de gran aliento i el 14 de Enero de 1819 se halló ya en situación de zarpar con rumbo al Callao—puerto que se debía bloquear—i de batir a la escuadra española.

El 10 de Febrero se hallaba ya Cochrane frente al Callao, puerto fortificado que contaba con unas 165 piezas de artillería de grueso calibre i en cuya bahía se hallaba al ancla la escuadra española, formada por dos fragatas, una corbeta, tres bergantines, una goleta, un pailebot i 26 lanchas cañoneras con un total de 188 cañones.

Esto sin contar con seis buques mercantes armados en guerra que montaban 146 cañones.

Una densa neblina que duró varios días frustró un proyectado ataque al puerto i después de algunos días de tiroteo entre la «O'Higgins» i los fuertes, sin otro resultado que el apresamiento de una lancha cañonera, la escuadra se retiró a Huacho con el propósito de reaprovisionarse, dejando frente a San Lorenzo a la «Chacabuco».

El almirante chileno decretó el bloqueo del Callao el 20 de Abril de 1919 i la escuadra permaneció aún algunos meses frente a las costas peruanas, sin que los buques españoles se atrevieran a salir para presentar combate. Ya el orden se había invertido i era Chile el que bloqueaba i los buques españoles los que se encerraban en los puertos.

El 17 de Junio la escuadra chilena se hallaba de regreso en Valparaíso.

Dió cuenta Cochrane del resultado de su empresa i espresó la necesidad de contar con cohetes incendiarios para poder destruir dentro del Callao a la escuadra enemiga.

9) Segunda salida de Lord Cochrane.—Con gran apremio se contruyeron los cohetes i el 12 de Setiembre de 1819, se daba de nuevo a la vela la escuadra en demanda del Callao.

Después de 16 días de navegación llegó frente a San Lorenzo i desde allí Cochrane envió al virrei del Perú un singular desafío, proponiéndole un combate de las escuadras con fuerzas iguales. Por cierto que tan estraño reto

no fué aceptado i entonces Cochrane se decidió a probar de nuevo fortuna, atacando con los cohetes de que iba provisto.

Le fallaron los cohetes (habían sido mal fabricados) i, a consecuencia de ésto, fracasó en dos ataques sucesivos,

Para no perder del todo su viaje al Callao, pensó en apresar algunos de los buques de un convoi español que se esperaba por esa época, i en parte lo consiguió, pues logró encontrar a dos fragatas enemigas que, después de un corto combate, logró rendir el 27 de Octubre de 1819.

Tras ésto, viendo lo estéril de su presencia frente a las costas del Perú, resolvió regresar a Chile para emprender la toma de Valdivia, puerto tan sólidamente fortificado, que se le consideraba como el Jibraltar del Pacífico.

10) Toma de Valdivia.—En efecto, con sólo la «O'Higgins», el «Intrépido» i la «Moctezuma» i 250 hombres que Freire le proporcionó en Talcahuano, Cochrane partió a Valdivia, plaza que se hallaba defendida por 9 fortalezas, 128 piezas de 8 i 24 libras i 2,000 soldados.

Salta a la vista que se aventuraba en una empresa imposible; pero éstas eran los que amaba Cochrane, hombre inquieto, de iniciativas i de irresistible empuje.

El 3 de Febrero de 1820 se presentó frente a la plaza i, bajo los fuegos de las fortalezas, inició su desembarco, atacó i tomó gran parte de las obras i esperó el día siguiente para continuar

su tarea. El 4 tomó el resto de los fuertes i el 5 entró en Valdivia, triunfador.

Creemos que, con ser tantas las que hizo, está fué la más hermosas de sus hazañas.

Intentó en seguida la toma de Ancud; pero aquí fracasó por falta de fuerzas.

Acto seguido regresó a Valparaíso, donde fué recibido en triunfo.

Estos fueron, a grandes rasgos, los hechos que dieron a Chile el completo dominio del Pacífico.

11) Organización del ejército.—Los esfuerzos hechos por Chile para organizar una escuadra marcharon paralelos con los que le imponía el compromiso contraído con Arjentina en lo que se refería a la formación del ejército. Por parte de Chile, ambas tareas estaban cumplidas; pero, desgraciadamente, nó podía decirse lo mismo de Arjentina que, no sólo no había podido reunir los $ 500,000 con que se había comprometido a contribuír para los gastos de la Espedición Libertadora, sino que, en vez de robustecer el ejército que en Chile tenía, lo habia debilitado llamando a Mendoza 1,253 hombres de las tres armas. Hecha esta resta, no quedaron en Chile sino 2,148 hombres que formaban los batallones 7, 8 i 11, un escuadrón de granaderos i un batallón de artillería,

Felizmente, el esfuerzo de Chile fué tan grande—esfuerzo financiero, principalmente—que a pesar de la impotencia arjentina (le fué imposible cumplir) el ejército contaba con un efectivo

de 7,447 hombres, de los cuales más de 4,000 eran chilenos.

I todo ésto lo había realizado Chile cuando sólo contaba con un ingreso de un millón de pesos, de los cuales gastaba 600,000 en sueldos del ejército, 400,000 en los de la marina i 60,000 en los de los empleados públicos.

Como se ve, no habría podido realizar su tarea con estos solos medios, i por eso, tuvo en varias ocasiones que recurrir a la jenerosidad i patriotismo de sus ciudadanos a quienes pidió erogaciones voluntarias, con el más halagador resultado.

A pesar de todo, llegó un momento en que fué tal la crisis económica, que el gobierno no tuvo dinero para pagar el flete de las carretas que desde Santiago llevaron a Valparaíso una parte del parque destinado a la Espedición Libertadora. Pagó O'Higgins esta deuda (i esto es bien sujestivo) dando a las carretas las gracias en nombre de la Patria.

Faltaba aún reunir la cantidad de $ 600,000 que debían formar la caja del ejército i San Martín, que recientemente había sido nombrado «Jeneral en Jefe del Ejército Espedicionario Libertador del Perú», recibió la misión de completar los preparativos i entenderse con todas las personas i oficinas que tenían a su cargo el alistamiento de la espedición. Para reunir el dinero necesario, fué preciso recurrir a contribuciones forzosas.

Para la espedición el ejército se organizó en dos divisiones: una formada con los restos del ejército arjentino organizado en Mendoza en 1817; cuyos cuadros se habían renovado en gran parte en Chile, i la otra formada con personal netamente chileno.

Como dato curioso damos los sueldos que se fijaron para los distintos grados:

Teniente Coronel......	$ 90.00	
Sarjento Mayor.........	56.00	2 reales
Capitán....................	33.00	$2^1/_2$ »
Sub-teniente.............	16.62	
Soldado....................	4.00	1 »
Capellán...................	20.00	

Estos sueldos eran meramente nominales, pues por razones de economía, estaban sujetos a un descuento de 33%.

Equipado perfectamente este ejército, hubo que proceder a formar una reserva de equipo i armamento para armar i equipar la tropa voluntaria que se creía encontrar en el Perú, donde los nacionales, ansiosos de libertad, acudirían también a formar bajo las banderas de los patriotas.

Con este fin, se dotó al ejército de una reserva de 10,000 fusiles i de vestuario para 6,000 soldados.

12) Fuerza total de la espedición.—La falta de recursos impidió que el Ejército Libertador fuera tan numeroso como se proyectó, i el que defini-

tivamente quedó listo para marchar, no se componía sino de 4,700 hombres, aproximadamente.

He aquí el detalle:

Tropa	4,486
Oficiales	308
Capellanes	5
Total	4,799

Servicios anexos:

Parque i maestranza

Material:	4	cañones	de	24
	1	obús	»	8
	2	cañones	»	8
	8	»	»	4
	10	»	»	montaña
	2	»	»	$2^1/_2$ pulgadas
	2	»	»	6 »
	10,000	fusiles		
	4,000	equipos de repuesto		

Escuadra

Fragatas	2
Navíos	1
Corbetas	2
Bergantines	3
Goletas	1
Total	9
Trasportes	15
Total de buques	24

Estos buques iban armados con un total de 267 cañones i tripulados por 1.800 hombres.

Tanto las tropas de mar como las de tierra, se hallaban perfectamente armadas i equipadas i llevaban los elementos necesarios para soportar una larga campaña.

13) Fuerzas realistas.—Las tropas i elementos que en el Perú se les iban a oponer eran las siguientes:

Ejército de Lima

Infantería	287	oficiales	i 5999	individuos de tropa
Caballería	74	»	i 1114	» » »
Artillería	34	»	i 650	» » »
Total:	395		7763	» » »

De este total había que descontar unos 1260 hombres destacados en provincias. Además, figuraban en él muchos cuerpos de milicianos de escaso valer militar, de manera que, en resumen, el ejército de Lima era de 4,443 individuos de tropas regulares i de 2,485 milicianos.

Habían en el Perú aún otros dos ejércitos; pero se hallaban, uno en Arequipa, i otro en el Alto Perú.

La escuadra española encerrada en el Callao se componía de:

Fragatas	3
Corbetas	1
Bergantines	3
Lanchas cañoneras	27

Todos estos buques cargaban un total de 227 cañones i se hallaban tripulados por unos 1,800 hombres.

---

14) PARTIDA DE LA ESPEDICIÓN.—En los primeros días de Junio de 1820 comenzó a concentrarse el ejército en el valle de Quillota i el 18 de Agosto se dió comienzo al embarque en la bahía de Valparaíso,

El 20 el embarque estaba terminado i el mismo día, a las 3 de la tarde, la escuadra se hacía a la vela.

Iba de nave capitana el navío «San Martín» i en ella viajaba el Jeneral en Jefe, Jeneral San Martín. Lord Cochrane, Jefe de la escuadra, iba en la «O'Higgins», sometido a las órdenes del Jeneral en Jefe, que llevaba amplios poderes para operar, conceder empleos en el ejército i entablar negociaciones con el enemigo, sobre la base del reconocimiento de la independencia de Chile i de las provincias del Río de la Plata.



CAPITULO II

Campaña en el Perú

SUMARIO.—1) La espedición llega al Perú.—2) San Martín se dirije a Huacho. — 3) Fraccionamiento i operaciones realistas.—4) Actitud de San Martín.—5) Refuerzos realistas.—6) Caída de Pezuela.—7) Corrientes de opinión.—8) Proposiciones de paz.—9) Nuevo plan de San Martín.—10) La Serna sale de Lima —11) Canterac llega i se retira del Callao.—12) Espedición de Tristán a Ica.—13) San Martín i Bolívar. --14) Regreso de San Martín a Chile.—15) Algunas observaciones sobre la campaña de la Espedición Libertadora.

1) La espedición llega al Perú. — Sin ningún contratiempo i después de 18 días de navegación, el Ejército Libertador llegó a Paracas, caleta situada al sur del Callao i a 280 kms. de Lima. Al día siguiente, 8 de Setiembre, se inició el desembarco i precedido por una división mandada por Las Heras, el ejército se dirijió a Pisco en cuya vecindad quedó definitivamente concentrado el 13 del mismo mes.

El plan de San Martín, más que un plan mili-

tar, era un plan político que perseguía el objetivo de sublevar la población peruana, incitándola a que luchara por su independencia.

Con este fin, apenas establecido en Pisco, comenzó a mandar emisarios en todas direcciones i a lanzar proclamas en que invitaba a los pobladores a pronunciarse por la causa de la patria. El resultado que obtuvo fué engrosar su ejército con unos 700 esclavos de las haciendas inmediatas, que gustosos cambiaron su cadena de servilismo, por el puesto de hombres libres en las filas del ejército.

Al mismo tiempo dispuso San Martín que el Coronel don Juan Antonio Alvarez de Arenales, al mando de una división de las tres armas, fuerte en 1,142 hombres, se internara en el territorio en dirección a Huancavélica i Jauja, para fomentar la revolución en esas provincias, comunicarse con el ejército por el norte de Lima i cortar las comunicaciones de esta ciudad con la sierra.

Tras éste, envió al Teniente Coronel Bermúdez i al capitán Aldao para que, con una pequeña fracción de tropa i armamento de repuesto, se dedicaran a organizar cuerpos de guardia nacional en la rejión que Arenales iba dejando a su espalda.

2) San Martín se dirije a Huacho.—Poco después, el 24 de Octubre, dando por terminada su tarea en esa parte del territorio, San Martín inició su reembarque en Paracas i el 26 se hacía a la vela con rumbo a Huacho, amagando así a Lima por el norte. El 9 en la mañana llegó todo

el convoi a Huacho i el mismo día todo el ejército quedó desembarcado, estableciéndose en el pueblo de Supe i alrededores.

Sin tomar ninguna resolución, permaneció aquí San Martín hasta los primeros días de Diciembre, época en que resolvió ocupar i fortificar la línea formada por el río Huaura, un poco al sur de Supe, con el propósito de establecer allí la resistencia.

3) Fraccionamiento y operaciones realistas. — Ya sabemos que el ejército realista se hallaba dividido en tres grandes fracciones, repartidas en una estensión de más de 2,000 kilómetros i que la que por el momento San Martín debía considerar, era la de Lima, cuyo cuartel jeneral se hallaba establecido en Asnapuquio, inmediatamente al norte de Lima.

El destacamento más avanzado de este ejército hacia el norte estaba en Chancai, a las órdenes del coronel Valdés i se componía del Batallón Numancia i de dos escuadrones de caballería. Tan pronto como los patriotas se establecieron en la línea del Huaura, el virrei Pezuela retiró los dos escuadrones i dejó frente al enemigo al único batallón en cuya fidelidad no tenía, ni podía tener confianza. Estaba formado por jóvenes nacidos en el país i a él se enviaban por castigo a los hijos de familias pudientes que demostraban ideas republicanas.

No es estraño pues que, íntegramente, con fecha 3 de Diciembre, pasara a las filas patriotas, aprovechando la oportunidad de que el coronel

Valdés se hallaba ausente. Fué para los patriotas un refuerzo de 650 plazas.

Ante el peligro que significaba la llegada del Ejército Libertador, el virrei Pezuela hizo llamar a Lima tres destacamentos de refuerzo desde el Alto Perú, Cuzco i Arequipa, respectivamente. Con esto quedaba contrarrestada con exceso, la defección del Numancia.

La propaganda patriótica de San Martín había producido, entre tanto, eficaz resultado en los departamentos de Trujillo i Piura, pues éstos proclamaron su independencia, quitándole a San Martín una inquietud i dándole otro refuerzo de unos 800 hombres.

En el campo realista dominaba la misma indecisión que en el patriota, porque las opiniones se hallaban divididas sobre la actitud que se debía asumir. Mientras la mayoría de los jefes superiores reclamaban un procedimiento enérjico i decisivo, el virrei rehusaba tomar la ofensiva, porque no se creía con fuerzas suficientes para realizar esa operación.

Pero, cuando algún tiempo después, el ejército patriota avanzó hasta Retes, el jeneral Pezuela no pudo ya resistir la presión de sus subalternos i resolvió el ataque al enemigo, confiando la tarea al jeneral La Serna.

Mui luego llegó esta resolución a conocimiento de San Martín, quien, abandonando su nueva posición, volvió a la de Huaura, donde se sentía más seguro.

4) Actitud de San Martín. — El jeneral patriota hizo también el examen de su situación para decidir si tomaba o no la ofensiva.

Por las numerosas deserciones que se producían en el campo realista, llegó a un cabal conocimiento de las fuerzas contrarias i supo que en Asnapuquio las fuerzas enemigas no llegaban sino a 4,500 hombres, pues el resto, unos 1,000 hombres, estaba en Lima. Podía, por consiguiente, tomar la ofensiva; pero como él esperaba contar en el término de un mes con un refuerzo de unos 2,000 hombres, resolvió postergar esa resolución.

Hai que agregar el antecedente de que San Martín había sido seriamente informado de que el ejército de Asnapuquio carecía de preparación en todo sentido i estaba escaso de víveres i medios de trasporte.

Aparte de los refuerzos que esperaba de Huara i de Trujillo, San Martín contaba en esos momentos con la siguiente fuerza:

Infantería....................	5,545
Caballería....................	746
Artillería....................	408
Total...........	6,699

Tenía pues fuerzas i elementos sobrados para tomar la ofensiva, pero tanto podía en él la prudencia, que en ésta, como en muchas otras oca-

siones posteriores, no le faltaron razones para rehuir el combate.

5) Refuerzos realistas.—Los destacamentos de Alto-Perú, Cuzco i Arequipa que se esperaban en Lima para reforzar el ejército fueron, a la larga, de escasa significación, porque en el camino disminuyeron enormemente de fuerza a consecuencia de las deserciones.

Su núcleo, que era formado por reservistas indíjenas, era otro factor desfavorable i que debería haber obligado a San Martín a darle escasa importancia. Refundidos en uno, llegaron por fin a Lima, al mando del jeneral Ricafort, reducidos al número de 1,400 hombres.

6) Caída de Pezuela.—Entre tanto, la falta de resolución i enerjía del Jeneral i virrei Pezuela, iba minando su autoridad i sembrando el descontento entre los altos jefes del ejército realista i llegó un momento en que, culminando la desconfianza que la dirección de Pezuela inspiraba, los jefes firmaron un acta en que, después de fundar las causas de su determinación, terminaban por pedir al virrei que abdicara el mando en manos del jeneral La Serna. Pezuela no se atrevió a resistir i entregó el mando a fines de Enero de 1821.

El nuevo Jeneral, que no compartía la opinión de los altos jefes ni la de Pezuela, era partidario de retirarse a la sierra porque desconfiaba de la solidez del ejército i porque creía que allí, con los recursos que existían, le era

dable sostenerse hasta la llegada de los nuevos refuerzos que se esperaban de España.

Los primeros actos de su gobierno fueron nombrar Jeneral en Jefe de las fuerzas de Asnapuquio, al Jeneral Canterac, Jefe de Estado Mayor, al Coronel don Jerónimo Valdés i Comandante de las fortalezas del Callao, al Coronel don Ramón Rodil.

7) Corrientes de opinión.—En el campo patriota se habían producido también dos corrientes de opinión: los jefes querían tomar la ofensiva para resolver de una vez la situación, para salir de esa inacción que relajaba el entusiasmo por la causa i para librarse de las enfermedades que comenzaban a minar el ejército.

Pocos días después de hacerse cargo del mando, La Serna hizo a San Martín proposiciones de paz; pero resultaron tan opuestas las condiciones que cada uno exijía, que no se pudo llegar a ningún avenimiento.

Por algún tiempo más continuaron los adversarios con su actitud pasiva i esto fué causa de que sobreviniera una terrible epidemia de tercianas que comenzó a hacer estragos en ambos campos i especialmente en el ejército patriota, donde la escasez de medicinas i recursos dió especial gravedad a la situación. A fines de Febrero habían 1,200 enfermos en los hospitales patriotas i en Abril esta suma llegó a 2,000.

8) Proposiciones de paz.—Por este tiempo llegó al Perú el comisario rejio don Manuel Abreu, con la misión de proponer a las naciones de

América el establecimiento de la paz, sobre la base del reconocimiento de la constitución liberal española.

Con este fin se abrieron negociaciones entre los dos ejércitos por medio de entrevistas entre delegados de ambas partes i por último, con gran solemnidad, se realizó una conferencia entre San Martín i La Serna, que tuvo lugar en Puchauca. San Martín propuso el establecimiento de una monarquía que abarcara el Perú i Alto-Perú i a la cual se trataría de agregar más tarde Chile i Arjentina, que, provisoriamente, el país sería gobernado por una rejencia formada por tres personas, una de las cuales, el virrei, la presidiría i que el soberano sería designado por las cortes de España.

La Serna no se atrevió a contestar inmediatamente i pidió un plazo de dos días para resolver, al fin de los cuales, respondió que el ejército no aceptaba reconocer la independencia, sin consultarlo antes a España i que, en consecuencia, él proponia que se suspendieran las hostilidades, se estableciera una frontera de este a oeste a la altura del río Chancai i que en esa situación se esperara el resultado de la consulta que él mismo se proponía hacer personalmente en España.

San Martín desechó perentoriamente esta proposición i con esto se dieron por terminadas las negociaciones.

Sin embargo, la presión de la opinión pública en Lima, que deseaba ardientemente la paz, obli-

gó a reanudarlas en Miraflores, donde fueron tan estériles como en Puchauca.

9) Nuevo plan de San Martín.— Tras muchos esfuerzos infructuosos de San Martín para conseguir refuerzos de Chile, forzado por la necesidad de abandonar la malsana rejión en que se encontraba, concibió un nuevo plan de operaciones, siempre sí, sobre la base de no presentar combate, sino de bloquear a Lima i difundir el sentimiento de independencia en el Perú.

Consistió éste, en fraccionar su ejército en tres divisiones de más o menos igual fuerza i en repartirla así: la 1.ª división a las órdenes del Coronel Arenales. debia espedicionar hacia la sierra, la 2.ª a las órdenes del mismo San Martín debía reembarcarse con rumbo al sur para estrechar por ese lado el bloqueo de Lima i la 3.ª debía quedar en Huaura a las órdenes del Comandante Jeneral de artillería don José Manuel Borgoño, con la misión de «mantenerse a la defensiva, cubriendo si le era posible con sus avanzadas el punto de Chancai.»

10) La Serna sale de Lima.—Mientras esto ocurría en el campo patriota, en el realista sólo se pensaba en abandonar a Lima i La Serna, que era el más empeñado en ello, comenzaba los preparativos de la evacuación. Era el caso curioso de dos adversarios que rivalizaban en el afán de temerse mutuamente. San Martín no se creía con fuerzas bastantes para atacar i La Serna se sentía tan inferior, que prefería escapar a la sierra.

Por fin el 6 de Julio, la retirada de La Serna se produjo, dejando a cargo de la ciudad de Lima al prestijioso vecino, don Pedro José de Zárate i Navia, marqués de Montemira.

Ante esta noticia San Martín suspendió sus operaciones pendientes, hizo trasladar su ejército al sector Mirones-La Legua, entre el Callao i Lima i el 12 del mismo mes, se trasladó a la capital con el propósito de conferenciar con el marqués de Montemira.

Puesto de acuerdo con éste, puso a sus órdenes algunas tropas para mantener el orden, con la condición de que procediera cuanto antes a hacer jurar la independencia

Envió enseguida orden al jeneral Arenales para que regresara inmediatamente a Lima.

El 3 de Agosto San Martín se hizo reconocer en Lima con el título de Protector del Perú, por medio de un bando en cuyo primer artículo decía:

«Quedan unidos desde hoi en mi persona el mando supremo, político i militar de los departamentos libres del Perú, bajo el título de Protector».

11) Canterac llega i se retira del Callao.—Al retirarse La Serna a la sierra, había dejado en las fortificaciones del Callao una guarnición de 1,600 hombres i la promesa de que mui luego acudiría en ausilio de la plaza. En cumplimiento de esta promesa organizó un destacamento de las tres armas, que puso al mando del jeneral Canterac i que partió de Cuzco el 26 de Agosto.

Después de una marcha penosísima a través del desierto, que sólo terminó el 5 de Setiembre, el avance siguió hasta Molina, donde tomó contacto con el ejército patriota, establecido sobre el río Surco, en la chacra de Mendoza.

Las fuerzas del destacamento de Canterac eran de 3,400 hombres.

El jefe realista envió reconocimientos a las posiciones patriotas i de ellos dedujo que no pensaban en moverse. En consecuencia, resolvió continuar su avance desfilando por el flanco derecho de la posición patriota. Desde el 2 de Setiembre San Martín se encontraba al frente de su ejército con el máximum de sus fuerzas.

Las Heras, que mandaba el ala derecha, al verse amenazado por ese lado se movió para cerrar el camino al Callao i cubrir a Lima. Detenido así Canterac, los ejércitos quedaron frente a frente, listos para emprender la lucha.

San Martín, sin embargo, no se movió i ante esta actitud, los jefes superiores i hasta el de la escuadra que bajó a tierra, le insinuaron la idea de atacar.

No lo hizo i se limitó a contestar: «mis medidas están tomadas»,

Tocó entonces a Canterac tomar la iniciativa, i haciendo una demostración de ataque sobre el frente patriota con su caballería i dos piezas de artillería, burló a su enemigo, escurriéndose con todo el ejército hacia el Callao, hasta ponerse bajo la protección de los cañones de la plaza.

Cuando ya se hallaba fuera del alcance de las tropas patriotas, San Martín ordenó al coronel Alvarado que con un escuadrón de caballería i 8 compañías de cazadores emprendiera la persecución. Como era lójico, esta no dió resultado alguno.

Una vez en el Callao, comprendiendo la imposibilidad de mantener la plaza por falta de víveres, Canterac resolvió desmantelarla, hacer volar las fortalezas i retirarse con la guarnición; pero el jeneral La Mar se opuso tenazmente i no le quedó otro recurso que decidirse por el regreso a la sierra.

Si bien se miraba, este recurso también le estaba vedado, porque tenía a su frente al poderoso ejército patriota; pero contando con la ya consagrada inacción de San Martín, no vaciló en emprender la operación. No se equivocó. San Martín lo dejó retirarse i sólo cuando ya el movimiento estaba consumado, envió a Miller con una pequeña columna para que le picara la retaguardia.

La Mar, ya completamente sitiado en el Callao i del todo desprovisto de víveres, se vió forzado a entregar la plaza.

12) Espedición de Tristán a Ica. — La actitud de San Martín frente a Canterac colmó ante los subalternos la medida de sus desaciertos i comenzó el descontento a manifestarse con murmuraciones que poco a poco dieron al traste con el prestijio del, hasta entonces, tan respetado jeneral.

Entre tanto, el ejército realista se reorganizaba en la sierra.

Tal vez para conjurar el peligro de su desprestijio i para entorpecer la reorganización realista, San Martín dió algunas muestras de actividad a fines de 1821. Entre éstas, fué la principal el envío del Brigadier don Domingo Tristán a Ica con una división de las tres armas cuya fuerza llegaba a 2,244 combatientes.

La misión de este Brigadier era ocupar los valles de Pisco e Ica i cortar las comunicaciones del ejército de la sierra con la costa de esa rejión. Para que pudiera incrementar su división, lo proveyó de 4,000 fusiles, i de una imprenta para hacer la propaganda.

Tuvo San Martín la desgracia de elejir para esta comisión al más inepto de los oficiales peruanos i la consecuencia fué que en un encuentro con Canterac, en que no tomó una sola medida acertada, fué totalmente derrotado perdiendo, a más de los muertos, que fueron muchos, 50 oficiales i 1,080 soldados prisioneros, gran número de armamento, todos los bagajes i 3,000 de los fusiles que llevaba para armar a los pobladores.

13) San Martín i Bolívar.—La noticia de esta derrota produjo en Lima gran impresión i contribuyó en alto grado al desprestijio del jeneral patriota, en los momentos en que Bolívar, cuya fama llenaba la América, se acercaba por el norte.

Para ponerse definitivamente de acuerdo con este Jeneral, San Martín, que ya había manteni-

do con él correspondencia postal, resolvió trasladarse a Guayaquil. Se embarcó el 14 de Julio de 1822 i el 26 del mismo mes, tenía lugar la entrevista de los dos libertadores.

Parece que para San Martín los resultados de la entrevista no fueron satisfactorios i después de tres días de permanencia en Guayaquil, regresó a Lima.

Una mala noticia lo recibió en esta ciudad: un levantamiento popular había espulsado del Perú a su Ministro Monteagudo, hombre mui mal querido de todos; pero que San Martín apreciaba por su clara intelijencia.

14) Regreso de San Martín a Chile.—Esto, unido a la situación en que él mismo se encontraba i al resultado de su conferencia con Bolívar, lo decidió a dejar el mando i retirarse del Perú.

Para preparar su salida, ordenó la constitución de un Congreso Nacional destinado a rejir el país. Apenas reunido, (el 20 de Setiembre de 1822) se presentó ante él i renunció el mando, pronunciando las siguientes palabras:

«Al deponer la insignia que caracteriza al Jefe supremo del Estado, no hago sino cumplir con mi deber i con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos es el ejercicio del Supremo Poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoi que felizmente lo dimito, yo pido al Ser Supremo que conceda a este Congreso el acierto, luces i tino que necesita para hacer la felicidad de sus representantes. ¡Peruanos! desde este momento queda ins-

talado el congreso soberano i el pueblo reasume el poder supremo en todas sus partes.»

Se despidió en seguida del país por medio de una proclama i el mismo día se trasladó a Ancón, para embarcarse con rumbo a Chile. Con esto terminó la vida militar de San Martín.

En cuanto a las tropas chilenas que espedicionaron al Perú, unos 3,600 soldados, su destino fué mui vario: los más murieron a consecuencia de las enfermedades i en las batallas, a Chile regresaron sólo unos 500 i al rededor de 1,000 fueron distribuídos en los distintos cuerpos que tomaron parte en las campañas de Bolívar, peleando en Junín i Ayacucho. En esta última batalla diez oficiales chilenos fueron recomendados por su valiente comportamiento.

15) Algunas observaciones sobre la campaña de la Espedición Libertadora. — Lo verdaderamente admirable en esta campaña fué el esfuerzo de Chile para organizar, equipar i armar un ejército i una escuadra, a raíz de los sacrificios que le costaban el sostenimiento de una guerra de cinco años. que había asolado su territorio, esquilmado sus campos i agotado sus fuentes de recursos.

Bajo la bandera de Chile partió la espedicion al mando del Jeneral San Martín, que por sus estudios i práctica en Europa, por el recuerdo de la preparación de la campaña del año 17 i por su victoria en Maipo, gozaba de gran prestijio militar.

Aunque San Martín sabía que el ejército que se le podía oponer en Lima no era en mucho

superior al que él llevaba i aunque sabía que el suyo era más aguerrido i disciplinado, parece que nunca pensó en librar operaciones militares, sino en desarrollar una política de insurrección, tratando de cansar al adversario con motines, sublevaciones, defecciones i bloqueo.

Por eso, olvidándose de que una campaña militar no puede tener otro objetivo decisivo que la derrota del ejército enemigo, toda su actividad se dedujo a embarques, desembarques, reembarques i toma de posiciones defensivas.

El envío de un fuerte destacamento a la sierra, fué una distracción innecesaria de fuerza, pues, a nuestro juicio, su única preocupación, desde el primer momento, debió haber sido batir al ejército del virrei, aprovechando la feliz circunstancia de que se hallaba dividido en tres grandes fracciones que no podían prestarse mutua ayuda.

Llegado a Huacho, se mantuvo casi dos meses en la más completa inacción, dando tiempo a que el virrei reforzara su ejército i le hiciera imposible, la hasta entonces viable, tarea de batirlo.

Salió de esta inacción para fortificarse en la línea del Huaura i aquí recibió el refuerzo del batallón Numancia que, junto con engrosar sus filas, le llevaba una prueba de la inconsistencia del ejército enemigo.

Llegó un momento en que el ejército realista, acampado en Asnapuquio, no contaba con más de 4,500 hombres mal instruídos i disciplinados, en tanto

el patriota pasaba ya de 6,000 i, sin embargo, San Martín persistió en su inmovilidad.

Cayó Pezuela, nueva prueba del desconcierto i descontento que reinaba en el ejército realista, La Serna, sintiéndose incapaz de mantenerse frente a los patriotas, huyó a la sierra; pero nada de esto fué capaz de sacar a San Martín de su apatía e impulsarlo a tomar una resolución enérjica, que de una vez por todas le diera la decisión de la campaña.

Sólo cuando las enfermedades le hicieron insostenible la situación resolvió moverse; pero en vez de hacerlo para tomar una enérjica ofensiva que entonces ofrecía las mejores espectativas, dividió su ejército en tres fracciones, impotente cada una para hacer un daño eficaz al enemigo i esponiéndose a ser batido en detalle.

Felizmente para él, se hallaba frente a un enemigo irresoluto que sólo respiraba temor i esto lo libró, como otras veces, de un fracaso seguro.

Dueño ya de Lima i a la cabeza de un respetable ejército, fué burlado por Canterac que pasó i repasó frente a él, que se espuso locamente a ser deshecho por el ejército patriota i San Martín se conformó con decir que «sus medidas estaban tomadas». ¿Cuáles eran esas? Nunca se supo i lo único que se vió, fué una inacción inesplicable, que bajo un gobierno normal, le habría costado por lo menos, el ser separado del mando.

Gracias a esta actitud incomprensible, pocos meses después Canterac se hallaba en Jauja a la cabeza de 5,000 hombres.

El resumen de la actuación de San Martín, es que permaneció dos años en el Perú al mando de un fuerte y bien organizado ejército que se apoyaba en una poderosa escuadra, sin librar un solo combate, perdiendo espléndidas ocasiones de derrotar a su adversario i que por fin tuvo que retirarse, presionado por la opinión i por el ejército, sin haber logrado el objetivo que perseguía.

Los hechos—todos perfectamente comprobados—prueban que San Martín, durante los dos años que permaneció en el Perú, se halló casi constantemente en situación de batir a su adversario, por contar con un ejército superior en número, por ser el suyo de más cohesión i más disciplinado que el del enemigo i por contar con el valioso concurso de la escuadra que le permitía moverse rápidamente a lo largo del teatro de operaciones. Sin embargo, todo lo que hizo fué mantenerse a la espectativa, desperdiciando preciosas ocasiones de destruír al ejército realista i haciendo malograr los enormes esfuerzos que a Chile costó la preparación de la espedición.

Si en lugar de San Martín se hubiera hallado un Jeneral de medianas iniciativas, la cuestión con España habría sido resuelta por el Ejército Libertador i no se habría producido la batalla de Ayacucho.



CAPITULO III

Campañas de Chiloé

SUMARIO.—1) Importancia de Chiloé.—2) El Gobernador don Antonio Quintanilla.—3) Primera campaña de Freire a Chiloé.—4) Llegada a Chiloé.—5) Iniciación de las operaciones.—6) Combate de Mocopulli.—7) Retirada de Freire.

1) IMPORTANCIA DE CHILOÉ.—Chiloé, la gran isla austral de Chile, fué el último baluarte de la dominación española en Sur-América i yerran, por consiguiente, los que creen que fué en Ayacucho donde se ahogó el postrer esfuerzo de España para mantenerse en esta parte del continente.

Su condición de isla, la gran distancia a que se hallaba del centro del país i los grandes recursos naturales que poseía, fueron factores especialmente favorables al mantenimiento del poder español en Chile.

Si España hubiera comprendido toda la importancia de Chiloé i le hubiera prestado toda la

atención que merecía, es mui posible que hubiera podido cambiar el jiro de los acontecimientos en los últimos años de la colonia. Prueba de ello son los grandes esfuerzos que costó a Chile su conquista i la gran influencia que tuvo en el desarrollo de la guerra de la independencia.

De allí salió casi todo el ejército con que Pareja reconquistó a Chile en 1813, i si esto pudo una isla de la cual nunca España se preocupó especialmente, fácil es calcular lo que habría llegado a ser si, proveyéndola abundantemente de toda clase de recursos i elementos, se la hubiera erijido en base secundaria de operaciones.

Débilmente guarnecida i mal fortificada, pudo lo que no consiguió Valdivia, el Jibraltar de Sud-América, resistir el empuje arrollador de Cochrane. Por eso la historia de su conquista merece ser estudiada, siquiera sea someramente.

San Carlos de Ancud, su capital, fué erijido puerto militar por cédula real de Carlos III, el 20 de Agosto de 1767, i al año siguiente, el Gobernador de la provincia, Brigadier don Carlos de Beranger, estableció allí el asiento de su gobierno. Veinte años después, contaba ya con 1,243 habitantes.

Desde esta época existió en Chiloé una pequeña guarnición de tropas veteranas i milicias provinciales de cierto valer militar. La guarnición estaba formada por 160 infantes, 80 dragones i 130 artilleros i las milicias se componían de 100 artilleros i unos 3,000 infantes. Estas, cuando no

cubrían el servicio de la guarnición, se dedicaban a la construcción i cuidado de los caminos.

Alejada de todo otro centro poblado i mal atendida por la metrópoli, esta isla vejetó durante los primeros siglos en la más completa ignorancia.

Según el censo de 1788, su población era de 15,072 españoles i mestizos i 11,617 indios; pero a principios del siglo XIX, se calculaba ya en unas 40,000 almas.

Dará una idea del abandono en que se mantuvo a ese archipiélago, el dato de que en todo él no había un hospital, ni un médico, ni una botica.

2) El Gobernador don Antonio Quintanilla.— Estos antecedentes esplican el hecho de que en Chiloé no hallara eco el sentimiento de independencia que estalló en todo el resto de América. Los chilotes consideraron que tales ideas eran un atentado contra Dios i contra el Rei i siguieron en su plácida vida patriarcal. Contribuyó a cimentar esta situación, la prédica de los misioneros, todos ardientes partidarios de la causa del Rei.

El virrei del Perú que conocía bien estos antecedentes, resolvió formar allí un ejército para reconquistar a Chile, insurreccionado desde 1810, i en Enero de 1813, envió a San Carlos de Ancud una escuadrilla de cinco naves en que iban los cuadros de oficiales i sub-oficiales necesarios para movilizar unos 2,000 hombres. Mes i medio más tarde, el jeneral Pareja, jefe de esta espedición, se

hacía de nuevo a la vela con las tropas que necesitaba.

Las campañas de la independencia, primero, i la Espedición Libertadora, después, absorbieron de tal modo la actividad i los recursos de Chile, que hasta 1820 no le fué posible hacer ningún intento para anexar al Estado chileno esa parte del territorio, i aún entonces, si se hizo, fué por iniciativa de Lord Cochrane.

Este atrevido marino, con sólo 200 soldados de infantería, tuvo la osadía de intentar la empresa de tomar posesión de Ancud el 17 de Febrero de 1820.

Al amanecer del 18 de Febrero, el Sarjento Mayor don Guillermo Miller, en un violento ataque, logró apoderarse del fuerte de la Corona, en la punta de este nombre que cierra la bahía de Huechucucui. Alentado con esta victoria, siguió su avance hacia el poderoso fuerte de Agüi, bien defendido por cañones i tropa.

El único camino que daba acceso al fuerte, era un sendero áspero i tortuoso que en su mayor estensión se hallaba dominado por los fuegos del fuerte i por allí, sin vacilar, se lanzó el esforzado Miller. El i su tropa hicieron prodijios de valor, cayó herido Miller i 38 de sus soldados, llevó un nuevo ataque el capitán Eréscano, que lo sucedió en el mando; pero nada de esto logró quebrantar la resistencia de los chilotes i las tropas de Miller tuvieron que retroceder.

Convencido Cochrane de que no contaba con

fuerzas bastantes para tentar esta operación, abandonó la empresa i se retiró a Valparaíso.

Gobernaba por este tiempo a Chiloé, uno de los oficiales más distinguidos que España tuvo en Chile: el coronel don Antonio Quintanilla.

Entregado a sus propias fuerzas, sin dinero ni recursos de ningún jénero, se veía obligado a mantener la isla en un buen pie de defensa i lo lograba gracias a los más estraños e injeniosos recursos. Disminuyó los sueldos hasta el punto de pagar solo $ 15 a los comandantes de cuerpo, i como esto no fuera aún bastante para equilibrar al presupuesto, acudió al arbitrio de licenciar a la tropa durante cierta época del año. Así, a la vez que producía una gran economía, daba a su jente los medios de ganarse la vida i de cultivar sus campos. También selló moneda.

3) Primera campaña de Freire a Chiloé.—Libre ya Chile de los gastos i aprestos que le causó la guerra de su independencia, pensó en el grave peligro que para su seguridad entrañaba el que España se hallara aún en posesión de Chiloé, i su jefe supremo, el Jeneral don Ramón Freire, abordó la tarea de anexarla al país.

Tan pronto como regresaron las tropas que al mando del Jeneral Pinto había enviado al Perú, en apoyo del Jeneral Bolívar, organizó una espedición a cuya cabeza se puso i, dejando en el mando supremo al presidente del Senado, don Fernando Errázuriz, zarpó de Talcahuano en la tarde del 1.º de Marzo de 1824.

Formaban la espedición los batallones números 1, 7 i 8 i 200 hombres de la Guardia de Honor. En Valdivia se embarcaron, además, el otro batallón de la Guardia de Honor (500 hombres) i 24 artilleros con dos piezas de campaña.

Freire dividió sus tropas en tres cuerpos principales, cuyo mando confió a los coroneles Beauchef, Pereira i Rondizzoni.

Ordenó también que el Sarjento Mayor don Manuel Labbé, tomando la caballería que había en Osorno, atacara a las fuerzas realistas que había en Maullín, para llamar por ese lado la atención de los realistas.

La fuerza total de la espedición era de unos 2,500 hombres, embarcados en cuatro trasportes i escoltados por cinco buques de guerra. Partió de Corral (Valdivia) los días 17 i 18 de Marzo.

Como ya iba pasando la buena estación, apenas salió la espedición de Corral, sobrevino un temporal que dispersó todo el convoi i así, sólo el 23 se estuvo a la vista de la punta de Huechucucui, estremidad norte de la isla de Chiloé.

4) Llegada a Chiloé.—El primitivo proyecto de Freire era entrar en el puerto a velas desplegadas, sin tomar en cuenta el fuego de los fuertes; pero, a última hora, cambió de parecer y fué a anclar con toda su escuadra en la isla de Lacao, situada en una espaciosa bahía de la parte norte de Chiloé. Esto ocurrió el día 23.

Pasó allí la noche i al día siguiente envió a San Carlos de Ancud, en calidad de parlamentario, al Sarjento Mayor don Pedro Godoi. Lleva-

ba éste la misión de hacer ver a Quintanilla lo inútil que sería ofrecer resistencia a fuerzas tan superiores i la conveniencia de aceptar las proposiciones de paz.

Quintanilla las rechazó perentoriamente i el parlamentario se retiró con esta contestación.

La resolución de última hora de Freire, de no entrar directamente al puerto, había dado a Quintanilla gran confianza en el triunfo.

5) Iniciación de las operaciones.—Sin esperar la respuesta de Quintanilla, el mismo día 25 Freire dió orden al Coronel Beauchef de desembarcar con el Batallón N.º 8 i 200 hombres de la Guardia de Honor i marchar a posesionarse del fuerte Chacao. Al avance de Beauchef, la guarnición del fuerte se retiró, después de disparar algunos cañonazos i en la tarde, ya la escuadra pudo anclar en el puerto de Chacao. Durante la noche envió en un lanchón 50 hombres al mando del Comandante Cobbet para tomar el fuerte Corona, que estaba al otro lado del canal, lo que también logró sin gran dificultad, antes de la media noche.

Al día siguiente Freire hizo desembarcar toda su tropa en Chacao, la amunicionó i se aprestó para dar un carácter bien enérjico a la campaña.

Convencido de la superioridad de sus tropas en número i calidad, la fraccionó en varias partes para poder atender así a diversos objetivos simultáneamente. Desgraciadamente, todos estos objetivos fueron secundarios, i por eso, aún logra-

dos, carecieron de influencia en la campaña. Entre éstos la operación más importante fué la toma del fuerte San Javier de Maullín, al norte del canal de Chacao.

El 29 dió por fin principio a las grandes operaciones. Concibió el plan de atacar a San Carlos de Ancud, i descartando la posibilidad de un rechazo, quiso quitar a Quintanilla el recurso de retirarse hacia el interior, hacia Castro. Con este fin, hizo embarcar a Beauchef con los batallones 7 i 8 i una compañía de granaderos en la fragata «Chacabuco», con la misión de dirijirse a Dalcahue, puerto situado al NE. de Castro, para avanzar desde allí sobre Ancud i tomar así a Quintanilla entre dos fuegos.

No temió el fraccionamiento, porque contó con que cualesquiera de las dos divisiones en que había separado a su ejército, bastaría para batir a los realistas de Ancud.

6) Combate de Mocopulli.—Beauchef, en cumplimiento de la orden recibida, apenas desembarcado en Dalcahué emprendió—dividiendo en tres cuerpos su columna—el camino hacia Ancud. Por desgracia, no tenía sino un solo camino que seguir, el que comunicaba a Castro con Ancud, y para llegar a él, necesitaba marchar unas seis leguas a través de un bosque i por un sendero, que sólo a trechos, permitía la marcha a dos hombres codo a codo.

A mediodía el cuerpo de vanguardia mandado por Beauchef llegó a un pequeño valle formado por las ciénagas de Mocopulli, que, con las lluvias,

se había convertido en un inmenso pantano. Se detuvo aquí hasta cerca de la una y a esta hora emprendió de nuevo la marcha, sin sospechar que el Coronel Ballesteros, con las fuerzas de Castro, convenientemente distribuídas, lo esperaba en medio del bosque, en el más absoluto silencio.

Por eso, apenas se había internado en el bosque unos 200 metros, cuando lo recibió una lluvia de metrallas i balas que le causaron numerosas bajas i le desorganizaron la columna.

Beauchef con acierto i tranquilidad dió a Tupper, que iba en la vanguardia, la orden de cargar a la bayoneta i Tupper la cumplió valientemente. Fueron, sin embargo, inútiles los esfuerzos i el arrojo de los patriotas, porque los chilotes, hábilmente parapetados en los gruesos árboles del bosque, les opusieron tenaz i mortífera resistencia.

Beauchef, cumpliendo dignamente su deber en esos momentos difíciles, procuró reorganizar rápidamente sus tropas (el N.° 8) i tan luego como lo consiguió, se lanzó denodadamente a la carga, jugando el todo por el todo. En otras circunstancias, el triunfo habría sido suyo; pero en éstas nó pudo ser, porque los chilotes se habían colocado, a causa del pantano, en situación muy difícil para retroceder i opusieron una resistencia desesperada. Entre morir o rendirse, prefirieron lo primero, i ésto los salvó; pero no sin grandes esfuerzos i sacrificios, pues les costó hora i media de lucha hacer retroceder a los patriotas.

Retrocedieron éstos, pero no porque el bravo Beauchef hubiera resuelto abandonar el campo, sino porque comprendió que ya se hacía nuevamente necesario reorganizar sus unidades i porque quería tentar a los chilotes a dejar sus fuertes posiciones.

Pidió apoyo Beauchef al batallón N.° 7 que venía detrás i el comandante Rondizzoni, su jefe, le contestó que, atemorizado con lo que pasaba a vanguardia, su batallón no se resolvía a avanzar.

Tampoco esto desalentó al bravo comandante del N.° 8 quien, después de rechazar un flanqueamiento que Recabarren intentó con su caballería, se lanzó de nuevo al asalto, con renovados bríos. Sin dejarse detener por los fuegos enemigos, siguió avanzando hasta las posiciones mismas de Ballesteros i atacando a la bayoneta, en un desesperado esfuerzo, logró desbaratar a los chilotes, que con la derrota de su caballería estaban ya medio desmoralizados.

No fué, por cierto, sin grandes sacrificios. La jornada costaba a los patriotas la pérdida de 14 oficiales, 90 soldados y 200 heridos.

Quedaba ahora por resolver la forma en que se deberían continuar las operaciones i para ello Beauchef reunió a sus oficiales hasta el grado de capitán. La opinión dominante fué que la tropa no se hallaba en situación de continuar la marcha hacia Ancud i que el hacerlo, entrañaba además el peligro de un nuevo encuentro con el enemigo, que sería fatal en esas circunstancias.

En atención a estas consideraciones, Beauchef

ordenó retroceder inmediatamente hacia Dalcahue, a donde llegó al día siguiente, después de pasar una noche mortal en medio del bosque i bajo una lluvia torrencial.

7) Retirada de Freire.—Freire, mientras tanto, se limitaba a llamar la atención de Quintanilla hacia el norte, esperando, para atacar, que Beauchef apareciera por el este.

En esta situación lo sorprendió una nota de Beauchef en que le comunicaba su fracaso, nota que él contestó con la orden de replegarse hacia Chacao.

Este contratiempo, unido a lo avanzado de la estación, a la pérdida de un buque (encallado) y a la noticia del próximo arribo de una escuadrilla española, aunó las opiniones en una junta de guerra celebrada el 10 de Abril en Picui i dió base a Freire para renunciar a la empresa i ordenar el reembarque.

Venciendo grandes dificultades i luchando contra recios temporales que produjeron la dispersión del convoi, el 24 de Abril llegó a Talcahuano la fragata «Independencia», el «Lautaro» siguió a Valparaíso, otro trasporte llegó a Valdivia i el resto entró también en Talcahuano.

Así terminó la primera campaña de Freire a Chiloé.

Fracasó, en nuestro entender, porque Freire desistió de entrar, como al principio lo pensó, directamente al puerto de Ancud, porque no aprovechó su grán superioridad numérica en un ataque a fondo con todas sus fuerzas sobre la ciu-

dad, porque distrajo inútilmente fuerzas importantes en la operación hacia Dalcahue y porque, aún en el último momento, en vez de reembarcarse, no abordó con todas las fuerzas que le quedaban un ataque combinado sobre Ancud.

---

8) Síntomas de insurrección en Chiloé.—Tan pronto como Freire se retiró de Chiloé, Quintanilla diô nuevo impulso a los trabajos de defensa, más que nunca dispuesto a mantener en la isla el pabellón del rei.

Poco tiempo después recibió del virrei del Perú el título de Brigadier, en pago de sus excelentes servicios.

La dificultad de comunicaciones con el Perú, hizo que sólo el 6 de Febrero de 1825 recibiera la infausta nueva de la derrota española en los campos de Ayacucho. Peor noticia no podía recibir, i otro en su lugar, habría aceptado inmediatamente los halagadores ofrecimientos de paz que ya el gobierno de Chile le habia hecho; pero Quintanilla, que era de una fidelidad única al rei de España, ni por un momento pensó en semejante eventualidad.

No pensaban lo mismo, por cierto, todos los oficiales de su ejército, dos chilotes, especialmente, los capitanes don Fermín Pérez y don Manuel Velázquez, quienes, viendo perdida la causa del rei, quisieron adelantarse a los acontecimientos i en la misma noche fraguaron una conspi-

ración. Tan bien i rápidamente procedieron, que en la mañana del día siguiente, (7 de Febrero) con las tropas de su mando consumaron la revolución, apresaron a Quintanilla, al comandante del batallón a que ellos pertenecían, don Saturnino García, al jefe de la brigada de artillería, don Tomás Plá, i al ministro de la real hacienda don Antonio Gómez Moreno i los embarcaron en una balandra que debía hacerse a la vela para Río de Janeiro.

Poco después, a las 11 de la mañana, convocaron a una reunión a todos los empleados civiles i militares i a tres frailes franciscanos, para que se pronunciaran sobre la nueva situación. El resultado de la reunión fué producir una opinión unánime en el sentido de que se debían restituír las cosas a su primitivo estado, entregando de nuevo el mando al brigadier Quintanilla i respetando las personas de los capitanes Pérez i Velázquez.

El mismo día fueron desembarcados los presos, Quintanilla aceptó las condiciones de la capitulación i los capitanes Pérez i Velázquez fueron desterrados de Chiloé.

8) Nuevas proposiciones de arreglo.—Creyendo el Gobierno de Chile mui favorable el momento para hacer proposiciones a Quintanilla, su Ministro de Relaciones Esteriores, Jeneral don Francisco Antonio Pinto, le envió, con fecha 31 de Enero de 1825, una nota en que le trazaba a grandes rasgos la situación altamente desfavorable en que España se encontraba, le comunicaba

el reconocimiento que Estados Unidos había hecho de algunas repúblicas sud-americanas i terminaba por pedirle, en nombre de los bien entendidos intereses de los habitantes de la isla, que se resolviera a reincorporar ese territorio a la República de Chile.

Le ofrecía al mismo tiempo a él i a todos los oficiales a sus órdenes, pasar al ejército nacional con el mismo grado que poseían.

La nota llegó a su destino poco después de la revolución de Pérez i Velázquez i como Quintanilla no perdía aún la esperanza de que España reaccionara, contestó negativamente, reconociendo la verdad de los hechos espuestos por el Ministro chileno, agradeciéndole sus jenerosos ofrecimientos i comunicándole que estaba resuelto a seguir defendiéndose, porque confiaba en el afianzamiento definitivo del gobierno español i porque la ajitación interior de los pueblos americanos, demostraba la inconsistencia de las nuevas instituciones.

9) Proyectos del Gobierno chileno.—Constantemente pendiente había estado el Gobierno del problema de Chiloé; pero sus grandes dificultades financieras fueron siempre un obstáculo insuperable para darle solución.

En la victoria de Ayacucho en vez de un alivio vieron sus gobernantes una complicación, pues siendo Chiloé el último baluarte español en Sud-América, era natural que a él acudieran los restos de sus fuerzas i en él se apoyaran si pensaban iniciar la reconquista.

Se hallaba pues Chile en grave peligro de convertirse de nuevo en teatro de operaciones.

También lo entendió así Bolívar, i por eso, apenas afianzado su poder con la victoria de Ayacucho, hizo que el Consejo de Gobierno del Perú se dirijiera al Supremo Director de Chile (3 de Junio de 1825) representándole la urjente necesidad de conquistar a Chiloé i ofreciéndole para ello fuerzas de mar i tierra.

10) Proyectos peruanos.—Así lo hizo el Perú, pero sin esperar la respuesta, los políticos que tomaban parte en el gobierno comenzaron a trabajar para que el país por su cuenta acometiera la empresa de imcorporar a su territorio la isla de Chiloé, so protesto de que siempre había dependido del virreinato del Perú: lo mismo se podía decir de todo Chile. A los que no fueron capaces de ningún esfuerzo para obtener la independencia, les habían brotado alas de conquistadores. Esta era la primera prueba que Chile recibía de la gratitud peruana.

Por suerte, el vice almirante don Manuel Blanco Encalada, que al mando de la escuadra combinada de Chile, Perú i Colombia, sostenía el bloqueo del Callao, tuvo noticia de este proyecto i pretestando que el estado de guerra hacía innecesaria la presencia de las naves chilenas, regresó con ellas a Valparaíso, previo acuerdo con el gobierno del Perú (Agosto de 1825).

En esos mismos días el gobierno chileno contestaba al del Perú que, como él, creía urgente la conquista de Chiloé; pero que su falta de re-

cursos pecuniarios lo obligaba a solicitar la suma de $ 300,000 para costear los gastos de la espedición. Este dinero se descontaría del empréstito que Chile había hecho al Perú. Por cierto que el gobierno del Perú se desentendió de esta obligación, que no se refería a los injentes gastos hechos por Chile para contribuir a su independencia, sino al dinero que le había proporcionado en 1823.

11) CHILE RESUELVE EMPRENDER LA CONQUISTA.— Entregado así Chile a sus propios recursos, solicitó de una compañía inglesa que se había organizado en el país para la esplotación de minas, un empréstito de $ 100,000 i con ellos afrontó los gastos de la campaña.

Freire la iba a dirijir de nuevo, pero esta vez con mayor cantidad de tropas i mejor asesorado. Nombró Jefe de Estado Mayor al joven i distinguido brigadier don José Manuel Borgoño, oficial ilustrado, intelijente i esperimentado en la guerra. Su primera insinuación fué que la campaña se realizara en los meses de verano i, al efecto, se apresuró al alistamiento de los batallones 4, 7 i 8 a las órdenes de Gana, Rondizzoni i Beauchef, de una compañía de artillería (4 piezas) al mando de don Gregorio Amunátegui i del escuadrón de guías que mandaba el teniente coronel don Francisco Borcoski.

Ya el 28 de Noviembre pudo zarpar de Valparaíso la referida espedición en una escuadra que mandaba Blanco Encalada.

El 11 de Noviembre empezaron los buques a entrar en Corral i la tropa comenzó a desembarcarse en la isla Mancera. Aquí se agregaron los batallones números 1 i 6 i el ejército llegó a contar con unos 2,500 hombres.

Aquí Freire, mientras llegaba el buen tiempo, estudió con Blanco i Borgoño el plan de ataque a Chiloé, eficazmente ayudados por aquel capitán Velázquez, que Quintanilla había desterrado de Chiloé, i que, como profundo conocedor del terreno i de las condiciones de defensa de la isla, aportó datos mui interesantes.

Tras de un cambio de ideas en que Freire propuso entrar en el puerto a velas desplegadas, se optó por otro plan menos peligroso que consistió en desembarcar en Puerto Inglés, fuera del radio de acción de las fortalezas i marchar luego por tierra hacia San Carlos.

12) Preparativos en la isla.—En la isla, entre tanto, no se había desperdiciado el tiempo. Ballesteros en Castro i Quintanilla en Ancud, habían trabajado con tesón i con mui halagadores resultados. Lograron poner en pie de guerra, en mui buenas condiciones, un ejército de veteranos i cívicos que llegó a 2,300 hombres, suma considerable si se toma en cuenta los escasos recursos con que se encontraban.

Además, para reforzar la defensa, habían hecho construír una flotilla de lanchas cañoneras que podía prestar mui buenos servicios. A cada lancha se le montaron dos cañones.

Las tropas estaban bien instruídas i disciplinadas, según se desprendió de una revista que Quintanilla pasó el 4 de Diciembre de 1825.

13) La escuadra sale de Corral.—En los últimos días de Diciembre comenzó a salir la escuadra del puerto de Corral i combatida luego por fuertes vientos contrarios, los buques se fueron poco a poco dispersando, a tal punto, que sólo el 8 de Enero de 1826, lograron juntarse al oeste de la punta de Huechucucui, punto fijado para la reunión. El 9 en la tarde toda la escuadra anclaba en Puerto Inglés.

14) Desembarco en la isla.—En las primeras horas del 10 comenzó el desembarco i en la tarde se pudieron iniciar las operaciones.

La primera consultada en el plan, era la toma del fuerte o batería de Balcacura, que defendía a San Carlos por el lado poniente i se encomendó al Coronel don José Santiago Aldunate, al mando de 210 soldados. Marchando desde las 4 de la tarde hasta el amanecer (no por la distancia, sino por la calidad del camino) cayó a esta hora, de sorpresa, sobre los defensores del fuerte i le fué fácil ponerlos en fuga. Con la toma de esta batería, quedaba aislado el poderoso fuerte de Agüi i se aseguraba un buen fondeadero para la escuadra.

Dueño Freire de Balcacura, ordenó que todo el ejército se pusiera en marcha hacia allá, i a la vez, que la escuadra, sin tomar en cuenta los fuegos de los fuertes, penetrara en el puerto de San Carlos. Ambas operaciones quedaron terminadas

el mismo día 11 i con ellas, el fuerte de Agüi se encontró completamente aislado. Por tierra el ejército i por mar la escuadra, le cortaban completamente sus comunicaciones con Quintanilla. Los fuegos de los fuertes que la escuadra soportó durante su avance, le causaron sólo siete heridos i lijeros desperfectos.

No podía ser más halagador el resultado alcanzado en estas primeras operaciones i creyendo Freire que eran estas ventajas ya suficientes para inducir a Quintanilla a aceptar una capitulación, el mismo día 11 despachó un parlamentario haciéndole jenerosas proposiciones para evitar un inútil derramamiento de sangre. Una vez más, Quintanilla se negó a lo que él creía un acto contrario a su deber.

15) Avance hacia San Carlos.—Las lluvias que cayeron incesantemente hasta el amanecer del 12, impidieron operar en este día, que se dedicó al cuidado i aseo del armamento; pero se pudo comenzar el reembarque de la tropa i así, al amanecer del 13 de Enero, se dió principio al desembarque del ejército en la playa de Lechagua, a unos 5 ó 6 kilómetros al poniente de San Carlos.

A las 3 de la tarde se ponía ya en movimiento el ejército hacia San Carlos i después de cuatro horas de marcha llegaba a Loma de Cuadros, cerca del castillo de Puquillihue, que cerraba el único paso a la ciudad. I éste era, precisamente, el punto que Quintanilla, había elejido para presentar la resistencia.

Apoyándose en el fuerte, había colocado toda su infantería en unas sólidas trincheras que se prolongaban hacia la derecha i quedó en tal situación que los patriotas no podían marchar al ataque sin esponer su flanco a los fuegos de las seis lanchas cañoneras que se hallaban al amparo del fuerte.

Dándose cuenta Freire de la fuerza de la posición, despachó varias patrullas en busca de otro camino que condujera a San Carlos, burlando la posición de Puquillihue i empleó a todos los zapadores en la tarea de abrir un camino por el bosque de las inmediaciones; pero, a la caída de la tarde, tuvo que convencerse de que todo esfuerzo en ese sentido era completamente inútil.

16) Ataque a las cañoneras. — Optó entonces por tentar un esfuerzo para destruír las lanchas cañoneras que amenazaban su flanco i de él se encargó el Vice-Almirante Blanco.

Para conseguirlo, hizo que a la $1^{1}/_{2}$ de la madrugada del 14 se echaran al agua 14 botes mandados por el capitán del navío «Lautaro», don Guillermo Bell i este valiente marino, sin arredrarse por los fuegos de las baterías de Puquillihue, Muelle i Campo Santo, atacó a las lanchas, i después de una hora de lucha logró apoderarse de tres. Las otras tres se libraron a favor de la oscuridad; pero al día siguiente, cuando Quintanilla se convenció de que no podía defenderse por mar, antes de entregarlas al enemigo, las hizo barrenar i hundir fuera de la

bahía. Desde este momento, concentró toda su atención a la defensa por tierra.

16) Ataque a Puquillihue.— Libre ya Freire de las lanchas cañoneras i aún antes de saber que se iban a hundir las otras tres, dispuso el avance de todo su ejército por un sendero estrecho i boscoso del lado derecho, para evitar que fuera alcanzado por los fuegos del frente. Partió a las 4 i media de la mañana i antes de dos horas de marcha llegó a la pampa de Yauca. Iba dividido su ejército en tres cuerpos: la vanguardia al mando de Aldunate, la primera división al mando de Beauchef i la segunda al mando de Rondizzoni.

Una vez concentrado el ejército, Freire dispuso que el Coronel Aldunate ocupara una pequeña altura del lado de la derecha con cuatro compañías de granaderos, que el Mayor Maruri tomara posesión de un bosquecillo de la izquierda con otras cuatro compañías (de cazadores) i que un poco a retaguardia, se colocara el resto del ejército. En último término, quedó situada la artillería al mando del Brigadier Borgoño.

Era tan fuerte la posición de Quintanilla i se hallaba tan bien apoyada en sus flancos, por el fuerte i un espesísimo bosque, que Freire no se atrevió a atacar i aceptó el plan propuesto por Blanco de aprovechar las lanchas cañoneras para hacer a los realistas insostenible su posición.

En cumplimiento de este plan a las tres de la tarde las lanchas se desprendieron de los buques i comenzaron a cañonear la batería de Puquilli-

hue i las posiciones enemigas. La artillería de Borgoño cooperaba con acierto desde tierra cruzando sus fuegos con el de las lanchas i tan eficaz resultó este cañoneo, que una hora más tarde los chilotes comenzaron a desalojar su posición. Un fuego incesante que no podían contestar, se les hizo insoportable.

En vista de esta situación, Quintanilla ordenó retirarse a la posición de Bella Vista, último recurso que le quedaba.

17) PRIMERA BATALLA DE BELLA VISTA.—La nueva posición elejida hacía perder a Quintanilla su línea de retirada hacia San Carlos, dejándole sólo el recurso de retirarse hacia Castro; pero, en cambio, le ofrecía ventajas tácticas de indiscutible valor.

Descansaba sobre una loma, que tenía a su frente una profunda quebrada cubierta de espesísimo bosque i un terreno quebrado cubierto de piedras i troncos que hacían mui difícil el avance. Además, su flanco izquierdo se hallaba protejido por un bosque impenetrable i el derecho se apoyaba en el camino de Ancud a Castro.

La artillería de Quintanilla (6 piezas) quedó colocada de manera que batía con sus fuegos toda la quebrada del frente por donde debían avanzar los patriotas.

El plan de combate consistió en un ataque frontal llevado por el Sarjento Mayor Maruri con sus cuatro compañías de cazadores i un cañón, combinado con un envolvimiento por el ala de-

recha de los realistas, encomendado al Coronel Borgoño, con el grueso del ejército.

Desarrollado este plan sin el menor entorpecimiento, produjo en breve plazo la retirada de los realistas, pues, aun cuando la presión de Maruri por el frente no fué grande por lo pequeño de las fuerzas puestas en acción, el movimiento de flanco de Borgoño amenazó mui luego, desde las márjenes del Pudeto, el flanco i retaguardia de la posición.

Resolvió entonces Quintanilla retirarse hasta la parte más alta de las lomas de Bella Vista con el objeto de ganar tiempo para que al amparo de la noche pudiera retirarse hacia Castro. La precipitación con que se retiró, i tal vez lo quebrado del terreno, lo obligó a dejar abandonados 4 cañones en la primera posición.

18) Segunda batalla de Bella Vista.—Sin la menor demora continuó el avance patriota hacia la segunda posición, donde se empeñó el combate.

Las primeras en atacar fueron las compañías de Maruri, que sin considerar su gran inferioridad numérica, se lanzaron valientemente al asalto. Amagado de nuevo el flanco realista i puesto ya en peligro por dos compañías que mandaba el Sarjento Mayor Tupper, Quintanilla no creyó prudente seguir resistiendo i emprendió resueltamente la retirada hacia Castro.

El Sarjento Mayor Tupper persiguió a los realistas hasta las 8 de la tarde, tomándoles 50 prisioneros.

19) Toma de Ancud.—Apenas el grueso del ejército se adueñó del campo de batalla, el Brigadier Borgoño ordenó al capitán Arenguen que con una compañía se dirijiera a San Carlos para tomar posesión de la ciudad. Esto se hizo sin ninguna dificultad i algunos momentos más tarde, la bandera de Chile flameaba en las fortalezas españolas.

Al día siguiente (15 de Enero) se envió un parlamentario al Comandante de la fortaleza de Agüi, quien viendo que ya era inútil toda resistencia se rindió con la condición de que se permitiera a la guarnición regresar a sus hogares.

La victoria alcanzada no significaba el triunfo definitivo, pues la mayor parte del ejército realista se había salvado, quedaban en Castro unos 400 hombres al mando de Ballesteros i en el continente otros 400 i todo hacía suponer a Freire que la resistencia podía prolongarse.

Y así hubiera sido si inmediatamente después de la derrota, los chilotes de Quintanilla no se hubieran sentido traicionados i no se hubieran demostrado en abierta rebeldía. Tirando sus armas comenzaron a dispersarse i a tomar, los más, el camino a Castro. Al día siguiente ya no quedaban al lado de Quintanilla sino unos 200 hombres.

20) Celebracion de un armisticio.—El jefe realista se había detenido en Tantauco a unas seis leguas de Ancud i viéndose abandonado por sus tropas, antes que Freire se diera cuenta de la situación, le envió una nota ofreciéndole capitular

i proponiéndole un armisticio para acordar i establecer las bases del tratado.

Freire, que en esos momentos se aprestaba para continuar la campaña, aceptó gustoso la proposición i designó al Coronel don José Santiago Aldunate para que con el delegado de Quintanilla, don Antonio Manuel Garai, conviniera i celebrara el armisticio.

21) TRATADO DE TANTAUCO.—Hecho ésto, se nombraron por ambas partes los delegados para celebrar el tratado i éstos lo firmaron el 18 de Enero, ratificándolo Quintanilla i Freire al día siguiente.

En este tratado, que se llamó de Tantauco, se estipuló que la provincia i el archipiélago de Chiloé con su armamento, munición i banderas, debían ser incorporados a la República de Chile; que todos los jefes, oficiales i tropa quedaban libres para dirijirse i fijar su residencia donde mejor les pareciera; que sus propiedades i bienes serían respetados como lo serían también los bienes i propiedades de todos los habitantes de la provincia; que inmediatamente serían puestos en libertad los prisioneros; que se echaría en olvido i se correría un velo a la conducta que por razón de las opiniones políticas, se hubiera observado por todas las personas comprendidas en el tratado, etc.

Tres días después de la celebración del tratado, el 22 de Enero, se juró la independencia de la provincia como parte integrante de la república chilena.

El 30 se reembarcó el ejército, dejando de guarnición en la provincia los batallones 1 i 4, una compañía de artillería i 4 lanchas cañoneras.

Como Intendente de la provincia quedó el Coronel don José Santiago Aldunate, quien se condujo con tanta corrección i trabajó tanto en pro del adelanto de la rejión, que en premio de sus servicios se le dió el grado de Brigadier.

CUARTA PARTE

GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA



CAPITULO I

Causas de la guerra

SUMARIO.—1) Causas de la guerra.—2) Primera causa.—3) Segunda causa.—4) Tercera causa.—5) Cuarta causa.—6) Envío de un plenipotenciario.—7) Organización militar chilena.—8) Organización militar Perú-boliviana.

1) Causas de la guerra.—Cuatro fueron las principales causas de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana:

1.ª Haber Santa Cruz desmembrado un país, violando su soberanía;

2.ª Haber derogado un tratado de comercio con Chile sin consultar a este país;

3.ª Haber prestado ausilio al Jeneral Freire para preparar i armar en el Callao una revolución contra el gobierno de Chile, i

4.ª Haber atropellado a un cónsul de Chile.

A la lijera trataremos cada una de estas causas.

2) Primera causa.—En vísperas de una elección presidencial, el 13 de Febrero de 1835, el Jeneral Salaverry, aprovechando la circunstancia de que el Presidente interino, Gran Mariscal don José Luis Orbegoso, marchaba hacia Arequipa, ocupó a Lima con la guarnición del Callao i se proclamó Presidente del Perú.

Creó este acto la situación anómala de que en el Perú existieran dos Presidentes o, por lo menos, dos personas que se creían con derecho a ese título.

Salaverry, Presidente de hecho, fué reconocido casi en todo el país i Orbegoso, cuyo período de Presidente interino había terminado sin ser reelejido, como él pretendía, se sintió defraudado, sin autoridad i suplantado por Salaverry. Arrastrado aquél por su ambición i tomando sólo en cuenta su conveniencia personal, buscó el apoyo del Presidente de Bolivia, Jeneral Santa Cruz, i le pidió que lo ausiliara con fuerza armada.

Santa Cruz, caudillo ambicioso, que desde tiempo atrás acechaba la ocasión de caer sobre el Perú, aprovechó esa oportunidad para dar comienzo a sus planes de conquista. Firmó con Orbegoso un tratado (en Junio de 1835) en el cual se comprometía a *restablecer el orden en el Perú* a cambio del compromiso que Orbegoso contraía de convocar un Congreso en los departamentos del Sur del Perú—tan pronto como las fuerzas bolivianas hubieran penetrado en el territorio peruano—con el fin de fijar *las bases de su nueva organización i decidir de su futura suerte.*

Con esta cláusula preparaba Santa Cruz su proyecto de segregar del Perú los departamentos del Sur.

Junto con firmar este tratado con Orbegoso, hacía a Gamarra (Jeneral peruano confinado en Bolivia) la promesa de nombrarlo Presidente tan pronto como lograra derrotar a Orbegoso i a Salaverry. Confiado en esta promesa, Gamarra entró en el Perú, después de reunir unos 3,000 hombres, para alcanzar el objetivo propuesto por Santa Cruz. Orbegoso quedaba así burlado.

Aun suponiendo que Orbegoso hubiera sido en realidad Presidente del Perú, el tratado con él firmado no tenía valor mientras no fuera ratificado por el Congreso; pero Santa Cruz, sin esperar este trámite, penetró en el Perú a la cabeza de 5,000 hombres. Así quedaba burlado Gamarra, a quien atacó i derrotó en Yanacocha.

Atacó en seguida a Salaverry a quien también derrotó (en Socabaya), lo hizo fusilar, i quedó así completamente dueño del Perú. (7 de Noviembre de 1836).

Prosiguiendo su programa, hizo reunir una Asamblea en Sicuay, la que declaró la independencia del Estado Sud-peruano, comprometiéndose a contraer con Bolivia vínculos de federación i confiando el poder público a Santa Cruz.

En seguida, la Asamblea de Huara, reunida el 9 de Agosto de 1836, proclamó la independencia del Estado Nor-peruano i quedó así consumado el fraccionamiento del Perú, que cedía la mitad

de su territorio á Bolivia, bajo la presión de la fuerza.

Tras esto, llegó el pacto de Tacna, por el cual se daba a los tres Estados, Bolivia, Estado Nor-peruano i Estado Sud-peruano, una Constitución que autorizaba a Santa Cruz, en su carácter de Protector, para nombrar, sin traba de ninguna especie, a los respectivos Presidentes de Estado. Las dos repúblicas quedaban, de esta suerte, en las manos del dictador boliviano.

Chile no podía mirar con indiferencia estos sucesos, no sólo porque la constitución de un Estado tan fuerte en su frontera i gobernado por un caudillo tan ambicioso como Santa Cruz constituía un grave peligro internacional, sino porque el cercenamiento de que se hacía víctima al Perú, sin obtener antes el consentimiento de Chile i Arjentina, era un desaire a estos países que con su sangre i su dinero habían conquistado la independencia del Perú. Por eso Santa Cruz tuvo dos enemigos: Chile i Arjentina. Ambos le declararon la guerra.

3) Segunda causa.—Durante el período constitucional del gobierno de Orbegoso, los representantes *ad-hoc* de Chile i el Perú, señores Manuel Renjifo i Santiago Távara, se pusieron de acuerdo para firmar un tratado de comercio que fué aprobado por el gobierno de Chile.

Cuando llegó el momento de presentarlo al Perú para su aprobación, gobernaba allí el Presidente de hecho, Jeneral Salaverry i el Presidente nominal, con su período de interinato ya

espirado i reconocido por un solo pueblo, señor Orbegoso. ¿A quién presentarlo? Al que en realidad era Presidente por el mando que ejercía, a Salaverry. Esto hizo Chile; pero en cuanto Salaverry cayó i surjió de nuevo Orbegoso, su primer acto fué anular el tratado, declarando que «estaba obligado a romper *por dignidad*, un pacto ratificado por su enemigo».

4) Tercera causa.—Unos cuantos desterrados chilenos, a cuya cabeza se hallaba el Jeneral Freire, tramaban en el Perú desde algún tiempo una conspiración para organizar una espedición a Chile, capaz de cambiar el gobierno, derrocando a Prieto.

Habían ya intentado apoderarse del bergantín «Aquiles», cuando ese buque se hallaba en el Callao, con motivo del canje del tratado de comercio en 1835, i por esta causa, el proyecto de esos chilenos era conocido de todos.

Esa era la situación cuando Santa Cruz declaró en desarme la escuadra que había servido a Salaverry para trasportar sus tropas, dejando así en el Callao dos buques, custodiados sólo por unos cuantos hombres i provistos de todo su armamento.

No podía darse para los chilenos una ocasión mejor, e inmediatamente propusieron al gobierno el arrendamiento de esos buques (que eran el bergantín «Orbegoso» i la fragata «Monteagudo») pretestando que iban a dedicarlos al comercio. Hallaron toda clase de facilidades, no sólo para

arrendarlos, sino para completar su armamento i para tripularlos con marineros chilenos.

Gracias a esta complacencia del gobierno peruano, esos buques, destinados a subvertir el orden en Chile, zarparon sin ninguna dificultad del Callao el 7 de Julio.

Difícil era que en Chile no se pusiera en tela de juicio la neutralidad del Perú en este negocio. Su inocencia resultaba difícil de probar, sobre todo después del siguiente incidente: el cónsul de Chile, señor Lavalle, no pudiendo evitar la salida de los buques, contrató una goleta, famosa por lo velera, para que, adelantándose a ellos, pudiera llevar a Chile la noticia de la espedición i el gobierno peruano, en cuanto tuvo conocimiento de este hecho, decretó la prohibición para toda nave peruana de salir de la bahía del Callao. Felizmente, la «Flor de Mar» se había hecho ya a la vela i como a ella no le pudiera alcanzar la prohibición, se la derogó.

5) Cuarta causa.—La espedición de Freire, salida del Callao con la manifiesta complacencia del gobierno peruano, i muchos otros antecedentes enviados por el cónsul Lavalle, convencieron al gobierno chileno de que el país tenía en Santa Cruz i en el Perú enemigos solapados de los que había que precaverse con tiempo.

Como primera medida, creyó el gobierno, i especialmente Portales, que lo más importante era tratar de reducir el poder de Santa Cruz quitándole o destruyéndole los pocos buques de que disponía.

Para llevar a cabo esta represalia, comisionó Portales al súbdito español don Vicente Garrido para que, con el bergantín «Aquiles» i la goleta «Colocolo», ambos bien pertrechados, zarpara al Perú con la misión de apoderarse de todos los buques peruanos que pudiera hallar.

En cumplimiento de su misión llegó Garrido al Callao i procediendo con toda prudencia i habilidad logró, sin derramamiento alguno de sangre, apoderarse de la barca «Santa Cruz», del bergantín «Arequipeño» i de la goleta «Peruviana.»

Profundamente disgustado Santa Cruz con esta represalia, quiso a su vez tomar otras con el cónsul chileno, reduciéndolo a prisión; pero ante la enérjica actitud de Garrido, reaccionó nombrando al Jeneral Miller en calidad de mediador. Miller se puso luego de acuerdo con Garrido firmando un convenio, que fué ratificado por Santa Cruz.

Firmado el convenio, Garrido regresó a Chile acompañado del Encargado de Negocios de Bolivia i de un emisario con comunicaciones de Santa Cruz para el Presidente de Chile, en que procuraba esplicar su actitud.

6) Envío de un Plenipotenciario.—Prieto (el entonces Presidente de Chile) contestó que no podía ratificar el convenio firmado por Garrido i que enviaba un Plenipotenciario para el arreglo definitivo de la situación. Era que Chile había perdido por completo la confianza en Santa Cruz i no quería dejarse sorprender. Por eso, junto con contestar a Santa Cruz, Prieto solicitó del Con-

greso la autorización necesaria para declarar la guerra al Perú, si este país no ofrecía reparaciones proporcionales a los agravios inferidos.

Cumpliendo lo prometido, el 19 de Octubre partió de Valparaíso don Mariano Egaña, en calidad de Plenipotenciario, escoltado por una escuadrilla de cinco buques. Esta estraña manera de enviar un Ministro Plenipotenciario se debió a la desconfianza que inspiraba el Perú i tal vez, también, al deseo de hacer una manifestación de fuerza. La escuadrilla iba al mando de don Manuel Blanco Encalada.

A fines del mes llegó Blanco al Callao e inmediatamente envió al gobernador del puerto una comunicación anunciándole que entraría en cuanto tuviera viento favorable. Mui sorprendido, recibió poco después la respuesta de que no se permitiría entrar en el puerto sino al Ministro Egaña.

Este fué el orijen de un cambio de comunicaciones entre Egaña i el gobierno peruano que terminó con la resolución de Egaña de retirarse, estableciendo en su última nota, que el gobierno peruano podía considerar como declarada la guerra entre Chile i el gobierno de los Estados Nor i Sur peruanos.

Para facilitar la preparación i dirección de la guerra, el Congreso, el 31 de Enero de 1837, concedió al Ejecutivo las más amplias facultades que jamás haya tenido un gobierno chileno. Podía dictar leyes—como las dictó—i no tuvo trabas sino en la de condenar i aplicar penas.

7) Organización militar chilena.—El ejército chileno estaba organizado por la lei de 23 de Octubre de 1835, en la cual se disponía que su fuerza sería de 3,000 hombres. La misma lei disponía que las fuerzas marítimas serían formadas por un bergantín i una goleta.

Los 3,000 hombres se hallaban distribuídos en las armas de infantería, caballería i artillería, en la siguiente proporción: infantería, 3 batallones; caballería, 2 rejimientos, 1 escuadrón i 1 compañía, i artillería, 1 rejimiento.

El batallón de infantería constaba de 6 compañías; cada compañia de 3 oficiales i 65 individuos de tropa.

El rejimiento de caballería constaba de 3 escuadrones, cada escuadrón de 2 compañías i cada compañía de 4 oficiales i 80 individuos de tropa.

El rejimiento de artillería constaba de 7 compañías i cada compañía de 4 oficiales i 61 individuos de tropa.

Existían, además, dos batallones de Guardia Nacional llamados 1 i 2 de Guardia Nacional, desde 1825. Sobre esta base se fueron organizando los demás batallones de milicianos i en 1835 ya estas fuerzas se componían de:

3 Brigadas de artillería;

3 Rejimientos, 16 escuadrones i 1 compañía de caballería, i

14 Batallones i 3 compañías de infantería.

La fuerza de estas unidades de milicia era mui variable i algunas sólo existían en el papel, de manera que no se pueden dar números ni siquie-

ra aproximados. La instrucción que recibían era sólo de 2 ó 3 horas todos los domingos.

En materia de instrucción táctica, rejía en infantería el reglamento francés, traducido al español e impreso en Buenos Aires en 1817. No pasaba de ser un reglamento de evoluciones.

La caballería tenía también su reglamento de equitación i evoluciones traducido del francés: pero la artillería seguía instruyéndose según los principios que rejían antes de la independencia.

El armamento en uso era el siguiente:

Infantería.—Fusil de chispa con bayoneta i baqueta de acero, calibre 16 mm.: alcance útil 200 m. i máximo de 400 a 500.

Caballería.—Carabina, lanza i pistola. El alcance i calibre de la carabina eran los del fusil, aproximadamente.

Artillería.—Obuses, morteros i culebrinas. Como munición usaba la bomba envuelta en tierra i apisonada. Sobre la pólvora se colocaba un salero (1) de madera, pasto seco, tierra, i por fin la bomba que era esférica i provista de una boquilla para colocar la espoleta.

El equipo para la tropa consistía en una cartuchera, fornituras, un frasco para la pólvora, sebo, un saco mochila i un poncho.

8) Organización militar Perú-boliviana.—La or-

(1) Tarugo cilíndrico de madera que servía para unir las balas a los saquetes de los cartuchos. Por lo jeneral tenían dos líneas menos de diámetro que el calibre de las balas o granadas. La bala se ajustaba al salero por una cruceta de hojalata.

ganización militar de estos países no se hallaba aún completamente definida, porque las continuas revoluciones que los habían convulsionado desde su independencia, habían absorbido toda su atención i todas sus enerjías. Por esta misma razón carecen de archivos que den cabal idea del desenvolvimiento de sus ejércitos en esa primera época.

En el momento de declararse la guerra con Chile la organización del ejército confederado fué la que quiso darle Santa Cruz. Le dió una fuerza aproximada de 12,000 hombres i la distribuyó proporcionalmente entre los tres estados que necesitaba mantener bajo su dominación.

Destinado este ejército a sostener la autoridad del Protector i siendo éste militar de profesión, no es estraño que haya alcanzado un alto grado de preparación, sobre todo si se toma en cuenta que los dos tercios de las entradas nacionales se invertían en su mantenimiento.

Militaba en las filas de este ejército el Jeneral Miller, militar de gran reputación, que había también servido en Chile.

El armamento que usaba este ejército era el mismo adoptado por el chileno.

Podía, por consiguiente, considerarse de la misma calidad del chileno; pero con la ventaja de ser mucho más numeroso.



CAPITULO II

Campaña de 1837

SUMARIO.—1) Movilización del ejército chileno.—2) Partida de la espedición.—3) Tratado de Paucarpata.

1) Movilización del Ejército Chileno.—Mui difícil se presentaba para Chile la campaña por su falta de preparación i, además, porque se trataba de batir a un adversario aguerrido que, en el momento de declarársele la guerra, estaba ya movilizado con un ejército de cerca de 10,000 hombres.

Chile, entre tanto, haciendo un balance de sus fuerzas i recursos, llegaba a la conclusión de que le sería mui difícil movilizar más de 3,000 hombres i de que con ese ejército debía tomar la ofensiva.

Puso manos a la obra i el resultado correspondió mui luego a los grandes e intelijentes esfuerzos del Ministro Portales, a pesar de los tro-

piezos de algunos ajentes peruanos, que intentaron desprestijiar la guerra i hacerla impopular.

En Abril de 1837 se hallaba ya listo el Rejimiento Maipú, en Mayo llegaba a Valparaíso el Rejimiento Valdivia i los demás trabajos continuaban con buen éxito bajo la dirección del Coronel Vidaurre (Don José Antonio) que había sido nombrado Jefe de Estado Mayor. Los preparativos de la escuadra progresaban a la vez, dirijidos por Blanco Encalada.

Cuando ya todo se halló preparado para el embarque, el activo Ministro Portales partió a Valparaíso para dar las últimas instrucciones i luego embarcarse con el ejército, al cual pensaba agregarse en calidad de representante del Gobierno, con el fin de resolver, en última instancia, cualquiera dificultad que pudiera suscitarse.

Por desgracia para el país, un vil complot revolucionario, encabezado por el Coronel Vidaurre, privó a la patria del valioso concurso de tan hábil estadista, haciéndolo perecer asesinado en la noche del 6 de Junio de 1837.

Esta desgracia no obstó a que los preparativos continuaran con el mismo entusiasmo i, gracias a eso, en la primera quincena de Setiembre la espedición se hallaba lista con una fuerza total de 3,194 hombres, de los cuales 402 pertenecían a una columna peruana movilizada en Valparaíso.

Mui pobre era la dotación de equipo i vestuario, tanto, que la tropa contaba apenas con una

casaca de paño i que los soldados del Rejimiento Colchagua, no tenían ni eso.

Este era el ejército con que Chile pretendía derrotar a Santa Cruz i devolver al Perú su soberanía.

2) Partida de la espedición.—El mando supremo de estas tropas se confió al Teniente Jeneral i Vice Almirante, don Manuel Blanco Encalada, hombre de gran prestijio moral i militar.

En 16 trasportes zarpó esta espedición de Valparaiso el 15 de Setiembre de 1837, escoltada por 7 buques de guerra i el 3 de Octubre llegaba a Chilca.

El 4 todo el ejército se hallaba desembarcado i tan pronto como pudo, se puso en marcha hacia Arequipa donde Blanco se detuvo para reforzar i organizar bien su pequeño ejército.

3) Tratado de Paucarpata.—Aquí se hallaba cuando con sorpresa recibió de Santa Cruz—que disponía de una fuerza doble—proposiciones de paz que le parecieron mui equitativas. Blanco las aceptó i se llegó a convenir en un Tratado que se firmó en Paucarpata el 17 de Noviembre de 1837.

Ni el pueblo ni el Gobierno de Chile aceptaron este Tratado y Blanco fué desautorizado i sometido a un Consejo de Guerra.

El Gobierno dictó un decreto en que desaprobaba el Tratado i ordenaba continuar la guerra.

Blanco fué absuelto por el Consejo de Guerra i esta sentencia fué confirmada por la Corte Marcial.



CAPITULO III

Campaña de 1838

I PARTE

SUMARIO.—1) Se inicia la campaña.—2) Primeras negociaciones. —3) Fuerzas de los ejércitos.—4) Preparativos para el ataque.—5) En vísperas del ataque.—6) Batalla de Guías.—7) Consecuencias de la batalla.—8) Otros encuentros.—9) Avance de Santa Cruz.—10) Retirada del ejército restaurador.

1) Se inicia la campaña.—Sobre la base del ejército que había hecho la campaña de 1837, se continuó la movilización hasta llegar a una fuerza de 5,400 plazas, con la cual zarpó de Valparaíso el nuevo comandante en jefe don Manuel Bulnes, a fines de Julio de 1838.

Era Bulnes un hombre de gran prestijio militar, ganado paso a paso en las campañas de la independencia, contra los guerrilleros i contra los indios. Por eso su designación fué unánimemente aplaudida en el país.

Sin ningún entorpecimiento llegó la espedición a las costas del Perú i en los primeros días de Agosto inició su desembarco en el puerto de Ancón.

2) Primeras negociaciones.—El primer acto de Bulnes fué entablar negociaciones con Orbegoso que, a consecuencia de un movimiento revolucionario, se hallaba en Lima en el carácter de Presidente interino del Estado Nor-peruano. No tuvo la suerte de ponerse de acuerdo con él i, fracasadas las negociaciones, Orbegoso declaró rotas las hostilidades el 15 de Agosto.

3) Fuerzas de los ejércitos.—En esos momentos el ejército chileno se hallaba ya en las márjenes del río Chillón, más o menos a medio camino entre Ancón i Lima i, frente al ejército de Orbegoso, que ocupaba posiciones al sur del río, a 2 kilómetros de la posición chilena.

Las fuerzas de ambos ejércitos eran:

Ejército chileno

Jeneral en Jefe: Jeneral de Brigada don Manuel Bulnes.

Jefe de Estado Mayor, Jeneral de Brigada don J. M. de la Cruz.

Sub-Jefe de Estado Mayor, Coronel don Pedro Godoi.

Infantería

Batallón	Santiago,	Comandante	Sessé.
»	Portales	»	García
»	Valdivia	»	Gómez
»	Carampangue	»	Valenzuela
»	Valparaíso	»	Vidaurre Leal
»	Colchagua	»	Urriola
»	Aconcagua	»	Silva

Caballería

Jefe: Coronel don Fernando Baquedano
Rejimiento Cazadores, Coronel Baquedano
Rejimiento Granaderos, Coronel Jarpa
Escuadrón Lanceros, Teniente Coronel Jofré
Escuadrón Carabineros, Teniente Coronel García

Artillería

Artillería volante, Jefe: Coronel Maturana.

Formaban estas tropas un total de 5.400 hombres.

Ejército peruano

Batallón 1.º de Ayacucho
» 2.º » »
Lejión número 4
Columnas de Cazadores
Rejimiento Húsares
Escuadrón Dragones de Policía i
4 piezas de artillería de montaña

Formaban estas tropas un total de 3,200 hombres i ocupaban la posición que se llama Chacra de Cerro.

4) Preparativos para el ataque.—Aunque el río Chillón—que de tal no tenía sino el nombre—no constituía obstáculo ninguno, el Jeneral Bulnes no quiso atacar de frente la posición peruana i emprendió una marcha de flanco hacia el oriente con el propósito de efectuar un movimiento envolvente contra el ala derecha de la posición de Chacra de Cerro.

Antes de emprender esta operación, dió un puesto de responsabilidad a cada uno de los altos jefes peruanos que lo acompañaban desde Chile. Los principales quedaron repartidos así:

Jeneral Gamarra, Jefe de la División de Reserva.

Jeneral La Fuente, primer jefe de la vanguardia,

Jeneral Castillo, segundo jefe de la vanguardia.

Coronel Placencia, en el Estado Mayor Jeneral.

Coronel Torrico, primer jefe de la Columna de Cazadores.

Coronel Deusta, segundo jefe de la Columna de Cazadores.

Coronel Laiseca, Comandante del Valdivia.

Coronel Larzundi, agregado al escuadrón Lanceros.

El resto de los oficiales i toda la tropa fueron distribuídos en las demás unidades.

Nada hizo el ejército peruano para impedir el movimiento envolvente del ejército restaurador; pero lo burló retirándose a la posición de Asnapuquio, reputada como una de las más fuertes en esa rejión i situada al NE. de Lima.

Cuando al llegar a Collique tuvo conocimiento Bulnes de esta retirada, dió descanso a su tropa i ordenó un reconocimiento a las nuevas posiciones enemigas. Al día siguiente, 17 de Agosto, emprendió la marcha hacia la hacienda La Legua, con el propósito de interponerse entre el ejército enemigo i la fortaleza del Callao.

En dos días de marcha i pasando por el frente de la posición peruana, llegó a su objetivo (La Legua) i allí permaneció inactivo hasta el dia 21. Esta inactividad no nacía de falta de iniciativa ni de resolución, sino del deseo de dar tiempo a Orbegoso para aceptar las proposicio-

nes de paz i economizar un inútil derramamiento de sangre.

5) En vísperas del ataque.—Aprovechó Bulnes estos días de tregua para efectuar un reconocimiento hacia el Callao con los batallones Carampangue, Valdivia i el escuadrón Carabineros de la Frontera. Quería así preparar un posible ataque a esta fortaleza, pues aún se hallaba indeciso sobre el primer objetivo, que debía elejir. Para decidirlo, en la noche del 20, reunió un Consejo de Guerra, con la concurrencia de los Jenerales Gamarra, La Fuente i Castilla i de los Coroneles Placencia, Godoi i Garrido. Lo que se resolvió fué acercarse aún más a la capital i enviar nuevas proposiciones de paz.

En cumplimiento de esta resolución, el día siguiente a las 12 M., el ejército se puso en movimiento en dirección a Palao.

Orbegoso, por su parte, reunió a su vez una Junta de Guerra en Lima (aún cuando su ejército continuaba en las posiciones de Asnapuquio) i en ella se acordó continuar manteniendo la defensiva con el fin de que ésta les diera tiempo para recibir refuerzos. Persiguiendo este objetivo Orbegoso ordenó abandonar la posición de Asnapuquio i replegarse hacia Lima para apoyarse en sus afueras i defender así directamente la capital.

Tomó una posición que se apoyaba en Lima hacia el oriente i en los cerros de Palao, al occidente. Al sur de la posición quedaba el río Rímac i entre éste i los cerros ya mencionados, un des-

filadero que, a su salida, tenía un terreno pedregoso de difícil transitabilidad para las armas montadas i para la artillería.

Un camino que partía de la portada del Callao, daba acceso al campo de batalla i por él avanzó el Ejército Restaurador, fuerte en 5,000 hombres. El ejército peruano contaba sólo con 3,500 hombres.

6) Batalla de Guías.—Bulnes inició el ataque desde la columna de marcha, que llevaba el siguiente fraccionamiento:

Vanguardia: Jeneral Castilla

25 jinetes del Rejimiento Cazadores
2 compañías de la Columna Lijera

Grueso

1 escuadrón de caballería Granaderos i la I División (al mando del Jeneral Cruz).

Cazadores i Lanceros (Coronel Baquedano) i la II División (al mando del Coronel Godoi).

División de Reserva (Batallón Valparaíso) al mando del Jeneral Gamarra.

Tan pronto como la vanguardia salió del desfiladero, el enemigo rompió sobre ella el fuego, fuego que no fué contestado, según orden espresa del jeneral chileno,

En ese momento Bulnes se encontraba en las últimas fracciones de la columna; pero apenas

sintió los primeros disparos avanzó rápidamente hacia la vanguardia donde dió la siguiente orden:

«La vanguardia atacará de frente a las cuatro compañías desplegadas por el enemigo, debiendo el Coronel Deusta, con las dos compañías de la Columna Lijera, tratar de envolver su izquierda, mientras que los Cazadores a Caballo i Lanceros, a las órdenes del Coronel Baquedano, apoyarán el centro.»

Cumplida inmediatamente esta orden, vió luego Bulnes que las fuerzas destinadas a la primera línea no eran suficientes para vencer la obstinada resistencia que el enemigo oponía, i se vió obligado a ordenar el avance de la I División (Jeneral Cruz).

Mui a tiempo llegó este refuerzo, pues a las tropas de primera línea ya se le habían casi agotado las municiones.

Atacó la División Cruz el ala izquierda enemiga; pero destinando al ataque del centro al Batallón Colchagua i encomendando al Batallón Carampangue el ataque del flanco derecho. El Batallón Valparaíso, a las órdenes del Jeneral Gamarra, quedó como reserva detrás del centro.

Este ataque comenzó a las cuatro de la tarde i una hora después ya las fuerzas peruanas se replegaban hacia la plaza de la ciudad, dejando en el puente sobre el Rímac, las tropas necesarias para su defensa.

Aclarada así la situación, Bulnes dispuso que el ataque continuara contra el puente para

abrirse camino hacia la plaza, i el Coronel Godoi, encargado con la II División de esta nueva tarea, destinó al ataque del puente a los Batallones Valdivia, Santiago i Aconcagua, apoyados por los escuadrones Lanceros, Carabineros i Coraceros.

Los peruanos opusieron tenaz resistencia i fué necesario una hora más de lucha para desalojarlos de su posición.

Abierto así el camino, el avance chileno siguió hacia la plaza con el propósito de continuar allí el combate; pero los enemigos, ya desmoralizados i bastante castigados, se declararon en franca derrota al amparo de las primeras sombras de la noche. Eran las 8 P. M. La oscuridad impidió la persecución. Esta batalla ocurrida el 21 de Agosto, es la que la historia conoce con el nombre de «Batalla de Guías».

La cifra exacta de las pérdidas enemigas no se conoce; pero Bulnes las calculó en 1,000 bajas entre oficiales i tropa, contando los prisioneros. Se tomaron, además, 150 caballos, un pequeño parque i tres piezas de artillería.

7) Consecuencias de la batalla.—La falta de persecución fué causa de que el Jeneral Nieto se pudiera retirar impunemente con un batallón completo hacia el Callao, llevando a esta plaza un valioso contingente, cuya influencia se hizo sentir mui luego en el curso de las operaciones. Fué causa también de que el triunfo de Guías no fuera de un efecto decisivo i que se hiciera necesario poner sitio al Callao i realizar grandes

sacrificios para someter completamente los restos del ejército vencido.

Políticamente, la victoria de la portada de Guías, significó la caída del gobierno Nord-Peruano i su reemplazo por otro que apoyaba debidamente la causa defendida por el gobierno de Chile.

El nuevo Presidente, que fué el Jeneral Gamarra, se hizo un franco aliado de la causa chilena, no sólo porque él i sus colaboradores vieron en ella la conveniencia nacional peruana, sino porque se habían convencido del buen espíritu que animaba a Chile i del desinterés con que se sacrificaba por el Perú.

Junto con elejirse el nuevo Presidente, el Jeneral Bulnes comisionó al Jeneral Cruz para que con los batallones Portales, Carampangue, Valparaíso i Aconcagua i el escuadrón Carabineros de la Frontera, pusiera sitio al Callao. El refuerzo que el Jeneral Nieto había llevado a esta plaza i el tiempo de que había dispuesto para reforzar sus trabajos de defensa, hicieron que todos los esfuerzos del Jeneral Cruz resultaran infructuosos, hasta que la aproximación del Jeneral Santa Cruz hizo forzosa la retirada.

8) Otros encuentros.—Mientras tanto, otras fracciones del Ejército Restaurador, combatían en distintas partes del país contra las fracciones dispersas del ejército nord-peruano, alcanzando, en jeneral, buenos resultados. Una de estas fracciones tuvo el 18 de Setiembre un serio encuentro con las tropas del Jeneral Otero, en la aldea

de Matucana, alcanzando, tras una tenaz resistencia del enemigo, que éste se retirara en el más completo desorden, dejando en el campo 50 muertos i en poder de nuestras tropas 30 prisioneros, 100 fusiles i otros pertrechos.

Este combate abatió un tanto la moral de las tropas de Santa Cruz, pues 262 de los nuestros habían batido a 500 enemigos. El Protector (Santa Cruz) ocultó este triunfo del Ejército Restaurador, no sólo a su ejército, sino aún a los políticos que lo rodeaban.

9) Avance de Santa Cruz.—Entre tanto, Santa Cruz se acercaba lentamente hacia Lima. El 20 de Octubre envió a Bulnes una nota proponiéndole un canje de prisioneros, que no fué aceptado i el 25, por un servicio de esploración enviado hacia Chaclacayo, se tuvo noticias de que el Protector había llegado con su ejército a Tarma i de que continuaba su avance a Lima por el camino Pachachaca, Casapalca, Matucana i San Pedro.

Ante tales noticias, el 29, Bulnes celebró una Junta de Guerra en la cual se discutió si convenía presentar batalla, dividir el ejército para efectuar incursiones hacia el sur o retirarse hacia el norte.

Prevaleció la idea de simular una resistencia al sur de Lima, tomar efectivamente la posición de Asnapuquio, situado al norte i retirarse francamente hacia el Departamento de Huaylas, si el enemigo no se oponía a ello.

10) RETIRADA DEL EJÉRCITO RESTAURADOR.—El 3 de Noviembre, se reunió de nuevo la Junta i en ella se acordó la retirada hacia Huacho, si el enemigo daba tiempo para la operación de embarcar el ejército.

Por este tiempo ya la división de vanguardia de Santa Cruz había llegado a Carampona i el 6, el mismo Santa Cruz llegaba a San Pedro.

Preparando la retirada, Bulnes dispuso que todos los enfermos se embarcaran en Chorrillos, que se requisicionara ganado en las vecindades de Lima i que las tropas se alistaran para marchar hacia Ancón, puerto elejido para embarcar el ejército.

El 8 se inició el movimiento de retirada partiendo del campamento de Quiroz. El mismo día se levantó el sitio del Callao i las tropas marcharon hacia Asnapuquio para reunirse allí con el resto del ejército.

El 11 se efectuó el embarque en Ancón de las tropas de infantería i artillería. La caballería siguió por tierra hasta Huacho. La retirada de Lima a Ancón no fué molestada en ninguna forma por el enemigo.

La causa de esta retirada fué la marcada inferioridad numérica en que Bulnes se iba a encontrar frente a Santa Cruz. El sitio del Callao, que ya duraba más de dos meses, las repetidas incursiones i encuentros con los montoneros i lo malsano del clima, habían producido sensibles bajas en el ejército i si a esto se suma el que para hacer frente a Santa Cruz era forzoso le-

vantar el sitio del Callao, dejando a toda su guarnición en libertad de operar sobre el flanco o retaguardia de Bulnes, se comprende que a éste no le faltaran razones para rehuír una decisión en tales condiciones.

Hizo bien, por consiguiente, Bulnes, en abandonar un teatro de operaciones tan desfavorable para buscar la decisión en otro que le fuera más propicio. Elijió el del norte. ¿Por qué? Porque sabía que allí la población no le era hostil i que le iba a prestar toda su cooperación.

La operación se realizó con toda felicidad, gracias a la inesplicable inactividad de Santa Cruz, que no procedió con rapidez i enerjía desde su llegada a San Pedro. Pudo haber impedido el embarque de Bulnes o, por lo menos, haberlo entorpecido en alto grado.

La escuadra llegó a Huacho el 13 de Noviembre, las fracciones que iban por tierra el 14 i el 15 tres compañías del batallón Huaylas que fueron conducidas por la fragata «Saldívar».



CAPITULO IV

Campaña de 1838

II PARTE

SUMARIO.—1) Primer plan de operaciones del Ejército Restaurador.—2) El ejército en Huaylas.—3) Ofensiva de Santa Cruz.—4) Nuevo plan de Bulnes.—5) Retirada i elección de una posición.—6) La posición.—7) Cómo se hacía la retirada.—8) Combate de Buin.—9) Se ocupa la posición de San Miguel.—10) Una ojeada al terreno.—11) Ocupación de una posición por Santa Cruz.

1) PRIMER PLAN DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO RESTAURADOR.—Reunido ya el ejército, el Cuartel General se estableció en Huaura i el Jeneral Gamarra pidió a Bulnes que se convocara una Junta de Guerra para estudiar el plan de operaciones que se debía desarrollar en este segundo período de la guerra.

A propuesta de Gamarra, en esta nueva Junta de Guerra se aprobó la idea de trasladarse inmediatamente al departamento de Huaylas (hoi Ancash), donde el clima era más favorable, no sólo para el ejército, sino para el gran número de enfermos con que contaba.

Perseguía, además, esta resolución, el objetivo de conseguir que Santa Cruz la contestara trasladándose a Jauja para que, una vez producida esta situación, se pidiera al gobierno de Chile llamar la atención de Santa Cruz operando en Tacna, con unos dos mil hombres, i obligándolo así a distraer fuerzas hacia el sur.

Este plan de por sí ya mui complejo, eventual e improbable, se complicaba aún más al llevarlo a la práctica, pues se debía esperar que Santa Cruz acudiera a Jauja i se desprendiera de una fracción importante de sus fuerzas con el objeto de contrarrestar la demostración que se haría en Tacna, para simular un ataque al sur de Lima, desembarcando fuerzas al efecto, mientras el grueso del ejército operaba decisivamente desde Huaraz hacia Jauja. Como la guerra no acepta estas complicaciones, el plan nació muerto.

2) El ejército en Huaylas.—La marcha del ejército al departamento de Huaylas se inició el 20 de Noviembre, por fracciones sucesivas, y el 3 de Diciembre las últimas unidades llegaban a su destino.

Terminada la concentración en Huaraz se hizo de las tropas la siguiente repartición:

Jeneral Torrico *en Chiquian* con:

Batallón Carampangue
» Portales i
50 soldados del Lanceros

En Recuai

Batallón Valparaíso

En Huaraz

Batallón Colchagua
» Valdivia
» Santiago
la Artillería i Lanceros (menos 50 jinetes)

En Carhuaz

Batallón Aconcagua

En Yungai

Cazadores a caballo

En Caraz

Granaderos

En Huaura

Jeneral Vidal con 150 soldados

Por esta distribución se puede ver, que el despliegue se hizo a lo largo del callejón de Huaylas.

3) Ofensiva de Santa Cruz.—Santa Cruz, por su parte, viendo que el adversario rehuía el

encuentro, resolvió tomar la ofensiva. La noticia de su avance llegó al Cuartel Jeneral de Bulnes el 5 de Diciembre i el 7, el Jeneral Vial, que se encontraba en Huaura, se replegó hacia Pativilca, comunicando que los batallones confederados Pichincha, Arequipa i Ayacucho habían llegado a Sayán i que el resto del ejército de Santa Cruz, marchaba hacia Cayatambo. (Ver la carta respectiva).

Seis días más tarde, el mismo Jeneral daba la noticia de que Santa Cruz marchaba sobre Huaraz.

Juzgando por estos antecedentes, Bulnes vió que las intenciones del jeneral enemigo eran atacarlo en Huaylas i para prepararse envió un servicio de esploración hacia Cayatambo, pidiendo un croquis de la rejión.

4) Nuevo plan de Bulnes.—Consultando en seguida a sus jenerales sobre lo que más convenía hacer, se llegó a la conclusión de que ni la posición que ocupaban, ni el estado en que se hallaba el ejército, hacían viable oponer allí la resistencia con esperanza de buen éxito i de que lo más conveniente era retirarse al interior, a lo largo del callejón de Huaylas, para presentar combate en el momento oportuno.

Dos eran las principales razones de esta retirada: el no haber llegado aún el Jeneral Gamarra con los refuerzos que se esperaban i las buenas condiciones que ofrecía el callejón de Huaylas para resistencias sucesivas. Por otra parte, considerando el estado sanitario del ejército, era fácil esplicarse la desconfianza que en su fuerza

tenía Bulnes. Era tal, que en sólo 20 días se habían producido 300 bajas.

5) Retirada i elección de una posición.—Iniciada la retirada, el Jeneral Torrico, que se encontraba en Chiquian—como ya sabemos—fué atacado el 18 por la vanguardia de Santa Cruz i habría sido deshecho si el sub-teniente Colipí (de orijen araucano) no le hubiera guardado la espalda con una desesperada resistencia en el puente de Buín, sobre el río Llacta. Con sólo 11 soldados del Carampangue, Colipí mantuvo en jaque a las fuerzas de Santa Cruz hasta el completo escurrimiento de las fuerzas de Torrico.

Comisionado el Coronel Placencia para elejir una posición defensiva entre Carhuaz i Corongo, el 25 de Diciembre comunicaba al Cuartel Jeneral, haberlo elejido a 2 kilómetros al N. de Caray. (Posiciones de San Miguel).

No había andado desacertado el Coronel Placencia, pues la posición por la cual había optado, era una de las más fuertes de todo el callejón de Huaylas.

6) La posición.—Con un estenso campo de tiro a su frente, se hallaba apoyada en ambos flancos (véase croquis de la batalla de Yungai o Ancach). Apoyaba su flanco izquierdo en la cordillera de los Andes i el derecho en el río Santa, de riberas tan escarpadas, que resultaba casi infranqueable.

Tenía, además, la ventaja de contar a su espalda con una excelente posición de refujio, constituída por dos desfiladeros que, oportunamente

aprovechados, habrían permitido detener fácilmente una persecución. Es cierto que éste era un recurso de doble filo, pues en el caso de una retirada precipitada, habría conducido a un desastre.

Aceptada la proposición de Placencia, se ordenó al Mayor Molinaris dar comienzo a los trabajos de fortificación que debían reforzar la posición i al Comandante Torres que destruyera el camino que conducía de Yungai a Conchucos, único aprovechable para flanquear la posición.

7) COMO SE HACÍA LA RETIRADA.—Mientras tanto Bulnes reunía sus tropas en Caraz, haciendo venir de Supe 600 enfermos ya restablecidos i ordenando, por intermedio de Gamarra, que el Batallón Cazadores del Perú i la caballería peruana se trasladaran también a Caraz.

El 2 de Enero todo el ejército se hallaba concentrado en Huaraz i Caraz.

Algunos días antes, con el propósito de saber algo del enemigo, Bulnes había enviado al capitán Palma a Chiquian, pretestando un canje de prisioneros. De regreso, este capitán dió cuenta de que las Divisiones Herrera i Morán se hallaban ya en Chiquian i de que el grueso, al mando de Santa Cruz, era esperado el 30.

Siguiendo en su avance, las fuerzas confederadas (Santa Cruz) llegaron el 4 a Recuai i el mismo día continuaron hacia Huaraz. Le iba pisando los talones a las tropas de Bulnes, que el 5 desalojaron a Huaraz.

Los confederados marchaban en el siguiente orden: vanguardia (División Morán) grueso (División Herrera) i caballería, artillería i parque al mando del jeneral Santa Cruz.

El Ejército Restaurador, por su parte, se retiraba en la siguiente forma: un pelotón de lanceros, que sirviendo de retaguardia, iba en contacto con la vanguardia enemiga, después el Cuartel Jeneral i, por fin, las tropas en el siguiente orden: Carampangue, Portales, Valdivia, Valparaíso, Santiago, Colchagua i Aconcagua.

Marchando así ambos ejércitos, el 5 hubo un pequeño choque entre la vanguardia confederada i la retaguardia restauradora del cual resultó prisionero el mayor Fuentes. Interrogado éste por Santa Cruz, dió algunas noticias que tuvieron por consecuencia la resolución de Santa Cruz de apresurar su marcha lo que dió orijen al combate de Buin.

8) Combate de Buin.—Este combate, que pudo ser de desastrosas consecuencias para las fuerzas restauradoras, no produjo ningún daño, gracias al heroísmo con que estas tropas se defendieron; pero esto no obsta a que critiquemos a Bulnes por haberse empeñado en él.

Pudo haberlo evitado con solo cortar el puente que cruzaba el caudaloso arroyo—en esos momentos invadeable—y así no se habría espuesto con fuerzas cinco veces inferiores, a una derrota que le habría sido fatal.

Para dar una idea de la forma en que se desarrolló el combate, trascribimos el parte enviado

por Bulnes al jeneral Gamara, dándole cuenta de su desarrollo:

«Cuartel Jeneral del Ejército Unido Restaurador, 7 de Enero de 1839.

«Excmo. Señor:

«En la tarde de ayer a eso de las 3, emprendió su marcha la última División del Ejército compuesta de los batallones Carampangue, Valdivia i Portales i el escuadrón de lanceros. Salía del pueblo de Carhuaz en dirección de Yungai, continuando la retirada que tenía por objeto la concentración de nuestras fuerzas en el punto céntrico de la línea de comunicación con la base, i cuyo movimiento había sido iniciado una hora antes por los batallones Aconcagua, Santiago, Colchagua i Valparaíso, en el orden citado, i con la interpolación conveniente de los enfermos, ganado i parque.

«Pero habiendo avisado la partida de observación que tenía al enemigo a la vista, a cosa de media legua de la población, mandé acelerar el movimiento indicado tomando la retaguardia los batallones Carampangue i Valdivia con el escuadrón Lanceros al mando del Jeneral Torrico.

«Pues entonces, a la cabeza de los lanceros marché a practicar personalmente en compañía del valiente Jeneral Castilla, habiendo encontrado al enemigo inmediato a las primeras casas del pueblo, contramarché sin poder descubrir su fuerza total, continué el camino de la retaguar-

dia unido a dicho escuadrón para protejer la compañía de cazadores del batallón Carampangue.

«Los últimos cuerpos que precedían esta fuerza desfilaban con dificultad por la estrechez i mal estado del camino, aumentándose éste por una espantosa lluvia que sobrevino a distancia de una milla i lo inundó en el momento, formando un torrente alimentado por infinitas corrientes de la quebrada. Entre tanto el enemigo se acercaba por dos caminos converjentes a puntos de que a la sazón se hallaba la retaguardia detenida por los obstáculos que acumulaban la tempestad i consiguiente retardo de cargas, de parque, enfermos, etc., en riesgo próximo de ser cortadas por el enemigo a quien el terreno i su excesiva movilidad favorecían inmensamente.

«En consecuencia dió orden el Jeneral Torrico al batallón Valdivia que ocupase una cresta en el estrecho puente del Buin para protejer su difícil paso, i el batallón Carampangue que formase en columna en la pendiente de la propia cresta.

«Al momento se descubrió a tiro de fusil i en el camino real una mitad de caballería enemiga i un instante después tres compañías de cazadores sobre la derecha, protejidas por un batallón. Como ya se hubiese desembarazado un tanto el camino i no siendo prudente empeñar una fuerza considerable con un desfiladero a retaguardia, fué sustituído el batallón Valdivia por las compañías de cazadores del Carampangue i las suyas, i atravesó el puente por el lado opuesto cuyo movimiento hice seguir al Carampangue, que conduje

i situé a la izquierda del anterior, frente al desfiladero, colocando al lado de éste el batallón Portales que, precedido de los Lanceros, acababa de desfilar, i cuyo escuadrón cubría al mismo tiempo la pequeña pampa en que se situó.

«Simultáneamente fueron atacadas con vigor dos compañías de cazadores por toda la fuerza enemiga que se ha citado; i como tenían orden de replegarse una vez que se hubiera concluído el paso del puente, lo verificaron sin obstáculo contestando el vivo fuego que hacía tiempo había roto sobre ellos el enemigo. Este fué reforzado por dos batallones más que se desplegaron a nuestro frente, lo mismo que la fuerza antedicha del otro lado del puente, desde donde rompieron su fuego los tres batallones. Sosteníase por ambas partes el fuego con igual viveza: i como los demás cuerpos de nuestro Ejército hubiesen vencido ya mucho más de la mitad de la jornada i los del enemigo fuesen llegando sucesivamente i con inmediación sobre el punto de ataque, ordené que el batallón Carampangue saliese de la línea para formar la reserva, a excepción de su compañía de cazadores, que había quedado sobre el mismo puente, cubriendo el espacio que dejaba el batallón Portales abriendo sus hileras.

«La total reunión del enemigo había dado al combate el carácter más serio, i con este motivo dispuse la contramarcha de los cuerpos del grueso de los cuales el primero había ya vencido su jornada.

«El batallón Valparaíso llegó al fin a las cinco i media de la tarde al lugar del combate i como el enemigo no hiciera progreso alguno se situó también en la reserva fuera de tiro de fusil. Poco después dió parte el Jeneral Castilla que faltaban municiones al Valdivia i con este motivo mandé que lo relevase el Valparaíso. Avanzó este cuerpo en columna en un orden admirable: los enemigos percibieron este movimiento i rompieron sobre su masa un fuego de artilleria de que hasta entonces no había hecho uso, pero sin ningún acierto. A este tiempo empezaba la noche i como el fuego de infantería se debilitase, sólo se ocupó por la compañía de cazadores el frente que ocupaba el Valdivia para contestar i apagar el cañoneo.

«El batallôn Colchagua llegó en estas circunstancias pero era ya concluído totalmente el fuego de la fusilería, i no tuvo lugar en la función.

«En las dos primeras horas del combate fué atacado el puente por el enemigo en dos distintas ocasiones, aunque por pocas fuerzas, la mayor de cuarenta a cincuenta hombres i casi sin ningún oficial, siendo siempre rechazados i cargados hasta su mismo puesto, la primera vez por el teniente Aguirre i subteniente Colipí i la segunda por el esforzado Colipí, que permaneció desde la primera carga del otro lado del puente, que rodeado de cuarenta soldados de los tres cuerpos, no sólo resistía el fuego, sino que cargando a la bayoneta por lo más escarpado del

barranco, sufría las galgas que le desgajaba el enemigo que no tenía valor de esperarlo cuerpo a cuerpo...

«En las cargas al puente se hicieron siete prisioneros i gran número de muertos, consistiendo nuestra total pérdida en dieciséis de éstos i cuarenta i nueve heridos, incluso tres oficiales; la del enemigo ha sido excesivamente mayor, la que, añadiendo el gran número de dispersos que sabemos han tenido, la podemos calcular en cuatrocientos hombres.

El enemigo durante el combate no hizo ninguna alteración en su orden de batalla i se retiró después de anochecer, dejando sólo algunas partidas sobre las márjenes que ocupaba i convencido ya no ser posible llegar a un resultado decisivo, ordené la prosecución del movimiento iniciado, retirándome a las once de la noche.»

Este combate tuvo lugar el 6 de Enero, i el 7 Bulnes llegaba a San Miguel para ocupar las posiciones que ya había preparado el Coronel Placencia.

9) Se ocupa la posición de San Miguel.—La colocación que dió a su ejército, fué la siguiente:

Ala derecha: Santiago i Carampangue en primera línea, Aconcagua a retaguardia;

Ala izquierda: Huaylas, Valparaíso i Valdivia; i

Centro: artillería (cuatro piezas) i a retaguardia de ella el Portales i el Colchagua. En los estremos de la línea quedaron, además, dos piezas de artillería de montaña.

En el primer momento la caballería quedó a retaguardia del campo de batalla, pero con la orden de que, una vez iniciado el combate, los Cazadores pasaran al ala izquierda, los Carabineros al ala derecha i los Lanceros i Granaderos ocuparan los intervalos dejados por los cuerpos de infantería. La caballería recibió poco después el refuerzo de los Cazadores del Perú.

Durante los días 8 i 9 Santa Cruz se quedó en Buín, i Bulnes en su posición, con esploración hacia Yungai.

El 10, Santa Cruz avanzó hacia Yungai i el 12 hizo reconstruír el puente sobre el río Grande, que había sido incendiado por los restauradores.

En la posición de San Miguel, se celebró el mismo día una Junta de Guerra, en la cual se acordó esperar el resultado del reconocimiento del camino de Recuai por los cerros de Huacra, para caer sobre la retaguardia enemiga si Santa Cruz no tomaba la ofensiva.

El 13 Santa Cruz avanzó hasta Yungai i se estableció detrás de la ribera sur del río Ancachs, donde se mantuvo hasta el 16, día en que ordenó un reconocimiento de las posiciones de San Miguel.

El 17, en una nueva reunión de la Junta de Guerra, se resolvió tomar la ofensiva contra Santa Cruz.

10) Una ojeada al terreno.—La posición que Santa Cruz había elejido, se hallaba al sur del

río Ancachs, mirando al norte i estaba apoyada, al este por la cordillera i al oeste por el río Santa. Tenía a su frente, como posiciones avanzadas, los cerros Puyán i Pan de Azúcar, éste último de faldas tan escarpadas, que era de mui difícil acceso, aun para infantería. El pueblo de Yungai le quedaba al sur.

Entre la posición i el río Ancachs, que corre de este a oeste, se estendía una gran llanura que ofrecía un espléndido campo de tiro, i la posición avanzada del cerro Puyán, dominando el camino que venía de San Miguel, le permitía batir en su avance al Ejército Restaurador. Esta posición no fué ocupada sino por dos compañías.

11) Ocupación de la posición por Santa Cruz.—Santa Cruz repartió sus fuerzas en la siguiente forma:

El Jeneral Quiroz al mando de 600 hombres ocupaba la posición avanzada de Pan de Azúcar, en la ribera sur del río Ancachs, i al abrigo de un atrincheramiento, se estendía la línea de combate, formando el ala derecha la División Herrera, con una pieza de artillería i el ala izquierda la División Morán. Tres piezas de artillería tomaron colocación en el centro i más a retaguardia la caballería. También detrás del centro i aún más a retaguardia, quedó el Cuartel Jeneral de Santa Cruz.



CAPITULO V

Batalla de Yungai

SUMARIO.—1) Relación de la batalla.—2) Deducciones.—3) Consecuencias de la batalla de Yungai.—4) Regreso del ejército chileno.

1) Relación de la batalla. — La fuente más completa i ordenada de la relación de esta batalla está en el parte pasado por el Jeneral Bulnes al Jeneral Gamarra i a él nos remitimos. Dice así:

«Excmo. Señor: Obligado à continuar mi marhacia el Sur para aprovecharme de las ventajas reportadas en la memorable batalla de Ancachs, que ha desquiciado la obra de la Confederación Perú-boliviana i echado por tierra las esperanzas de su autor, no me fué posible pasar a V. E. un parte detallado de ella en los primeros momentos, en que tampoco era fácil obtener los datos necesarios para hacerlo con exactitud. V. E. ha tenido la gloria de ser testigo ocular i actor celoso en el estraordinario acontecimiento cuyos

pormenores me cabe hoi la satisfacción de esponer a V. E. después de haber adquirido los conocimientos circunstanciados que para ello son precisos.

«No ignora V. E. que reconcentrado el Ejército unido en Caraz, como el punto más favorable para aceptar una batalla con todas las probabilidades de un éxito feliz, aguardaba con ansiedad que apareciese el Ejército boliviano, i verificase el ataque que todos los antecedentes nos inducía a esperar; mas en el espacio de trece días mis deseos fueron vanos, porque el enemigo se limitó a posesionarse de Yungai, i a conmover todo el país circunvecino, para quitarnos los recursos, i que nos consumiesen lentamente las enfermedades endémicas, que en la presente estación reinan en este país.

«V. E. sabe que habiendo penetrado su intento, resolvimos que el Ejército unido (restaurador) tomase la ofensiva sobre la posición que el enemigo ocupaba en Yungai, distante tres leguas del cuartel jeneral, i al efecto se puso en marcha el 20, a las 5 A. M. en el orden siguiente:

«Cuatro compañías de cazadores a las órdenes del Comandante Valenzuela, otras cuatro a las órdenes del Coronel Lopera del Ejército peruano i un escuadrón de cazadores a caballo, componían la vanguardia, bajo el mando inmediato del valiente Jeneral Torrico. Los batallones Carampangue, Portales i Cazadores del Perú con dos piezas de artillería, formaban la I División, a las órdenes del Jeneral de División del Perú don

Juan Bautista Eléspuru; Colchagua, Valparaíso, Huaylas i seis piezas de artillería componían la II División, al mando del distinguido Jeneral de dicho Ejército, Vidal; i Valdivia, Santiago i Aconcagua hacían la III. La caballería formaba la IV, al mando del bravo i distinguido Jeneral de Brigada don Ramón Castilla.

«En tal disposición avanzó nuestro Ejército, habiendo hecho adelantar el batallón Aconcagua sobre nuestro flanco izquierdo, con la orden que subiese un cerro alto i escarpado que dominaba el camino, i principalmente la angostura que forma el terreno como a dos leguas de distancia estrechándose entre las montañas i el río Santa.

«Este batallón venció el obstáculo en el mejor orden, i se reunió al Ejército que se hallaba ya situado fuera del desfiladero sobre la hacienda Punyán, sin contestar al fuego que le hacían compañías de infantería boliviana, situadas ventajosamente sobre la eminencia que domina todo el perímetro llamado Pan de Azúcar, cuya altura de acceso casi perpendicular, i aislada entre las tierras de dicha hacienda i una cadena de montañas que se advierte al Este del terreno que ocupábamos, se levanta a vanguardia el punto de Ancachs i al flanco izquierdo del camino.

«Entonces los enemigos cubriéndose por las quebradas que forma la cerranía i el cerro aislado ya mencionado, destacaron dos compañías a tomar la altura por donde habían descendido el Aconcagua para flanquear nuestra izquierda.

«Inmediatamente dispuse que el Teniente Coronel graduado López con tres compañías de los batallones Portales, Valdivia i Huaylas, se apoderase de la eminencia i batiese a los enemigos; i en seguida ordené que la columna de Cazadores avanzase hasta la casa de Punyán sostenida por otras tres columnas paralelas que se formaron de la I División, con el objeto de desalojar cualquiera fuerza enemiga que hubiese emboscada en sus inmediaciones, i particularmente para apoderarnos de una pequeña altura que forma el contrafuerte del cerro elevado, en que, como queda dicho, se hallaban establecidas cinco compañías de cazadores enemigos i desde el cual me permitía reconocer bien la situación que ocupaba el Ejército boliviano.

«En efecto, una mitad de caballería que estaba á nuestro frente observando por algún tiempo los movimientos del Ejército, desapareció mediante dos tiros de cañón que se dispararon, i habiendo quedado todo el terreno hasta la casa por nuestro, reconocí que a pocas cuadras de distancia, se encontraba un barranco profundo de bordes mui escarpados por cuyo cauce corre un pequeño río, que bajando de la Cordillera corta horizontalmente el terreno, i se precipita en el Santa que al otro lado de la barranca habían formado los enemigos un parapeto de piedra bastante consistente, apoyando su derecha a una altura de segunda orden contigua a la cordillera, i su izquierda al río Santa, cubriendo su centro un obús i dos piezas colocadas sobre el desfiladero.

«Desde luego conocí que su línea estaba bien establecida, que teniendo como tenían ocupada la altura de Pan de Azúcar, la reputé como una plaza fuerte, cuyo ataque debía comenzar por las obras esteriores.

«Durante esta observación se me dió aviso que fuerzas superiores subían por la altura del Este, sin duda con la intención de incomodar nuestra retaguardia, las cuales fueron obligadas a descender precipitadamente por las fuerzas citadas que mandaba López; i con el fin de cortarles la retirada, ordené al Coronel graduado Comandante del Aconcagua, don Pablo Silva, marchase por la quebrada que forma el cerro de Pan de Azúcar i la montaña del Este, yendo advertido que tal vez tendría que batirse con fuerzas mayores. Este cuerpo se encontró a corta distancia de otro enemigo situado a la falda de la montaña, que sostenía a la vez las compañías que habían subido por ellas i las que estaban sobre Pan de Azúcar.

«Un vivo fuego se empeñó por ambas partes i los enemigos cerciorados de que su resistencia sería inútil, empezaron a ceder el terreno al bravo Aconcagua, que fué dirijido con intelijencia i acierto por su arrojado Comandante.

«Conocido que era el momento llegado de forzar la primera posición, determiné que las compañías de Cazadores de Valparaíso, Carampangue, Santiago i sesta de Cazadores del Perú, mandadas por el Comandante Valenzuela, al que acompañaba el bizarro Coronel peruano Ugarte-

che, subiesen a la altura i se dirijiesen por la izquierda, centro i derecha. Los enemigos rompieron un fuego vivísimo sobre nuestros cazadores, los cuales contestaban ganando siempre terreno hacia arriba.

«Ni el número de los enemigos ni el cansancio que esperimentaban al trepar una elevación tan pendiente, pudieron entibiar su ardor. Ellos, a costa de fatigas i de una audacia sin ejemplo, despreciando el fuego de cañón que partía del campo enemigo, vencieron con una resistencia heroica tamaños obstáculos i llegados a la cumbre arrollaron a bayonetazos a enemigos tan encarnizados que aumentaban su defensa arrojando piedras sobre nuestros valientes en el furor de la desesperación.

«Las cinco compañías que defendían Pan de Azúcar, perecieron todas, con ellas el Jeneral Quiroz que las mandaba, un Coronel i sus demás oficiales.

«En posesión ya de este punto tan importante, dirijí mis miras hacia el atrincheramiento defendido por los batallones 1, 2 i 3 de Bolivia, Pichincha, Ayacucho, Cazadores del Centro, Arequipa, cuatro piezas de cañón, el rejimiento Lanceros de Bolivia i la escolta del Jeneral Santa Cruz, cuyos dos cuerpos constaban de 650 caballos, ascendiendo el total de estas fuerzas a más de 5,500 hombres, de los cuales tres batallones i toda la caballería formaban su reserva.

«A pesar de este número que se duplicaba en mi concepto, por las inespugnables posiciones en

que se hallaba atrincherado el enemigo, no vacilé en atacarle con medios inferiores, conociendo que todo lo arrostraría el denuedo del valeroso Ejército unido restaurador. Al efecto ordené que una compañía del Colchagua reforzase al batallón Aconcagua, i aquél a las órdenes de su Comandante el valiente Coronel graduado don Pedro Urriola, i Valdivia al del bravo Mayor Gormaz, marchasen por el camino real, i oblicuando a la izquierda, atacasen la derecha de los enemigos, ligando ésta operación con la del Aconcagua que debía circundar a Pan de Azúcar i que el Portales a quien acompañaba el valiente Coronel peruano Montoya, atacase por el mismo camino real.

«Un fuego redoblado dió principio a esta escena sangrienta, i el Portales que se empeñó con toda la línea enemiga, embistió contra sus parapetos con una intrepidez de que hai pocos ejemplos, después de haber arrollado al número 4 de Bolivia que estaba avanzado de su línea.

«En tales circunstancias, dispuse que el batallón Cazadores del Perú, al mando de sus bravos jefes Frisancho i Salaverry, i medio batallón del Huaylas a las órdenes de su esforzado Coronel Deusta, entrasen a la línea por nuestra izquierda; que el Valparaíso sostuviese al Portales, i que el Carampangue, Santiago i el otro medio del Huaylas, mandados por sus respectivos i denodados jefes Mayor Zañartu, Coronel graduado Sessé i Coronel Vivero, atacando sobre la izquierda enemiga con todo vigor, procurasen flanquearla.

Para apoyar este movimiento jeneral, ordené que se situasen dos piezas de artillería en el camino real i dos en el contrafuerte del cerro Pan de Azúcar; que dos escuadrones de Cazadores a caballo se colocasen sobre dicho camino, i que el 3.° del mismo rejimiento, con los lanceros i carabineros i una pieza de artillería, siguiesen por nuestra derecha a las órdenes del Jeneral Castilla, para sostener el esfuerzo que debían hacer aquellos tres batallones.

«Inmediatamente comenzó el fuego en toda la línea, haciéndose más mortífero a medida que nuestros soldados a cuerpo descubierto ganaban terreno sobre el campo enemigo.

«Los dos batallones Portales i Valparaíso a las órdenes de sus dignos Comandantes García i Vidaurre Leal, hacían prodijios de valor, arrojándose sobre los atrincheramientos, i despreciando una muerte cierta, mientras que por nuestra derecha conservaba el fuego la mayor intensidad, i nuestras piezas jugaban con buen éxito.

«Los enemigos, al ver tanto arrojo i el ciego furor con que por esta parte atacaba el batallón Carampangue, conociendo al mismo tiempo que estas tropas pasaban el gran barranco que dividía las dos líneas, i los alcanzaban a la bayoneta, comenzaron a ceder, abandonando sus posiciones i replegándose sobre su derecha.

«Mientras esto sucedía, el Jeneral Cruz, jefe del Estado Mayor Jeneral, dispuso que los escuadrones situados sob re el camino real, variasen de dirección a la derecha, i se dejasen caer al zan-

jón por el flanco izquierdo enemigo, venciendo un paso casi inaccesible para caballería.

«El intrépido Coronel del rejimiento Cazadores a caballo don Fernando Baquedano, puesto a la cabeza del primero de los espresados escuadrones, cargó con el mayor denuedo a la infantería enemiga con las primeras mitades que pudo formar. El vivo fuego de los contrarios i la escabrosidad del terreno, lleno por todas partes de zanjas i cercas, desordenaron este escuadrón, que se vió obligado a retirarse, porque también un escuadrón enemigo acudió en protección de su infantería. A este tiempo el escuadrón Lanceros i Granaderos, mandado por el Capitán Palacios, había logrado vencer el desfiladero, i con este ausilio, el primer escuadrón de Cazadores se rehizo al momento, i ambos cargaron al enemigo poniéndolo en fuga. Apoyado éste por una gruesa reserva de ambas armas, obligaron a los nuestros a replegarse sobre el flanco derecho del segundo escuadrón de Cazadores i de Carabineros de la frontera mandado por su valeroso Comandante García, i tercero de aquel rejimiento, que habían recibido también la orden de cargar i vencido ya el paso del zanjón.

«La simultaneidad, prontitud i arrojo con que todos estos cuerpos, puestos a la carga, ejecutaban sus movimientos en los instantes en que por todas partes se esparcía la muerte, llenaron de espanto al enemigo.

«El terror se apoderó enteramente de ellos cuando vieron atacada su reserva, i mezclada

nuestra caballería con sus tropas de ambas armas.

«Entonces nuestra infantería que había ya flanqueado su izquierda, redoblando sus esfuerzos saltó por los atrincheramientos enemigos, rompió sus filas, i los puso ya en completa i desordenada fuga, contribuyendo eficazmente a este brillante triunfo el escuadrón Granaderos a caballo, al mando de su Comandante Jarpa, que había quedado de reserva en la casa de Punyán, i que cargó oportunamente.

«La persecución fué tan valiente, que la caballería enemiga entraba mezclada con nuestros soldados por las calles de Yungai, i en esta disposición siguieron hasta tres leguas, quedando el campo por todas partes sembrado de cadáveres contrarios.

«Asi terminó una de las batallas más encarnizadas i sangrientas que jamás se han visto en América: batalla que empezó a las diez de la mañana i concluyó a las cuatro de la tarde. Los enemigos se han defendido con una tenacidad estraordinaria; pero nada ha bastado a resistir el vigoroso brazo de los ínclitos guerreros que componen el Ejército Unido.

«Ellos tienen la satisfacción de anunciar al Perú, que está mui cerca el día en que purgando completamente su suelo de los soldados que condujo el conquistador boliviano para oprimirlo, pueda presentarse ante el mundo como una nación independiente i dichosa.

«El enemigo ha perdido en la gloriosa jornada de Ancach, dos Jenerales i más de mil cuatro-

cientos soldados muertos, entre los cuales se cuenta un número considerable de oficiales; tres Jenerales, nueve Coroneles, ciento cincuenta i cinco oficiales de todas guarniciones, i mil seiscientos soldados prisioneros, sin contar con las partidas de dispersos que diariamente se presentan, siete banderas, toda su artillería i parque, dos mil quinientos fusiles, cajas de cuerpo, botiquines, i todo el material de su Ejército, pudiendo asegurarse que sólo Santa Cruz ha escapado con algunos Jefes bien montados, i ciento i tantos hombres de caballería que se fugaron en diferentes direcciones, la mayor parte desarmados i heridos.

«Nuestra pérdida ha consistido en un Jeneral, dos jefes, once oficiales i doscientos quince individuos de tropa, muertos; i veintiocho oficiales i cuatrocientos siete soldados heridos.

«Posteriormente pasaré a V. E. un estado por cuerpo de los muertos i heridos.

«Entre tanto considero un deber mío recomendar a V. E. al Jeneral Jefe del E. M. J., don José María de la Cruz, quien con una serenidad imperturbable, ha dado colocación a las fuerzas i continuado su activo servicio durante toda la acción.

«Así mismo exije la justicia que haga una particular mención del mérito contraído en esta campaña por el Coronel don Antonio Placencia, Ayudante Jeneral, i Comandante en el E. M. J. cuyos conocimientos i empeñosa contracción me han sido siempre de la mayor utilidad.

«Igualmente creo que debo hablar en este lugar de la consideración a que es acreedor el esforzado Comandante del Portales don Manuel García, que condujo su cuerpo al combate con una singular intrepidez i bizarría, acompañado siempre en lo más duro del choque por el valiente Mayor Torres.

«Séame, por último, permitido pagar aquí un tributo de admiración i respeto a la memoria del benemérito i bravo Jeneral Eléspuru, del veterano i valiente Comandante Valenzuela, del no menos denodado Mayor Olivares, i de once oficiales que han terminado su carrera ilustre con una gloriosa muerte en el campo de batalla.

«Me faltarían espresiones, Excmo. Señor, si tratase de encomiar el entusiasmo i decisión de los Jenerales, jefes i oficiales i soldados del Ejército Unido.

«Todos anhelaban el momento de llegar a las manos con nuestros orgullosos enemigos; todos han hecho una heroica ostentación de su valor, i todos han hecho ver que eran campeones dignos de combatir por la causa santa, cuya defensa les estaba encomendada.»

2) Deducciones.—Hasta el combate de Buin, nada podía hacer presumir que Santa Cruz se hallara espuesto a sufrir una derrota; pero su cambio de actitud, en lo que se refería a la enerjía de su avance, su falta de iniciativa i resolución i, por fin, su inesplicable decisión de cambiar por defensiva la ofensiva que había iniciado

en Lima, lo colocó en esa situación desfavorable que lo llevó al fracaso.

¿Por qué, contando con una gran superioridad numérica renunció a la ofensiva? ¿Por qué renunció a todas las ventajas morales i a la iniciativa que le ofrecía la ofensiva?

La segunda causa de su desastre fué el mal aprovechamiento que hizo de la posición de Ancachs.

En vez de colocarse delante del río, para apoyarse en las dos fuertes posiciones avanzadas que le ofrecían los cerros Puyán i Pan de Azúcar, hizo ocupar débilmente estas posiciones i se colocó tan a retaguardia, que no se halló en situación de poderlas apoyar. Condenó así a esas tropas adelantadas a un desastre seguro,

La consideración de no dejar un obstáculo a su espalda tenía poco valor, pues el río era vadeable en muchas partes i porque pudo cubrirlo de puentes, fáciles de hacer volar en caso de una retirada.

Su punto débil, su flanco izquierdo, no lo reforzó suficientemente i esta fué otra de las causas de su derrota.

Formaron contraste con estas disposiciones las que tomó Bulnes, todas mui atinadas i oportunas.

3) Consecuencias de la batalla de Yungai. — Con el triunfo de Yungai Chile alcanzó el objetivo que perseguía: librar al Perú de la dominación boliviana de Santa Cruz.

Las consecuencias inmediatas de la batalla fueron:

1) Disolución del Ejército Confederado,

2) Disolución de la Confederación Perú-Boliviana,

3) Afianzamiento del Gobierno peruano y

4) Derrocamiento de Santa Cruz en Bolivia.

4) Regreso del ejército chileno.—Tan pronto como terminó la persecución del enemigo, el Ejército Restaurador regresó a Lima por el camino Chiquian—Cayatambo—Tarma—Jauja.

Las fuerzas que ocupaban la capital se retiraron al aproximarse la vanguardia restauradora (la caballería al mando del Jeneral La Fuente) huyendo el Jeneral Vijil al sur i encerrándose en el Callao el Jeneral Morán.

El 24 entró en Lima el Jeneral Gamarra y el 8 de Marzo se le rendía la plaza del Callao.

El Jeneral Bulnes se estableció con su ejército en Huancayo dispuesto a permanecer allí hasta ver completamente afianzado el gobierno del Jeneral Gamarra. Cuando ya lo creyó así, renunció al puesto de Jeneral en Jefe del Ejército Restaurador i se puso de acuerdo con el Jeneral Gamarra para entrar en Lima i preparar el regreso de su ejército,

Entró en Lima el 18 de Abril, comenzó la evacuación a mediados de Junio i el 19 de Octubre las últimas fracciones del ejército se embarcaban para Chile.

QUINTA PARTE

GUERRA DEL PACIFICO



CAPITULO I

Causas i declaración de la guerra

SUMARIO.—1) Fronteras determinadas por el uti possidetis.—2) Tratado de 1866.—3) Bolivia anula el Tratado del 66.—4) Convenio Lindsay-Corral. — 5) Conspiración de Quevedo.—6) Perú interviene en el conflicto.—7) Tratado secreto.—8) Tratado de 1874.—9) Nuevo impuesto al salitre.—10) Remate i reivindicación de las salitreras.—11) Ocupación de Antofagasta.—12) Buenos oficios del Perú.—13) Perú quería sólo ganar tiempo.—14) Ya estaba resuelta la guerra en el Perú.—15) Lavalle en Chile.—16) Bolivia declara la guerra.—17) Neutralidad Peruana.

1) Fronteras determinadas por el uti possidetis.—Múltiples fueron las causas de la guerra i mui remotos sus oríjenes, de suerte que escudriñarlos a fondo, es tarea que sale de los límites del presente trabajo.

La causa primaria fué sin duda la falta de límites precisos con que las naciones americanas llegaron a obtener su independencia. España, que era dueña de casi todas ellas, no daba importancia a esa cuestión, como no la damos nosotros hoi, entre nuestras provincias.

De aquí resultó, que al hacerse independientes, los países adoptaron como límites, los que resultaban del *uti possidetis* de la época de la independencia. Este sistema no ofrecía inconvenientes mientras no apareciera un motivo especial para incluir en el territorio una zona determinada; pero cuando tal caso llegaba, invariablemente, se suscitaba una dificultad o una controversia.

Esto fué lo que ocurrió entre Chile y Bolivia. Hasta 1843, nadie se ocupó ni pensó en la necesidad de fijar exactamente los deslindes entre ambos países; pero en ese año, se aprobó en Chile una ley que se llamó «Ley de los huanos», en que se declaraba que el paralelo 23 era el límite septentrional del territorio, e inmediatamente el gobierno boliviano protestó, diciendo que, según el *uti possidetis*, era el grado 26.

Había aparecido el motivo especial para poseer oficialmente una zona determinada—el interés por el huano—i junto con él, apareció la controversia.

2) Tratado de 1866.—Fué tan grave la disidencia, que la guerra estuvo a punto de estallar en 1863. Felizmente, tres años más tarde, bajo el gobierno boliviano del Jeneral Melgarejo, se celebró un tratado en que se estableció:

1.° Que el límite internacional quedaba determinado por el grado 24;

2.° Que, no obstante, los derechos de exportación que pagaran los guanos i los minerales de la zona comprendida entre los grados 23 i 25, se partirían por mitad entre Chile y Bolivia;

3.° Que con este fin se habilitaría la Aduana de Mejillones (boliviana) que sería la *única* que podría percibir esos derechos;

4.° Que en resguardo de sus derechos, Chile podría nombrar empleados que fiscalizaran la contabilidad de esa aduana, concediéndose igual prerrogativa a Bolivia, si Chile establecía alguna aduana en el grado 24;

5.° Que quedaría libre de impuesto todo lo que se esportara en la zona comprendida entre los grados 23 a 25, excepción hecha del guano i minerales, como lo quedarían también los productos naturales que Chile introdujera por Mejillones;

6.° Que de común acuerdo entre los dos gobiernos se establecería el sistema de esplotación i venta del guano i que en la misma forma se determinarían los derechos de esportación de los minerales, etc.

Este tratado llevaba, en la medianería que estableció, el jermen de interminables dificultades, pues creaba para la soberanía de Bolivia, una situación hasta cierto punto depresiva, obligándola a someter su administración a la fiscalización de empleados estranjeros.

Pero la cláusula que orijinó mayores controversias, fué la que estableció un derecho para los metales o minerales que produjera la zona afectada por el impuesto común, pues al firmarse el tratado, no se sospechaba siquiera que allí pudiera existir salitre.

Aparecido éste, comenzó una larga discusión entre las cancillerías para dilucidar si Chile tenía o no derecho a fiscalizar la aduana de Antofagasta, especialmente habilitada para su esportación, i si el salitre era o no mineral.

Se ha hecho a Chile el cargo de haber conseguido este tratado con el propósito de ir preparando su proyecto de adueñarse del litoral boliviano, olvidándose de que Melgarejo le dió para ello una brillante ocasión i que Chile no quiso aprovecharla.

En efecto, no teniendo confianza en la tropa boliviana, pidió al gobierno de Chile que enviara a Cobija (puerto en la costa de Bolivia) una guarnición militar i Chile, pudiendo hacerlo, defirió a las indicaciones del ministro boliviano en Santiago i postergó el envío de tropas.

3) Bolivia anula el Tratado del 66.—Un nuevo cambio en la situación se produjo en 1871, con motivo del derrocamiento del gobierno del Jeneral Melgarejo, pues uno de los primeros actos de la Asamblea Lejislativa que se constituyó, fué dictar una lei por la cual *se declaraban nulos todos los actos gubernativos del dictador Melgarejo.* Esta declaración alcanzaba también al tratado celebrado con Chile en 1866.

De tan inusitado procedimiento pudo aprovecharse Chile para retrotraer las cosas hasta la víspera de ese tratado, fecha en la cual este país se reconocía como dueño del territorio hasta el grado 23; pero, en vez de esto, inició negociación para mantener en vigor el tratado del 66.

4) Convenio Lindsay-Corral.—Resultado de estas negociaciones, fué el *Convenio Lindsay-Corral*, firmado a fines de 1872.

Los acuerdos esenciales de este Convenio, fueron declarar que el límite entre ambos países sería determinado por el paralelo 24, que el salitre, el bôrax, los sulfatos, etc., quedaban comprendidos entre los minerales i que a Chile se concedía el derecho de fiscalizar las aduanas bolivianas que se establecieran entre los grados 23 i 24, lo mismo que a Bolivia, recíprocamente, las que Chile estableciera entre los grados 24 i 25.

Aunque este Convenio no fué del agrado de los chilenos, su Congreso lo aprobó. No pasó lo mismo en Bolivia, donde, con el objeto de diferir sobre él el pronunciamiento del país, el Congreso rehusô discutir el Convenio con el pretesto de que tal facultad correspondía a la Asamblea ordinaria de 1874. En el fondo, la razón era otra, como luego se verá.

5) Conspiración de Quevedo.—Es mui posible que haya influído también en esta resolución de la Asamblea boliviana, un enojoso incidente diplomático del cual resultó que el gobierno chileno cortó sus relaciones con el ministro de Bolivia en Santiago i denunció su conducta al gobierno de La Paz.

Lo ocurrido fué lo siguiente: un emigrado boliviano, el Jeneral don Quintín Quevedo, ayudado por algunos chilenos que tenían intereses en Bolivia, organizó una espedición descabellada que perseguía el propósito de provocar un cambio de

gobierno en aquella república i logró salir de Valparaíso con dos buques que lo llevaron a Antofagasta.

Desembarcado aquí, sorpresivamente se apoderó de la ciudad, aunque sólo por poco tiempo, pues a la noticia de que llegaban tropas bolivianas, abandonó el puerto.

De este incidente el ministro boliviano en Santiago hizo responsable al Intendente de Valparaíso enviando, a la vez, al gobierno de la Moneda una nota en que preguntaba qué medidas se habían adoptado para castigar a los cómplices de Quevedo i agregando: «Los inmediatos promotores i encubridores del crimen están aquí, bajo la alta jurisdicción del gobierno de Chile».

Esto ocurría el año 72 y el Perú que, a pesar de todo lo que Chile le había ayudado, i tal vez por eso mismo, no perdía ocasión de tramar algo contra él, aprovechó la oportunidad para alármar a Bolivia, diciéndole que el autor de esa espedición era el gobierno de Chile i animándole para buscar en el Perú las fuerzas que le faltaban para hacerse respetar. Este fué, sin duda alguna, el orijen del tratado secreto que poco después se firmó entre esos dos países.

6) Perú interviene en el conflicto.—No contento con esto, i aprovechando la gran superioridad marítima que en esos momentos tenía, el Perú hizo una demostración naval en Mejillones con el «Huáscar» i el «Chalaco» i en seguida el Ministro de Relaciones ofició a su ministro en Santiago, manifestándole la sorpresa con que el

Perú había visto que Chile hubiera mandado construir dos blindados que no le eran necesarios para su defensa. Le agregaba que las sospechas suscitadas por la salida de Quevedo de Valparaíso, aparecieron agravadas con la presencia de buques chilenos en el litoral boliviano en el momento en que Quevedo llegaba a Antofagasta i que en vista de esos testimonios irrecusables, el gobierno del Perú había hecho una demostración naval en Mejillones. Terminaba encargándole poner en conocimiento del gobierno de Chile que «el Perú no sería indiferente a la ocupación del territorio boliviano por fuerzas estrañas».

Se ve, pues, que el Perú aprovechaba la primera oportunidad para molestar a Chile i congraciarse con Bolivia, suponiendo, sin ningún antecedente serio, que aquel país quería apoderarse del litoral boliviano. Fué una deducción traída por los cabellos. I era que le urjía suscitar un conflicto, antes que la llegada de los buques chilenos, estableciera el equilibrio naval entre ambos países.

¡Con cuánta frecuencia muestra la historia que el único móvil que rije la política de las naciones es la conveniencia! Al Perú no le convenía que Chile dominara en el Pacífico i, mucho menos, que fuera un competidor en la venta del salitre en la cual pretendía él establecer un monopolio, i ante estas razones, olvidó los sacrificios que Chile hizo para libertarlo de la dominación española,—sacrificios de sangre i de dinero que él no había pagado,—los esfuerzos que le

costaron librarlo de la dominación boliviana en 1838 i su abnegada cooperación en 1866, en que Chile se puso a su lado en nombre de la solidaridad americana, sin otra espectativa que la de recibir graves perjuicios, como, en efecto, los recibió.

7) Tratado secreto.—En 1873 Chile nombró Encargado de Negocios en Bolivia al distinguidó político don Carlos Walker Martínez, diplomático que llegó a ese país animado del más ardiente deseo de colocar las relaciones de ambos países en un pie de perfecta cordialidad.

Mas, apenas llegó a La Paz se dió cuenta de lo difícil que se presentaba su misión, porque halló en todas partes cerradas las puertas a cualquier avenimiento. I era que ya los bolivianos se sentían apoyados por el Perú, que había hecho causa común con Bolivia, por medio de un pacto secreto canjeado en La Paz el 16 de Junio de 1873.

Colocados en este plano, era natural que se sintieran fuertes i capaces de imponer la lei i, sin embargo, para mayor seguridad, creyeron indispensable buscar la cooperación de Arjentina invitándola a suscribir el pacto. Este país, que también podía sacar gran provecho del derrumbamiento o desmembración de Chile, (la anexión de la Patagonia) acojió con agrado la invitación i a tiempo ya de formalizarse la triple alianza, un acontecimiento inesperado la vino a desbaratar: la prematura salida de Inglaterra del blindado «Blanco Encalada».

Chile, que sentía cernir sobre su cabeza un gran peligro, apresuró la terminación del blindado i lo hizo partir en cuanto se halló listo para hacerse a la mar. Este solo buque restableció ya el equilibrio naval en el Pacífico i calmó, como por encanto, la belicosidad de los vecinos.

Nada concreto se sabía en Chile sobre el pacto secreto; pero ciertos rumores llegados a la cancillería produjeron la benéfica alarma de pensar en una posible guerra. La sola actitud intempestiva del Perú de preguntar a Chile por qué compraba dos blindados, debía ya haberla producido. ¿Con qué derecho se interpelaba así a un país vecino que no hacía otra cosa que reconquistar la supremacía naval que siempre había poseído? ¿Interpeló Chile al Perú cuando este país adquirió los blindados «Huáscar» e «Independencia»?

8) Tratado de 1874.—Calmados ya los ánimos, le fué posible a Walker Martínez convenir con el Ministro de Relaciones de Bolivia don Mariano Baptista, en reemplazar el tratado del 66 por otro que se firmó en 1874 i que tuvo por principal objeto suprimir la medianería que tantas dificultades había creado. En este tratado Chile renunciaba al derecho de esportación de los minerales situados entre los paralelos 23 i 24; pero Bolivia se comprometía a no aumentar durante 25 años las contribuciones existentes sobre los capitales e industrias chilenas i a mantener en servicio, como puertos mayores, a Mejillones i Antofagasta.

Esta última disposición tenía para Chile gran importancia, pues la casi totalidad de las indus-

trias i de los capitales existentes en Antofagasta eran chilenos.

9) Nuevo Impuesto al salitre.—Todo marchó aparentemente bien hasta 1878, época en que un nuevo dictador boliviano, el Jeneral don Hilarión Daza, viendo agotados sus recursos y dando salida a sus sentimientos antichilenos, hizo dictar una lei que imponía un impuesto de 10 centavos a cada quintal de salitre que se esportara por Antofagasta.

Este impuesto hería de muerte la industria salitrera, que era netamente chilena, pues la colocaba en situación de no poder competir con el salitre peruano de Tarapacá e importaba una abierta violación del tratado del 74, en que Bolivia se había comprometido a no imponerle contribución alguna durante 25 años.

Como era natural, surjió de aquí una protesta chilena que jeneró un largo cambio de notas i proposiciones que no lograron restablecer la tranquilidad. Bolivia se negó a derogar la lei i aún a suspender sus efectos, mientras la dificultad se resolvía por medio del arbitraje, i como la Compañía de Salitres de Antofagasta se negara a pagar el impuesto, ordenó la prisión del jerente i el embargo de los bienes de la Compañía.

Ante esta actitud Chile vió que le iba a ser difícil evitar la guerra; pero continuó en su política de conciliación, sin perder la esperanza de llegar a un arreglo.

10) Remate i reivindicación de las salitreras.—Pero el 7 de Febrero de 1879 recibió un telegra-

ma del cónsul chileno en Antofagasta en que se le daba la noticia, funesta para los intereses chilenos, de que el Prefecto de ese puerto había comunicado el día 5 a la Compañía de Salitres, un decreto por el cual se ordenaba el remate público de los bienes embargados.

Esto significaba para Chile que Bolivia no cedía un ápice en el proyecto de violar el tratado i de arruinar la industria chilena i, además, que surjía el grave peligro de que esos bienes pasaran a una compañía estranjera, complicando así la situación.

Tras esta noticia, llegó a Santiago, con fecha 11 de Febrero una comunicación del Ministro chileno en la Paz, poniendo en conocimiento del Gobierno que con fecha 1.° de Febrero se había dictado en Bolivia un decreto en que se *reivindicaban las salitreras que se hallaban en poder de la compañía chilena.*

11) Ocupación de Antofagasta.—Esto colmó la medida i al Gobierno chileno, en resguardo de los intereses de sus connacionales, no le quedó otro recurso que acordar la ocupación de Antofagasta por buques i tropas chilenas. Así evitaba el remate, que era lo mas urjente.

Naturalmente que esa serie de medidas del gobierno boliviano no tendían sino a provocar la guerra i, por eso, junto con tomarlas, se preparaba para ella i enviaba al Perú al señor Reyes Ortiz con la misión de pedir *la adhesión de ese país a la guerra con Chile.*

El Ministro peruano, Quiñones—que era el confidente de Daza—lo confirma diciendo: «*Sabiendo a que atenerse respecto a la actitud del gobierno del Perú*, Reyes Ortiz se trasladará al litoral boliviano con el fin de organizar las fuerzas necesarias para arrojar de Antofagasta a la compañía Hicks i recuperar las salitreras». (La primera parte de esta frase la hemos subrayado nosotros).

Hicks era el jerente de la compañía de salitres.

A Reyes Ortiz lo sorprendió en Lima la ocupación de Antofagasta i tomó parte en la reunión que se celebró en el Ministerio de Relaciones Esteriores i de la cual resultó la designación de Lavalle como plenipotenciario en Chile para ofrecer la mediación del Perú, sobre la base de que Antofagasta sería desocupada. Quedó establecido en esa reunión, que si Chile no aceptaba la desocupación, el Perú, en cumplimiento del tratado secreto, le declararía la guerra.

En cumplimiento de la orden del gobierno de Chile, el 14 de febrero fondearon en la bahía de Antofagasta el «Blanco», el «Cochrane» i la «O'Higgins». Todavía llegaban a tiempo para impedir el remate de las salitreras e inmediatamente desembarcaron 100 infantes i 100 artilleros ante los cuales se rindieron los 40 policiales que en la ciudad habían. Como jefe de las tropas chilenas iba el Coronel Sotomayor.

En la población el entusiasmo fué jeneral, i un momento más tarde, se veía flamear en todas las casas la bandera chilena.

12) Buenos oficios del Perú.—Dado este paso de gran trascendencia, tocaba a Chile averiguar cuál sería la actitud del Perú i, por eso, apenas se ordenó la ocupación de Antofagasta, el Ministro de Relaciones don Alejandro del Fierro, invitó a su despacho al Encargado de Negocios peruano, señor Paz-Soldán i puso en su conocimiento lo ocurrido. El señor Paz-Soldán ofreció inmediatamente los buenos oficios del Perú, si se retardaba por algunos días la ocupación de Antofagasta.

Como ya sabemos, Chile no podía aceptar esa proposición, pues su principal objetivo era impedir el remate de las salitreras, hecho inevitable, si se posterga en un solo día la ocupación.

Paz-Soldán telegrafió entonces a su gobierno diciendo: «Chile juzga inaceptable los buenos oficios en vista actitud Bolivia. Ocupa hasta grado 23».

Este telegrama levantó una tempestad en Lima donde los dirijentes i los ricos veían en la actitud de Chile, un atentado contra sus intereses salitreros.

13) Perú quería sólo ganar tiempo.—Perú ofrecía sus buenos oficios cuando ya se hallaba resuelto a ir a la guerra i con el solo objeto de darse tiempo para completar su preparación bélica i, especialmente, para comprar los buques necesarios para adquirir de nuevo el dominio del Pacífico.

Prueba irrefutable de estos hechos son las comunicaciones enviadas a Europa por el Presi-

dente del Perú al Vice-presidente que se encontraba allá en comisión, en los precisos momentos en que Lavalle viajaba a Chile para ofrecer los buenos oficios del Perú:

«Febrero 28-79.—Compre inmediatamente, cueste lo que cueste, uno o dos blindados mejores o iguales a los de Chile. Obtenga fondos de cualquier modo. Comunique esto a Araníbar. Envíe por Panamá primer vapor cuatro condestables primera clase i doce torpedos Whitehead con un hombre práctico para usarlos.—*Prado*».

«Marzo 4.—Si no consigue blindado listo para la mar mejor o igual a chilenos en Inglaterra, vea italianos, Roma u otro superior. Verificada compra enarbole inmediatamente pabellón peruano con nombre «Amazonas».—*Prado*».

14) Ya estaba resuelta la guerra en el Perú. —Tan seguro estaba el Perú de ir a una guerra a que nadie lo provocaba, que junto con la llegada a Chile de su ministro Lavalle, anunciaba secretamente a todos sus ajentes en el esterior que en pocos días más declararía la guerra.

En circular reservada de 5 de Marzo el Ministro de Relaciones, señor Irigoyen, decía así: «Es casi seguro que si, como se teme jeneralmente, el Perú no obtiene de Chile la aceptación de la mediación propuesta i sufre ésta el mismo rechazo que los buenos oficios, resultando estéril la misión encomendada al señor Lavalle, el gobierno habrá declarado la guerra a Chile cuando esta comunicación llegue a manos de usted».

Es sujestivo comparar esta actitud del Perú con la de Chile cuyo Presidente, casi por el mismo tiempo, enviaba al Ministro chileno en Lima, señor Godoi, las siguientes instrucciones: «Febrero 21.—Si el Perú en esta cuestión no se deja arrastrar por impulsos de un odio que de ninguna manera estaría justificado, le corresponde una misión elevada i noble. Nosotros no nos hemos apoderado del litoral como filibusteros: hemos ido allí obligados por la necesidad de defender nuestros derechos violados, i porque la conducta atropelladora del gobierno de Bolivia nos cerró la puerta a toda otra solución. Al tomar esa medida, que una imperiosa necesidad nos impuso, *estaremos siempre dispuestos a aceptar una solución que restablezca las buenas relaciones entre Chile i Bolivia*. Propender a ese elevado fin es la misión que por su situación i estrechas relaciones con Chile i Bolivia le corresponde al Perú...»

Como se ve, mui distinto era el espíritu que animaba a uno i otro país i sería injusto culpar a Chile de una guerra que no provocó i que hasta el último momento trató de evitar.

15) Lavalle en Chile.—El mismo día en que Lavalle llegó a Valparaíso, el gobierno chileno recibió de su Ministro en Lima el siguiente telegrama: «Escuadra, ejército i baterías Callao, alistándose».

Dos corrientes de opinión existían en Chile en estos momentos: la que confiaba en que el Perú

no haría causa común con Bolivia i la que creía firmemente en la existencia de un pacto secreto i en el deseo del Perú de declarar la guerra. El pueblo en su inmensa mayoría creía esto último.

Tan pronto como Lavalle llegó a Santiago, fué invitado por el Presidente Pinto a una conferencia, que habría sido la última, si la misión de Lavalle hubiera sido, en realidad, ofrecer la mediación del Perú, pues mui luego ambos pudieron darse cuenta de que sus condiciones respectivas eran inconciliables.

Pero como no se trataba de mediación, sino de ganar tiempo para que llegaran al Pacífico los buques encargados por el Perú, Lavalle hizo la indicación personal—advirtiendo que para eso no estaba autorizado por su gobierno—de que Chile abandonara el litoral i se sometiera a arbitraje la cuestión del dominio, que el territorio desocupado se rijiera por una administración municipal bajo el protectorado de los tres países i que las rentas líquidas se repartieran entre Bolivia i Chile.

Pasó en seguida a conferenciar con el Ministro de Relaciones, señor Fierro i éste comenzó por interrogarlo sobre el tratado secreto. Lavalle, no atreviéndose a faltar francamente a la verdad, contestó que mientras él había sido presidente de la comisión parlamentaria de Relaciones Esteriores, es decir, desde 1876, no se había presentado al Congreso tal tratado. Decía en esto la verdad, porque el tratado había sido aprobado

en 1873. Era Lavalle un diplomático de verdadera cepa peruana.

Tuvo aún otro rasgo de sagacidad. Acudió a la Moneda provisto de una comunicación a su gobierno, en que preguntaba qué había de cierto sobre un tratado secreto que se decía firmado entre Perú i Bolivia. ¿Podría darse prueba más evidente de que Lavalle no conocía el tratado?

Entre tanto el Perú se hallaba en plena movilización i animado de la más grande excitación en contra de Chile. Se movilizaron de 6 a 7,000 hombres i de ellos los más veteranos fueron enviados a Iquique bajo las órdenes del Coronel Velarde. La escuadra se concentró en el Callao, se dieron de baja a los chilenos que servían en los buques, todos los artilleros se ejercitaban en el tiro, se reparaban los buques i los trasportes viajaban entre Callao e Iquique con toda clase de material bélico.

16) Bolivia declara la guerra.—En estos precisos momentos, (1.° de Marzo) Bolivia declaró la guerra a Chile, i como en la Paz casi no había cuerpo diplomático i se tenía interés en que la noticia fuera luego conocida en todo el mundo para cerrarle a Chile el mercado de armas i buques, por conducto de su Ministro en el Perú, se comunicó la declaración al Cuerpo Diplomático residente en Lima. El gobierno del Perú, secundando la obra de Bolivia, trasmitió por cable a Estados Unidos la noticia de esa declaración de guerra.

Involuntariamente se hizo así un daño al Perú, sacando a Chile de la situación embarazosa en que se hallaba con respecto a ese país, para obligarle a definir su situación

17) NEUTRALIDAD PERUANA.—Se aprovechó, pues, inmediatamente la ocasión para pedirle su declaración de neutralidad, lo que el Ministro chileno señor Godoi hizo por medio de una nota al Ministerio de Relaciones.

El Presidente del Perú, Jeneral Prado, que, justicia es reconocerlo, no compartía la opinión de los políticos ni del pueblo peruano, citó a Godoi a una conferencia i en ella le manifestó el desagrado con que veía llegar la guerra. Godoi le replicó que de él dependia evitar la guerra, pues bastaba que declarara la neutralidad. «No puedo», contestó Prado, «¡Pardo me ha dejado ligado a Bolivia por un tratado secreto de alianza!» Fué así como se tuvo conocimiento oficial del tratado secreto *que Lavalle no conocía.*

Tan pronto como en Chile se recibió esta noticia, el Ministro de Relaciones envió al de Guerra, que se hallaba en Antofagasta, el siguiente telegrama: Marzo 25. «Tenga lista la escuadra: avise si falta algo».

Este fué el golpe de muerte para la política bizantina de Lavalle. Aunque recibió orden de «prolongar» las negociaciones, le fué imposible i dos días antes de la declaración de guerra, es decir, el 3 de Abril, salió para Valparaíso. Había cumplido bien con su patria; pero mui mal con su conciencia de hombre de honor.

El 5 de Abril se publicó por bando la declaración de guerra al Perú i a Bolivia. Chile, en obsequio a la paz, retardó esta declaración más de lo que convenía a sus intereses.



CAPITULO II

Fuerzas de los belijerantes

SUMARIO.—1) Recursos de Chile.—2) Recursos del Perú.—3) Recursos de Bolivia.

1) Recursos de Chile.—Una nueva prueba de que Chile no deseaba la guerra, es que no se hallaba, en modo alguno, preparado para ella. Sólo en el mar era favorable su situación.

No sólo carecía en absoluto de preparación militar, sino que pasaba por una crisis económica tan aguda, que en todo podía pensar menos en la guerra.

A consecuencia de malas cosechas i de la baja del cobre en Europa, el desequilibrio financiero fué tan grande, que en Diciembre de 1878 no hubo con qué pagar a los empleados públicos, que fué preciso dictar una lei (llamada de Inconvertibilidad) de una moratoria de pago, destinada a rejir hasta el 31 de Agosto de 1879, que desde 1877 el presupuesto se estaba saldando con déficit, el cual se cubría con empréstitos

(5 millones en 1877 i 4 en 1878) i que se llegó al estremo de rebajar en un 50% los presupuestos de Guerra i Marina.

El ejército i la marina se hallaban organizados sobre la base del enganche voluntario i las fuerzas del primero, fijadas en 3,122 individuos de tropa para 1879, fueron reducidas, por razones de economía, a 2,440 plazas.

La planta de oficiales era de 401 en servicio activo i 111 en retiro.

La Escuela Militar, que estaba en receso desde 1876, comenzó a funcionar de nuevo en Marzo de 1879 con 35 cadetes.

Desde fines de 1877 la Guardia Nacional (formaciones cívicas) era sólo de 6,687 plazas.

Hai que agregar, que más de la mitad del ejército de línea se encontraba en la frontera araucana al estallar la guerra, lo que quería decir que se iba a abrir la campaña con una guerra intestina a la espalda.

¿Podían darse peores condiciones para provocar una guerra?

En materia de armamentos no se estaba mejor, pues sólo habían:

12.500 fusiles Comblain;
2,000 carabinas Winchester i Spencer;
12 cañones de campaña a lomo, y
4 » » » rodados.

Existían también fusiles Grass, Beaumout, Remington i Minié, que sólo podían emplearse en la instrucción, pues, a más de ser mui antiguos, habrían introducido en el ejército una heterojenei-

dad de armamento poco recomendable. Tenían, sin embargo, la ventaja de ser del mismo calibre. (11 mm.)

El total de municiones de fusil era de 2,849,730 cartuchos.

En materia de organización se estaba aún en pañales, pues no existían unidades ni comandos superiores, ni Estado Mayor, ni servicios anexos.

En resumen, el ejército no podía servir sino como base para formar e instruír un ejército de operaciones i por eso, al improvisarse el que debía acudir a la guerra, casi todos los soldados pasaron a ser sub-oficiales. Práctica de mando con unidades superiores no existía ninguna i hasta los ejercicios de tiro eran mui pocos practicados.

2) Recursos del Perú.—La constitución militar del Perú era mui semejante a la de Chile i descansaba también en el enganche voluntario para el ejército de línea. En segunda línea estaba la Guardia Nacional.

Según Clavero, autor peruano, al estallar la guerra el ejército de línea del Perú constaba de 7,000 plazas, de las cuales 2,679 eran de oficiales.

Según el Resumen de la Estadística del Estado del Perú en 1878 a 1879, publicado por la dirección del ramo en 1879, las fuerzas eran de 5,613 hombres, incluyendo la oficialidad.

El servicio de sanidad contaba con 57 cirujanos.

Existía en Lima desde 1869 un Colejio Militar para la formación de oficiales i en Barranco ha-

bía uno de sub-oficiales con el nombre de Escuela de Cabos.

Disponía la artillería de 16 piezas modernas i de un gran número de piezas antiguas de todos los calibres.

Además de los rifles Peabody que los peruanos usaron en la campaña, tenían 5,925 fusiles de varios modelos, 886 carabinas, 768 mosquetones i 434 revólvers.

La caballería usaba sable i carabina i sus caballos eran inferiores a los chilenos.

La instrucción del ejército era mui semejante a la de Chile.

La Guardia Nacional de que el Perú disponía en 1879, según Clavero, era de 65,000 hombres con 1,930 oficiales; pero se hallaba en receso desde 1876.

Como se ve, el Perú disponía de mayores elementos que Chile, aún sin considerar los bolivianos que, como se verá, no eran insignificantes.

3) Recursos de Bolivia.—La constitución del ejército boliviano no se diferenciaba sustancialmente de la de los otros dos belijerantes.

Según Clavero, el ejército de línea contaba con 2,000 plazas i la guardia nacional con 54,500 hombres.

Según Vicuña Mackenna, los presupuestos para 1879-1880 fijaron las fuerzas del ejército en 330 oficiales i 2,232 individuos de tropa.

Rifles Remington no tenían sino los «Colorados»; pero en Junio llegaron 3,000 i un poco después 2,000 más.

Como reserva quedaron rifles de muchos modelos.

La caballería usaba carabina Remington.

La artillería no contaba sino con dos cañones rayados i 4 ametralladoras.

Aisladamente, este ejército valía bien poco; pero como ausiliar del Perú representaba un valioso continjente, como luego se verá.



CAPITULO III

Ocupación del litoral boliviano hasta la línea del río Loa i primeras operaciones de la escuadra.

SUMARIO.—1) Primeras operaciones del ejército.—2) Combate de Calama.—3) Planes para las operaciones marítimas.—4) Plan de la escuadra peruana i su ejecución. —5) Respectivas fuerzas marítimas.—6) Actividades peruanas en el mar.—7) Combate de Chipana.—8) Actividades de la escuadra chilena.—9) Algunas observaciones sobre las operaciones navales hasta mediados de Mayo.

1) Primeras operaciones del ejército.—Como ya sabemos, el 14 de Febrero de 1879, Antofagasta fué ocupada por el Coronel Sotomayor. Para evitar una sorpresa hizo ocupar con una compañía de 70 hombres el Salar del Carmen i la quebrada de Caracoles.

Las tropas se mantuvieron allí hasta que Bolivia declaró la guerra, momento en que la ocupación se estendió a toda la línea del Loa, que era la frontera con el Perú.

El entusiasmo que la guerra despertó en Chile fué jeneral de norte a sur de la República, de manera que si se hubiera contado con abundantes elementos bélicos, habría sido fácil organizar rápidamente un poderoso ejército.

Gracias a ese entusiasmo fué posible enviar luego refuerzos al norte i ya el 19 de Febrero partió en el «Rimac» el 2.º de línea al mando del Comandante (Teniente Coronel) don Eleuterio Ramírez i el 23, en el «Limarí», el 3.º, al mando del Teniente Coronel don Ricardo Castro.

En el sur se hallaba, entre tanto, listo el 4.º, mandado por el Coronel don Domingo Amunátegui i en la capital se organizaba el «Santiago», bajo las órdenes de don Pedro Lagos (Teniente Coronel).

Así resultó que en la primera quincena de Marzo se hallaron en Antofagasta el 2.º, 3.º y 4.º de línea, el Batallón Artillería de Marina, una compañía de artillería, un escuadrón de Cazadores a Caballo i una compañía de policía, formando un total de unos 2,000 hombres de línea. Existían, además, cuatro batallones de cívicos.

El Ministro de Guerra, Coronel don Cornelio Saavedra, que marchó al norte en los primeros momentos, elevó al doble las dotaciones de los batallones, transformándolos en rejimientos de 1,200 plazas.

Como faltaran oficiales (Chile tenía 401 contra 2,679 que habían en el Perú) el Ministro se vió en la necesidad de improvisarlos, nombrando para los puestos subalternos a los jóvenes voluntarios

de cierta cultura que mostraban aptitudes i entusiasmo por esos puestos.

Se encargó también al Coronel don José Velázquez la organización de un rejimiento de artillería.

2) Combate de Calama. – Con estos elementos se pudieron ya emprender algunas operaciones, la primera de las cuales fué la toma de Calama, pequeña aldea situada en la parte oriental del valle del Loa i guarnecida por unos 100 refujiados bolivianos que habían huído de Antofagasta i de toda la rejión.

La aldea se hallaba en la ribera norte del río Loa i se llegaba a ella por dos puentes situados, uno aguas arriba i otro aguas abajo de la población. Inmediato al primero de éstos, había un vado.

Jefe de los refujiados era un abogado de Caracoles, don Ladislao Cabrera, quien el 16 de Marzo había rehusado aceptar una capitulación.

El Ministro Saavedra comisionó al Coronel Sotomayor para que se posesionara de Calama con un destacamento que debía organizar en Caracoles. Este destacamento quedó formado por tres compañías del 2.º, un escuadrón de Cazadores i 2 piezas de artillería con un total de 554 hombres.

El ataque a la aldea se hizo el 23 de Marzo de 1879 en la mañana i fué tomado después de tres horas de combate que costó a los bolivianos 20 muertos i 34 prisioneros i a los chilenos 7 muertos i 4 heridos.

3) Planes para las operaciones marítimas.—También en el mar había habido cierta actividad.

Por orden del Ministro de Guerra, de 20 de Marzo, el almirante Williams Rebolledo, Comandante en Jefe de la Escuadra, tomó posesion de Cobija i de Tocopilla el día 21, sin encontrar resistencia.

El 13 de Marzo el Almirante Williams se había hecho cargo del mando de la escuadra en Antofagasta. Hasta ese momento no había todavía ningún plan de campaña para la escuadra, tal vez porque aún se esperaba poder evitar la guerra con el Perú.

Sólo a fines de Marzo, cuando ya las oportunas noticias del Ministro Godoi habían orientado perfectamente al gobierno sobre los propósitos i recursos del Perú, el gobierno formó un plan cuyas líneas jenerales eran:

Atacar sorpresivamente en el Callao a la escuadra peruana que aún no se hallaba preparada para emprender operaciones i, si no se lograba batirla, establecer el bloqueo del puerto para impedirle toda actividad. Se pensaba aprovechar este momento para adueñarse de la rejión salitrera peruana, enviando a Iquique una división de 4 a 5,000 hombres.

Por su parte el Almirante Williams había formado otro plan que consistía en bloquear a Iquique i hostilizar a las poblaciones peruanas de las costas de Tarapacá, para obligar a la escuadra enemiga a salir a protejerlas i decidir

entonces el dominio del mar en un combate de las escuadras.

Ante este conflicto de planes, el Almirante optó por el suyo i cuando recibió la noticia de que el «Chalaco» navegaba hacia Tarapacá, resolvió establecer inmediatamente el bloqueo de Iquique, partiendo de Antofagasta en la noche del 3-4 de Abril.

4) Plan de la escuadra peruana i su ejecución.— Entre tanto el Perú, con parte de su escuadra ya lista, habia también formado su plan i empezaba a realizarlo con toda resolución.

Su plan consistía en una campaña ofensiva de los buques de guerra hacia las costas de Chile, tratando de rehuir un combate con el grueso de la escuadra chilena, en vista de su inferioridad, mientras sus trasportes se ocuparían en trasportar tropas i elementos bélicos a Tarapacá i en viajar a Panamá para recibir allí los armamentos i municiones que ya estaban por llegar.

De acuerdo con este plan, ya el 2 de Abril zarpó del Callao con rumbo a Arica el trasporte «Chalaco», cargado con tropas, cañones i fusiles. Llevaba 1,260 hombres.

Hallándose la escuadra chilena en Iquique era poco probable que este trasporte pudiera cumplir siquiera en parte su misión i, sin embargo, el 7 llegó a Arica donde dejó 700 soldados i una batería de campaña, en la noche del 7-8 fué a Pisagua donde dejó 500 hombres i el 9 estaba de regreso en Arica para desembarcar 4 cañones

de grueso calibre, destinados a las fortificaciones del Morro.

Pero no había terminado aún sus correrías. De Arica, en la noche del 9-10 salió para Mollendo en busca de 1,000 hombres de la Guardia Civil i de la Jendarmería de Arequipa que llevó a Arica el 12. El 14 partió de nuevo con rumbo a Pisagua, donde desembarcó 1,300 hombres, i de donde estaba de vuelta el 16. Cumplida su misión, sin ser molestado en ningún momento, regresó al Callao.

Tras éste, el 10 de Abril, salió del Callao el trasporte «Talismán», también cargado de pertrechos, armas, tropa i oficiales, llegó a Arica el 13, desembarcó su carga i el 15 regresó al Callao.

Así resguardaba la escuadra chilena el litoral peruano.

En vista de este fracaso que se atribuyó a la falta de carbón, el gobierno resolvió comprar algunos trasportes de buen andar i, después de salvar algunas dificultades, se logró comprar el «Abtao» i arrendar el «Copiapó», el «Lamar» i el «Huanai».

5) Respectivas fuerzas marítimas.—Antes de seguir narrando los sucesos ocurridos en el mar, conviene dejar establecidas las respectivas fuerzas marítimas de los belijerantes, al declararse la guerra.

Escuadra Chilena

«Blanco Encalada», blindaje de 9 pulgadas i 10 a $10^1/_2$ millas.

«Almirante Cochrane», blindaje de 9 pulgadas i 10 a $10^1/_2$ millas.

Corbeta «Chacabuco», de madera, de $7^1/_2$ millas.

Corbeta «O'Higgins», de madera, de $7^1/_2$ millas,

Corbeta «Esmeralda», de madera, de $5^1/_2$ millas.

Corbeta «Magallanes», de madera, de $10^1/_2$ millas.

Goleta «Covadonga», de madera, de 7 millas.

Vapor «Abtao», de madera, de 11 millas.

La artillería de los blindados consistía en 6 cañones de 250 libras i los buques restantes contaban, en conjunto, con 24 cañones, cuyos calibres variaban entre 115 i 40.

Escuadra Peruana

«Huáscar»: tonelaje 1,130, andar 11, blindaje $4^1/_2$, cañones, 2 de 300.

«Independencia»: tonelaje 2,004, andar 11, blindaje $4^1/_2$, cañones, 2 de 150 i 20 de otros calibres.

«Manco Capac»: tonelaje 1,033, andar 4, blindaje 10, cañones, 2 de 500.

«Atahualpa»: tonelaje 1,034, andar 4, blindaje 10, cañones, 2 de 500.

«Unión»: tonelaje 1,150, andar 12 a 13, de madera, cañones, 12 de 70 i 1 de 9.

«Pilcomayo»: tonelaje 600, andar 11, de madera, cañones, 2 de 70 i 8 otros calibres.

Contaba, además, con los trasportes «Chalaco», «Talismán» i «Limeño». Más tarde adquirió el «Oroya».

Podría decirse que la escuadra peruana era, en jeneral, más lijera, pero más débil que la chilena, pues sus blindados, «Huáscar» e «Independencia», eran inferiores al «Blanco» i al «Cochrane».

El armamento peruano era más poderoso, pero el chileno era más uniforme. El blindaje de los buques chilenos era mui superior.

6) Actividades peruanas en el mar.—Siguiendo nuestra relación, nos queda referirnos a la conducta de la escuadra peruana, que formaba rudo contraste con la de su adversario.

Mientras del lado chileno todo era descuido i vacilaciones, del lado peruano resaltaban los efectos de una voluntad enérjica i bien dirijida que, en constante actividad i siempre bien informada, sabía sacar de su material el rendimiento máximo. La forma en que cumplieron su difícil misión el «Chalaco» i el «Talismán» no pudo ser más satisfactoria.

Tenían los peruanos sobre los chilenos la ventaja de ser más discretos i de contar con un servicio de espionaje que les permitía conocer en todo momento lo que en Chile se hacía, mientras aquí nada se sabía lo que ocurría en el Perú.

En Chile los diarios lo publicaban todo, no sólo lo que se hacía, sino hasta lo que se pensaba hacer, i el cable funcionaba como en tiempo de paz i a disposición del público, mientras en el Perú ocurría exactamente todo lo contrario,

Así no es raro que una salida de la corbeta «Magallanes» de Antofagasta ocurrida el 11 de Abril, haya sido conocida inmediatamente en el Perú, como lo fué también la salida de Valparaíso del «Copiapó», que llevaba víveres, carbón i tropa a Iquique.

7) COMBATE DE CHIPANA.—Con el propósito de apresar a este último, partieron inmediatamente del Callao las corbetas «Unión» i «Pilcomayo» al mando del capitán de navío don Aurelio García i García. Era el 8 de Abril.

Esta división, al pasar por Iquique, el 12 de Abril, tomó rumbo mar afuera para no ser vista por la escuadra chilena que bloqueaba ese puerto i a las 9.30 A. M., divisó un humo que venía del sur.

Creyendo que era el «Copiapó», las corbetas pusieron proa hacia él. No era el «Copiapó» sino la «Magallanes», que el día anterior había salido de Antofagasta con una comisión a Iquique.

Latorre, comandante de la «Magallanes», avistó i reconoció a los buques peruanos a las 10.30 i se aprestó inmediatamente a burlar la persecusión de que seguramente sería objeto, porque su inferioridad de todo orden no le permitía otra cosa.

En efecto, mui luego comenzó la persecución; pero tan mal dirijida por García i García, que fracasó completamente.

Por no separarse de la «Pilcomayo», cuyo andar máximo era igual al de la «Magallanes», desperdició la ventaja que le ofrecía la superior velocidad de la «Unión» i dejó que el buque chileno lograra llegar ileso a Iquique.

A este encuentro en que se cambiaron más de 200 disparos, sin resultados aparentes, se le conoce con el nombre de combate naval de Chipana.

8) Actividad de la escuadra chilena.—La audacia con que los buques peruanos operaban en sus costas i en las chilenas, levantó serias protestas contra el Almirante chileno i éste, juzgando siempre que lo más eficaz era su plan, quiso poner en práctica la segunda parte de él, que consistía en operar contra los puertos i caletas peruanas, para obligar a la escuadra enemiga a acudir en su protección.

Después de una salida infructuosa con el «Blanco», en que alcanzó a perseguir al «Chalaco» hasta la altura de la Quebrada de Camarones, regresó a Iquique donde, por primera vez, organizó su escuadra por divisiones. Quedó dividida así:

I División--«Blanco», «Chacabuco» i «O'Higgins».
II » «Cochrane» i «Magallanes».
III » «Esmeralda» i otros buques próximos a llegar.

En seguida, dejando a cargo del bloqueo de Iquique a la corbeta «Esmeralda», partió con las otras dos divisiones el 15 de Abril, con rumbo, al sur la I, i al norte la II.

La I llegó a Pabellón de Pica, dió orden de retirarse a 15 buques que allí cargaban huano, quemó los muelles i las plataformas de embarque i se apoderó de las lanchas i de un vaporcito que hacía el tráfico de la bahía. De aquí siguió a Huanillos donde hizo lo mismo con 50 naves que cargaban huano i con los elementos del puerto.

Regresó en seguida a Iquique a donde llegó el día 17 a las 9 de la mañana.

La otra división llegó a Mollendo el 17 i notificó a cinco buques neutrales que descargaban mercaderías que no podían continuar su faena, tomó algunas lanchas i se retiró, después de disparar once proyectiles contra unos 200 tiradores que hicieron fuego contra los botes chilenos. Regresó al día siguiente al sur i el 21 estaba de vuelta en Iquique.

Todo el resto de Abril i hasta mediados de Mayo, lo pasó la escuadra en constantes incursiones hacia los puertos peruanos, sin conseguir el propósito del Almirante, de arrastrar a la escuadra peruana a un combate naval.

Convencido por fin, de que el plan no daba el resultado apetecido, resolvió llegar hasta el Callao i el 16 de Mayo zarpó de Iquique, dejando a cargo del bloqueo a la «Esmeralda», man-

dada por el capitán Prat i a la «Covadonga», mandada por Condell.

9) ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LAS OPERACIONES NAVALES HASTA MEDIADOS DE MAYO.—Lo primero que salta a la vista es el divorcio que existió entre el ejército, la marina i el gobierno. No hubo armonía, no hubo un plan único, no hubo cooperación i faltó por eso la unidad de acción.

El gobierno i el país querían el ataque al Callao i el comandante en jefe opinaba que lo más eficaz era bloquear a Iquique i molestar o dañar los puertos enemigos del litoral.

El Almirante optó por su propio plan i sólo cuando se convenció por los hechos de que era completamente ineficaz, se resolvió a ir sobre el Callao. Desgraciadamente, ya era tarde para que este plan surtiera todos sus efectos.

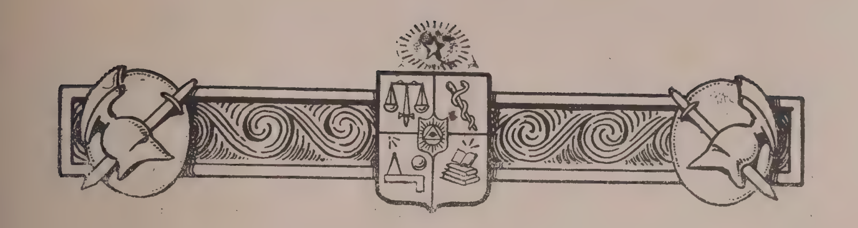
Puede decirse que la primera parte de la campaña naval se caracterizó por la inacción i por la falta de enerjía i de iniciativa. Gracias a eso, los trasportes peruanos se pasearon impunemente por las costas, prestando enormes servicios a la causa peruana.

El Almirante se disculpó más tarde con la falta de carbón, tanto de no haber operado sobre el Callao, como de no haber impedido la acción de los buques peruanos. Si así hubiera sido, su deber le habría señalado el camino de representar al gobierno la necesidad de proveer de combustible a la escuadra para ir al Callao; pero en vez de eso, se limitó a decir que creía más eficaz el plan ideado por él.

En cuanto al segundo cargo que se le hace respecto a los trasportes peruanos, la disculpa del carbón no tiene valor, ya que para eso no le faltó en ningún momento. Le habría bastado en último caso, sacar de todos los buques un poco de carbón para rellenar las carboneras de los encargados de perseguir al «Chalaco» i al «Talismán».

A nuestro juicio, es indudable que Williams no correspondió a lo que se podía esperar, de la situación favorable en que le tocó actuar.

No estamos tampoco de acuerdo con la resolución del gobierno de imponerle un secretario particular que, en realidad no tenía tal carácter, pues más bien era un órgano intermediario entre el Almirante i el gobierno. Si no se tenía confianza en él ¿por qué se le nombró? La escuadra no estaba tan desprovista de jefes, que no los hubiera capaces de conducir con fruto las operaciones marítimas.



CAPITULO IV

Operaciones navales en la segunda quincena de Mayo

SUMARIO.—1) Viaje al Callao.—2) Combate naval de Iquique.—3) Algunas observaciones sobre el Combate de Iquique.

1) VIAJE AL CALLAO.—Dijimos en el capítulo anterior que el 16 de Mayo la escuadra chilena zarpó de Iquique, dejando encargados del bloqueo del puerto a la corbeta «Esmeralda» i a la goleta «Covadonga».

Puso proa al norte en demanda del Callao. a donde la llevaba el propósito de destruir a la escuadra peruana que suponía anclada en la bahía, entrando en el puerto de noche i por sorpresa. La destrucción pensaba efectuarla haciendo volar a la «Abtao», cargada con 200 quintales de pólvora, después de colocarla entre los buques peruanos.

La empresa era viable, pero fracasó porque los peruanos no se dejaron sorprender del todo, i porque, una vez dentro de la bahía, los marinos

chilenos se dieron cuenta de que los principales buques peruanos el «Huáscar» i la «Independencia», no estaban en el puerto. Cuatro días hacía que los blindados habían zarpado para el sur i, por consiguiente, se habían cruzado en alta mar con los buques chilenos.

Alarmado el Almirante Williams con esta noticia, resolvió regresar inmediatamente, pues vió el peligro que entrañaba para los buques bloqueadores de Iquique, la presencia de blindados peruanos en esas aguas.

Desgraciada o felizmente, según como se considere, era ya tarde para impedir el combate en Iquique i mucho más lo fué, por la circunstancia de que escaseó el carbón para el viaje de regreso. Este accidente hizo que la escuadra no llegara a Iquique sino el 31—habiendo salido del Callao el 22—i que no se pudiera empeñar una persecución a fondo del «Huáscar» cuando se le avistó el 30 en la mañana.

2) Combate naval de Iquique.—Tal como el Almirante chileno lo había temido, los blindados peruanos se dirijieron a Iquique.

Llegaron a la vista del puerto en la mañana del 21 de Mayo, en los momentos en que la «Esmeralda» se hallaba anclada en el interior, i la «Covadonga» rondaba en las afueras de la bahía.

A las 7 de la mañana, estando de servicio en el puente el guardia-marina don Miguel Sanz, el vijía de la cofa gritó: ¡humo al norte!

Comunicada la novedad al Comandante Condell, éste subió al puente i después de una larga ob-

servación i de oír a ciertos marineros que habían servido en la escuadra peruana, se convenció de que los buques que se acercaban eran los dos blindados peruanos.

Entró entonces en la bahía i acercándose a la «Esmeralda» le comunicó por señales lo que ocurría. Eran las 8 de la mañana.

El capitán Prat, que mandaba la «Esmeralda» i que era, a la vez, el jefe del bloqueo, se adelantó con su buque para observar mejor, pues todavía, a causa de la bruma que no se disipaba del todo, no se distinguían netamente los buques enemigos.

Tan pronto como se convenció de que eran en realidad el «Huáscar» i la «Independencia» los buques que se acercaban, viró hacia la bahía i puso señales a la «Covadonga» de «seguir sus aguas».

Mui luego la población se dió cuenta de lo que ocurría i se precipitó a la playa para presenciar la rendición o el hundimiento de los buques chilenos. Las campanas de la población se echaron a vuelo para acompañar la alegría de la ciudad, que era mui grande. Era natural: se sentía ya frente al primer triunfo peruano.

Al regresar a la bahía, i al primer intento de forzar las máquinas, una de las viejas calderas de la «Esmeralda» estalló, dejándola reducida a una velocidad de 2 a 3 nudos. En estas condiciones, apenas podía evolucionar lentamente; pero en ningún caso acudir al recurso natural, da-

da su enorme inferioridad, de rehuir el combate, emprendiendo la retirada.

Prat contempló con mirada serena su situación. Vió que la suerte estaba echada i que a él i a los suyos había correspondido el sacrificio. La resistencia era inútil, pero nó el sacrificio, porque estaba destinado a marcar el camino por donde debían ir, tras él, todos los defensores de Chile.

Se aprestó, pues, para la lucha, comenzando por pronunciar a la tripulación la siguiente hermosa arenga:

«¡Muchachos! La contienda es desigual. Esta bandera jamás ha sido arriada ante el enemigo i espero que no será esta la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva flameará en su lugar, i si yo muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber. ¡Viva Chile!»

En seguida, aprovechando la proximidad de la «Covadonga», preguntó si había almorzado la jente i luego ordenó reforzar las cargas. Jovialmente Condell contestó: ¡All right!

Desde este momento los dos buques quedaron en situación de obrar independientemente. La «Covadonga» comenzó a deslizarse hacia el sur con el propósito probable de intentar la retirada, mientras la «Esmeralda», acercándose hasta unos 200 metros de la playa, se colocó de manera que los disparos que se le hicieran ofrecieran el peligro de llegar a la población.

Ya los buques enemigos se hallaban cerca y el «Huáscar», viendo que la «Covadonga» procura-

ba escapar, le disparó un cañonazo, tan bien dirijido, que la atravesó de banda a banda, matando al cirujano Videla, a un contramaestre i a un marinero.

Tan poco respeto inspiraba el pequeño casco de madera de la «Covadonga», que la guarnición del puerto tripuló unos 30 botes i salió tras ella haciéndole descargas de fusilería.

Eran las 9 de la mañana i el combate se formalizó, atacando el «Huáscar» a la «Esmeralda» i lanzándose la «Independencia» en persecución de la «Covadonga». Sigamos primero al «Huáscar».

Casi al mismo tiempo se rompieron los fuegos por ambos buques. Al principio fué mui mala la puntería tanto del «Huáscar» como de la «Esmeralda»; pero, poco a poco, se compuso la del buque chileno, no así la del peruano que disparaba en difícil situación, pues para no tocar a la ciudad se veía obligado a tirar por elevación. Con todo, algunos disparos dieron en la ciudad causando bastantes daños, lo que prueba que Prat elijió acertadamente su posición.

Habría quedado a Grau (comandante del «Huáscar») el recurso de atacar al espolón, si un momento antes del combate, no hubiera subido a bordo el Capitán del Puerto para avisarle que el fondeadero de la «Esmeralda» estaba defendido por un cinturón de minas. Quedó de esta suerte el buque peruano casi inhabilitado para el combate, pues con el cañón no podía atacar sin poner en peligro a la ciudad, i con el espo-

lón tampoco podía hacerlo, sin grave peligro para él mismo.

Felizmente para Grau, nada lo urjía para terminar el combate. Sabía que la «Independencia» no necesitaba de su ayuda para resolver su tarea con la «Covadonga», ya que se trataba de un blindado contra un buque de madera, de 11 millas de velocidad contra 7 i de 2 cañones de 150 libras, 12 de 70 i 4 de 32, contra 2 de 70. Por otra parte, su interés no estaba en hundir a la «Esmeralda», sino en capturarla para reforzar la escuadra de su patria.

El combate siguió pues a cañonazos sin que hasta las 10 de la mañana ocurriera ninguna novedad: los proyectiles de 40 libras de la «Esmeralda», apenas rasguñaban la coraza del «Huáscar» i los de 300 de éste, no daban en el blanco.

A esa hora la situacion cambió, porque el coronel Benavides, de la guarnición del puerto, colocó una batería en un pequeño morro desde el cual podía batir perfectamente a la «Esmeralda» i a una distancia mui corta. Contra un blanco tan favorable, el efecto fué inmediato i mui luego una de sus granadas mató en la cubierta del buque chileno, tres hombres e hirió a otros tres.

Esta complicación hizo insostenible la posición de la «Esmeralda» i se vió obligada a moverse hacia el norte, huyendo de los fuegos de la batería.

En su lenta marçha hacia su nueva posición, fué alcanzada por un proyectil del «Huáscar» que,

perforándole el casco, produjo un principio de incendio prontamente sofocado.

A las 10.30 se hallaba en su nueva posición, que quedó a unos 1,000 metros al norte de la ciudad i a unos 300 de la playa. El «Huáscar» la siguió i manteniéndose enseguida a unos 600 metros, continuó el fuego, sin grandes efectos, hasta las 11.30.

Difícil se hace creer que un fuego a tan corta distancia haya sido ineficaz por inhabilidad de los artilleros i todo hace presumir que se debió al deseo de Grau de conseguir que el buque enemigo se rindiera, evitando así su pérdida.

Convencido al fin de que esto no era posible, a las 11.30 resolvió atacar al espolón i a toda máquina se fué sobre la «Esmeralda». Esta hizo un esfuerzo para esquivar el choque i en parte lo logró, pues el «Huáscar» resbaló a lo largo de la borda ocasionando sólo lijeros desperfectos en el casco.

Pero si el espolón fracasó, no pasó lo mismo con los cañones que disparados a boca de jarro causaron horribles estragos en la cubierta del buque chileno. De 40 a 50 fueron los hombres que cayeron destrozados.

El golpe del «Huáscar» fué recibido por una descarga combinada de cañones i rifles que, por cierto, no produjeron ningún efecto en su coraza ni en su tripulación, que se hallaba toda protejida.

Asaltado por repentina inspiración, el capitán Prat, en el momento del choque, saltó sobre la

cubierta del «Huáscar» gritando ¡al abordaje! El estruendo de las descargas impidió oír su voz i sólo pudo ser seguido por el sarjento 1.º don Juan de Dios Aldea i por un marinero cuyo nombre no se conoce.

Militarmente, el acto de Prat nada valía; pero resuelto como estaba a morir con todos los suyos, creyó tal vez que ese era el medio más eficaz de mostrar á la tripulación el camino que debía seguir. Cayó con sus dos acompañantes, como fatalmente tenía que suceder; pero, con el grito de angustia que salió de todos los pechos de sus subalternos al verlo morir, brotó también la firme resolución de mostrarse dignos de él.

Lo reemplazó en el mando el señor teniente Uribe i el combate siguió como si nada hubiera ocurrido.

Pasó un cuarto de hora antes que el «Huáscar» se resolviera a dar el segundo espolonazo, esperando tal vez que los desperfectos i las grandes bajas sufridas i la muerte de su comandante hiciera rendirse a la «Esmeralda». Pero como no se notaron indicios de que esto pudiera ocurrir, Grau dió por segunda vez la orden de cargar al espolón.

Esta vez ya la «Esmeralda» no pudo esquivar el golpe i el espolón del «Huáscar» le abrió una vía de agua que produjo la inundación de la Santa Bárbara, donde murió ahogado todo el personal. También se inundaron las máquinas, dejando inmediatamente de funcionar. El personal se salvó refujiándose en cubierta. Con esto el buque que-

dó completamente a merced de las olas i de los proyectiles i espolón de su adversario. Ya habían más de 100 hombres fuera de combate i apenas un tercio de la tripulación podía continuar la lucha.

Siguiendo el ejemplo de Prat, al producirse el segundo espolonazo el teniente Serrano dió la voz ¡al abordaje! a un grupo de marineros que había preparado con ese fin i parte de él saltó a la cubierta del «Huáscar». No alcanzaron a saltar todos, porque, en cuanto dió el golpe, el buque enemigo se desprendió de la «Esmeralda».

Bien sabían que iban a una muerte segura pero sin arredrarse por eso se lanzaron al peligro. Uno de los primeros en caer fué el teniente Serrano i tras él murieron nueve de sus acompañantes. Los tres restantes (fueron 12 los que saltaron) lograron librarse tirándose al mar i subiendo de nuevo a la «Esmeralda».

Veinte minutos después del segundo espolonazo, el «Huáscar» embistió por tercera vez y como ya la «Esmeralda» no podía moverse, logró abrirle una ancha brecha que la hizo inclinarse de proa i sumerjirse en pocos momentos. Antes de desaparecer de la superficie, el teniente Riquelme alcanzó a disparar el último cañonazo. Eran las 12.10 P. M.

El «Huáscar» echó al agua con toda presteza algunos botes para salvar a los sobrevivientes que aún se sostenían sobre las olas. Entre oficiales i marinería se recojió así una cuarta parte de la tripulación, que quedó en calidad de prisioneros de guerra.

Según los partes peruanos, el «Huáscar» fué tocado por más de 30 granadas que le ocasionaron sólo lijeros desperfectos. Las bajas del «Huáscar» fueron un muerto i siete heridos.

De 197 hombres que formaban la tripulación de la «Esmeralda», murieron 141.

Apenas recojidos los heridos, el «Huáscar» puso proa al sur para intervenir en la persecución de la «Covadonga».

Traslademonos pues, al otro teatro de la lucha.

Aunque atravesada por un balazo del «Huáscar» la «Covadonga» siguió huyendo hacia el sur, perseguida por la «Independencia». El comandante de este buque, señor capitán Moor, tomó la acertada disposición de perseguir por la cuerda del arco que en su retirada por la costa describía la «Covadonga», con la intención de cruzarle el camino, tarea fácil, si se considera que su buque tenía una ventaja de cuatro millas en el andar.

Durante su marcha casi paralela, la «Independencia» no cesaba de disparar sobre la goleta chilena; pero, con tan mala puntería, que ninguno de sus proyectiles había logrado dar en el blanco. Se esplica este resultado por la calidad de la tripulación, que era toda bizoña.

Viendo la inutilidad de este procedimiento, resolvió atacar con el espolón i para ello se puso a seguir las aguas de la «Covadonga». Tan pronto como esto ocurrió, Condell comprendió que si la «Independencia» lograba disparar el cañón de gran calibre que llevaba en la proa

(150 libras) su buque estaba perdido, pues el tiro se produciría a mui corta distancia.

Para evitar este accidente, él o el teniente Orella (no se sabe bien) ordenó que el sarjento Olave i cuatro buenos tiradores se colocaran en el castillo de popa e impidieran a toda costa que ningún artillero peruano se acercara a ese cañón. Cumplieron tân bien éstos con su cometido, que el referido cañón no pudo hacer ningún disparo.

Llegaron así a Punta Gruesa, separados ambos buques apenas por una distancia de un par de cientos de metros i antes de pasarla, la «Covadonga» logró acertar dos balazos a la «Independencia», uno de ellos bajo la línea de flotación.

Exasperado Moor por tanto contratiempo, forzó las máquinas para atacar al espolón i ordenó a la tripulación que se tendiera para resistir mejor el choque que se iba a producir.

En ese preciso momento, la «Covadonga» pasó rozando con la quilla un peñasco desconocido i Condell comprendió que la «Independencia», avanzando a toda máquina contra el escollo, iba a naufragar.

Así fué, Moor, sin la menor idea del peligro a que corría, siguió de frente i fué a estrellarse violentamente contra la roca, quedando con su buque *a caballo* sobre ella, con la quilla quebrada i tumbado a estribor.

Viendo esto Condell, viró a estribor i deshaciendo su camino pasó por el costado de la «Independencia» lanzándole una descarga con sus cañones de 70. La «Independencia» contestó;

pero la gran inclinación del buque impidió que los tiros fueran eficaces.

Siguiendo su marcha la «Covadonga» se colocó hacia la popa de la «Independencia» i desde allí hizo varios otros disparos que causaron algunos destrozos en la cubierta i casco del buque enemigo.

Viendo Moor que no podía salvar su buque, ordenó a un oficial que hiciera saltar la Santa Bárbara; pero la orden no pudo ser cumplida, porque ya el agua había invadido ese departamento.

Pensó entonces en salvar a su tripulación e hizo arriar los botes que llenos de jente llegaron hasta la playa. Por desgracia, no pudieron regresar porque naufragaron en las rompientes.

Mientras esto ocurría, los fuegos se suspendieron por ambas partes, pues el buque peruano había arriado su pabellón.

Con la destrucción de los botes, quedaron aislados a bordo el comandante Moor i unas veinte personas más. Moor se puso entonces al habla por bocina con Condell pidiéndole un bote.

Pocos momentos más tarde aparecía en el horizonte la silueta del «Huáscar» i Condell, cuyo buque se hallaba tan averiado que ya no daba más de unas tres millas por hora, se apresuró a escapar tomando rumbo al sur.

El «Huáscar» lo persiguió durante algún tiempo, pero calculando que no lo alcanzaría antes de llegar la noche, regresó al norte.

3) Algunas observaciones sobre el combate de Iquique.—La aparición de los blindados peruanos fué sin duda una sorpresa para los buques chilenos, que todo podían esperar menos eso. Distinto habría sido si se hubiera presentado la «Unión» i la «Pilcomayo», que ya se habían mostrado en esas aguas.

¿Qué debió hacer Prat al acercarse los blindados peruanos? Emprender la retirada, esa era la única solución de su problema. Presentar combate, era ir a un sacrificio inútil de sus buques.

¿Por qué no lo hizo? Porque le fué materialmente imposible. En circunstancias normales no lo habría podido hacer, sino en el caso de que hubiera tenido oportuno aviso de la aproximación de los buques peruanos, porque una vez éstos a la vista, ya no le quedaba tiempo para una operación así. Era tan grande la diferencia de velocidad, que, fatalmente, tenían que ser alcanzados los buques chilenos.

Y si esto era así en circunstancias normales, ¿qué podrá decirse después de la esplosión de una de las calderas de la «Esmeralda», que dejó reducido el andar a tres millas?

No le quedaba pues a Prat sino una alternativa: rendirse o luchar hasta el sacrificio. Optó por lo último porque así se lo dictó su valor i porque así también convenía a la causa de Chile. Rendirse habría significado dar un refuerzo a la escuadra peruana; luchar hasta sucumbir, iniciar la guerra marítima con un alto ejemplo de

heroísmo que debía producir grandes efectos en la moral de la marina i del ejército.

La primera posición de combate de la «Esmeralda» fué hábilmente elejida, como lo probó el hecho de que durante la primera hora de lucha no fué alcanzada por ningún proyectil enemigo. Colocada entre la ciudad i el «Huáscar» quitaba a éste la ventaja de poder disparar directa i libremente, i eso fué bastante para que una tripulación poco entrenada en el tiro, fracasara por completo.

La segunda posición fué impuesta por las circunstancias i la mejor que la situación permitía.

La esquivada del primer espolonazo fué una maniobra espléndida, considerando el pésimo estado en que se hallaban las máquinas del buque.

El salto al abordaje fué un hermoso rasgo de valor; pero, militarmente, no puede considerarse como una buena medida, porque, de resolverse por el abordaje, Prat debía haberlo preparado después del primer espolonazo, designando previamente la jente que lo debía acompañar e indicando la manera de obrar. Además, debió pensar, en si el resultado que de él esperaba, guardaba relación con el sacrificio que se iba a hacer. ¿Tenía esperanzas de tomarse el buque enemigo o siquiera de morir matando? Nos parece que nó i por eso, dentro de una desapasionada crítica, no creemos aceptable el procedimiento de Prat.

Dispuesto como se hallaba a un sacrificio sin restricciones, nos parece que habría sido una medida más eficaz, preparar la voladura de la «Santa Bárbara» para hacerla estallar en el momento del espolonazo. Así el sacrificio de su buque i de su jente, habría quedado compensado con un daño mayor inferido al enemigo.

El resultado del tiro, fué inmensamente superior al del buque peruano.

El heroico comportamiento de Prat i de toda la tripulación de la «Esmeralda», fué un acto que haría honor a cualquiera escuadra del mundo.

Grau se mostró tan buen marino, como caballeroso adversario.

Creemos que la «Covadonga» emprendió la retirada, no porque Condell creyera poder escapar, sino porque, condenado a perecer, prefirió afrontar la situación tentando una remota probabilidad de hacerle algún daño a su adversario o retardar el desenlace, a dejarse cañonear como un buque fondeado, sin hacer un último i desesperado esfuerzo.

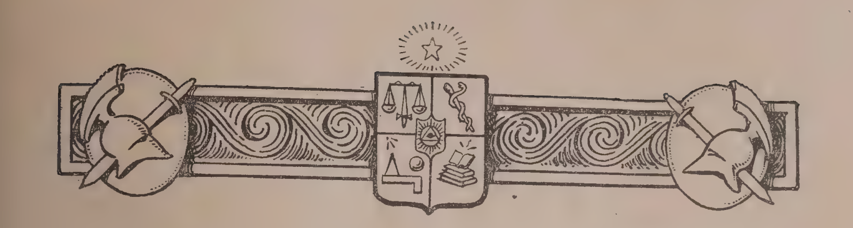
Moor inició mui bien la persecución; pero ante el fracaso de sus artilleros, cometió el error imperdonable de colocarse detrás de la «Covadonga», siguiendo las aguas de un buque cuyo calado le permitía ir por donde no podía navegar su buque. En vez de esto debió, a nuestro juicio, acercarse a estribor de la «Covadonga», todo lo que fuera necesario para que sus artilleros no pudieran errar los disparos e iniciar una marcha

paralela hasta hundirla, con disparos a boca de jarro, si era preciso.

El blindaje de su buque i el poco calibre de los cañones de la «Covadonga» le daba derecho a eso.

En su fracaso, Moor puso el 50% i el resto lo hizo Condell i su mala estrella.

Si el «Huáscar» hubiera aprovechado mejor su tiempo habría podido dar caza a la «Covadonga», pues le llevaba 7 millas de ventaja en el andar; pero eso no lo sabía el capitán Grau i así se esplica que, temiendo no darle alcance antes de anochecer, hubiera renunciado a la persecución.



CAPITULO V

Situación militar de los aliados a fines de Abril

SUMARIO.—1) Salida del Presidente Prado para el teatro de operaciones.—2) Fuerza del ejército aliado a fines de Abril.

1) Salida del Presidente Prado para el teatro de operaciones.—El hecho de haber sido las salitreras el nudo gordiano que dió orijen a la guerra i el haber comenzado ésta con la ocupación del litoral boliviano, hizo que las primeras operaciones se desarrollaran en la rejión del salitre, a donde acudieron, como atraídos por un imán, los tres ejércitos belijerantes.

Las fuerzas peruanas en Tarapacá se calculaban ya, a fines de Abril, en unos 6,000 hombres i en esos precisos momentos llegó a Tacna, después de una brillante marcha por la altiplanicie, el ejército boliviano, al mando del Presidente, Jeneral Daza.

Esta noticia produjo en Lima una fuerte corriente de opinión en el sentido de que el Presidente i Jeneral peruano, señor Prado, marchara

inmediatamente al sur para tomar el mando del ejército aliado.

Hasta estos momentos, la situación se mostraba francamente favorable al Perú, pues la inercia de la escuadra chilena frente a Iquique, le había permitido reparar i alistar su escuadra, trasportar sus refuerzos a Tarapacá i reforzar las fortificaciones del Callao. Llegaba ahora el momento de dar forma definitiva al plan de campaña, por mar i tierra, i de iniciar las operaciones.

Con este fin, el Presidente Prado convocó en una reunión a todos los altos jefes de ambas instituciones, a los Ministros i a ciertos políticos, i de allí salieron las resoluciones definitivas que se habían de llevar a la práctica.

Pudo así el Presidente Prado partir del Callao a media noche del 16/17 de Mayo, con un plan bien definido i llevando al sur un refuerzo de 4 mil hombres.

Esta fué la primera ventaja peruana, pues, hasta ese momento, Chile no tenía todavía resuelto su plan de campaña. Otra ventaja, no menor, era la de contar con un Jeneral en jefe de gran autoridad, pues era, a la vez, Presidente de la República, lo que facilitaba sobremanera la dirección de las operaciones. Lo propio ocurría en el lado boliviano.

Coincidencia que pudo ser fatal para los peruanos, fué la de que, junto con partir del Callao el convoi de tropas i la escuadra peruana, zarpara de Iquique la escuadra chilena, en demanda del Callao.

Casi imposible era que al cruzarse en el camino no se avistaran i, sin embargo, así ocurrió por la falta de servicio de esploración en ambas escuadras.

Esta vez la suerte estuvo de parte del Perú, porque Chile pagó el error de su Almirante perdiendo una ocasión única de batir a la escuadra enemiga—cosa casi segura, dada su superioridad—i de capturarle todos sus trasportes, 4,000 soldados i su Jeneral en Jefe, en tanto que el Perú se aprovechó de su propio error, para librarse de una catástrofe irreparable.

Decimos esto último, porque si la escuadra peruana hubiera marchado con un servicio de seguridad bien establecido, ese mismo servicio habría dado lugar a que la escuadra chilena hubiera advertido la presencia de buques peruanos en su derrotero, provocando así el descubrimiento de toda la escuadra.

Nada de esto ocurrió, porque la suerte quiso que, mientras los buques peruanos navegaban cerca de la costa, los chilenos lo hicieran mar afuera.

El 20 de Abril llegó a Arica la escuadra peruana, en los momentos en que la chilena navegaba a la altura de Pisco, rumbo a las islas de las Hormigas.

En Arica tuvo Prado conocimiento de que la «Esmeralda» i la «Covadonga» habían quedado solas en Iquique i supo, a la vez, que de Valparaíso había salido un convoi con 2,500 hombres de refuerzo para la guarnición de Antofagasta.

Ordenó al punto que se atacaran a los dos débiles barcos chilenos que bloqueaban a Iquique, que se procurara capturar el convoi de tropas, que se destruyera la máquina resacadora de agua en Iquique i que se tomaran otras represalias, bombardeando los puertos del norte de Chile.

Este fué el orijen del combate naval de Iquique.

2) FUERZA DEL EJÉRCITO ALIADO A FINES DE ABRIL.—Antes del refuerzo de 4,000 hombres llevado por el Presidente Prado, el ejército aliado del sur tenía la siguiente fuerza:

Ejército peruano

Guarnición de Iquique

	Plazas
1.ª División	755
2.ª »	1,027
3.ª »	559
División de Vanguardia	741
Milicias:	
Columna Naval	203
» de Honor	94
Batallón Iquique	357
Columna del Loa (boliviano)	286
Caballería	48
Artillería (16 cañones)	66
Total	4,136
Guarnición de Pisagua	420

Caballería en el valle de Tarapacá:

Dos escuadrones casi desmontados.

Guarnición de Arica:

	Plazas
Jendarmes de Tacna..........	100
Policía de Tacna..............	100
Columna de Artesanos........	300
Granaderos Cívicos............	200
» » de Arica.	100
Escuadrón Lluta................	120
Artillería de Línea............	60
Total................	980

Total de tropas peruanas....	5,536

Ejército boliviano concentrado en Tacna

	Oficiales	Soldados
1.ª División..............	116	1,191
2.ª »	142	1,700
3.ª »	104	1,468
Lejión de Bolivia......	83	653
Batallón Olañeta......	31	439
	476	5,451

Agregando 38 oficiales de las Planas Mayores, 15 cirujanos i dos capellanes se llega a un total, en números redondos, de 6,000 individuos.

Por consiguiente, el ejército aliado contaba a fines de Abril, con una fuerza de 11,518 plazas.



CAPITULO VI

Preparativos de Chile durante los meses de Abril i Mayo hasta mediados de Junio

SUMARIO.—1) El personal del ejército no se hallaba preparado para dirijir la campaña..—2) Intervención del elemento civil.—3) El Jeneral Arteaga, Jeneral en Jefe. —4) Envío de refuerzos al norte.—5) Fuerza total del ejército de operaciones.

1) EL PERSONAL DEL EJÉRCITO NO SE HALLABA PREPARADO PARA DIRIJIR LA CAMPAÑA.—La situación en que el Gobierno de Chile se encontró en los primeros momentos de la guerra, fué escepcionalmente grave, en lo que se refería a la dirección de la guerra.

Mucho se le ha criticado su intervención en este asunto, por haber invadido el campo de acción de las instituciones militares i, aunque parezca estraño, nosotros no estamos de acuerdo con esas críticas.

Es innegable que dentro de los principios que rijen la conducción de la guerra, nada hai tan

funesto como la intervención del gobierno i del elemento civil en la dirección de las operaciones; pero hai casos, i el de Chile fué uno de esos, en que esa intervención se hace inevitable.

No diríamos lo mismo, si el ejército, i especialmente el cuerpo de oficiales, hubiera respondido por su preparación a lo que la guerra exijía de ellos. Probaron en la campaña que poseían todas las virtudes militares: valor a toda prueba, disciplina inconmovible, acendrado patriotismo i abnegación sin límites; pero eso no bastaba para que el gobierno pusiera en sus manos la suerte de la patria.

No vamos a hacerles un cargo porque carecieran de la necesaria preparación para dirijir la guerra. La culpa no era de ellos, sino del país que nunca les dió los medios de alcanzarla.

Carecía el ejército de escuelas de instrucción, de Academia de Guerra i hasta de Estado Mayor, en el verdadero sentido de la palabra.

Jamás se había estudiado ni preparado una guerra con el Perú y Bolivia, no se conocían los recursos de esos países, su grado de preparación, la personalidad de sus oficiales, los posibles teatros de operaciones con todos los antecedentes que se necesitan para proponer un plan de operaciones, los resortes de su movilización, etc.

Las tropas tampoco se hallaban preparadas, no sólo porque las maniobras eran desconocidas, sino porque los oficiales no conocían el manejo de unidades en pie de guerra, porque el tiro casi

no se ejercitaba i porque no se practicaban jamás verdaderos ejercicios de combate.

En estas condiciones, es perfectamente esplicable que ni el gobierno ni el país tuvieran plena confianza en la capacidad operatoria del ejército.

2) Intervención del elemento civil.—Se nos dirá que los paisanos no sabían mas i no podremos menos que reconocerlo como cierto; pero tampoco se puede desconocer que la intervención de hombres de talento i de gran cultura en el estudio de los planes militares que idearan oficiales no especialmente preparados, tenía que ser beneficiosa, sobre todo cuando era forzoso considerar factores políticos de gran valor.

Corrobora nuestro aserto, la benéfica influencia que ejerció el señor Sotomayor en casi todo el curso de la guerra.

3) El Jeneral Arteaga, Jeneral en Jefe.—Se elijió para tomar el mando del ejército al Jeneral más prestijioso de esa época i al que por sus antecedentes profesionales, respondía mejor a la importancia del cargo, al señor Jeneral don Justo Arteaga.

Aceptó el cargo i partió al norte, sin llevar todavía un plan definido de campaña i sin conocer las verdaderas necesidades del ejército.

Casi junto con él partió un memorándum que era un estudio de las diversas posibilidades i un interrogatorio para el Jeneral sobre varios planes de operaciones entre los cuales se debía optar. Arteaga contestó adhiriendo plenamente al pro-

yecto de atacar tan pronto como fuera posible, al ejército enemigo concentrado en Tarapacá.

Contestando a la pregunta que se le hacía sobre los elementos que debieran prepararse para la primera operación i sobre los recursos que existían en Antofagasta, el Jeneral respondió que «no estaba abastecido por completo de vestuario, equipo y caballos», sin decir una palabra sobre municiones. Para disculpar esta omisión, se ha dicho que Arteaga no mencionó las municiones porque el gobierno sabía cuantas existían; pero lo mismo podría decirse del vestuario i de los caballos, cuya existencia era también conocida por el gobierno. Además, el gobierno nada adelantaba con saber que existían uno o más millones de tiros, lo que necesitaba conocer era cuántos más exijían las operaciones, cosa que sólo podía decir el Jeneral en Jefe. I a esto hai que agregar que el gobierno tenía ya el antecedente enviado algunos días antes por el Coronel Sotomayor, de que no se necesitaban municiones para iniciar las operaciones, pues existían 200 tiros por hombre.

Con toda oportunidad el gobierno dió contestación a la comunicación del Jeneral Arteaga i éste, al acusar recibo el 10 de Mayo, (el 28 de Abril había llegado a Antofagasta) pidió millón i medio de tiros Comblain, 1,800 para cañones de montaña, 600 para cañones de campaña y 40,000 para ametralladoras.

Dos días después, el 12 de Mayo, decía: Vengan trasportes i tropas (las que el gobierno le

había anunciado) i estaremos en Iquíque en igual tiempo que en Pisagua, *pues todo está preparado para la espedición. Indique día salida de trasportes para evitar desembarque de los refuerzos i hacer el del ejército en el acto.*

Vemos pues la declaración categórica del Jeneral Arteaga de que, llegándole los refuerzos anunciados i los elementos pedidos, se encontraría en situación de iniciar las operaciones. ¿Tenía después de esto el gobierno el derecho de exijirle que, llenadas esas condiciones, se pusiera inmediatamente en movimiento? Nos parece indudable que sí i, sin embargo, luego veremos que no hubo manera de hacerlo moverse, ni con esos, ni con otros elementos más.

Resulta casi inesplicable que el mismo día en que al gobierno le manifestaba hallarse completamente listo para operar sobre Iquique, escribiera al Ministro de Relaciones señor Santa María diciéndole: «Estoi listo para hacerme a la mar, si bien no sé en cual punto habré de desembarcar i no haber resuelto aún, aunque me ocupo de ello, cómo hacer la provisión de agua i de combustible para el rancho del ejército.»

Continúa pidiéndole la remisión de un buque cargado con pipas i barriles i algunos odres para el trasporte de agua.

¿Qué entendía el jeneral por estar listo para tomar los trasportes, si todavía no sabía dónde iba a desembarcar (apenas el 9, tres días antes, había enviado a reconocer la costa), si no contaba con los elementos necesarios para abastecer

de agua a un ejército llamado a operar en un desierto i si todavía no sabía cómo resolver esa dificultad?

Por lego que el gobierno fuera en materias militares, tenía que sentirse alarmado con estas contradicciones del Jeneral en Jefe.

Fácil le era deducir:

1.º Que no contaba con los elementos necesarios para emprender las operaciones;

2.º Que el problema más grave, el del agua, estaba sin resolver;

3.º Que aún no sabía cuál sería el punto del desembarco;

4.º Que según todo esto, era mui posible que no tuviera todavía un plan definitivo de operaciones, i

5.º Que, sin embargo, comunicaba oficialmente hallarse tan listo para operar, que sin desembarcar los refuerzos que se le habían anunciado, embarcaría su ejército para emprender las operaciones.

No iban a parar aquí las sorpresas del gobierno.

Trece días más tarde formulaba un nuevo pedido de 200 caballos, 50 monturas, 200 aparejos completos, 100 cargas de odres para agua, 100 porta-mosquetones, 100 maneas, 480 mantas para caballos, 480 frazadas, 150 mantas para ensillar i 112 cueros.

I este pedido fué hecho después de despachársele el que había hecho a Santa María.

El 16 de Junio hizo al Ministerio de Guerra un nuevo pedido de mulas i otros elementos de trasporte para llevar 65,000 litros de agua, 69,000 kg. de forraje para 2,500 animales, 11,500 kg. de municiones de artillería, 3.450,000 tiros de infantería i 56,000 kg. entre camillas, ambulancias, útiles de rancho i equipajes.

¿I si el gobierno le hubiera exijido, como él lo prometió embarcarse a mediados de Mayo?

En respuesta a la demanda de 1.500,000 tiros que el jeneral hizo el 10 de Mayo, el gobierno le preguntó si con 500,000 tiros, los únicos que por el momento le podían mandar, habría lo suficiente, uniéndolos a los que ya tenía en Antofagasta.

Contestó a su vez el jeneral, i fácil es calcular cuál sería la sorpresa del gobierno cuando recibió la siguiente comunicación: «Pedí un millón i medio contando con remesas sucesivas a donde estuviera el ejército, enterando en Antofagasta 400 tiros por plaza, dotación que apenas bastaría para un combate.» Después agrega: «Debiendo tener más de dos, deben remitirse con prontitud *seis millones:* estoi listo para la espedición, pero su éxito está sujeto a las municiones, sin más tropas i demás que tengo pedido, no puedo moverme».

No podía estar más claro para el gobierno que el Jeneral, el 15 de Mayo (fecha de esta comunicación) espresaba estar listo para espedicionar, siempre que se le remitiera una cantidad

enorme de municiones, tropa i lo demás que había pedido.

Considerando que los combatientes de infantería con que en esos momentos contaba el Jeneral no pasaban de 7,000, su pedido de municiones equivalía a más de 850 tiros por hombre, cantidad exorbitante que tal vez podría justificarse para una campaña; pero, en ningún caso para una operación urjente como era la que la guerra i el país requería en esos momentos.

No contento con esto, el 24 de mayo escribía al Presidente Pinto diciéndole que era indispensable encargar a Europa *por lo menos 50 millones más de tiros Comblain.*

Tal desconocimiento de lo que era el consumo de municiones se esplica por la idea que el Jeneral tenía de que «250 tiros por hombre, alcanzaba sólo para una hora de combate», según se lo espresó a Santa María en carta de 6 de Julio.

I, sin embargo, según datos oficiales, en la batalla de Dolores no se gastaron 150 tiros que llevaba cada hombre, en Tarapacá se gastaron, pero después de cinco horas de incesante combatir, en Tacna llevó cada soldado 130 tiros i en Chorrillos i Miraflores, sumando el consumo de ambas batallas, no se alcanzaron a gastar 300 tiros por soldado.

Esta lijera esposición de antecedentes, prueba la absoluta falta de preparación en que el ejército se encontraba para emprender la campaña i esplica la falta de confianza que demostró el

gobierno, para entregar ciegamente al ejército la dirección de las operaciones.

Esa desorientación del Jeneral en Jefe no era sino una consecuencia de la falta de estudio que un Estado Mayor debía haber hecho desde el tiempo de paz.

El Jeneral no puede saberlo todo i debe estar informado de todo. Si se trata de municiones debe haber un órgano encargado de decirle todo lo que hai al respecto, otro, si se trata de víveres, otro si se necesitan datos sobre el territorio enemigo, etc. Sólo contando con todos esos elementos es dable dirijir, en buenas condiciones, una campaña en que intervienen muchos miles de hombres que hai que mover, alimentar, vestir, amunicionar i llevar al combate.

4) Envío de refuerzos al Norte.—A pesar de saberse en Valparaíso que la escuadra chilena se hallaba en aguas peruanas, los trasportes «Itata» i «Rimac» que se estaban ya cargados con el refuerzo de 2,500 hombres, que se enviaba a Antofagasta, zarparon del puerto, en los vapores «Huanai i «Valdivia», que también llevaban elementos bélicos, el 20 de Mayo.

Favorecidos por la suerte llegaron a Antofagasta el 22. Si no se hubiera perdido la «Independencia» en Punta Gruesa, esos trasportes habían caído en poder del enemigo, pues Grau, en cumplimiento de la órdenes que tenía, en vez de quedarse en Iquique después del combate del 21, habría seguido hacia el sur, directamente sobre Antofagasta.

5) Fuerza total del ejército de operaciones.— Como consecuencia de lo que más arriba hemos espresado, todos los trabajos de retaguardia del ejército quedaron entregados a los civiles i a los Ministros de Estado, quienes se condujeron con tanto celo y acierto, que a mediados de Junio, improvisándolo todo, el ejército se componía ya de unos 18,000 hombres, repartidos así:

En el ejército del norte.........	10,000	plazas
En el centro del país............	6,690	»
En la frontera de Arauco.......	1,860	»
Total............................	18,550	»

Resumen del Orden de Batalla:

Jeneral don Justo Arteaga, Jeneral en Jefe.

Comandante Jeneral de Infantería, Jeneral don Erasmo Escala.

Comandante Jeneral de Caballería, Jeneral don Mauuel Baquedano.

Comandante Jeneral de las Reservas, Coronel don Emilio Sotomayor.

Jefe de Estado Mayor, Jeneral don José Antonio Villagrán.

Ayudante Jeneral, Coronel don Luis Arteaga.

Cinco primeros Ayudantes y ocho segundos Ayudantes.

TROPAS

Infantería

Rejimiento Buin 1.° de línea, Teniente Coronel don Luis José Ortiz, con	1,209 plazas
Rejimiento 2.° de línea, Teniente Coronel don Eleuterio Ramírez, con..	1,177 »
Rejimiento 3.° de línea, Teniente Coronel don Ricardo Castro, con	1,133 »
Rejimiento 4.° de línea, Teniente Coronel don José Domingo Amunátegui con................................	1,076 »
Rejimiento Santiago, Teniente Coronel don Pedro Lagos	1,168 »

Injenieros

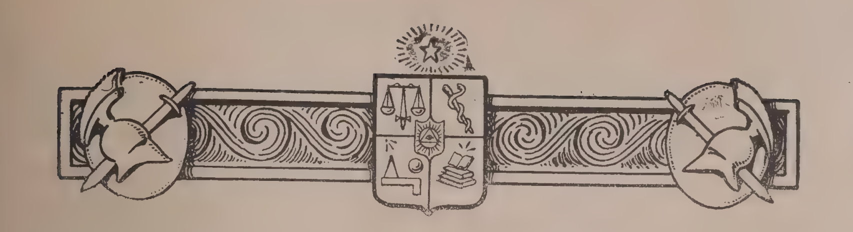
Rejimiento Zapadores, Teniente Coronel don Gregorio Urrutia, con...	410 »

Caballería

Rejimiento Cazadores, Teniente Coronel don Pedro Soto Aguilar ...	489 »
Rejimiento Granaderos, Teniente Coronel don Tomás Yávar	127 »
Escuadrón Carabineros de Yungai, Teniente Coronel don Manuel Bulnes	240 »

Artillería

Rejimiento N.º 1 de Artillería, Coronel don Marco Aurelio Arriagada, con..............................	1,200 plazas
Rejimiento N.º 2 de Artillería, Teniente Coronel don José Velázquez, con..............................	536 »
De estas tropas se hallaban todavía en Santiago un Rejimiento de Artillería i el Escuadrón Carabineros de Yungai. Entre el 2 i el 18 de Junio llegaron a Antofagasta:	
Batallón Naval................	637 »
» Chacabuco	606 »
» Bulnes	486 »
» Valparaíso.........	338 »
Total.............	10,832 »



CAPITULO VII

Relevo de los Comandantes en Jefe

Desde algún tiempo atrás se había resuelto entre el gobierno i el Jeneral Arteaga, el plan de operaciones de invadir a Tarapacá i se estaba a punto de ponerlo por obra, cuando ocurrió el viaje de la escuadra al Callao, sin que el gobierno ni el Jeneral tuvieran conocimiento previo de él.

Esto obligó a postergar la operación i como durante la postergación, llegó a Iquique un refuerzo de 4,000 peruanos. la situación cambió bruscamente i ya no se creyeron suficientes los 8,000 hombres disponibles en Antofagasta para tomar la ofensiva.

Entre tanto, el Jeneral en Jefe, que antes creía viable la invasión por Iquique o Pisagua, había cambiado de opinión en vista de las graves dificultades que preveía para operar en el desierto i ahora bosquejaba un nuevo plan para invadir por Arica hacia Tacna.

Como esta idea había sido ya insinuada en Santiago i flotaban otras más en el ambiente, en Consejo de Ministros del 10 de mayo se resolvió consultar a los Comandantes en Jefe por intermedio del Presidente i de los Ministros Santa María i Varas, quienes escribirían a Arteaga, Williams i Sotomayor.

Los planes que se debían consultar eran cuatro: invasión del departamento de Moquegua, invasión de Tarapacá, ataque sobre Arica i Tacna i bloqueo del Callao i ataque a Lima. A la escuadra correspondería mantener en todo caso el bloqueo de Iquique con una parte de sus buques i cooperar con la otra a la parte ofensiva del plan que se adoptase.

Como consecuencia de la poca confianza que al gobierno inspiraba el Jeneral en Jefe, le mantenía a su lado a dos civiles, los señores Vergara i Alfonso, con los cuales debía consultar las medidas que tomara o por lo menos comunicárselas.

El Jeneral, que era un hombre celoso de sus fueros, jamás aceptó esa tutela i prescindía en absoluto de ambos delegados, entendiéndose francamente sólo con sus dos hijos, que residían en Santiago i ocupaban una alta situación.

Como era natural, los delegados veían con mucho desagrado el retraimiento i reserva del Jeneral, i uno de ellos, el señor Vergara, escribió al Presidente Pinto diciéndole que «si pensaba iniciar operaciones militares, abandonase toda ilusión de realizarlas mientras estuviese allí Ar-

teaga, porque no tenía nada preparado». Era lójico que Vergara pensara así, porque él nada sabía de lo que Arteaga hacía.

Alarmado el gobierno con esta noticia, comisionó al Ministro Santa María para que se trasladara a Antofagasta i comprobara cuál era el estado del ejército.

Santa María llegó a Antofagasta el 23 o el 24 de Junio i encontró al Jeneral Arteaga firmemente decidido a llevar a cabo el plan de invadir por Arica.

Para decidir de una vez el plan por el cual se debía optar, el Ministro citó a una *Junta de Guerra* al Jeneral Arteaga, al Almirante Williams, a don Rafael Sotomayor i a los señores Vergara i Alfonso. El Almirante se escusó de asistir.

Cada uno de los asistentes emitió una opinión fundada sobre el punto por el cual debería hacerse la invasión i resultó que el Ministro Sotomayor, Vergara i Alfonso se manifestaron de acuerdo en preferir la invasión por Tarapacá i sólo el Jeneral se mostró adverso a esa idea, espresando que prefería la ofensiva por Moquegua en dirección a Tacna i aún la ofensiva contra Lima, antes que la espedición contra Iquique. Terminó diciendo que, a pesar de las opiniones que tenía, *marcharía a donde el gobierno le ordenara.* Así terminó esa Junta de Guerra.

Santa María regresó pésimamente impresionado, tanto del Jeneral como del Almirante, nó, según creemos, como resultado de su viaje, sino

porque la idea que de ellos ya tenía, se vió confirmada por lo que allá pudo palpar.

No es estraño, pues, que, al llegar a Santiago, espresara su opinión de que convenía relevar tanto al Almirante como al Jeneral,

El gobierno, después de declarar su conformidad con el plan de invadir por Tarapacá, no atreviéndose a cambiar bruscamente el mando superior del ejército i de la escuadra, optó por ejercer ampliamente su autoridad en el teatro de operaciones, tanto del mar como de tierra, por intermedio de un delegado con superioridad sobre el Jeneral en jefe. Por lo que se refería a la escuadra, se hizo algo peor, pues se nombró a don Rafael Sotomayor Comisario Jeneral «con las atribuciones de inspección i dirección superior que corresponden al Ejecutivo».

No podía ser más pernicioso el procedimiento del gobierno. Si ni el Almirante ni el Jeneral le inspiraban confianza, su camino estaba indicado: relevarlos. Pero imponerles una tutela que los hería en su dignidad de Comandantes en jefe, era absolutamønte inaceptable.

Delegado ante el Jeneral Arteaga fué nombrado el señor Santa María quien, con su sola llegada a Antofagasta, provocó la renuncia indeclinable del espresado Jeneral. No le quedaba otro camino e hizo mui bien (17 de Julio).

El señor Santa María procuró evitar la renuncia i cuando vió que no era posible, ordenó al Jeneral que entregara el mando al Jeneral Escala, que era el que lo seguía en jerarquía.

En cuanto al Almirante, éste ya había presentado su renuncia en Junio; pero no le fué aceptada i siguió en el mando hasta el 12 de Agosto, fecha en que se despidió de la escuadra por medio de una proclama después de haber suspendido sin ninguna autorización el bloqueo de Iquique i haber presentado su renuncia.

Esta vez la renuncia fué aceptada i se nombró en su lugar al capitán de navío, don Galvarino Riveros.

Antes de partir a hacerse cargo de la escuadra, Riveros recibió un pliego de instrucciones escrito por Santa María,

En esas instrucciones, sin que nada lo justificara, se daba de nuevo a los civiles una intervención que no podía menos de ser repudiada por los profesionales, pues al secretario de la armada se le concedía voz i voto en los consejos de guerra, se establecía que, en caso de ataque a una plaza fortificada, debería levantarse un acta en que todos, incluso el secretario, dejaran constancia de su opinión.

El nuevo secretario era don Eusebio Lillo.



CAPITULO VIII

Operaciones navales durante el mes de Octubre

Captura del Huáscar

El mal estado de casi todos los buques i la necesidad de limpiar sus fondos, paralizaron durante algún tiempo las operaciones navales; pero ya el 21 de Setiembre la escuadra zarpó de Valparaíso, llevando a Antofagasta un refuerzo de 4 a 5,000 hombres.

El 28 el Jefe de la escuadra estaba en Mejillones, donde, reunida toda la escuadra, enarboló su insignia en el «Blanco».

El 30 de Setiembre se supo en Antofagasta que el «Huáscar« estaba en Arica i se consultó a Santiago si convenía enviar en su persecución a la 2.ª división («Cochrane», «O'Higgins» i «Loa»).

Con muchas condiciones aceptó el gobierno (levantar un acta, consultar a los injenieros sobre el estado del «Blanco», consultar al almirante) i entonces Sotomayor (Ministro de la Guerra en

campaña) se trasladó a Mejillones, donde reunió un Consejo de Guerra el 1.° de Octubre, para cumplir con las indicaciones del Gobierno. En este Consejo se resolvió que toda la escuadra partiera al norte, cosa que ocurrió el 2, a las 2 A. M.

Entre tanto, la escuadra peruana, con la intención de sorprender al convoi de tropas salido de Valparaíso el 21 de Setiembre, había partido de Iquique, el mismo día en que la escuadra chilena zarpaba de Mejillones, con rumbo al norte, para atacar al «Huáscar» en Arica. De aquí resultó que las escuadras se cruzaron en ese día sin avistarse, a la altura de Chipana.

De esta incursión al sur de la escuadra peruana tuvo oportuno conocimiento el Ministro Sotomayor el mismo día 2 i luego confirmación el 4. Los buques peruanos siguieron al sur hasta la caleta de los Vilos i de aquí regresaron al norte en la noche del 5/6.

La escuadra chilena, por su parte, llegó a Arica, se convenció de que allí no estaba la peruana i regresó al sur el 5 en la mañana navegando una división cerca de la costa i la otra mar afuera. El 7 toda la escuadra estaba en Mejillones.

Se calculaba en Antofagasta que la escuadra peruana, de regreso al norte, pasaría por este puerto en la noche del 7/8, i sobre esta base, el Ministro Sotomayor ideó un plan de ataque que consistía en hacer llegar a Antofagasta a la 1.ª división («Blanco», «Covadonga» i «Matías Cousiño») para colocarla en observación a la entrada de la

bahía i con ella empujar hacia el norte a los buques peruanos. El fin que se perseguía era hacerlos estrellarse contra la 2.ª divisiôn que, a la altura de Mejillones, se colocaría estendida en línea perpendicular a la costa. La 2.ª división era mandada por Latorre i la 1.ª por Riveros,

Este plan se puso en ejecución i a las 3.30 de la mañana del 8, el «Huáscar» i la «Unión» avistaron frente a Antofagasta a la 1.ª división chilena, que la acechaba a la altura de Punta de Tetas, al lado norte de la bahía.

Tan pronto como el «Huáscar» reconoció al «Blanco» viró hacia el S. O. i forzó sus máquinas para evitar el encuentro. Tan luego como su superior velocidad lo sacó de la zona peligrosa, puso proa al norte i continuó su retirada.

El «Blanco», seguido de la «Covadonga», aunque momento a momento se aumentaba la distancia, continuó la persecución, confiado en Latorre que con su división debía estar esperando frente a Mejillones.

Así continuó la marcha hasta las 7.15, hora en que el «Huáscar» avistó tres humos hacia al N. O. que pocos momentos más tarde reconoció como del «Cochrane» i otros dos buques chilenos («O'Higgins» i «Loa»). Los buques chilenos avanzaban rectamente hacia el este, con la manifiesta intención del cruzar el camino del «Huáscar» i «Grau» (su comandante), creyendo que aún podría escurrirse entre ellos i la costa, forzó las máquinas de su blindado, iniciando una lucha de velocidad. La «Unión», que iba guardando la retaguardia del

«Huáscar», forzó también sus máquinas para colocarse al costado de su compañero; pero, un momento más tarde, se la vió desviarse hacia el N. O. buscando la manera de escapar al amparo de sus 13 a 14 millas de velocidad.

Latorre, que comprendió esta maniobra, ordenó al «Loa» i a la «O'Higgins» que salieran en su persecución, mientras él continuaba con el «Cochrane» rectamente hacia la costa.

A las 9.15 el «Huáscar», que ya veía fracasado su proyecto de rehuír el combate, rompió el fuego sobre el «Cochrane» a 3,000 metros con los dos grandes cañones de su torre. Los tiros no dieron en el blanco i Latorre, sin contestarlos, siguió su avance. Tampoco Grau alteró su situación: continuó en su ruta i siguió disparando. En la segunda descarga fué más afortunado, porque tocó al blindado chileno en el pescante de proa, i en la tercera, lo alcanzó en el blindaje de la batería, produciendo en el buque una gran conmoción. El efecto real de este impacto no fué sino un rasguñón; pero coincidió con él, un gran escape de vapor i Latorre, creyendo que le habían destrozado la máquina, ordenó abrir los fuegos. Eran las 9.40 A. M. i lo separaban del «Huáscar» unos 2,200 metros.

Con una precisión hasta entonces desconocida en esa clase de combates, el primer disparo «perforó el blindaje del casco de la sección de la torre, a un pie sobre la línea del agua, y el proyectil estalló dentro de esta sección sacando 12 hombres de combate» (Parte del capitán García

i García). Otro proyectil chileno «cortó el guardín de babor de la rueda de combate» (Id.), dejando así al buque sin gobierno. Los marinos del «Huáscar» pusieron inmediatamente manos a la obra de remediar este daño que podía ser mortal.

Pocos momentos después, otro proyectil perforó la torre de mando del «Huáscar», i estallando dentro, destrozó al Almirante Grau, haciéndolo volar en tantos fragmentos que en la torre sólo quedaron un pie i los dientes, i dejó moribundo a su ayudante teniente don Diego Ferré. Un rato mas tarde, otro proyectil destruyó el telégrafo de la máquina, i, por segunda vez, la rueda del timón.

Muerto Grau, el segundo comandante don Elías Aguirre, tomó el mando del buque i continuó el combate.

Ya la situación del «Huáscar» era mui desfavorable, porque, perdido el gobierno, comenzó a jirar a la derecha como si quisiera describir un círculo, a causa de una torcedura que en esa dirección tenía el timón.

Aprovechó este momento el «Cochrane» para intensificar su ataque, ya desde una distancia no mayor de 450 m.; pero mui luego el «Huáscar» reparó el desperfecto de su timón i continuó su retirada en dirección al norte. En ese momento los marinos chilenos vieron que se arriaba la bandera del «Huáscar»; mas como el buque no se detenía, el fuego continuó. Debe haber sido un accidente o el acto de cobardía de alguno de los muchos estranjeros que formaban parte de la tri-

pulación, porque, instantes después, la bandera volvió a izarse.

La retirada del «Huáscar» siguió sólo unos minutos más i luego comenzó a jirar otra vez a la derecha por un nuevo desperfecto del timón. Latorre quiso aprovechar esta oportunidad para atacar al espolón i lanzó su buque contra el «Huáscar». Erró el golpe, i el «Huáscar», al hacer el quite, se acercó al «Blanco», que en ese momento llegaba al campo de batalla. Riveros, sin perder un instante, se fué también al espolón i también erró el golpe, pasando a unos 25 m, de la popa del «Huáscar», que ya había recuperado su dirección.

Este movimiento del «Blanco» lo colocó entre el «Cochrane» i el «Huáscar», situación que el buque peruano aprovechó para aumentar a 1,200 m. la distancia que los separaba de sus adversarios, mientras los buques chilenos viraban a babor i estribor para tomar nuevas posiciones.

La persecución del «Huáscar» comenzó de nuevo, siguiendo el «Blanco las aguas del monitor peruano i tratando el «Cochrane», gracias a su mayor andar, de ganar una posición de flanco.

Como durante la persecución el fuego continuaba i el «Cochrane» acortaba paulatinamente la distancia, el «Huáscar» arrió su bandera a las 10.55, después de una hora cuarenta i cinco minutos de desigual i glorioso combate, en que perdió uno tras otro, tres comandantes.

Con la toma de este buque, el Perú perdía no sólo la única esperanza de mantener un relativo

dominio del Pacífico, sino a su mejor marino, al Almirante Grau. Tuvo este oficial una muerte digna de su hermosa carrera militar. Fué un marino que por su preparación, su talento, su valor i su hidalguía, habría merecido los más altos puestos i honores en cualquiera armada del mundo.

Mientras frente a la Punta de Angamos se desarrollaba este glorioso combate, el Comandante García i García, que mandaba la «Unión», asumía una actitud diametralmente opuesta a la de Grau, huyendo vergonzosamente de la corbeta «O'Higgins» i del trasporte «Loa».

Como la «O'Higgins», por su inferior andar, no podía seguir de cerca a la «Unión», fué poco a poco quedando rezagada, ofreciendo al buque peruano la ocasión de batir aisladamente al trasporte «Loa» que la seguía de cerca, llegando hasta a dispararle con algunos cañones viejos que se le habían colocado en cubierta.

Esa provocación del «Loa» fué un rasgo de valor de su comandante, señor Molinas, que pudo pagar mui caro; pero que no tuvo ninguna consecuencia porque la «Unión» no supo hacer otra cosa que huír desenfrenadamente.



CAPÍTULO IX

Plan definitivo de operaciones del gobierno de Chile i preparativos para realizarlo

Ya sabemos que el Ministro de Guerra en campaña, don Rafael Sotomayor, por las atribuciones que se le habían conferido, tenía una influencia directa en la dirección de las operaciones, como la tenía también el gobierno, que nunca quiso declinar en mano de los militares, el ejercicio de este derecho.

De esta pluralidad de influencias tenía forzosamente que resultar la incertidumbre i la indecisión i por eso llegó el momento de iniciar las operaciones terrestres, sin que todavía se hubiera producido acuerdo sobre un plan definitivo de operaciones.

La caída del «Huáscar» precipitó los acontecimientos i se resolvió, por fin, cuál sería la primera operación del ejército: operar por mar sobre Pisagua.

Se contaba para esto con el absoluto dominio del mar i con un ejército de 16 a 17,000 hombres, pacientemente movilizados i presentes en Antofagasta. En el resto del país, terminando su movilización i resguardando la frontera araucana, quedaban aún unos 4 a 5,000 hombres.

Mucho se había conseguido, si se considera la pobreza del erario, la carencia de elementos bélicos, la escasa preparación i el estado embrionario en que el ejército se hallaba al declararse la guerra.

Lo que más esfuerzos costó fué organizar el servicio de aprovisionamiento del ejército, pues el teatro en que debía operar imponía escepcionales exijencias. En esta tarea correspondió la parte más difícil a don Rafael Sotomayor i él supo resolverla con tenacidad, talento i abnegación.

Para deducir conclusiones en que poder basar cálculos definitivos, se hicieron ensayos de marchas en el desierto i repetidos ejercicios, por medio de los cuales se llegó a comprobar que el aprovisionamiento mínimo de agua por hombre era de tres litros i por caballo de 24.

Se preparó el embarque i desembarque de las tropas, calculando la capacidad de los trasportes i construyendo las lanchas necesarias, se practicaron reconocimientos para elejir el punto de desembarco, para conocer las defensas de Iquique, etc., i se hicieron investigaciones para tratar de conocer, con la posible aproximación, la fuerza i repartición del ejército enemigo en Tarapacá.

Entre tanto, en la patria-estratéjica no se descansaba un momento, acumulando elementos i recursos de toda clase para ir remitiendo al ejército. Se contaba para esto con la actividad de Pinto i Santa María i con el entusiasmo i patriotismo de todas las clases sociales, que rivalizaban en jenerosidad.

El día 21 de Setiembre i el 12 de Octubre partieron de Valparaíso los últimos convoyes de tropa i elementos bélicos que debían completar las unidades i las impedimentas del ejército de operaciones.

Las fuerzas con que en esos momentos contaba el ejército aliado en Tarapacá era de 11,000 hombres (6,500 peruanos i 4,500 bolivianos) divididos en las siguientes divisiones:

Peruanos

1.ª División Velarde, acuartelada en Iquique.

2.ª División Cáceres, vivaqueando al sur de Iquique.

3.ª División Bolognesi, en Hospicio i en Alto del Molle.

4.ª División Dávila, acantonada en La Noria.

5.ª División Ríos (800 plazas), en Iquique.

6.ª División Bustamante (1,500 plazas), cerca de Iquique.

Bolivianos

1.ª División Villegas, en San Lorenzo i al sur de Tarapacá hasta Pabellón de Pica.

3.ª División Villamil, en Pisagua i Agua Santa.

2.ª División Arguedas, i

4.ª División Vanguardia, en Tacna.

Caballería boliviana en La Noria con la División Dávila.

El ejército boliviano se hallaba a las órdenes del Presidente Jeneral Daza i el peruano a las del Presidente Jeneral Prado, quien tenía, además, el mando en jefe de todo el ejército aliado.

Por fin el 19 de Setiembre comenzó el embarque de la parte del «Ejército del Norte» que debía de efectuar su desembarco en Pisagua.

Distribuído el convoi en tres divisiones, dió cabida a 9,640 hombres i unos 853 caballos, más algunas mulas, cuyo número exacto no se conoce.

Iba todo repartido en 15 trasportes escoltados por 4 buques de guerra.

El Cuartel Jeneral iba en el trasporte «Amazonas», donde también iba el Ministro de Guerra i el jefe marino del convoi, capitán Thomson.

A las 6.30 P. M. del 28 de Setiembre zarpó el convoi de Antofagasta con rumbo al norte. ¿A dónde iba? Todavía no se sabía de un modo cierto i para llegar a una decisión definitiva, el Ministro de la Guerra convocó en alta mar dos Consejos de Guerra (uno de marinos i otro de

militares) en que abogaban unos por el desembarco en Pisagua i otros por el desembarco en Junín.

A propuesta del Ministro, se pusieron por fin de acuerdo en un plan misto que daba satisfacción a todos: se desembarcaría simultáneamente en Pisagua i en Junín.

De acuerdo con este plan, se organizó el convoi separando a las tropas según sus misiones, de la cual resultó la siguiente repartición:

1.ª División de desembarco, al mando del Coronel Urriola i destinada al ataque de Junín:

Tropas navales	650	hombres
Valparaíso..................	300	»
3.º de línea...............	1,100	»
Una batería de campaña	125	»
	2,175	

2.ª División de desembarco, destinada al ataque de Pisagua i al mando del Coronel Ortiz:

Atacama.....................	590	hombres
Buin,..........................	1,100	»
2 baterías de artillería de montaña.............	250	»
	1,940	

3.ª División de desembarco, destinada al apoyo de la 2.ª, al mando del Coronel Amunátegui:

½ Rejimiento del 2.º de línea......................	500	hombres
4.º de línea.................	900	»
	1,400	

4.ª División de desembarco, destinada al apoyo de la 2.ª i 3.ª, al mando del Comandante Toro Herrera:

Chacabuco..................	600	hombres
Coquimbo....................	500	»
½ Rejimiento del 2.º de línea......................	450	»
	1,550	

División de reserva al mando del Comandante Cruz:

Zapadores....................	400	hombres

Fuerzas sin especial destinación:

Artillería de marina......	800	hombres
3 baterías de artillería...	375	»
Cazadores a caballos.....	500	»
Bulnes........................	500	»
	2,175	



CAPITULO X

Asalto de Pisagua

SUMARIO.—1) Lijera idea del puerto.—2) Ataque de la escuadra. —3) Desembarco de las fuerzas chilenas.—4) Combate en Pisagua.—5) Desembarco en Junín.

1) Lijera idea del puerto.—El puerto de Pisagua estaba formado sólo por unas cuantas casas, agrupadas alrededor de la estación del ferrocarril que, partiendo de allí, conducía a Negreiros.

Estaba defendido por el lado sur, por un fuerte a barbeta formado con sacos de arena i armado con un cañón de 100 libras. Un fuerte igual defendía el lado norte.

Como la bahía es mui cerrada, pues entre las dos puntas que la protejen por el norte i por el sur, no hai más de 6,000 metros, los fuertes podían cruzar sus fuegos. Había un tercer fuerte en construcción; pero no alcanzó a quedar listo para el día del asalto.

La playa es angosta i en casi toda su estensión está bordeada de rocas bajas que se prestan pa-

ra ofrecer protección a una larga línea de tiradores. No tiene sino dos desembarcaderos. El del norte, en un punto llamado Playa Blanca, está formado por dos espacios, libres de rocas, que tienen una estensión de 300 a 500 metros i donde las olas se ájitan i forman constantemente una fuerte resaca.

El del sur, en Playa Guata o Guaina, es de fácil acceso por estar protejido por la punta de Pichalo i tiene una estensión de 500 metros más o menos.

Casi de la misma playa se levantan los altos i abruptos cerros que rodean la bahía i que llegan a una altura de 600 metros.

Haciendo numerosos zig-zags sube por ellos un camino carretero i lo propio hace el ferrocarril. Son muchos los senderos que también permiten remontar esos cerros; pero por allí el acceso es bastante difícil. Tienen sí, éstos, la ventaja de ofrecer en sus diversos zig-zags buenas posiciones sucesivas de combate i los aliados habían sabido aprovechar esta circunstancia para preparar allí líneas defensivas protejidas por sacos de arena.

El puerto se hallaba defendido por tropas peruanas i bolivianas que pueden calcularse en unos 1,400 hombres. (Bulnes las calcula en 1,300, Molinare en 1,600 i el mayor peruano Montani en 1,178).

Hallándose presente el día del asalto el comandante en jefe del ejército peruano de Tarapacá, Jeneral Buendía, correspondía a él el mando de todas las fuerzas.

2) Ataque de la escuadra.—Las tropas chilenas llegaron a Pisagua el 2 de Noviembre, más o menos a las 6 de la mañana i a las 6.30, los buques de guerra habían tomado sus posiciones frente a los dos fuertes que defendían la bahía.

A las 7 A. M. rompió los fuegos la División Condell («Magallanes» i «Covadonga»), fuegos que fueron contestados por el Fuerte Norte una sola vez, pues antes del segundo disparo, fué destrozado por un proyectil que a la vez mató al oficial artillero.

A las 7.15 la División Latorre («Cochrane» i «O'Higgins») abrieron sus fuegos sobre el Fuerte Sur del cual recibieron inmediata contestación. El fuerte no acertó un solo disparo, en tanto que los buques alcanzaron luego eficaces resultados. A las 7.33 el Fuerte disparó su último cañonazo i la guarnición comenzó a abandonarlo.

Los efectos de los buques fueron tan grandes que en esos pocos minutos cayeron el comandante Rivadeneira, el capitán Becerra, el teniente Tamayo, el ayudante Latorre-Bueno i gran número de soldados.

Eliminada así la resistencia de los fuertes, a las 8 A. M. los buques hicieron señales de que podía comenzar el desembarco.

3) Desembarco de las fuerzas chilenas.—Como este no se hallaba preparado, sólo a las 9.30 A. M. se destacó una flotilla de 17 botes, en que iban la 1.ª i 3.ª compañías del Atacama i la 1.ª compañía de Zapadores, formando un total de

450 hombres. Dirijia la flotilla el jefe del desembarco, capitán don Enrique Simpson.

El punto elejido para tomar tierra fué Playa Blanca i hacia ella se adelantó un pequeño bote, armado de una ametralladora que rompió los fuegos contra los tiradores que defendian la playa. Estos replicaron vigorosamente, no sólo al bote de la ametralladora, sino a los demás botes que mui luego se pusieron a tiro. Aunque la puntería de los defensores fué bastante mala, varios soldados chilenos resultaron heridos.

Los botes no se detuvieron para contestar los fuegos, sino que siguieron avanzando con toda la velocidad que les fué posible, hasta llegar cerca de la playa, donde los soldados se tiraron al agua i al grito de ¡Viva Chile! se lanzaron a la bayoneta contra la trinchera de rocas en que se protejían los defensores.

Unos tras otros fueron llegando los botes, que rápidamente eran abandonados por la tropa, para seguir tras los primeros en el asalto a la bayoneta, sin esperar órdenes, ni respetar formaciones.

Tan brusco i enérjico ataque desconcertó a los defensores, que precipitadamente se replegaron hacia la población donde, parapetados en las casas, en la maestranza del ferrocarril, en la Aduana, en las bodegas, en los rimeros de salitre, etc., continuaron defendiéndose con tenacidad i enerjía.

4) Combate en Pisagua.—Las tropas que con anticipación se habían parapetado en los zig-zags

de los caminos de los cerros, abrieron entonces un nutrido i bien dirijido fuego de fusilería que hizo bastante efecto en las filas chilenas.

La ventaja estaba de parte de los aliados, pues a los 400 i tantos asaltantes podían ellos oponer más de 1,000 defensores i la suerte los habría favorecido, si los buques de guerra no hubieran cooperado mui eficazmente con los pequeños cañones i las ametralladoras de sus cofas, que causaron grandes efectos morales i materiales.

Los disparos de los buques no tardaron en producir incendios en las casas i en los depósitos de salitre i de carbón i esto contribuyó al rechazo de los defensores que comenzaron a retirarse paulatinamente, evacuando una parte de la población.

Tras ellos avanzaron en persecución, los soldados del «Atacama», mientras los «Zapadores» iniciaban el ataque contra las tropas bolivianas parapetadas en la casa de la Compañía de Salitre.

Hasta las 11 no varió la situación; pero a esta hora llegó el segundo escalón de desembarco i ante él, los aliados abandonaron la defensa de la ciudad, para empezar con mayor tenacidad i bravura la de los cerros en que, defendiéndose palmo a palmo, contuvieron el empuje chileno hasta las 2 P. M., en que los primeros atacantes llegaron a la pampa de Hospicio.

Durante todo este combate los jefes aliados, Buendía i Villamil, se mantuvieron *prudentemente* en Hospicio, alejados del peligro, mientras sus subalternos, como los coroneles Velasco (boliviano)

i Recabarren (peruano), peleaban con denuedo a la cabeza de sus soldados.

El Jeneral Buendía i su Cuartel Jeneral se retiraron de Pisagua a las 11.30.

Las bajas sufridas por los chilenos fueron relativamente pequeñas: 58 muertos i 173 heridos.

Las de los aliados se estimaron en 100 muertos i 60 heridos.

5) Desembarco en Junín.—Previendo una resistencia más tenaz, el comando chileno destacó a las 11 A. M. una división de 1,340 soldados, embarcada en el «Itata» i escoltada por el «Amazonas» i la «Magallanes», hacia Junín, pequeña caleta situada al sur de Pisagua, para que desembarcando allí treparan los cerros i cayeran por la espalda del enemigo, desde la pampa de Hospicio.

Sin que los 30 ó 40 soldados que allí habían opusieran la menor resistencia, desembarcó la división chilena i, venciendo grandes dificultades, trató de cumplir su cometido; pero sólo al amanecer del día siguiente lograron llegar al campamento de Hospicio.



CAPITULO XI

Primera operación en tierra i batalla de Dolores

SUMARIO.—1) Primeros reconocimientos.—2) Los aliados después de Pisagua.—3) Encuentro en Jermania.—4) Concentración aliada en Pozo Almonte.—5) Daza marcha al sur.—6) Los chilenos inician su avance.—7) Avance de los aliados del sur.—8) Plan i preparativos chilenos.—9) Una ojeada al terreno.—10) Batalla de Dolores o de San Francisco.—11) Algunas observaciones sobre la batalla de Dolores.

1) Primeros reconocimientos.—Ocupado Pisagua, las fuerzas chilenas se concentraron en Hospicio, en la planicie que se estiende inmediatamente al oriente, después de remontar los cerros. Esta operación duró algunos días i durante ella se tuvo conocimiento de que una división enemiga de 6,000 hombres, avanzando hacia Pisagua, había llegado hasta San Roberto, estación que se encontraba entre Hospicio i Jazpampa. Al recibirse esta noticia, (era el día 3) todavía la caballería no había desembarcado, la mayor parte del ejército estaba en Pisagua i servicio adelan-

tado de esploración no se había enviado ninguno.

Para disipar la alarma que esa noticia produjo, el Secretario del Jeneral en Jefe, don José Francisco Vergara, se ofreció para adelantarse con tres oficiales a comprobar la verdad de la información. En la misma tarde llegó a la nombrada estación de San Roberto i regresó en la noche con la noticia de que se encontraba libre de enemigos.

Estimulado por el buen resultado de esta escursión, propuso efectuar una segunda i al día siguiente, a la una de la mañana (5 de Noviembre), partió con cinco oficiales i dos compañías (escuadrones) de Cazadores a Caballo, (175 hombres) mandados por los capitanes Parra i Barahona. El mismo día llegó a Dolores, i al amanecer del 6, partió en dirección a Agua Santa.

2) Los aliados después de Pisagua.—Veamos ahora lo que, entre tanto, hacían los aliados.

Después de la toma de Pisagua una gran parte del ejército aliado (especialmente los bolivianos) se habían dispersado i el resto se había reunido en Agua Santa. También se hallaban en este punto el batallón boliviano Aroma, que no había tomado parte en la defensa de Pisagua, el Jeneral en Jefe Buendía, el Coronel Recabarren i la mayor parte de los Estados Mayores peruano i boliviano.

Pensaba el Jeneral Buendía establecer aquí su segunda línea de resistencia i con ese objeto había enviado orden a la División Vanguardia,

(peruana) que se hallaba en Pozo Almonte, para que avanzara hasta Agua Santa.

En la tarde del 4 llegó a este punto el Teniente Coronel Arjentino don Roque Sáenz Peña, que servía en el Estado Mayor peruano, con la noticia de que la División Vanguardia, después de avanzar tres leguas por el desierto en cumplimiento de la orden de Buendía, había contramarchado a Pozo Almonte.

A medio día del 6, el Coronel Mesías--«Inspector Jeneral del teatro del campo de la guerra» (sic)—llegó con la novedad de que el ejército enemigo estaba encima. Recorriendo en una locomotora la línea férrea, había divisado los dos escuadrones de Vergara i esto fué lo que él tomó como ejército enemigo.

Ante esta noticia, el Jeneral Buendía resolvió retirarse a Pozo Almonte. No podía hacer otra cosa, pues sólo contaba con mui poca tropa i de mala calidad. (Desmoralizada e indisciplinada).

Después de prender fuego a los depósitos de víveres i forraje que habían en Agua Santa, partió al sur, destacando a su retaguardia unos 50 a 60 jinetes para cubrir la retirada. Estos jinetes formaban dos pelotones, peruano el uno y boliviano el otro, que iban al mando del Teniente Coronel peruano, don José Buenaventura Sepúlveda.

3) Encuentro en Jermania.—Como esto ocurría el 6 i en este mismo día habia partido Vergara de Dolores con sus dos escuadrones, el encuen-

tro de las dos caballerías tenía fatalmente que producirse.

En efecto, al llegar a Jermania (cerca de Agua Santa), a las 4 de la tarde, la descubierta chilena avistó a la caballería peruana, que después de hacerle fuego de carabinas, se adelantaba para atacarla. La descubierta, al mando del Alférez Lara se detuvo i envió aviso al grueso. Inmediatamente avanzaron los escuadromes chilenos, el de Parra a la cabeza, i cargando resueltamente, desorganizaron a la caballería aliada, que huyó en dos direcciones perseguida por los jinetes chilenos.

Datos precisos sobre las bajas aliadas no se tienen; pero parece que fueron mui pocos los que escaparon. Entre los muertos se hallaron el Comandante Sepúlveda, 3 oficiales peruanos i 1 boliviano i cayeron prisioneros el Comandante Chacón (peruano) i el Teniente Gómez (boliviano). Bulnes calcula los muertos en 60, lo que equivale a decir que murieron todos.

Del lado chileno sólo hubo 3 muertos i 6 heridos.

4) Concentración aliada en Pozo Almonte.— Con alguna anterioridad a su retirada, Buendía había ordenado al Coronel Suárez, su Jefe de Estado Mayor, que concentrara i alistara todas las fuerzas del Ejército de Tarapacá. La concentración se efectuó en La Noria i Pozo Almonte, i el 8 de Noviembre se habían reunido ya unos 7,500 hombres, incluyendo los 1,500 que Buendía llevó desde Agua Santa. Ocho días

más tarde llegó la División Esploradora, que aportó un continjente de 1,300 hombres, elevándose así las fuerzas del ejército a cerca de 9,000 hombres, repartidos en la siguiente forma:

	Hombres
Cuartel Jeneral i Estado Mayor..	110
Artillería de Costa,..................	94
Brigada de Artillería................	91

División de Esploración

Cuartel Jeneral	4
Batallón 1.° Ayacucho N.° 3......	908
» Provincial Lima N.° 3...	355
Voluntarios de Pasco................	185
	1,452

División Vanguardia (o 4.ª División)

Cuartel Jeneral.........................	10
Batallón Puno N.° 6.................	438
» Lima N.° 8..................	443
Rejimiento Guías N.° 3.............	173
Escuadrón Castilla.....................	81
	1,146

1.ª División

	Hom
Cuartel Jeneral	24
Batallón Cazadores del Cuzco N.° 5	463
Batallón Cazadores de la Guardia N.° 7	458
Rejimiento Húsares de Junín N.° 1.	330
	1,280

2.ª División

Cuartel Jeneral	5
Rejimiento 2 de Mayo	476
Batallón Zepita N.° 2	636
	1,117

3.ª División

Cuartel Jeneral	4
Batallón 2.° Ayacucho	441
» Guardia de Arequipa	498
	943

5.ª División

Cuartel Jeneral	5
Batallón Iquique N.° 1	417
» Cazadores de Tarapacá	171
Columna Loa	343
» Tarapacá	246
	1,182

1.ª División Boliviana

	Hombres
Cuartel Jeneral	10
Batallón Illimani	539
» Olañeta	483
» Paucarpata	456
» Dalence	545
Escuadrón Franco Tiradores	146
	2,459

2.ª División Boliviana

Cuartel Jeneral	9
Batallón Aroma	558
» Independencia	433
» Vengadores	528
» Victoria	537
	2,063

Fuerza total de combatientes	10,933
No combatientes	25
Total	10,058

Todas estas tropas se hallaban reunidas en La Noria i Pozo Almonte a mediados de Noviembre, con la sola escepción de la 5.ª División Ríos, que había quedado de guarnición en Iqui-

que. Hai que descontar también las bajas que algunas de estas unidades sufrieron en Pisagua i así se llega a unos 9,000 hombres.

5) DAZA MARCHA AL SUR.—El Presidente Prado, al tener conocimiento de la toma de Pisagua, de acuerdo con Daza, dispuso que éste con un continjente de 3,000 bolivianos que había en Tacna, se pusiera en marcha hacia el sur para reunirse en Tana (lugarejo situado a unos 20 km. al N. de Jazpampa) con el ejército de Buendía, el cual recibió oportunamente la orden correspondiente. Esta orden llegó por telégrafo a Pozo Almonte el 9 de Noviembre i en ella se advertía además a Buendía, que «evitara atacar» a los chilenos.

A las 11 de la mañana del 11 de Noviembre Daza partió de Arica en dirección al sur. Para legar al punto de reunión debía marchar 150 kilómetros, en tanto que Buendía sólo necesitaba marchar 100. Después de cuatro días de marcha llegó a la quebrada de Camarones, donde pensaba dar un par de días de descanso. Estaba sólo a una jornada del punto de reunión i disponía del tiempo necesario, pues era el 14 de Noviembre, i el día fijado para la reunión había sido el 16. I sin embargo, Daza no continuó su marcha, sino que desde Camarones regresó a Arica. ¿Por qué? Nada seguro se sabe sobre tan estraña resolución.

La versión más verosímil es que su secretario i su jefe de Estado Mayor (Gutiérrez i Arguedas), lo convencieron de que se trataba de una operación mui peligrosa en que corría el riesgo

de perder las únicas tropas de que disponía. Bien sabía Daza que si tal caso llegaba, junto con perder sus tropas perdía la presidencia de Bolivia i es creíble que este temor haya hecho tanta fuerza en su ánimo, que lo haya inducido a cometer esta defección.

Una parte de las tropas i especialmente su guardia predilecta i más adicta, el Batallón Colorado, protestó de esta resolución; pero Daza los convenció de que el regreso era necesario i éste se efectuó sin otro incidente.

Antes de retirarse, Daza tomó otra resolución aún más estraña: avanzó con una pequeña escolta hacia el punto de reunión. ¿Qué iba a hacer allí mientras su tropa contramarchaba al norte? No se sabe sino que, poco antes de llegar, tuvo noticias de la derrota de los suyos en la batalla de Dolores i que en vista de esto, regresó apresuradamente hacia Arica.

6) Los chilenos inician su avance.—Mientras en el campo aliado ocurrían todos los sucesos relatados, en el chileno se preparaba el avance hacia el interior.

Para evitar que en esa operación llegase a faltar el agua o los víveres, el Ministro de Guerra, señor Sotomayor, dispuso que el ejército se moviera por escalones. Cumpliendo esta disposición, el primer escalón salió de Pisagua el 5 de Noviembre (3,500 hombres) i el 8 salió el segundo (2,500 hombres). El 10, estos escalones se hallaban reunidos en Dolores, mientras en Pisagua i Hospicio continuaba el resto del ejército.

7) Avance de los aliados del sur.—Entre tanto el ejército aliado del sur, que mandaba Buendía, con el propósito de juntarse en Tacna con el que traía Daza, comenzó su movimiento de avance el 16 de Noviembre, partiendo de Pozo Almonte, dividido en tres escalones.

1er. Escalón: Jeneral Bustamante

4.ª División (División Vanguardia) (peruana)
División Esploradora (peruana)
1.ª División (boliviana)
2 escuadrones de caballería
6 piezas de artillería

Con este escalón marchaba el Jeneral en jefe Buendía.

2.º Escalón: Coronel Suárez

1.ª División (peruana)
2.ª » (boliviana)
3 baterías de 4 piezas cada una

3er. Escalón: Coronel Cáceres

2.ª División (peruana)
3.ª » (peruana)
Caballería

El primer escalón iba protejido por una vanguardia. Detras del tercer escalón iban los bagajes (130 cárros). Durante las marchas i los descansos se tomaron estrictas medidas de seguridad.

Después de dos días i un noche de marcha, este ejército llegó a Negreiros, (a la altura de Agua Santa) el 18 al amanecer. Desde este punto hizo adelantar a su caballería i está fué vista a las 6 P, M. por 120 cazadores chilenos que, a las órdenes del capitán Barahona, habían sido envíados desde San Francisco (Dolores) en esploración hacia Agua Santa. Gracias al parte del capitán Barahona, llegó al campamento de Dolores la primera noticia del avance aliado.

Cuando Buendía tuvó conocimiento del encuentro de las caballerías, convocó a un Consejo de Guerra i en él se resolvió desviar la dirección del avance hacia el noroeste, para pasar, abrigados por los lomajes de Chinquiquirai, a unos 5 kilómetros al sureste de Dolores. Es de advertir que, hasta ese momento, nada sabían los aliados de la presencia del ejército chileno en Dolores.

8) Plan i preparativos chilenos.—El plan de invasión del ejército chileno fué enviado por el gobierno i consistia en «avanzar a Pozo Almonte, donde estableceria un campamento fortificado al rededor de la aguada, enviando una fuerte vanguardia (una División) sobre Iquique; la caballería del ejército debía obrar en conexión con

la caballería que estaba en Antofagasta i Toco, merodeando por la falda de la cordillera, para recojer o destruír los recursos del interior i hostilizar a La Noria; la escuadra debía bloquear estrechamente el puerto de Iquique; Pisagua debía ser fortificada».

Para poner en ejecución este plan, el Ministro de Guerra, que para los efectos de la preparación del ejército asumió francamente el papel de Jeneral en Jefe, inició una serie de preparativos tendientes a asegurar en todo momento el aprovisionamiento de agua i víveres en la marcha a través del desierto, i venciendo la presión que los altos jefes del ejército le hacían para que las tropas se pusieran luego en movimiento, no inició las operaciones sino cuando estimó suficientes los preparativos hechos i las precauciones tomadas.

Persiguiendo el objetivo de facilitar el aprovisionamiento, el avance del ejército hacia Dolores se inició por escalones i, según ya dimos cuenta, el 10 habían llegado los dos primeros, que formaban un total de 6,000 hombres.

Esta operación se realizaba dentro de la íntima convicción que el comando chileno tenía, de que no lo amenazaba ningún peligro desde el sur, pues descartaba la posibilidad de que el ejército de Tarapacá avanzara más al norte de Pozo Almonte. De aquí que no se atendiera como correspondía el servicio de esploración hacia Iquique.

Con todo el Ministro Sotomayor—que según vamos viendo era el que tenía más claras ideas sobre el empleo del ejército—había insinuado la idea de reunir luego en Dolores todas las tropas que había en Hospicio i de que el Jeneral Escala se trasladara a aquel punto; pero de esta insinuación se desentendió el Jeneral en Jefe.

Así las cosas, el 18 de Noviembre se recibió un telegrama que daba cuenta de la presencia del ejército boliviano del norte en Tana, i como esta noticia concordaba con la creencia que dominaba en el Estado Mayor chileno de que el peligro debía venir del norte, el Jeneral Escala resolvió establecer su resistencia en la estación de Jazpampa, enviando inmediatamente para iniciarla, al batallón Bulnes. Al mismo tiempo ordenó por telégrafo al coronel Sotomayor, que estaba a cargo de las tropas de Dolores, mandar un tren con tropas bien amunicionadas para cooperar a la defensa de esa estación.

Cumpliendo esta orden, Sotomayor envió unos 1,800 hombres de infantería i artillería a las órdenes del teniente coronel don Ricardo Castro.

Al mismo tiempo, i como ya se había hecho otras veces, envió un escuadrón al mando del capitán Barahona, a Agua Santa con la misión de efectuar un reconocimiento.

9) Se prepara la batalla de Dolores.—Esta fué la caballería que a las 6 P. M. del 18 vió a la caballería adelantada del ejército aliado i la que envió a Dolores la primera noticia del avance del enemigo. Esta noticia le llegó a Sotomayor

a las 8, i previendo que Buendía continuaría su avance al día siguiente sobre Dolores, no vaciló en resolverse a aceptar el combate en el mismo lugar en que se encontraba, adelantándose sólo unos 6 km. al sur, para situarse en las llanuras de Santa Catalina. Persiguiendo este objetivo, envió inmediatamente al comandante Amunátegui (teniente coronel) à Santa Catalina, a la cabeza de unos 1,800 hombres de las tres armas. Dos horas más tarde, salía en pos de este destacamento el batallón Atacama i el resto del ejército quedó en Dolores, preparándose para seguir el movimiento.

Casi simultáneamente, el coronel Sotomayor comunicó al Jeneral en Jefe lo que ocurría, pidiéndole que la División Arteaga, que continuaba en Hospicio, se trasladara en el acto a Santa Catalina.

Al comandante Castro, que dos horas antes había partido a Jazpampa, le envió orden de regresar inmediatamente. Recibió Castro esta orden cuando ya había llegado a Jazpampa i como se había comprobado que era falsa la noticia de la presencia del enemigo en Tana, regresó inmediatamente a Dolores, donde se halló en la mañana del 19, cuando ya se iniciaba el despliegue enemigo frente a la posición chilena.

A la una de la mañana del 19, Sotomayor cambió de opinión sobre el lugar en que debía aceptar là batalla, optando por ocupar los cerros de Dolores o de San Francisco i apresuradamente mandó orden a las tropas que había hecho ade-

lantar hasta Santa Catalina para que regresaran a Dolores. Sin tomar ningún descanso, estas tropas contramarcharon inmediatamente.

Al amanecer del 19 el ejército aliado llegó a la vista de la posición chilena i su vanguardia ocupó el pozo de la oficina Porvenir, situado a unos 1,200 metros delante del cerro San Francisco.

9) Una ojeada al terreno.—El pozo de Dolores, al rededor del cual se dió la batalla, está situado sobre la línea férrea entre los cerros San Bartolo por el oriente, Tres Clavos por el occidente i San Francisco por el sur.

El primero es de poca altura; pero de cierto valor táctico, porque domina todo el terreno que lo rodea. El cerro de Tres Clavos forma el estremo de una serranía a lo largo de la cual corre el ferrocarril i tiene una altura i forma, que podría darle mucha importancia en un combate.

El tercero, el de San Francisco, es el que más nos interesa porque fué el centro del combate. Se levanta a unos 200 metros sobre el terreno de sus alrededores i se compone de dos morros o partes altas separadas por una hendidura o silla. Es accesible por todos lados; pero algo difícil la subida por el lado sur, el que, precisamente, daba al enemigo. De estremo a estremo el cerro mide unos 3,600 metros i está orientado de S. E. a N. O. La parte superior o meseta (que no es del todo plana) tiene un ancho de 150 a 200 metros.

Todo el terreno que rodea estos cerros está formado por la planicie o pampa salitrera, que a consecuencia de los cateos i trabajos de esplotación, se hallaba sembrada de hoyos i montones de caliche, donde podían hallar protección tiradores aislados i hasta grupos de tres o cuatro hombres.

10) Batalla de Dolores o de San Francisco.— Al amanecer del 19, la División que se hallaba en Hospicio no había llegado todavía al campo de batalla (ni alcanzó a llegar en todo el curso de ella), de manera que la posición hubo de tomarse sólo con 34 cañones (14 de campaña i 20 de montaña) i unos 6,500 hombres de todas las armas.

La artillería se dividió en 5 grupos: en el estremo norte i en la parte alta i occidental del cerro San Francisco se colocaron 12 cañones dando frente al sur: en el estremo sur del mismo cerro, dos baterías: una de 6 piezas i dos ametralladoras dando frente al este, i otra de 8 piezas dando frente también al este; en el cerro de Tres Clavos una batería de 4 piezas dando frente al este, i en la pampa, al norte del Pozo de Dolores i al este de la línea férrea, una batería de 4 piezas. Las dos baterías situadas en el estremo sur del cerro San Francisco estaban bajo las órdenes del Mayor Salvo.

La infantería se colocó así: en el ala izquierda que comenzaba en el cerrito de San Bartolo, i repartido entre este cerro, el Pozo de Dolores i la estación del ferrocarril, el Rejimiento 3.º de línea,

fuerte en 1,100 hombres i al mando del Comandante Castro; en el centro, que era la parte sur del cerro San Francisco, el Rejimiento 4.º de línea i los batallones Atacama i Coquimbo; formando un total de 2,000 hombres al mando del Comandante Amunátegui, i en el ala derecha, estremo noroeste del cerro San Francisco, el Rejimiento Buin 1.º de línea i los batallones Valparaíso i Navales, que sumaban unos 2,050 hombres i que estaban al mando del Coronel Urriola.

La caballería, al mando del Coronel don Pedro Soto Aguilar, se situó entre el estremo norte del cerro San Francisco i el cerro de Tres Clavos, en el estrecho llano que se llama La Encañada. Sumaba unos 400 jinetes.

El ejército aliado se formó en dos líneas. La primera, o línea de combate, estaba constituída por dos grupos o fracciones que formaban el ala derecha e izquierda, respectivamente, de la línea de ataque. El ala derecha, al mando del mismo Jeneral Buendía, estaba constituída por la División Esploradora, la División Villegas (boliviana), una batería de 6 piezas i dos escuadrones (uno boliviano), i el ala izquierda, mandada por el Coronel Cáceres, la formaban las Divisiones peruanas Velarde i Bolognesi i la División boliviana Villegas. La segunda línea o reserva quedó constituída por los batallones peruanos Zepita y Dos de Mayo, las unidades de más fama en el ejército, entre las tropas veteranas.

En este orden avanzó el ejército aliado desde Santa Catalina hasta Porvenir, para posesionarse

del pozo que allí había. Al llegar a las inmediaciones de este pozo hizo alto (a las 6 A. M. del 19) i entre el Jeneral Buendía i el Coronel Suárez se entabló un cambio de ideas para resolver si se atacaría inmediatamente o si se daría antes a las tropas un buen descanso que harto necesitaban, después de haber marchado toda la noche. Se optó por esto último, resolviendo no atacar sino al día siguiente.

Esta resolución estaba mui de acuerdo con la conveniencia i propósitos del coronel Sotomayor, jefe de las fuerzas chilenas, pues a éste convenía postergar el combate hasta la llegada del jeneral Escala, que con la División Arteaga iba desde Hospicio en marcha hacia el campo de batalla. Se calculaba que llegaría al anochecer de ese día.

Acampó, pues, el ejército aliado en Porvenir i, sin novedad alguna, trascurrió el tiempo hasta las 3 P. M. A esta hora la división peruana esploradora que, como sabemos formaba parte del ala derecha, avanzó hasta El Molino, al pie mismo de la posición de las baterías de Salvo, con el propósito de reconocer las posiciones chilenas:

Coincidió este movimiento con la llegada al pozo de Porvenir de algunos grupos de tropas aliadas que iban a proveerse de agua i como éstos quedaban dentro de la zona de acción de las baterías de Salvo, este oficial solicitó permiso del coronel Amunátegui para hacer algunos disparos. Concedido el permiso, Salvo disparó a las 3.10 su primer tiro. Una batería aliada que se

hallaba a cargo de la protección del pozo Porvenir, contestó el fuego i así quedó iniciado el combate.

El avance aliado se inició inmediatamente dirijiéndose Buendía con el ala derecha hacia el N. E. para atacar el ala izquierda chilena i Suárez con el ala izquierda, hacia el O. N. O., para atacar el centro i ala derecha.

El primer objetivo de Buendía fué las baterías de Salvo que, colocadas en el estremo sur del cerro San Francisco, miraban hacia el E. i contra ellas lanzó una compañía de guerrilla de cada uno de los batallones Ayacucho, Puno (peruanos), Illimani i Olañeta (bolivianos).

Avanzaron estas compañías de tiradores seguidas por las restantes de sus respectivas unidades i llevando en tercera línea, como reserva especial el batallón Lima N.º 8. Este ataque era mandado por el jeneral Villegas, jefe de la 1.ª División boliviana.

Para resistir este asalto, en que el fuego de las piezas iba a servir de bien poco, Salvo no disponía sino de 63 hombres.

En cuanto las compañías de guerrilleros se acercaron al pie del cerro, quedaron protejidas por el ángulo muerto que la pendiente formaba al tiro de la artillería i las tropas de Villegas comenzaron a trepar sin ser molestadas.

Viendo Salvo que de nada le servían sus cañones, desplegó sus sirvientes en guerrillas delante de las piezas i con ellos, empleando las carabinas, resistió el ataque de las tropas aliadas. La lucha

fué mui desigual, pues los chilenos no eran sino 9 oficiales i 54 individuos de tropa. Impotentes éstos para detener el avance de los contrarios comenzaron a ceder poco a poco el terreno; pero cuando los asaltantes estaban ya sólo a unos 20 o 30 metros de las piezas llegaron dos compañías del Atacama—refuerzo oportunamente pedido por Salvo—i atacando con gran impetuosidad, lograron rechazar al adversario hasta el pie mismo del cerro.

Bajo el ángulo muerto se reorganizaron los asaltantes i reforzados por una compañia del Batallón boliviano Dalence, reanudaron el ataque con nuevos bríos. Entre tanto, algunos grupos del Coquimbo habían llegado también a engrosar las filas de Salvo i una vez más, se pudo así rechazar el asalto.

Sin embargo, el incidente no había terminado. Con ruda tenacidad los aliados volvieron a reorganizarse i reforzados esta vez por sus columnas de ataque, avanzaron en formaciones cerradas i con gran resolución. Por suerte para los chilenos, el Comandante del Batallón Atacama, viendo la tenacidad con que atacaban los aliados, había acudido con otras dos compañías, i poniéndose a la cabeza de todas las tropas, las lanzó en un violento contra-ataque que arrastró hasta el pie mismo del cerro, en revuelta confusión i entrevero, a chilenos i aliados. Esta carga dió al traste con las últimas enerjías de las tropas atacantes que, presas del pánico, huyeron en todas direcciones llevando la confusión a las de retar-

guardia i hasta a la reserva de Villegas que huyeron desordenadamente sin obedecer a sus oficiales, a pesar de los grandes esfuerzos que éstos hicieron por contenerlas.

La prueba había sido dura para las tropas de Salvo i del Atacama, que habían tenido, entre muertos i heridos, 9 oficiales i 112 soldados fuera de combate. Tan en peligro habían estado las piezas de la artillería, que mui cerca de ellas se encontró el cadáver del Comandante peruano Espinar i casi tocando los cañones, el de un corneta boliviano del Dalence.

Mientras así se decidía la contienda frente a la artillería, el resto del ala derecha que mandaba Buendía había continuado su avance por la pampa, hasta colocarse al oriente de la estación del ferrocarril. Tomando aquí como objetivo el pozo de Dolores, desplegó sus tropas, formadas por las Divisiones Bustamante i Dávila, (menos los Batallones Ayacucho i Puno) con dos compañías de guerrillas en primera línea i seguidas por los batallones en columnas cerradas.

Apenas entraron estas tropas en la zona de acción de la artillería de ese costado, fueron recibidas por un fuego mui certero i eficaz; pero que no logró desorganizar, a pesar de sus desastrosos efectos, a esas disciplinadas tropas peruanas.

Continuaron, pues, avanzando hasta entrar en la zona eficaz de los fuegos del 3.º de línea, que repartido entre el cerro de San Bartolo i la estación del ferrocarril, las recibió también con nu-

tridos i certeros fuegos. Una compañía—la del capitán Chacón—que estaba encargada de la seguridad inmediata del pozo i desplegada delante de la artillería, apenas vió acercarse a los guerrilleros peruanos, avanzó resueltamente en un contra-ataque a la bayoneta que obligó a los enemigos a replegarse. Este episodio se repitió varias veces, pues animados por Buendía, las tropas volvían al ataque, aunque siempre eran recibidos por certeros fuegos que las diezmaban i por las valientes cargas de Chacón, hasta que, al fin, ante la tenaz i eficaz defensa de los chilenos, se vieron forzados a retirarse definitivamente.

Entre tanto, en el ala derecha de los chilenos el combate también se había formalizado, aunque no con la misma tenacidad.

Las tropas de Villamil que formaban el ala izquierda se habían desplegado al occidente del cerro San Francisco i avanzaban en dirección a La Encañada con el propósito de atacar por retaguardia el pozo de Dolores. Estaban destinadas a chocar con las tropas del Jeneral Urriola; pero apenas cayeron dentro de la zona eficaz de los fuegos de las dos baterías que ocupaban la parte alta i occidental del cerro San Francisco, recibieron un fuego tan eficaz, que se desorganizaron i detuvieron su avance. El Jeneral Villamil logró organizarlas de nuevo i ponerlas en marcha; pero ante un segundo cañoneo, tan eficaz como el primero, se desorganizaron de nuevo i emprendieron una desesperada fuga.

Coincidió con esta acción, el ataque del centro i ala derecha del grupo de Suárez, al Coquimbo i al 4.º de línea. Las tropas peruanas avanzaron hasta el pie de las posiciones de estas unidades; pero recibieron allí tan nutridos i certeros fuegos, que se vieron obligadas a buscar protección en los hoyos del terreno, desde donde mantuvieron un vivo combate de fuego.

Quedó así estacionario el combate en esta parte del campo de batalla durante cierto tiempo, hasta que, viendo el fracaso que en todo el resto de la línea habían sufrido las tropas aliadas, desistieron las de Suárez de su ofensiva i emprendieron también la retirada.

La reserva, que había quedado al mando de Cáceres no tomó parte alguna en la lucha, tal vez porque, dado el jiro que tomó el combate, su intervención habría sido inútil.

La caballería aliada, que al iniciarse la acción, había quedado situada al oriente del Pozo de Porvenir, avanzó por la pampa hacia la retaguardia de las tropas de Buendía, i sin tomar parte alguna en el combate, fué la primera en emprender la fuga apenas vió el fracaso del ataque por ese flanco.

Las únicas tropas que se retiraron ordenadamente fueron las Divisiones de Suárez, que había sufrido poco i la de Cáceres que no había entrado en acción. Fueron éstas las que, deteniendo fujitivos i reuniendo dispersos, constituyeron al núcleo de las tropas que salvaron de Dolores i que alcanzaron a unos 4 a 5,000 sol-

dados i 12 cañones. Se concentraron al rededor del pozo Porvenir i tomando el mando el Coronel Suárez, en ausencia de los Jenerales Buendía i Villamil, permanecieron allí hasta la media noche, hora en que emprendieron la retirada hacia el este, con la intención de seguir después al norte hacia Tiliviche.

Las tropas chilenas no persiguieron i sólo a las 5.30 de la tarde, el Coronel Sotomayor ordenó al Buin, a los Navales i al Coquimbo iniciar la persecución hacia Porvenir. Aquí se encontraron con las tropas de Suárez i entablaron un corto tiroteo que fué luego interrumpido por la orden de retirarse, dada a consecuencia de que comenzaba a oscurecer.

Las tropas que en la mañana habían salido de Hospicio no llegaron al campo de batalla sino a las 8 P. M. (eran unos 3,000 hombres) i el Jeneral Escala llegó a las 5 de la tarde.

Al amanecer del 20, el Coronel Suárez desistió de marchar al norte i se dirijió al sureste en demanda de la aldea de Tarapacá, dejando atrás los 12 cañones que había salvado de la batalla, para poder recuperar la ventaja que había perdido durante su marcha nocturna.

Habían combatido por el lado chileno 6,500 hombres i 34 cañones i por el lado aliado 9,000 hombres i 18 cañones.

Las pérdidas de los chilenos fueron 6 oficiales i 55 soldados muertos i 13 oficiales i 164 soldados heridos. Las bajas del ejército aliado no se

conocen; pero se calculan en 3,000 entre muertos, heridos i desaparecidos.

11) Algunas observaciones sobre la batalla de Dolores.—La batalla de Dolores fué casi una sorpresa para el ejército chileno, porque el comando supremo (tanto el Ministro de Guerra como el Jeneral en Jefe) partieron de la base completamente infundada, de que el ejército de Tarapacá no se movería de Iquique i alrededores i que, por consiguiente, la única amenaza inmediata era el ejército que los presidentes aliados tenían en Tacna i Arica.

Que hubieran supuesto que esto era lo más probable, nada habría tenido de particular, lo que no es admisible es que lo hayan dado como un hecho inconcuso i que, en consecuencia, todas sus medidas las hayan subordinado a esta eventualidad.

Deberían haberse dicho—ya que tal era su criterio—que, aunque posible, no era probable que el ejército de Tarapacá avanzara hacia el norte; pero que eso no obstaba a que el ejército se hallara apercibido para tal posibilidad.

Por consiguiente, sus disposiciones deberían haber tendido a un alistamiento continuo para operar ya en una, ya en otra dirección.

Para conseguir este resultado, lo más eficaz, en nuestro entender, habría sido mantener unido el ejército i llevar la esploración hasta las inmediaciones de Iquique, si era posible, i por el norte hasta la Quebrada de Camarones. Si el desierto oponía dificultades invencibles a esta re-

solución, la esploración—ininterrumpida—debería haberse mantenido a la mayor distancia posible.

Mui de acuerdo estamos con la resolución del Ministro Sotomayor de no iniciar las operaciones en el desierto antes de contar con todos los elementos que para ellas se necesitaban, especialmente en lo que se refería al aprovisionamiento i al suministro de agua. La detención del ejército en Pisagua era, por consiguiente, perfectamente justificada mientras duraban esos preparativos.

Al envío de más de la mitad del ejército a Dolores, se le puede objetar que fué un fraccionamiento peligroso e injustificado del ejército.

Obedeció este envío a dos razones mui atendibles: a la necesidad de asegurar el pozo de agua que allí existía i a la de efectuar el avance por escalones. Con respecto a la primera, opinamos que bastaba un pequeño destacamento; pues no se trataba de defenderlo contra el ejército enemigo, sino contra las fracciones de caballería que él hubiera podido enviar para destruírlo, i con respecto a la segunda, que ese avance debería haber comenzado cuando ya todo el ejército se hubiera encontrado listo para marchar, con el objeto de dar a los escalones de adelante la seguridad de que luego serían apoyados por los de retaguardia, Con el procedimiento que se signió se espuso a las tropas del Coronel Sotomayor (de Vergara al principio) a ser batidas separadamente.

La noticia que el 18 llegó a Pisagua sobre la presencia de tropas enemigas en Tana, halló completo crédito en el comando chileno, porque era una confirmación de la idea que ya se había formado sobre la actitud que asumiría el enemigo. Creía firmemente que el primer ataque lo recibiría del norte i lo que nos parece raro—dentro de esa idea—es que al saber que el enemigo había llegado a Tana, no hubiera ordenado la inmediata concentración de todo el ejército en Jazpampa. Si la noticia hubiera sido cierta, las pequeñas fuerzas que allí envió no habrían significado sino un sacrificio inútil.

Con este motivo el Coronel Sotomayor recibió orden de enviar a Jazpampa tropas de infantería i artillería que llegaban a unos 1,500 hombres i como al mismo tiempo envió hacia al sur tropas de caballería en reconocimiento—cosa digna de aplauso—supo poco después que el ejército de Tarapacá avanzaba sobre Dolores. ¿Qué hizo ante esta nueva situación que lo colocaba entre el ejército enemigo del norte i el del sur?

A nuestro juicio, todo lo contrario de lo que debería haber hecho i, sin embargo, hizo bien.

Hasta ese momento, él estaba convencido de la efectividad de la noticia llegada de Tana i, por otra parte, sabía de un modo cierto que el ejército de Tarapacá, mui superior al que él tenía, estaba ya a una jornada de sus posiciones. Optar por mantenerse en sus posiciones i hacer frente al ejército de Tarapacá era, en esta situa-

ción, esponerse a un fracaso casi seguro, porque carecía de las fuerzas necesarias i porque tenía la amenaza de ser atacado simultáneamente por la espalda.

Nuestra opinión es que en ese momento el debería haber pensado en que una fuerte fracción, la mayor parte del ejército chileno; estaba espuesta a ser despedazada por fuerzas mui superiores i que lo que se imponía era ver si se le podía sustraer de ese peligro. El cálculo más sencillo le habría demostrado que tenía tiempo para retirarse hacia Jazpampa, acortando la distancia que lo separaba del resto del ejército i dando a su Jeneral en Jefe la ocasión de poder obrar sobre el enemigo con todas las tropas de que disponía. No cabe la menor duda de que a ser cierta la noticia de Tana, el 19 Sotomayor habría podido ser atacado por el frente i por la espalda i, por consiguiente, despedazado.

Sin embargo, lo que hizo fué llamar apresuradamente al destacamento que *por orden del Jeneral en Jefe* estaba en Jazpampa i apercibirse para el combate contra el ejército de Tarapacá. Esta medida, a nuestro juicio errada, resultó mui acertada, por la circunstancia de no existir tropas enemigas en Tana.

La primera resolución del Coronel Sotomayor de tomar posiciones en Santa Catalina fué, sin duda alguna, equivocada, pues allí el terreno no le ofrecía ventaja alguna; pero, felizmente, se dejó convencer por Vergara i otros jefes i con tiempo resolvió resistir en San Francisco.

A la distribución que hizo de sus tropas en el campo de batalla no se le puede hacer otra objeción seria, que la de no haber constituído una reserva, falta que nada puede justificar.

También merece ser objetado el largo frente que se hizo ocupar al ejército. Para un efectivo de 6,600 hombres, un frente de 9 kilómetros es exajerado. Pero tan relativo es todo en materias tácticas, que este mismo error fué el orijen i la causa de otro mayor cometido por los aliados, resultando así que fué beneficioso lo que debió ser perjudicial.

El no haber perseguido enérjicamente después de la batalla, es la observación más grave que merece Sotomayor i también Escala, que en esos momentos se hallaba ya en Dolores, pues esa falta fué la causa de que Suárez pudiera salvar la mayor parte del ejército aliado i el orijen del desastre que pocos días después sufrieron los chilenos en Tarapacá.

Muchas observaciones de detalle se le podría hacer a los aliados; pero como casi todas son susceptibles de ser apreciadas en diversa forma i carecen de verdadero interés militar, nos concretaremos a las más esenciales, todas las cuales se refieren al combate mismo.

La distribución que se hizo de las tropas fué mucho más acertada que la del lado chileno, especialmente en lo que se refiere a la constitución de una reserva.

Con lo que no estamos de acuerdo, es con la repartición que de ellas se hizo en el campo de

batalla. Al error chileno de ocupar un frente exajeradamente grande, respondieron los aliados con el error mayor de abarcarlo entero, con igual densidad de tropa en toda su estensión.

Nos parece que lo que debieron hacer, fué elejir un punto cualquiera de la posición para atacarlo a fondo con fuerzas mui superiores, mientras el resto del ejército llevaba un combate de dilación o un combate demostrativo en el resto del frente. Así habrían tenido casi la seguridad de romper la línea enemiga en una parte apropiada, lo que jeneralmente se resuelve en un principio de victoria.

El no haber procedido así fué una de las causas principales de su derrota i otra mui digna de figurar al lado de ésta, la falta de unidad i de disciplina en su ejército.

Merece especial mención la resistencia a las fatigas que demostró el ejército aliado. Después de haber marchado toda la noche, combatió el 19 i a las 12 de esa misma noche emprendió su retirada. Marchó al Este hasta el amanecer i sin darse un momento de reposo, con un día sofocante en que el termómetro llegó a marcar 40^{0} C. i medio muerto de sed, continuó su marcha durante todo el día a través de un desierto que ardía bajo sus plantas.



CAPITULO XII

Batalla de Tarapacá

SUMARIO.—1) Abandono de Iquique por los aliados.—2) Reconocimiento chileno hacia Tarapacá.—3) Avance de Arteaga sobre Tarapacá.—4) Fuerza aliada en Tarapacá.—5) Lijera ojeada sobre el terreno.—6) Plan de ataque de las fuerzas chilenas.—7) Situación de los aliados en Tarapacá.—8) Avance de las fuerzas chilenos.—9) Alarma en el campo aliado.—10) Primera fase del combate.—11) Tregua en el combate.—12) Combate en la aldea.—13) Segunda fase del combate.—14) Resultados del combate.—15) Algunas observaciones sobre la batalla de Tarapacá.

1) Abandono de Iquique por los aliados.—El plan que el Comando chileno había acordado después de Dolores, consistía en enviar por tierra 2,000 hombres a Iquique para que, en cooperación con otros 1,000 que se enviarían por mar, se posesionaran del puerto, que se suponía débilmente guarnecido.

No se llegó a realizar este plan, porque el 23 de Noviembre llegó a Pisagua la «Covadonga» con la noticia de que Iquique estaba ya en poder

de las armas chilenas. Ocurrió esto a consecuencia de que el Coronel Ríos, que con su División guarnecía el puerto, había recibido en la tarde del 22 una orden del Jeneral Buendía para marchar hacia la aldea de Tarapacá.

Ríos entregó la ciudad al Cuerpo Consular i éste al jefe de la escuadra chilena (Latorre) quien hizo desembarcar marinería para mantener el orden i restablecer los servicios.

El Comandante peruano hizo destruír, antes de retirarse, los grandes cañones i todos los pertrechos que pudieran ser útiles a los chilenos, en uso de lejítimos derechos, i el Almirante Latorre guardó toda clase de consideraciones a las personas i bienes de la ciudad ocupada.

La toma de este puerto dió a Chile nuevos recursos para continuar la guerra, con los derechos que producía la esportación de salitre.

2) Reconocimiento chileno hacia Tarapacá.—Por unos arrieros que llegaban de Tarapacá, el Rejimiento de Cazadores a Caballo que marchaba de Dolores a Iquique, supo el 24 de Noviembre, que en Tarapacá habían unos 4 a 5,000 hombres i su jefe trasmitió inmediatamente la noticia a Iquique (por telégrafo) i a Dolores (por estafeta).

La estafeta enviada a Escala no llegó a su destino i hasta el 24 no tenía este jefe otra noticia, que la comunicada por el Jeneral Villegas (prisionero) de que Suárez había salvado del combate de Dolores cerca de 1,000 hombres.

Ante esta incertidumbre, su secretario don José Francisco Vergara se ofreció para adelantarse

con una compañía de Granaderos con el objeto de efectuar un reconocimiento sobre el enemigo i el Jeneral aceptó la proposición agregando a los Granaderos dos compañías de Zapadores, (279 hombres) con lo cual las fuerzas de Vergara se elevaron a 400 hombres i dos piezas de artillería.

Vergara partió desde Santa Catalina el 24 en la tarde, descansó en Negreiros, donde recibió un telegrama de Escala en que le decía que corría el rumor de que las fuerzas de Tarapacá eran superiores a lo que se creía i en la mañana del 25, por un arriero arjentino, supo que las aludidas fuerzas no pasaban de 1,500 hombres.

Esta noticia le hizo ver que, ni aún sorprendiendo al enemigo, tenía, con las pocas fuerzas que llevaba, probabilidades de vencerlo, i envió a su ayudante, Capitán don Emilio Gana, a Santa Catalina para solicitar un refuerzo de 500 hombres del 2.º de línea, rejimiento que no había combatido en Dolores i que se hallaba ansioso de entrar en acción.

El Jeneral Escala, en vez de enviar los 500 soldados, ordenó que su jefe de Estado Mayor, Coronel don Luis Arteaga, marchara con una división de 1,900 hombres al alcance de Vergara, i que, asumiendo el mando, se encargara de operar sobre Tarapacá.

3) Avance de Arteaga sobre Tarapacá.—Con imprevisión que revelaba su falta de práctica en operaciones de esa naturaleza, Arteaga partió sin otros recursos que algunos víveres i 150 car-

tuchos por individuo, olvidándose del agua que tan indispensable le iba a ser en su marcha por el desierto.

Enviando oportuno aviso de su avance a Vergara, éste se detuvo a esperarlo en la pampa de Isluga, casi al borde mismo de la quebrada en que se asienta la aldea de Tarapacá i para aprovechar el tiempo, se adelantó en reconocimiento. Tuvo así ocasión de presenciar la llegada de la División Ríos, después de cuatro largas jornadas a través del desierto la que, por el cansancio que revelaba i por el desorden en que marchaba, le produjo la impresión de que «esa Division iba vencida de antemano».

Calculando en 800 hombres esta División, llegó a la conclusión de que en la quebrada de Tarapacá se albergaban unos 2,300 soldados aliados.

La División Arteaga, que había partido el 25 en la tarde de Santa Catalina, llegó a Isluga a la media noche del 26-27, completamente agotada por el cansancio, la sed i el hambre. En este punto no encontraron sino a las tropas de Vergara, que en vez de ofrecerles lo que les faltaba, les pedían agua i víveres. Ambas tropas eran víctimas de la imprevisión (mejor dicho inesperiencia) de sus jefes.

Reunidas estas dos fracciones, la División de Arteaga quedó compuesta así:

	Soldados
Rejimiento 2.° de línea (Comandante Ramírez).....................	950
Batallón Chacabuco (Toro Herrera)..................................	414
Batallón Artillería de Marina (Comandante Vidaurre)..............	398
Dos compañías de zapadores (Comandante Santa Cruz)...........	279
Dos cañones Krupp (Alférez Ortúzar)..................................	21
Una compañía de Granadéros.....	100
Una batería de artillería de montaña (Mayor Fuentes)............	48
Escolta de Cazadores (Alférez Miller Almeida)........................	30
Total....................	2,240

4) FUERZA ALIADA EN TARAPACÁ.—¿Cuántos eran los aliados que los esperaban en la quebrada?

En primer lugar estaban los 4 ô 5,000 hombres que el Coronel Suárez había salvado de la batalla de Dolores i en segundo, los dispersos que con los Jenerales Buendía i Villamil habían llegado antes que Suárez a la aldea de Tarapacá.

A éstos, cuyo número exacto no se conoce, hai que agregar la Division Ríos que llegó de Iquique el 26 de Noviembre i que, según el orden de batalla del ejército de Tarapacá, consta-

ba de 1,166 plazas. Sin exajerar se puede pues decir, que en Tarapacá no habían menos de 5,500 hombres. I esto, porque la Division Ríos, a consecuencia de la penosa marcha que tuvo que hacer a través del desierto, no llegó a Tarapacá sino con 800 hombres. Marchó a razón de 28 kilómetros por día, lo que en esa rejión i sin ninguna clase de elementos ni recursos, resulta un rendimiento admirable. Esta División llevó a las tropas de Tarapacá un recurso precioso: abundantes municiones. Era lo que más necesitaba esa tropa que venía saliendo de un combate.

5) Lijera ojeada sobre el terreno.—El lugar en que se iba a desarrollar uno de los más rudos combates de esta campaña, era una profunda quebrada por cuya sima corre el río Tarapacá, convirtiéndola en un oasis del inmenso desierto que por todas partes la rodea.

Para subir o bajar de la pampa al fondo de esta quebrada, el tráfico de la jente que vive en ella ha labrado en sus paredes casi verticales i que alcanzan una altura de 300 metros, pequeños senderos por los cuales se comunican con la pampa i entre los caseríos o aldeas que allí existen. La anchura del cauce varía entre 300 i 600 metros.

Repartidas en la quebrada i marchando aguas arriba, se encuentran los caseríos de Huaraciña, San Lorenzo, Tarapacá (capital del valle), Quillahuasa i Pachía. (Este a unos 9 kms. de Tarapacá).

La aldea de Tarapacá, situada en el fondo de la quebrada, era una población de unos 1,200 habitantes colocada entre altos cerros, uno de los cuales se alza hasta 900 metros sobre la aldea. Otro, llamado cerro Redondo, casi tan alto como el anterior, se halla frente a la aldea de Quillahuasa. (A unos 2 kms. aguas arriba de Tarapacá).

6) Plan de ataque de las fuerzas chilenas.—Partiendo del convencimiento de que las fuerzas aliadas no eran superiores a las chilenas, el Coronel Arteaga, de acuerdo con Vergara i Santa Cruz, acordó atacar al día siguiente (27 de Nov.) por tres partes simultáneamente, para evitar que los enemigos rehuyeran el combate—como ellos presumían—emprendiendo la retirada.

En conformidad a este plan, dividió sus tropas en tres columnas: la de la derecha, la de la izquierda i la de reserva. La primera al mando del Comandante, don Eleuterio Ramírez, se formó con 7 compañías del 2.º de línea, 2 piezas de la Artillería de Marina i un pelotón de Cazadores a Caballo. Total: 950 soldados i dos piezas de artillería.

La segunda (izquierda), al mando del Comandante Santa Cruz, se formó con 1 compañía del 2.º de línea, dos compañías de Zapadores, una compañía de Granaderos a Caballo, dos piezas del Rejimiento de Artillería de Marina i dos piezas del N.º 2 de Artillería. Total: 500 soldados con 4 piezas de artillería.

La tercera (reserva), a las órdenes directas de Arteaga, quedó formada por el Batallón Chacabuco, 2 piezas del Rejimiento N.° 2 de Artillería i las fuerzas de infantería del Rejimiento de Artillería de Marina. Total: unos 850 soldados i 2 cañones.

La primera (Ramírez) avanzaría por Huaraciña para atacar al adversario de frente, siguiendo por el fondo de la quebrada i la segunda (Santa Cruz) marcharía por la pampa alta al N. de la quebrada hasta Quillahuasa, por donde penetraría para tomar así al adversario por la espalda, cortándole su retirada. La reserva seguiría el camino de la columna de Santa Cruz; pero sólo hasta la altura de la aldea de Tarapacá, punto desde el cual avanzaría contra el flanco de la posición enemiga, para cooperar al ataque frontal de Ramírez.

7) Situación de los aliados en Tarapacá.—Como ya dijimos, en poco más de 5,000 hombres se podía calcular la fuerza aliada en Tarapacá; pero no todos se hallaban presentes en el momento del combate, pues, dos días antes, se habían trasladado a Pachía la 1.ª i la 2.ª Divisiones que en conjunto sumaban 1,381 soldados.

Para que no se crea exajerado el número de soldados aliados que se calculan, bastará recordar que en el parte oficial, el Jeneral Buendía dice que tomaron parte en la batalla de Tarapacá todas las Divisiones que estuvieron presentes en Dolores. Por grandes que hayan sido las bajas i numerosos los dispersos, es difícil que hayan su-

perado el número de 4,000 i por eso calculamos un saldo de 5,000, sin contar los 800 de la División Ríos.

Restando pues los 1,381 soldados que se encontraban en Pachía, siempre es dable suponer que al producirse el ataque chileno, las fuerzas aliadas eran en Tarapacá superiores a 4,000 hombres.

Tan seguros estaban los jefes aliados de que no serían atacados en Tarapacá, que cometieron la incalificable imprudencia de no colocar ni siquiera un centinela en la parte superior de la quebrada. Preparando la marcha que debían emprender después del medio día hacia el interior para retirarse al norte, en la mañana del 27 la tropa sólo se ocupaba de limpiar sus armas i confeccionar su rancho, mientras los oficiales charlaban confiadamente en diversos grupos.

Así fué como a la tropa chilena le fué dable llegar sorpresivamente a la quebrada, aun cuando no lograron producir lo que, propiamente se llama una sorpresa.

8) Avance de las fuerzas chilenas.—La columna de la izquierda (Santa Cruz) que tenía que recorrer el camino más largo, levantó su vivac a las 3.30 A. M. i se puso inmediatamente en movimiento. La suerte no la favoreció, porque la densa camanchaca (niebla) que reinaba, la desorientó obligándola a detenerse, cambiar de rumbo, volver al primitivo, etc., hasta que dió con una senda falsa que, en vez de conducirla a Carangá la llevaba a Tarapacá.

De esto resultó que a las dos horas de marcha, cuando el sol disipó la niebla, marchaba por el borde de la quebrada i a la vista de la columna de la derecha, que por el lecho del río avanzaba sobre Tarapacá. Ya orientado, Santa Cruz siguió hacia Quillahuasa.

Las muchas horas que llevaban sin beber, unidas a las fatigas de la marcha, habían desorganizado completamente esta columna, hasta el punto de que una pequeña fuerza de 500 hombres, ocupaba 3 kilómetros de profundidad. Por eso, a las 8 de la mañana, se hallaba apenas a la altura de la aldea de Tarapacá, por el poniente.

A esta misma hora la columna de reserva de Arteaga, seguía fatigosamente a unos 5 kilómetros a retaguardia de la anterior, abrumada por la sed i completamente desorganizada.

9) Alarma en el campo aliado.—Unos arrieros que poco después de las 8 de la mañana subían a la pampa por el sendero de la aldea de Tarapacá, divisaron la columna de Santa Cruz i regresaron apresuradamente para dar la alarma en el campamento aliado. Desde este momento la sorpresa fracasó, pues rápidamente corrieron los enemigos a las armas i dirijidos por el esforzado Coronel Suárez, (la figura más destacada del ejército peruano) comenzaron a reunirse i formar para hallarse luego en situación de salir de la ratonera en que estaban metidos.

Tan pronto como se halló más o menos lista la segunda división Cáceres, (Zepita i Dos de Ma-

yo) comenzó a subir la cuesta por un sendero que conducía a la pampa, pues todos los jefes comprendieron que su salvación estaba en salir de la quebrada. Tras ésta siguió el Batallón de Artilleros, i la División Esploradora recibió orden de marchar también en pos de la segunda.

La 3.ª División Bolognesi (Guardias de Arequipa i 2.º de Ayacucho) logró ganar los cerros que se levantan al oriente de Tarapacá i la 5.ª División Ríos alcanzó a tomar posiciones en el Cerro Redondo, al E. de Quillahuasa.

Todo esto, a las órdenes del Coronel Suárez, se ejecutó con orden i rapidez poco común en tropas sorprendidas por el enemigo.

Tan pronto como esta alarma se produjo, el Jeneral Buendía envió a las Divisiones Dávila i Herrera, que se hallaban en Pachía, orden de regresar a Tarapacá.

10) Primera fase del combate.—Viendo el Comandante Santa Cruz que ya no pasaría mucho tiempo sin iniciarse el combate, ordenó hacer alto a la cabeza de su columna para concentrar su tropa, i así logró reunir unos 450 soldados. El resto había quedado rezagado en el camino.

Las primeras tropas aliadas que ganaron la cumbre de la quebrada fueron las de Cáceres, que lo hicieron momentos antes de las 10 i, apenas divisaron a los soldados de Santa Cruz, rompieron sobre ellos sus fuegos, para avanzar en seguida resueltamente al ataque.

Con toda la rapidez que le fué posible, Santa Cruz desplegó sus tropas en un frente de 600

metros, dejando su artillería hacia el lado del río i en su ala izquierda de combate. Logró así contener a los aliados durante media hora hasta que, reforzado Cáceres por la División Esploradora i contando ya con cerca de 1,500 hombres, logró hacer retroceder a los chilenos que no pudieron retirar sus cañones. Solo sí, que antes de perder sus cañones, los artilleros chilenos los inutilizaron. Eran las 10.30 A. M.

La retirada de las tropas de Santa Cruz se hizo estremadamente difícil i sangrienta, porque fustigadas de cerca por el enemigo i abrumadas por la sed i el cansancio, se batían desesperadamente, pero en completo desorden, sufriendo e inflijiendo grandes pérdidas al enemigo. Se calcula que en la primera hora de combate, Santa Cruz perdió la tercera parte de su jente. Los peruanos, por su parte, a más de mucha tropa, habían perdido al Comandante del Dos de Mayo, Coronel Manuel Suárez i a varios otros jefes.

Avanzando incesantemente, los aliados ganaban por momentos ventajas sobre las tropas de Santa Cruz, que ya diezmadas i físicamente agotadas, se hallaban al borde de la derrota.

Por suerte, la reserva que Arteaga conducía a unos 5 km. a retaguardia, haciendo esfuerzos sobrehumanos para dominar la sed i el cansancio, había logrado apresurar su marcha i un poco después de las 11 pudo ya desplegar sus primeras tropas en los cerros del S. O. de Tarapacá, haciendo frente al N. E.

Con la llegada de estas tropas el equilibrio se habría restablecido, si en esos mismos momentos no hubiera llegado también el grueso de la 5.ª División Ríos a desplegarse frente a la reserva de Arteaga, la que así se vió atacada por ésta i amenazada en su flanco por tropas de Cáceres i por la División Esploradora.

La lucha se hizo terriblemente encarnizada. Cinco veces cargaron los chilenos i las cinco veces fueron rechazados por las fuerzas mui superiores del adversario. La relación peruana dice: «Cinco veces fueron rechazados los chilenos, volviendo otras tantas a reorganizarse i a atacar con el mismo tesón».

La desproporción de fuerzas era, sin embargo, tan grande, que al fin los chilenos tuvieron que comenzar a ceder terreno, sobre todo ante la amenaza de verse atacados por el flanco i por la espalda. Para que nada faltara, comenzaron a escasear las municiones, hasta el punto de que hubo muchos soldados que dispararon su último cartucho.

Al medio día ya la línea de combate de Arteaga había llegado a la loma que queda inmediatamente al N. de Huaraciña i toda esperanza de vencer había desaparecido. Comprendiéndolo así, el señor Vergara, empezó a escribir un parte en que decía que «una retirada más o menos desastrosa no era improbable» i en que pedía con urjencia agua i refuerzos. Este parte salió i a él

se debió más tarde la salvación de los restos de las tropas que pelearon en Tarapacá.

Mientras lo escribía, el Mayor don Jorje Wood le dió cuenta de que iba llegando la caballería chilena, proponiéndole al mismo tiempo la idea de emplearla contra las líneas enemigas. Vergara aceptó la idea, la trasmitió a Arteaga e inmediatamente corrió al encuentro de la caballería, que a las órdenes del capitán Villagrán, regresaba de Quillahuasa, donde se había dado de beber a la jente i al ganado.

Serían cerca de la 1 P. M. cuando Vergara, en nombre de Arteaga, le comunicó al capitán Villagrán la orden de cargar. Sin perder un instante, los Granaderos se formaron en línea i acompañados de Vergara i Wood, se lanzaron como un ciclón sobre las líneas peruanas que, completamente desapercibidas contra esta continjencia i sin tiempo para formar sus *cuadros*, (formación que se adoptaba contra las cargas de caballería) iniciaron su retirada, librándose la mayor parte, de los sables enemigos.

La retirada de la línea peruana no se detuvo sino hasta las lomas del S. O. de Tarapacá donde, fuera del alcance de los fuegos chilenos, restablecieron de nuevo su línea de combate.

Engañados los jefes chilenos con esta retirada, que creyeron definitiva, i obligados por la sed que acosaba a sus soldados, les permitieron bajar a la quebrada en busca de agua i descanso.

Caro debía costarles este error, pues los aliados se hallaban mui lejos de estar vencidos i no ha-

cían otra cosa que aprovechar esa tregua para reponerse un poco i para dar tiempo a las Divisiones de Pachía, que ya venían en marcha.

Hasta este momento, las bajas por ambas partes habían sido mui sensibles.

12) COMBATE EN LA ALDEA.—Hasta aquí sólo hemos hablado de las columnas de Santa Cruz i de Arteaga, nos queda, por consiguiente, relatar lo que ocurrió a la columna de la derecha que mandaba el Comandante Ramírez.

Por Huaraciña había bajado ésta al fondo de la quebrada, con la misión de atacar de frente la posición de Tarapacá. Tan pronto como el Comandante Ramírez divisó el encajonado valle por donde tenía que avanzar, se dió cuenta de las dificultades que tendría que vencer i con convicción profética dijo: «Me mandan al matadero».

Con mucha amargura debió haber pronunciado esta frase, que envolvía una censura para Arteaga, por no haberlo invitado a la reunión de Jefes, en que durante la noche anterior, se había resuelto el plan de ataque.

Como avanzó por el fondo del valle, aprovechó la ocasión para dar agua a su jente.

La curva que formaba el valle antes de llegar a la aldea de Tarapacá, le impidió ver oportunamente las fuerzas que allí tenían los aliados; pero divisó las posiciones que la División Bolognesi había tomado en la Cuesta de la Visagra i en las colinas i cerros que quedaban al E. i contra ellas envió, al mando del Mayor Echánez, dos de sus compañías, quedando él con las cinco res-

tantes para continuar su avance sobre Tarapacá.

Con dos compañías adelante, desplegadas en guerrillas, seguidas por las otras tres en orden cerrado i llevando a retaguardia su pelotón de caballería, se dirijió Ramírez sobre la posición de la aldea, que estaba defendida por el Batallón Guardias de Arequipa.

Llegó hasta las afueras de la aldea sin ningún entorpecimiento; pero al doblar una puntilla de cerro que daba a la aldea misma, fué recibido por los nutridos fuegos de la defensa, que por un momento le desorganizaron sus tropas adelantadas.

Restablecido el orden, se inició un violento ataque que, dirijido por Ramírez i Vivar, llevó a los soldados chilenos hasta la plaza misma del pueblo. Poco tiempo se pudieron mantener aquí, pues los defensores se vieron ayudados por la tropa de la 5.ª División Ríos que, desde el cerro Tarapacá, rompió sus fuegos contra los atacantes.

Entorpecido así en su acción, Rámírez creyó necesario hacer un esfuerzo para desalojar al enemigo del cerro Tarapacá i contra él envió dos de sus cinco compañías. Operación tan atrevida tenía que fracasar i el denodado ataque de las dos compañías fué recibido con fuegos tan mortíferos, que se vieron obligados a replegarse con grandes pérdidas.

Los peruanos aprovecharon inmediatamente esta ventaja, i emprendiendo un vigoroso contraataque, bajaron del cerro detrás de las dos com-

pañías chilenas. Esto coincidió con la retirada de las otras tres compañías que atacaba la aldea que, por falta de munición, se replegaban hacia Huaraciña, por el fondo del valle. Las dos que bajaban del cerro siguieron el mismo camino.

Entre tanto, las compañías mandadas contra la Cuesta de la Visagra habían logrado, con su primer ataque, hacer retroceder a los defensores; pero desde una segunda posición abrieron éstos un fuego tan nutrido, que contra ella fracasaron todos los asaltos de las tropas de Echánez. I como al mismo tiempo, también a estas compañías les empezaron a faltar las municiones, el repliegue se impuso, quedando así en retirada las siete compañías del 2.º línea.

Después de un combate de tres horas, los restos de las siete compañías se reunieron alrededor de Huaraciña, en el momento en que la carga de los granaderos decidía en favor de los chilenos, la primera fase del combate. Los peruanos no persiguieron sino hasta el cerro de Tarapacá; pero en esa persecución cometieron la crueldad de dar muerte a muchos de los heridos que hallaron en su camino. Gracias al esfuerzo de algunos oficiales, se salvaron unos cuantos que fueron llevados a la ambulancia de Tarapacá.

Esta retirada fué desastrosa para el 2.º de línea: perdió a su comandante, don Eleuterio Ramírez, a su segundo jefe el comandante Vivar i «más del 60 por ciento de su efectivo».

13) SEGUNDA FASE DEL COMBATE.—Convencidos los chilenos, como ya dijimos, de que el comba-

te había terminado, se dedicaron a buscar agua i alimentos i a entregarse al descanso.

En cumplimiento de la orden de Buendía, las Divisiones Herrera i Dávila que estaban en Pachía partieron de este punto a las 2 de la tarde, i tan rápidamente marcharon, que en una hora i 45 minutos recorrieron los 10 kms. que por pésimos i áridos caminos los separaban de Tarapacá.

Con este refuerzo el Comando peruano resolvió renovar el combate i calculando que las bajas ya sufridas habían reducido a los chilenos a unos 1,000 hombres, dividió la tropa en tres fracciones para envolverlos por todos lados.

En dirección a Huaraciña i por el poniente de la quebrada, avanzaron la División Dávila, la División Cáceres, la División Bedoya i la División Ríos; por el fondo de la quebrada avanzaron el Batallón N.º 5 de línea de la División Herrera, una parte de los guardias de Arequipa i los jendarmes de Iquique, de la División Ríos, i hacia San Lorenzo i Huaraciña, por las faldas del oriente, avanzaron la División Herrera, el Batallón N.º 7 de línea i el Batallón 2.º de Ayacucho.

Las tropas que avanzaron por el fondo de la quebrada llegaron a una casa al pie de la cuesta de la Visagra, en que se habían refujiado unos 60 heridos chilenos i, según la relación más serena, un teniente del 5.º de línea les intimó rendición. Contestaron los heridos con disparos que mataron al teniente, i la tropa

del Batallón, para vengar esa muerte, prendió fuego a la casa, quemando así a todos los heridos.

Sin sospechar siquiera que pudieran ser atacadas, las tropas chilenas, con pabellones armados i los caballos desenfrenados, descansaban de sus fatigas en los alrededores de San Lorenzo i Huaraciña, cuando, a las 4 de la tarde, fueron sorprendidos por una violenta descarga de fusilería.

En la confusión del primer momento, la mayor parte de los soldados sólo pensó en buscar su salvación trepando por las faldas de los cerros para salir de la quebrada; pero el mayor Benavides i otros oficiales, lograron organizar una línea de tiradores que, poco a poco, fué engrosada por los soldados que acudieron de las pampas de los lados, donde se habían entregado al descanso. Esta línea, retrocediendo ante la enorme superioridad de los atacantes, resistió durante más de una hora.

El Comandante Vidaurre, que por orden del Coronel Arteaga había tomado posesión de las casas de Huaraciña, con los restos de su rejimiento de artillería de marina, se defendió denodadamente, contribuyendo en forma mui eficaz a la salvación de gran parte de las diezmadas tropas chilenas.

A las 5.30 el Coronel Arteaga dió la orden de retirada hacia la pampa de Isluga i en dirección a Dibujo i las tropas, ya sin municiones i completamente agotadas, cumplieron la orden más que andando, arrastrándose por las pendientes i

la pampa, sin que el enemigo les diera la menor tregua con su persecución.

La persecución en el desierto se prolongó hasta unos 10 kilómetros, i sólo al oscurecer, a las 7 P. M., desistieron los peruanos de continuarla. Si los aliados hubieran dispuesto de caballería, tal vez ningún chileno habría salvado en esta espantosa retirada.

La caballería chilena se mantuvo inactiva, lo que no tiene esplicación posible.

14) Resultados del combate.—Darán una idea de la rudeza de la lucha, las siguientes cifras de pérdidas:

Los Zapadores perdieron.	el	37.5	%
La Artillería de Marina.	»	26	»
El Chacabuco...............	»	22	»
El 2.º de línea,............	»	42	»
La Artillería...............	»	33	»
Término medio............	»	32	»

Las compañías que al mando del Comandante Ramírez asaltaron la aldea de Tarapacá, perdieron el 70 %.

Habían combatido 2,300 chilenos contra 5,381 aliados. Estos tuvieron 236 muertos i 261 heridos.

Muchos fueron los chilenos que se distinguieron en esta gloriosa jornada; pero los que merecen una mención especial son el Comandante del 2.º de línea, don Eleuterio Ramírez, i su segundo don Bartolomé Vivar.

Por el lado peruano hubo también muchos rasgos de valor; pero sobresalieron el Jeneral Buen-

día i el Coronel Suárez que, siempre en la primera línea de combate, trabajaron incesantemente en mantener el orden, la disciplina i el empuje de su tropa.

El socorro que desde el campo de batalla solicitó Vergara, salvó a los restos del ejército de una muerte horrorosa en su retirada a través del desierto, i permitió también socorrer a los heridos de ambos bandos que Buendía dejó en Tarapacá, al emprender su retirada ,inmediatamente después de la batalla.

Buendía se retiró hacia Tacna por los senderos de la falda de la cordillera, i después de 17 días de penosísima marcha, llegó a Arica con 3,700 soldados, restos de los 9,000 con que se había presentado en Dolores i de los 1,300 de la División Ríos.

15) Algunas observaciones sobre la batalla de Tarapacá.—Los chilenos comenzaron a preparar el desastre de Tarapacá desde la ruptura de la batalla de Dolores, pues si en ese momento inician la persecución i lanzan su caballería con la misión de fustigar incesantemente a los aliados i de no perder el contacto, ni de día ni de noche, la batalla de Tarapacá no se habría producido o se habría resuelto en una forma diametralmente opuesta.

En vez de hacer ésto, pensaron como los antiguos, en que «al enemigo que huye, puente de plata», i no se interesaron por conocer la fuerza que se había librado de la catástrofe, ni la dirección en que se había retirado.

No es estraño así, que se haya cometido la imprudencia de enviar contra Tarapacá tan pequeña fracción de tropa, ni que ésta se haya lanzado al ataque con absoluto desconocimiento de la fuerza que defendía la aldea.

Tal vez arrastrado Arteaga por la obsesión de sorprender al enemigo, descuidó la elemental medida de prudencia de hacer adelantar a su caballería, para reconocer la fuerza i la situación de las tropas que ocupaban la quebrada, i ésta fué la causa única o principal del descalabro que sufrió.

Su plan de ataque es dificil criticar, porque, al hacerlo, hai que considerarlo i admitirlo con el pecado orijinal de haber sido ideado con absoluto desconocimiento de la situación i de las fuerzas del adversario. Dentro del concepto que él se había formado, su plan podría ser aceptado como susceptible de conducir a un buen resultado; pero no se puede dejar de criticarle el haber partido de la base de que el enemigo no se defendería como él lo espresó al adoptar su plan. Debió haber pensado en que algunos dias de descanso en la fértil quebrada, eran bastantes para reponer las fuerzas de la jente i del ganado, i que al verse acorralados por fuerzas que no eran superiores, tenían que hacer un esfuerzo, tal vez desesperado, para no caer vencidos.

El fraccionamiento de la tropa i su envío en direcciones desde las cuales no les iba a ser posible el mutuo i oportuno apoyo, fué a nuestro juicio también una falta.

El haber enviado la principal fracción por el fondo de la quebrada, esponiéndola a que el adversario se le opusiese desde las alturas, creemos que merece también ser objetado.

El primer empleo de la caballería fué oportuno i brillante; pero la actitud de esta arma durante la retirada a través de la pampa de Isluga, fué digna de las más severas censuras. Pudo haber entorpecido, i tal vez hasta detenido la persecución, i debió haberlo hecho, aún a costa de un sacrificio total. Con producir un alivio a esa pobre infantería tan agotada i sedienta, su sacrificio habría quedado compensado.

Los aliados merecen sólo una crítica seria i severa: haber descuidado su servicio de seguridad. Nada los autorizaba para creer que no podían ser atacados, pues en la guerra la más leve posibilidad de que eso ocurra, obliga a tomar precauciones.

Con la batalla de Tarapacá terminó lo que se llama la primera campaña o campaña de Tarapacá. Pasaremos ahora a la campaña de Tacna i Arica,

---



CAMPAÑA DE TACNA I ARICA

CAPITULO XIII

Hasta la batalla de Los Anjeles

SUMARIO.—1) Efectos de la campaña de Tarapacá en el campo aliado.—2) Plan chileno de operaciones.—3) Reorganización del ejército chileno.—4) Embarque del ejército chileno.—5) Plan defensivo u ofensivo.—6) Avance sobre Moquegua.—7) Combate de Los Anjeles.—8) Algunas observaciones sobre la operación a Moquegua.

1) Efectos de la campaña de Tarapacá en el campo aliado.—Grandes fueron los efectos de la campaña de Tarapacá en el alto comando del ejército aliado, porque la pérdida de la provincia de Tarapacá produjo la más desastrosa impresión, tanto en el Perú como en Bolivia.

Dándose plena cuenta de ello, el Presidente Prado se embarcó inmediatamente en Arica con rumbo al Callao, dejando en su lugar al Almirante Montero. Al llegar a Lima se dió cuenta también de la efervescencia de la opinión pública, profundamente disgustada con los sucesos de la guerra,

i para calmarla, quiso cambiar el ministerio por otro que encabezara el popular caudillo don Nicolás de Piérola.

Piérola no aceptó i Prado, por razones que no se conocen bien, tomó entonces el partido de embarcarse ocultamente en dirección a Europa. Dejó por segunda vez en su reemplazo al Vice-Presidente señor la Puerta; pero don Nicolás de Piérola, con el apoyo de dos batallones, se apoderó del poder i el 23 de Diciembre hizo su entrada triunfal en Lima, aclamado por el pueblo.

A Daza le pasó algo semejante. Apenas llegaron a La Paz las noticias de Tarapacá, los miembros del gobierno provisorio que gobernaban en nombre de él, huyeron i pocos días después, se formó una Junta de Gobierno que se adhirió al movimiento de Tacna, en el cual el ejército depuso al Presidente i aclamó como Jefe al Coronel Camacho. La Junta de Gobierno de La Paz elijió Presidente interino al Jeneral Campero.

Con esto se había operado, como consecuencia de la guerra, un cambio completo en el gobierno de los países i en el mando de los ejércitos.

Por cierto que con este cambio se salió ganando en ambos paises, pues los dos nuevos gobernantes (sobre todo Piérola) hicieron enormes esfuerzos para reunir fondos, adquirir armamentos i vigorizar en todo sentido la defensa nacional. Campero delegó el mando del país en el Secretario de Estado doctor Cabrera i partió a Tacna para tomar el mando del ejército boliviano.

2) Plan chileno de operaciones.—La campaña de Tarapacá había dado a Chile la definitiva posesión de Antofagasta i Tarapacá i con ésto podría haberse dado por terminada la guerra si los aliados, con más sagacidad i previsión, hubieran apreciado el probable curso de las operaciones. Pero hai que confesar que resultaba esto mui difícil para países que con tanta confianza en el triunfo habían entrado en la guerra i cuando las victorias alcanzadas por Chile no habían logrado establecer todavía su definitiva superioridad. Era natural que a ellos los alentara aún la esperanza de vencer.

Debía pues Chile pensar en la continuación de la guerra i prepararse para una nueva campaña en otro teatro de operaciones.

Todos estaban de acuerdo en que convenía reanudar con rapidez las operaciones, para no dar a los aliados el tiempo que necesitaban para reponerse de los quebrantos sufridos en mar i en tierra. En lo que la opinión pública i el gobierno no estaban de acuerdo era en el modus operandi, pues mientras la primera pedía una operación decisiva sobre Lima, desembarcando el ejército en Ancón u otro puerto inmediato, el Presidente i sus Ministros calificaban este plan como una «fantástica locura».

Después de dos semanas de vacilaciones (desde el 27 de Nov. al 8 de Dic.) un oficio firmado por todos los Ministros puso en conocimiento del Ministro de Guerra en campaña, que la resolución del Gobierno era que la próxima campaña se di-

rijiera contra Tacna i Arica, con el objetivo de batir al ejército fronterizo de Tarapacá i dar al país la posibilidad de entablar negociaciones directas con Bolivia. Para pronunciarse sobre este plan el Gobierno no consultó la opinión del alto Comando del ejército.

El Jeneral Escala aceptó el plan, aún cuando lo atemorizaban las grandes dificultades que presumía encontrar en los áridos territorios que el ejército tenía que atravesar, porque «estaba decidido a aceptar todo plan que tuviera por objeto sacar al Ejército de la inacción».

3) Reorganización del ejército chileno.—Listo ya el plan, faltaba sólo aumentar el ejército i reorganizarlo como lo deseaba el Gobierno i el Ministro Sotomayor. Teniendo ahora que operar en un teatro de operaciones aún más árido que el de Tarapacá, había que prestar gran atención al aprovisionamiento i a los elementos de trasporte. El Ministro de la Guerra estimaba que era preciso proveer al ejército ampliamente para una campaña de tres meses.

Venciendo la resistencia que opuso el señor Jeneral Escala, a fines de Febrero de 1880, el ejército quedó organizado en Divisiones i con un Orden de Batalla más apropiado a las exijencias de la guerra.

Formaron parte del Cuartel Jeneral un Comandante Jeneral de Caballería, (Jeneral Baquedano) 10 Ayudantes de Campo del Jeneral en Jefe, un Estado Mayor formado por 18 oficiales, una Co-

mandancia Jeneral de bagajes, un Servicio Sanitario con 3 ambulancias i un Servicio Relijioso.

Las tropas eran:

1.ª Divisióu

Comandante, Coronel don Santiago Amengual:

Rejimiento N.° 3 de línea, Comandante Castro.
» Esmeralda, Comandante Holley.
Batallón Navales, Comandante Urriola,
» Valparaíso, Comandante Niño.
Una Brigada de Artillería.
Un escuadrón de Cazadores a Caballo.

2.ª División

Comandante, Coronel don Mauricio Muñoz:

Rejimiento 2.° de línea, Comandante del Canto.
» Santiago, Comandante Barceló.
Batallón Atacama, Comandante Martínez.
» Bulnes, Comandante Echeverría.
Una batería de montaña.
Un escuadrón de Cazadores a Caballo.

3.ª División

Comandante, Coronel don José Domingo Amunátegui:

Rejimiento N.° 4 de línea, Comandante San Martín.

Rejimiento Artillería de Marina, Comandante Vidaurre.

Batallón Chacabuco, Comandante Toro Herrera.

» Coquimbo, Comandante Gorostiaga.

Una batería artillería de campaña.

Un escuadrón Granaderos a Caballo.

4.ª División

Comandante, Coronel don Orozimbo Barbosa:

Rejimiento Buin 1.º de línea, Comandante Ortiz.

» Lautaro, Comandante Robles,

Una Brigada de Zapadores (1).

Una batería de artillería.

Un escuadrón Granaderos a Caballo.

En el papel, las fuerzas de estas divisiones eran:

	Plazas
1.ª División	3,600
2.ª »	4,050
3.ª »	3,450
4.ª »	3,400
Total	14,500
Más un batallón de Pontoneros	300
Suma	14,800

(1) Tal vez fué un batallón.

De esta cifra hai que descontar un mínimo de 2,000 hombres entre ausentes i enfermos i por esto los autores están de acuerdo en fijar las fuerzas de este ejército en 12,800 hombres.

4) Embarque del ejército chileno.—El embarque del primer escalón del ejército se efectuó en Pisagua. Se inició el 18 de Febrero i quedó terminado a medio día del 24. El viaje se inició inmediatamente con rumbo a la caleta de Ilo al norte de Tacna, punto que distaba 151 millas de Pisagua. A las 11.30 de la mañana del 25 de Febrero, el «Blanco», que marchaba a la cabeza del convoi, hizo la señal de «aprontarse para fondear» en la caleta de Ilo.

No hubo resistencia i el desembarque se hizo sin ninguna dificultad.

En la tarde del 26 regresaron a Pisagua los trasportes que debían conducir el resto del ejército. Este llegó a Ilo el 1.º de Marzo,

La falta de resistencia se debió a que el Almirante Montero creía poco probable—i con razón—que el desembarque se efectuara a tanta distancia de Tacna. Decimos tanta distancia, no porque en realidad sea mui grande, sino por tratarse de un desierto en que cada día de marcha puede equipararse a tres o cuatro jornadas normales.

5) Plan defensivo u ofensivo.—El plan que el Comandante chileno se proponía desarrollar era meramente defensivo. Estableciéndose en la línea Ilo-Moquegua, puntos unidos por un ferrocarril, se proponía atraer al ejército aliado de Tacna i

Arica; pero pronto se convenció de que tal cosa no ocurriría, pues cuando las autoridades de Moquegua, a mediados de Marzo, le pidieron refuerzos a Montero, éste contestó que «la situación era tal que a cada uno le correspondía defenderse como pudiera».

Esta noticia, obtenida por la interceptación de una correspondencia, acabó de convencer al Ministro de la necesidad en que se hallaba de resolverse por la ofensiva sobre Tacna. Pidió entonces al Gobierno, que a la brevedad posible le enviara los grandes i variados elementos que el ejército requería para efectuar en buenas condiciones la penosa travesía del desierto. (Víveres, aparejos, toneles, etc.) No eran menos de 150 kms. por desierto los que había que salvar, si se marchaba por Locumba i 125, si se tomaba la ruta de la costa.

La ejecución de este plan encontró dificultades en el Gobierno, pues el Presidente Pinto creía mucho más eficaz la defensiva que la ofensiva, sobre todo para un ejército que carecía de jefes, como—según él—era el caso del ejército chileno.

En cartas a Sotomayor decía: «La ofensiva requiere intelijencia, combinación, cálculos, ejército veterano, es decir lo que Chile no tiene...» «¿De dónde sacamos jefes capaces de reunir esas condiciones?» «¿Por qué fué Buendía vencido en Dolores? Porque tomó la ofensiva». «¿Por qué fueron los chilenos rechazados en Tarapacá? Porque tomaron la ofensiva».

Esta disparidad de opiniones entre el Ministro i el Presidente contribuyó a retardar las operaciones i a que el ejército se quedara más de un mes en la plaza de Ilo; pero no influyó en el ánimo ni en la actívidad del Ministro, que continuó trabajando infatigablemente en la preparación de las operaciones ofensivas.

6) Avance sobre Moquegua.—Antes de iniciar el avance sobre Tacna el Comando chileno creyó indispensable apoderarse de Moquegua, ciudad que se hallaba defendida por unos 1,400 hombres, porque veía un peligro en dejar sobre sus flancos tropas que, unidas a las que se estaban movilizando en Arequipa desde principios del año, podían constituír una seria amenaza a retaguardia del ejército.

Se resolvió, pues, ocupar a Moquegua con una fuerte vanguardia estratéjica que pudiera lanzar su numerosa caballería sobre los valles de Locumba i Sama i aun llegar hasta las proximidades de Tacna. Se dió el mando de esta vanguardia al Jeneral Baquedano i se la constituyó así:

Rejimiento 2.º de línea, Comandante don Arístides Martínez
Rejimiento Santiago, Comandante don Estanislao León
Batallón Atacama, Comandante don Juan Martínez
Batallón Bulnes, Comandante don José Echeverría

Dos baterías de montaña, Comandante señor Coronel Novoa
Dos escuadrones Cazadores, Comandante señor Soto Aguilar
Dos escuadrones Granaderos, Comandante señor Tomás Yávar
Una compañía del Rej. Buin, Comandante señor capitán Rivera

Fuerza total: 4,336 soldados

La marcha de Ilo a Moquegua que era por el camino que corre al costado de la línea férrea hubo que hacerla a pie a través de 87 kilómetros de desierto, porque no había material de máquinas ni vagones. Sólo se pudo conseguir una máquina que arrastró un vagón-cisterna para el aprovisionamiento de agua.

Un descarrilamiento sufrido por esta máquina dió orijen a grandes sufrimientos de la tropa, que desesperada por la sed, llegó hasta la desobediencia a sus jefes.

La División habia partido de Ilo el 12 de Marzo a las 3 de la mañana i después de una penosa marcha de más de cuatro días, logró concentrarse en la estación de Conde. Desde aquí el Jeneral Baquedano se desprendió con una vanguardia de las tres armas en dirección a Moquegua, con el propósito de efectuar un reconocimiento i a las tres leguas de marcha ($13^1/_2$ kilómetros), supo que las fuerzas enemigas, inferiores a las de su División, ocupaban la ciudad. Resol-

vió entonces atacarlas i regresó a Condes para avanzar con todas sus tropas.

El 19 reanudó su avance i en la tarde llegó a vivaquear a 4 millas de Moquegua. El 20 en la mañana, protejido por la neblina, se acercó a la ciudad i penetró en ella sin hallar resistencia.

Las fuerzas defensoras que mandaba el Coronel Gamarra, tuvieron oportuno conocimiento del avance de Baquedano i se retiraron a la renombrada posición de Los Anjeles, posición que en varias guerras i revoluciones había probado ser inespugnable.

7) Combate de Los Anjeles.—Está formada esta posición por una alta meseta bordeada por dos quebradas que no permiten el acceso a la cumbre sino por caminos de zig-zag, sumamente estrechos i difíciles. De estas quebradas que se llaman Tumilaca i Guaneros, la primera es algo más accesible i la otra tan abrupta, que los peruanos consideraban absolutamente imposible que tropa alguna pudiera subir por ella. A las naturales dificultades que esta posición ofrecía, habían agregado los peruanos ciertos trabajos de defensa (trincheras i pircas de piedra) que, teóricamente, les daban absoluta seguridad.

Largo sería detallar las variadas incidencias de este combate i como por falta de tiempo no podemos hacerlo, nos limitaremos a decir que el plan de ataque ideado por Baquedano fué asaltar la posición por el frente i ambos flancos simultáneamente, que habiéndose iniciado el avance a las 7 de la tarde del 21 de Marzo, se rom-

pió el fuego a las 5 de la mañana del 22 i que a las 6.30 el Batallón Atacama—con gran estupefacción de los peruanos—había dominado la cumbre por la parte más difícil i roto sus fuegos contra las posiciones enemigas, para pasar poco después al asalto.

Inmediatamente comenzó la retirada de los peruanos; pero defendiendo palmo a palmo el terreno, pues el combate no terminó del todo sino a las 10 de la mañana.

8) Algunas observaciones sobre la operación a Moquegua.—Si para su avance sobre Tacna optaba el ejército chileno por el camino del interior Ilo-Rinconada-Silana-Tomasire) era innegable la necesidad en que se encontraba de tomar posesión de Moquegua, pues no podía dejar en su flanco considerables fuerzas enemigas que amenazaran su línea de operaciones.

En el avance sobre Moquegua cabe admirar la marcha de la caballería, que desde las tres de la mañana a las diez de la noche del 12 de Marzo, marchó 50 km. a través del desierto acompañada de una compañía de infantería. Si esta tropa iba a la grupa de los caballos, hicieron éstos un esfuerzo admirable i si marchó a pie, el resultado es sencillamente incomprensible.

En el ataque a la posición de los Anjeles se le podría criticar a Baquedano—ciñéndose a las reglas jenerales—el no haber constituído una reserva: pero después se podría preguntar: ¿i para qué la constituía? ¿de qué iba a servir, si fracasaba el ataque? Realmente fué ese un caso en

que por las condiciones tan especiales que ofrecía la posición enemiga, valía más emplear toda la tropa desde el primer momento.

I por lo que se refiere a la ejecución del asalto, parecerían mezquinas todas las críticas que pudieran hacerse ante la magnitud del esfuerzo i del heroísmo que allí se desplegó. Dejaremos a otros la tarea de buscar los defectos en medio de tanta belleza.



CAPÍTULO XIV

Avance sobre Tacna i batalla de Tacna

SUMARIO.—1) Cambios en el alto comando del ejército chileno.—2) Líneas de operaciones.—3) Avance del ejército hacia el valle del Sama.—4) Muerte del Ministro de Guerra.—5) Fuerza del ejército aliado.—6) Reconocimiento de la posición.—7) Los aliados intentan sorprender a los chilenos.—8) Lijera descripción del campo de batalla.—9) Forma en que los aliados ocuparon su posición.—10) Despliegue del ejército chileno.—11) Proporción de las fuerzas.—12) La batalla.—13) Algunas observaciones sobre la batalla de Tacna.

1) CAMBIOS EN EL ALTO COMANDO DEL EJÉRCITO CHILENO.—Las relaciones vidriosas i mala intelijencia que existían entre el Ministro de Guerra, el Jeneral Escala i el jefe de E. M., Coronel Lagos, tuvieron como desenlace la partida al sur del Coronel i la renuncia del Jeneral, formulada por telégrafo el 28 de Marzo de 1880. El Gobierno aceptó la renuncia del Jeneral Escala i nombró para reemplazarlo al Jeneral Baquedano. Como jefe del E. M. quedó designado el Coronel Velázquez. El 3 de Abril comenzó a fun-

cionar el nuevo Comando del ejército e inmediatamente se notó una favorable reacción.

El Coronel Lagos regresó al norte tan pronto como el Jeneral Escala fué retirado de su puesto e ingresó al Cuartel Jeneral como primer ayudante del Jeneral Baquedano.

Con el nuevo comando que dió al ejército mayor armonía i unidad de acción, los preparativos de la campaña a Tacna recibieron gran impulso. Se imponía esta reacción, pues la inacción en esos climas malsanos comenzaba a producir sus perniciosos efectos. Durante el mes de Abril fueron remitidos a Tarapacá 1,500 enfermos, casi todos atacados de terciana.

2) Líneas de operaciones.—El sector de terreno que se debía atravesar para llegar a Tacna era en toda su estensión un desierto inclemente en que el calor del día era abrasadór i el frío de las noches casi insoportable. Esto último complicaba mucho el problema de vestir a la jente, pues el abrigo que durante la noche necesitaba, se le hacía odioso durante el día. En todo el trayecto faltaba el agua, los víveres i hasta aceptables caminos.

Tres eran las líneas de operaciones que se podían adoptar: la de más al este, por Hospicio i i Locumba, la de la costa, que al principio corría cerca del mar, para seguir después rectamente hacia Sitaria, donde se juntaba con la anterior i la mista (de mar i tierra) que exijía embarcar el ejército en Ilo, desembarcarlo en

Ite i seguir de aquí rectamente al valle del Sama.

Tenía la primera 100 kilómetros de lonjitud, la segunda 90 i la tercera 36 millas por mar i 36 kilómetros por tierra. Todo esto hasta el valle del Sama. Es la última la que aparece como la más aceptable; pero se debe advertir que el comando chileno no la conocía bien i que sólo sabía que desembarcar en Ite era, ordinariamente, mui difícil i que a la salida de esta caleta el camino era mui malo para la artillería i los bagajes.

Se optó por la primera, que contaba en su primera parte con el ferrocarril a Moquegua i que acortaba mucho el camino de las tropas que se hallaban en esa ciudad, para una parte del ejército, por la segunda para la 1.ª División i por la vía marítima para la 4.ª División.

3) Avance del ejército hacia el valle del Sama.—El Coronel Vergara, que luego iba a ser nombrado Comandante de toda la caballería, salió de Moquegua con 500 jinetes el 8 de Abril i el Comandante don Rafael Vargas partió de Ilo el mismo día con 150 por el camino de la costa.

El 10 estas dos columnas de caballería se juntaron en Locumba.

Continuando su avance, el Coronel Vergara llegó al valle del Sama entre el 10 i el 11 de Abril i allí tuvo ocasión de chocar contra los guerrilleros del Coronel Albarracín, de los cuales mató unos 40 ó 50 i tomó 35 prisioneros.

La caballería del Comandante Vargas esperó en Locumba la llegada del Buin, que ocurrió el 11 de Abril i al cual siguieron los demás cuerpos con algunos días de intervalo. El 18 el Coronel Amengual tuvo toda su División (la 1.ª) reunida en Locumba.

Para abreviar diremos que, a mediados de Mayo, la situación del ejército de operaciones era la siguiente:

	Hombres
En el campamento de Buena Vista Las Yaras (Sama)......	12,000
En Ite....................................	2,500
En Ilo i Hospicio........................	1,500
Total................	16,000

En estas cifras se ha hecho un descuento de un 10% debido a las bajas por enfermedades (viruela i tercianas).

4) MUERTE DEL MINISTRO DE GUERRA.—En el campamento de Buena Vista, cuando todos se preparaban para conmemorar el aniversario del combate de Iquique, el ejército i el país sufrieron una pérdida irreparable con la muerte repentina del incansable i hábil Ministro de la Guerra, don Rafael Sotomayor. Tanto se había hecho querer i tanto había contribuído con su talento, su prudencia i su consejo a los triunfos i al bienestar del ejército, que los oficiales lloraron sobre su cadáver. Su muerte privó al ejército, i en críticos momentos, de un ausiliar poderosísimo.

5) Fuerza del ejército aliado.—Las fuerzas de que los aliados disponían para oponerse al avance de los chilenos eran:

En el Campo de la Alianza (inmediatamente al norte de Tacna) se hallaban las unidades peruanas, Jendarmes de Tacna, Guardia Civil de Tacna, las columnas Sama i Para, la División Guardia Nacional i seis Divisiones de línea con un total

de..	8,500	hombres
Ejército de Campero (Presidente de Bolivia)........................	5,150	»
Total........................	13,650	»

Además tenían:

En Arica................................	2,000	»
En Tarata (2.° ejército del sur)..	3,188	»
Total jeneral................	18,838	»

Las fuerzas chilenas eran:

En el campamento de Buena Vista i Las Yaras................	14,500	»
En Ilo i Hospicio.....................	1,500	»
En Tarapacá (ejército de reserva)	4,000	»
Total........................	20,000	»

Pero las que en realidad estaban llamadas a chocar en Tacna eran sólo:

De parte de los aliados............	13,650	»
De parte de los chilenos............	14,500	»

Los chilenos iban a tener, por consiguiente, una superioridad de cerca de 1,000 hombres.

6) Reconocimiento de la posición.—Al tener conocimiento los aliados del avance de los chilenos, resolvieron tomar posiciones en el Campo de la Alianza i allí se fortificaron.

El 22 de Abril se desprendió del campamento de las Yaras un destacamento chileno de esploración, formado por unos 200 oficiales i 1,000 individuos de tropa, de los cuales 700 eran de caballería i 300 de infantería, montados a la grupa. Llevaban también dos piezas de artillería. Este destacamento iba dirijido por el Jefe de E. M. de Baquedano, Coronel Velázquez.

La posición enemiga se estendía más o menos en la dirección Este a Oeste con frente al Norte i el reconocimiento se efectuó dividiéndose el destacamento en dos fracciones. Con una de ellas el Coronel Vergara se dirijió hacia el flanco derecho (al Este) i con la otra el Coronel Velázquez hacia el S. O. A otros oficiales se les encomendó el reconocimiento del campo al frente de la posición. El Mayor Salvo hizo algunos disparos con sus cañones para apreciar la distancia (resultó de 4,000 m.) i los aliados le contestaron con tiros que resultaron cortos.

El mismo día a las 7 la tarde, el destacamento se hallaba de regreso en el campamento. Con los antecedentes que llevó i después de un corto cambio de ideas con los jefes que dirijieron el reconocimiento, el Jeneral Baquedano decidió su plan de ataque, resolviendo atacar de frente, es-

calonando la tropa a la derecha, para que esta ala ejecutara el ataque principal contra el ala izquierda i centro enemigo.

7) Los aliados intentan sorprender a los chilenos.—Dispuso el Jeneral que el avance se iniciara el 25 a las 9 de la mañana, para pasar la noche en Quebrada Honda (ya mui cerca de la posición enemiga) i seguir el 26 hacia el campo de batalla.

Los aliados, por unos arrieros que tomaron prisioneros, supieron que el ejército chileno, que esa noche vivaquearía en Quebrada Honda, tenía una fuerza de 22,000 hombres i viendo que ante tal superioridad eran impotentes, resolvieron intentar la victoria por medio de una sorpresa.

Al efecto, a media noche del 25/26 se movió todo el ejército, dirijido por buenos guías. Con todo, era tan oscura la noche, que los guías se desorientaron i a las dos horas de marchar sin rumbo determinado, hubo que resolver el abandono de la operación. A 7 A. M. del 26, todo el ejército aliado estaba de nuevo en sus posiciones.

8) Lijera descripción del campo de batalla.—A las 6 A. M. del 26 se puso en movimiento el ejército chileno i desde que se halló reunido al sur de la quebrada, continuó su avance a banderas desplegadas i al son del Himno de Yungai i de la Canción Nacional.

El campo en que se iba a desarrollar la batalla es una pampa estensa cubierta de arena, en que la marcha ordenada es tan difícil, que casi

no se pueden mantener las formaciones cerradas. Para los cañones i carros el avance es mui difícil por lo blando del suelo.

Al término de ese campo, es decir, en el estremo sur, se levantaban las posiciones elejidas i preparadas por el ejército aliado. En los 16 días que los aliados esperaron el ataque chileno, se habían construído en esta posición cuatro reductos para artillería e infantería. De ellos se sabe que dos se hallaban situados en el ala derecha. La colocación de los restantes no se conoce. Las distancias al frente habían sido medidas para facilitar el tiro. A cada hombre se le había provisto de un saco vacío para que, llenándolo de arena, se pudiera proporcionar un abrigo en el punto i momento preciso.

En el ala derecha de la posición las lomas que allí existen ofrecían cierta protección a las tropas, por lo menos contra la vista, i en el ala izquierda había una hondonada, que si no ofrecía un verdadero apoyo, por lo menos dificultaba el movimiento ordenado de las fuerzas atacantes.

9) Forma en que los aliados ocuparon su posición.—A las 7 de la mañana del 26 de Mayo la posición aliada quedó ocupada así:

Ala derecha:

Comandante: Almirante Montero.

En 1.ª línea:

Dos divisiones (una de ellas la de Dávila).

En el estremo derecho un reducto con seis cañones a las órdenes del Coronel Flores.

En 2.ª línea, como sostén:

4 Batallones bolivianos (Murillo, Colorados, Aroma i Zapadores).

2 Batallones peruanos (Nacionales i Jendarmes).

Caballería peruana (Húsares de Junín, Guías i Escuadrón Albarracín).

Ala izquierda:

Comandante: Coronel Camacho.

División Zapata (Batallones Viedma, Tarija i Suárez, bolivianos).

Una batería de 9 cañones i 2 ametralladoras con 2 cañones de reserva.

A la derecha de esta batería la 2.ª División peruana Cáceres (Batallones Zepita i Cazadores del Misti),

A la derecha de la 2.ª la 3.ª División peruana Suárez (Batallones Pisagua i Guardia de Arequipa).

En 2.ª línea, como sostén:

4 Escuadrones de caballería boliviana (Coraceros, Vanguardia de Cochabamba, Libres del Sur i Escolta).

Centro

Comandante: Coronel boliviano Castro Pinto.

En el centro de la 1.ª línea un reducto con 1 cañón i 2 ametralladoras, a las órdenes del Comandante boliviano Palacios.

A ambos lados de este reducto formaban la 1.ª línea de combate los batallones bolivianos Loa, Grau, Chorolque i Padilla, a las órdenes del Coronel Acosta.

Formando la 2.ª línea de izquierda a derecha, como sostén:

5.ª División peruana Herrera (Batallones Ayacucho i Arequipa).

4.ª División boliviana Mendoza (Batallones Victoria i Huáscar).

El Jeneral en Jefe (Jeneral Campero) con su Estado Mayor se estableció detrás del centro.

La estensión total de la posición era, aproximadamente, de unos 2,500 m.

10) Despliegue del ejército chileno.—Entre 8 i 9 de la mañana pudo ya el ejército chileno haber iniciado su despliegue; pero lo blando del terreno había retardado el avance de la artillería i esto obligó a la infantería a hacer un pequeño alto.

El despliegue se efectuó así:

Formaba el ala derecha la 1.ª División Amengual con las siguientes tropas: el Batallón Valparaíso que se desplegó en guerrillas, tras él el

1.er batallón del Rejimiento Esmeralda i el Batallón Navales i formando la 3.a línea, el 2.o batallón del Esmeralda i el Batallón Chillán.

Formaba el ala izquierda i el centro la 2.a División Barceló que se desplegó a la izquierda de la División Amengual. Comenzando por la derecha el Coronel Barceló colocó el Rejimiento 2.o de línea, el Rejimiento Santiago i el 1.er Batallón del Atacama (el 2.o había quedado en Ilo). Cada una de estas unidades iba precedida por una compañía desplegada en guerrilla.

Detrás de la 1.a línea de combate i entre las divisiones Amengual i Barceló se colocó la 3.a División Amunátegui con una distancia de 3,000 metros. Quedó formada en columna i sus unidades eran:

Batallón Chacabuco
» Coquimbo i
Rejimiento de Artillería de Marina N.o 2.

Su misión era servir de sostén a las divisiones de 1.a línea.

A la izquierda de esta División, completaba la 2.a línea de combate la 4.a División Barbosa, que se colocó así, en una sola línea: a la derecha el Batallón Zapadores, en seguida el Rejimiento Lautaro i por el último el Batallón Cazadores del Desierto.

Formaban también parte de esta División una batería de montaña que quedó en 2.a línea i el Rejimiento de Caballería Cazadores, más un es-

cuadrón de Carabineros de Yungai, que formó la 3.ª línea.

También esta División era sostén de la 1.ª línea i además, protección del ala izquierda.

Formaba la reserva, a bastante distancia a retaguardia de la 3.ª División Amunátegui, la División Muñoz, compuesta de los Rejimientos de línea N.os 1, 3 i 4 i del Batallón Bulnes.

Con la reserva quedó el Jeneral Baquedano i su Estado Mayor.

La artillería se colocó a retaguardia de la infantería en dos líneas formando en la 1.ª la artillería de montaña. Se componía del Rejimiento N.º 2 de Artillería, que contaba con cuatro baterías de campaña de 5 cañones cada una i con 3 de montaña de seis piezas cada una. Tenía además 4 ametralladoras. Total: 38 cañones i 6 ametralladoras.

11) Proporción de las fuerzas.—El combate se trabó, en consecuencia, entre las siguientes fuerzas:

La 1.ª, la 2.ª i la 3.ª Divisiones chilenas apoyadas por las baterías de Salvo i Fuentes (22 cañones i 4 ametralladoras) i los Granaderos a caballo, formando un total de 7,500 hombres, contra

	Hombres
el ala izquierda, Camacho..........	4,250
El centro, Castro Pinto.............	4,500
Total.............	8,750

12 piezas i 4 ametralladoras.

La 4.ª División chilena, apoyada por las baterías de Frías i Fontecilla (16 cañones i 2 ametralladoras) i los Cazadores a caballo i escuadrón Carabineros, formando un total de 3,000 hombres contra el ala derecha, Montero 4,750 hombres con 6 cañones.

La superioridad aparece así en favor de los aliados; pero hai que agregar la reserva chilena que contaba con 3,550 hombres. Hablando con exactitud el ejército chileno contaba con una superioridad de 850 hombres i 19 cañones: pero, como luego veremos, entre las primeras líneas, hubo superioridad de parte de los aliados.

12) La batalla.—El duelo de artillería se inició a las 9 A. M. con una distancia aproximada de 4,000 metros. La artillería de montaña tomó posiciones más adelantadas. El duelo duró una hora sin sensibles efectos, pues el suelo blando no favorecía la esplosión de los proyectiles i el tiro por tiempo no era conocido,

A las 10 se dió orden de avanzar a las Divisiones Amengual i Barceló. La División Amengual se dirijió contra el ala izquierda de la posición defendida por Camacho i la División Barceló contra el centro defendido por Castro Pinto.

Para que el ataque fuera simultáneo la División Amengual, que a la vez tenía que procurar el envolvimiento del ala enemiga, partió adelante, cargándose hacia el Oeste hasta sobrepasar el flanco aliado.

La infantería enemiga cuidó de no mostrarse hasta que tuvo a tiro al Batallón Valparaíso, que

marchaba desplegado en guerrilla delante de la División. Rompió entonces sus fuegos, pero con tan poco efecto, que el Coronel Amengual continuó avanzando a *pasos largos*, tanto para ganar terreno, cuanto para aprovechar la noticia recibida de la artillería de que el enemigo corría sus tropas hacía la derecha, debilitando el ala que él iba a atacar.

Los aliados lo dejaron avanzar i, cuando lo creyeron oportuno, lo recibieron con violentas i nutridas descargas que desde el primer momento hicieron numerosas bajas, especialmente en las líneas de retaguardia que avanzaban en formación cerrada.

El efecto natural de descargas tan mortíferas, debía haber sido la dispersión o la fuga de esas tropas; pero en vez de eso, sin orden, todos se lanzaron hacia adelante buscando el camino más corto para llegar a la posición enemiga. Como consecuencia inmediata, se perdió el orden i la formación, pasando todas las tropas a constituir una sola línea de combate, en completo entrevero de unidades.

Entre tanto los defensores, reforzados por sus reservas, avivaban por momentos al fuego, aumentando en proporción los estragos que producían en las filas chilenas.

Como el avance no podía ser incesante en terreno tan pesado, la línea (era ya una sola) hacía *estaciones de fuego* más o menos prolongadas en que faltando la dirección i la disciplina del fuego, se producía un consumo exajerado de municiones.

De esto resultó, que al aproximarse a la posición enemiga, comenzaron a oírse gritos pidiendo cartuchos, pues ya se habían agotado los 130 tiros que cada soldado había recibido.

Se creó así una situación sumamente grave para los atacantes. Retirarse a esa distancia i ante un enemigo fuerte i entero, era ir a una catástrofe i asaltar la posición, todavía no era posible. Los jefes pidieron municiones i los oficiales se entregaron a la tarea de conseguir que los soldados se mantuvieran tranquilos ante los fuegos que ellos no podían contestar, sino con algunos tiros disparados de tarde en tarde.

Hasta este momento los efectos del fuego enemigo habían sido desastrosos i como las bajas continuaban produciéndose, el Coronel Amengual pensó en partir al asalto, a pesar de las circunstancias; pero el corneta había muerto i su voz no alcanzaba a dominar el estruendo del combate.

La línea se mantuvo así por algún tiempo en angustiosa espera de municiones; mas cuando éstas faltaron ya del todo i se vió que las municiones no llegaban, fué necesario retroceder, ante los fuegos de un enemigo que se engrosaba por momentos.

A pesar de lo crítico de las circunstancias i de los efectos del fuego enemigo, la retirada se efectuó ordenadamente sin que el pánico, compañero inseparable de estos fracasos, hiciera presa en el ánimo esforzado de esos bravos soldados.

En su retirada llegaron así hasta ponerse a la altura de la caballería Yávar, perseguidos ya, no sólo por los fuegos, sino por las tropas enemigas que, ante la retirada chilena, emprendieron un violento contra ataque.

Como las municiones todavía no llegaban, por las dificultades que el terreno arenoso oponía al avance de las mulas i carros, alguien pidió (sobre quién fué, hai diversas versiones) que cargara la caballería para detener el avance de los aliados.

Vergara i Yávar se pusieron delante de la caballería, la sacaron del lugar en que estaba protejida i la lanzaron como un alud sobre las tropas enemigas. Al pasar por el frente de las tropas chilenas, éstas, tal vez para justificar ante sus compañeros la actitud que asumían, les gritaron: «nos retiramos porque no tenemos municiones».

Siguió la caballería, pero su escaso número nada podía contra fuerzas seis veces superiores que avanzaban victoriosas i fué recibida por tan certeros i nutridos fuegos que se vió obligada a desviar su dirección.

No hacía falta más, porque el objetivo principal, detener por un momento al enemigo, estaba ya conseguido.

Para adoptar una formación apropiada—según era uso en esos tiempos—los atacantes se detuvieron i esto bastó para dar tiempo a las tropas de Amengual para recibir algunas municiones i a la División Amunátegui para llegar a la línea.

Con esto la situación cambió inmediatamente, pues las divisiones chilenas tomaron de nuevo la ofensiva, mientras los enemigos trataban de ganar otra vez sus trincheras.

Veamos ahora la suerte que había corrido la División Barceló, que, como sabemos, había avanzado contra el centro i ala derecha de los aliados.

Ya dijimos que esta división avanzó en una sola línea en el orden (de derecha a izquierda) 2.º de línea, Rejimiento Santiago i Batallón Atacama.

Para conservar las fuerzas de sus soldados el Comandante Barceló dispuso que el avance se efectuara por saltos cortos con numerosas estaciones de fuego. Iniciado el avance, al querer detener su división, vió con sorpresa que el 2.º de línea no obedecía al toque de ¡alto! sino que seguía imperturbable su avance. Tan inesplicable actitud hizo creer a muchos que ese Regimiento quería pasarse al enemigo i se oyeron algunas voces que gritaban; ¡el 2.º se pasó! ¡el 2.º se pasó! ¿Qué había ocurrido?

Antes de entrar en combate su comandante, el señor del Canto, lo había arengado recordándole las dolorosas pérdidas sufridas en Tarapacá i la necesidad en que se hallaba de vengar ese desastre i esto, unido a la coincidencia de notar durante el avance que la unidad contra la cual iba a luchar era el Zepita, el mismo que en Tarapacá lo había batido, lo hizo perder su tranquilidad i su disciplina lanzándose inconsiderada-

mente en un avance continuo hacia la posición enemiga. Había perdido su estandarte en Tarapacá i quería reconquistarlo o tomar uno del enemigo.

Arrastrada por este ejemplo, toda la División siguió tras el 2.° haciendo sólo los altos indispensables para cobrar aliento en ese avance fatigoso sobre un suelo de arena suelta i así llegó hasta las inmediaciones de la posición enemiga. Pero aquí le ocurrió lo propio que a la División Amengual: se agotaron las municiones.

Los aliados se dieron luego cuenta de este contratiempo i reforzando su línea activaron en tal forma sus fuegos, que a la División chilena no le quedó otro recurso que emprender la retirada i lo hicieron con el mismo orden i serenidad que caracterizó la retirada de Amengual. Eran más o menos las 12.30 cuando la División Barceló logró llegar hasta la División Amunátegui que ya se preparaba para reforzarla. Esta retirada coincidió con la de Amengual, no sólo en la forma sino en la hora.

Los aliados habían rechazado el ataque de las dos Divisiones mediante el refuerzo que dieron a su ala izquierda a costa de dos batallones (el Alianza i el Aroma), que retiraron del ala derecha, que en ese momento no se hallaba aún comprometida en el combate. Alcanzando así una gran superioridad, tan pronto como faltó la munición en la línea chilena, tomaron una vigorosa ofensiva que, desgraciadamente, se caracterizó

por la crueldad con que *remataban* a los heridos i rezagados que lograban alcanzar.

El refuerzo de la 3.ª División no fué más oportuno, porque se hizo preciso obtener antes la venia del Jeneral en Jefe, que se hallaba mui a retaguardia.

La primera fase del combate se desarrolló así con marcada inferioridad numérica de parte de los chilenos. Los Coroneles Camacho i Castro Pinto rechazaron el primer ataque de los 5,000 chilenos, con casi doble número de soldados, pues con el refuerzo de los batallones Alianza i Aroma, (909 hombres) llegaron a contar 9,700.

Una vez en línea la 3.ª División Amunátegui, se equilibraron más; pero siempre quedó en favor de los aliados una ventaja de más o menos 2,000 hombres.

Es cierto que para esto a los aliados les fué preciso poner en acción toda su tropa, en tanto que los chilenos dejaron intacta su reserva de 3,500 hombres.

Vamos ahora a la segunda fase del combate.

Reforzadas las Divisiones Amengual i Barceló por la División Amunátegui, el avance se renovó, i como al ver esto los aliados, regresaron a sus trincheras, este movimiento de retroceso los desorganizó en el momento en que más fuerte era la presión de la nueva ofensiva chilena. Sufrieron mucho algunos cuerpos del ala izquierda, (Camacho) perdieron su cohesión, se desorganizaron luego i emprendieron, por último, precipitada fuga hacia el valle del Caplina.

La caída del Coronel Camacho (cayó herido) fué el golpe de gracia, i mui pronto toda la línea enemiga estaba en franca retirada. Eran las dos de la tarde.

La caballería aliada, como en Dolores, emprendió la fuga oportunamente.

Al ala derecha aliada, que mandaba el Almirante Montero, fué atacada a última hora, cuando ya el centro i ala izquierda habían sufrido mucho, por la 4.ª División Barbosa, i por esta causa no opuso una resistencia mui enérjica.

En parte, esta ala alcanzó a ser envuelta. Aquí murió el Comandante Santa Cruz cargando valientemente al frente de los Zapadores.

Los chilenos persiguieron hasta las vecindades de la ciudad de Tacna; pero aquí el Jeneral Baquedano hizo detener la persecución para evitar desmanes en la ciudad. Sin embargo, la División Amengual ocupó la ciudad a la caída de la tarde.

Los aliados se retiraron hacia el valle del Caplina, i desde allí, los bolivianos tomaron el camino a la meseta boliviana, mientras los peruanos buscaron los caminos hacia Tarata i Puno, en demanda de Arequipa.

Poco a poco los grupos que al principio formaron estas tropas se fueron disolviendo, a tal punto, que, según el prefecto de Tacna, señor del Solar, en comunicación al Presidente Piérola, no pasaron de 400 hombres los que volvieron al norte, manteniendo siquiera el aspecto de tropa militar.

Lo curioso es que nadie se retiró hacia la plaza fortificada de Arica, que era su línea natural de retirada, con escepción de algunos milicianos que tenían allí sus hogares.

Tal fué la impresión que la derrota de Tacna produjo en el ánimo de los aliados, que hasta el comandante en jefe peruano, almirante Montero, se sintió desalentado por completo i renunció a su primera idea de hacer en Arica el último esfuerzo.

En una comunicación que dirijió al comandante de la plaza, coronel Bolognesi, le dijo: «No piensen en resistir, que la ira de Dios ha caído sobre el Perú». Esta comunicación fué encontrada en Arica al tomarse la plaza.

La destrucción del ejército aliado había sido, pues, completa; pero también las pérdidas chilenas habían sido bien sensibles. Las Divisiones Barceló i Amengual perdieron el 23% de sus efectivos i la División Barbosa el 15%. Hubo 23 oficiales muertos i 84 heridos.

Los aliados dejaron en el campo 1,000 muertos i otros tantos heridos. Quedaron prisioneros 2,500.

13) Algunas observaciones sobre la batalla de Tacna.—El avance desde el campamento de Buena Vista-Las Yaras a Quebrada Honda, se efectuó en buenas condiciones. El servicio de seguridad durante la noche se estableció correctamente.

Creemos que habrían hecho bien Baquedano i su jefe de E. M., Velázquez, en aceptar la idea del coronel Vergara, sobre la mejor manera de atacar la posición de los aliados.

Propuso Vergara que se hiciera, procurando envolver el ala derecha enemiga i Velázquez no aceptó porque lo creyó una complicación peligrosa que exijía una simultaneidad i armonía de acción, que no había seguridad de alcanzar con las tropas chilenas. Baquedano, más apegado aún a las formas simples, se mostró de acuerdo con su jefe de E. M. i optó por el combate frontal.

Hizo bien Baquedano en oír opiniones, especialmente la de su jefe de E. M., e hizo también bien, en tomar en seguida una franca i definida resolución.

La proposición de Vergara tenía las ventajas de hacer más eficaz el ataque, hiriendo una parte tan sensible como es el flanco, i la de cortar la retirada del enemigo hacia el oriente, donde la persecución era difícil i fácil para el enemigo el volverse a organizar.

Esto nos parece incuestionable i, sin embargo, comprobándose una vez más la relatividad de los principios que rijen el arte de la guerra, resultó mucho más eficaz el plan de Baquedano que el de Vergara. ¿Por qué? Porque intervino un factor que a nadie se le había ocurrido considerar: la inconsistencia de la unión Perú-Boliviana.

Lo natural habría sido que, una vez fuera del campo de batalla, el ejército se hubiera reorganizado, pues la derrota no fué de tal carácter que no diera un ancho marjen para hacerlo: ¡se habían salvado más de 9,000 hombres!

Sin embargo, lo que ocurrió, fué lo inesperado: que se disolvió materialmente el ejército aliado.

Si se pone en ejecución el plan más acertado, el más lójico i el que sin duda aparecía como más eficaz, el resultado inevitable—porque copar a todo el ejército aliado no habría sido posible—no podía haber sido otro que echar sobre Arica una gran parte de las tropas aliadas, lo que habría significado un refuerzo para esta plaza i la reconstitución del ejército enemigo, por lo menos por algún tiempo.

Creemos que del fracaso del primer ataque de las Divisiones Amengual i Barceló no se puede hacer responsable a los respectivos comandantes, sino al Comando superior que no dió más municiones a la tropa, que no tomó sus medidas para reaprovisionarlas oportunamente, que colocó los sostenes (Divisiones Amunátegui i Barbosa) a una exajerada distancia a retaguardia i que los mantuvo (a los sostenes) en una injustificada dependencia del Comando en Jefe.

Habiendo vivaqueado casi en el campo mismo de batalla, no hubo una pesada marcha de aproximación i, por consiguiente, se pudo cargar a los soldados con toda la munición que necesitaban.

Sabiendo que el terreno retardaba mucho la marcha de los carros, se les debió hacer avanzar oportunamente todo lo que la situación i su seguridad hacía posible i fué una falta dejarlos tan atrás, que no llegaron a tiempo cuando se les necesitó.

Las unidades de segunda línea no eran reserva sino sostén de la primera i, por eso, su colocación debió ser tal que siempre les hubiera sido posible acudir oportunamente a la línea de fuego. Esto lo hacía aún más necesario, la poca fuerza que se le dió a la primera línea.

Una traba innecesaria i mui perjudicial fué hacer que esos sostenes dependieran del Comando en Jefe, pues así carecían de la indispensable iniciativa para intervenir cuando sus jefes lo creyeran oportuno o cuando se solicitara su auxilio desde la línea de combate. Lo mismo se puede decir de la caballería, cuya tardía intervención se debió, en gran parte, a esa subordinación.

La colocación del Comandante en Jefe quedó mui a retaguardia i esa fué la causa de que no pudiera dar con oportunidad, las órdenes que hicieron necesarias las fluctuaciones de la lucha.

Faltó una inmediata i enérjica persecución que asegurara el buen éxito de la victoria, para lo cual la reserva, que no intervino en el combate, se debió adelantar oportunamente.

Merece recalcarse la disciplina i serenidad que demostró la tropa en el trance más difícil que puede ofrecer una batalla: retirarse desde las distancias cortas ante un enemigo superior en número. También merece un elojio la acertada i brillante intervención de la caballería.



CAPITULO XV

Toma de Arica

SUMARIO.—1) Necesidad de tomar a Arica.—2) Se resuelve el ataque.—3) Fuerzas en acción.—4) Lo que era el Morro.—5) Asalto i toma del Morro.

1) Necesidad de tomar a Arica.—Como ya dijimos, la victoria de Tacna trajo, como consecuencia inesperada, la total disolución del ejército aliado; pero aún faltaba apoderarse de Arica, que era la llave de la rejión conquistada.

Bloqueada por mar i pudiendo ser sitiada por un ejército numeroso, no había necesidad, para tomarla, de lanzarse al asalto, pues tenía, a la larga, que rendirse fatalmente.

Pero habían ciertos factores de peso que obligaban al Comando a precipitar la caída de esa plaza.

Hasta ese momento la línea de comunicaciones se estendía desde Tacna a Ilo a través del desierto i a más de ser larga i pesada, se hallaba en grave riesgo de ser cortada por el 2.º ejército peruano del sur, recientemente movilizado en

Arequipa i ya en marcha hacia el sur. Trasladar la base móvil de operaciones—que era la escuadra—de Ilo a Arica, era, pues, cambiar mui favorablemente la faz de la situación.

Por otra parte, la toma de Arica significaba la liberación de los buques que bloqueaban el puerto, i esto podía dar gran impulso a la guerra.

Estas razones—i sobre todo, la primera—hacían imperiosa la necesidad de apoderarse de la plaza de Arica i por eso el Jeneral en Jefe chileno, tan pronto como el Coronel Lagos regresó de Pachía trayendo la noticia de que el ejército enemigo se había dispersado, (había sido enviado hacia allá para tomar contacto i perseguir) apresuró los preparativos para apoderarse del puerto.

2) Se resuelve el ataque.—Con mui poca previsión, los aliados habían dejado en Tacna el material del ferrocarril a Arica, de suerte que los chilenos pudieron, con gran ventaja, aprovecharlo para su avance sobre el puerto.

Con el objeto de evitar un inútil derramamiento de sangre, el Jeneral Baquedano envió al Morro de Arica al Mayor Salvo, en calidad de parlamentario, con la misión de jestionar la rendición de la plaza. Como sólo obtuviera una rotunda negativa de parte del Coronel Bolognesi, bombardeó el puerto durante varias horas; pero alcanzando un resultado completamente nulo.

3) Fuerzas en acción.—Obligado así por las circunstancias, se resolvió a ordenar el asalto de

la plaza i designó para tan difícil tarea, al enérjico Coronel Lagos, (Don Pedro) poniendo a sus órdenes las siguientes tropas:

	Plazas
Rejimiento Buin 1.º de línea.........	885
» 3.º »	1,053
» 4.º »	941
Batallón Bulnes.........................	400
3 escuadrones...........................	600
3 baterías artillería de campaña. / 1 batería » de montaña.	500
Total,.....................	4,379

Para la defensa de la plaza el coronel Bolognesi disponía de:

La VII División (Coronel Inclan)	903	plazas
» VIII « (« Ugarte)	588	»
Total de infantes..........	1,491	

Batería del Morro armada de once cañones: 1 Parrot de 100 lbs. 1 Vavaseur i 9 Voruz i con una guarnición de..	150	artilleros
Fuerte del Este armado de tres grandes cañones i con una guarnición de..................................	117	»

Fuerte Ciudadela armado de tres grandes cañones i con una guarnición de.............................	100	artilleros
Fuertes de la ciudad armado de 4 cañones i con una guarnición de..	111	»
Total de artilleros.........	478	»
Total jeneral..............	1,969	hombres

Si se agrega la tripulación del «Manco Capac» anclado en la bahía, se puede llegar a un total de 2,000 hombres.

4) LO QUE ERA EL MORRO.—La posición de Arica está formada por un alto Morro de piedra de 139 metros de altura que cubre por el sur el pueblo de Arica, llegando hasta la misma plaza. Por tres de sus costados (N. S. i O.) es inaccesible i por el otro (E.) sólo se puede subir con grandes dificultades por caminos en zig-zag.

La parte más alta, que da hacia el mar, forma una planicie de unos 400 metros cuadrados de superficie i en ella estaba asentado el fuerte principal. Rectamente hacia el sureste i separados por 1,500 metros habían otros dos que dominaban la *silla* o depresion por donde el cerro era accesible.

Desde el pie del morro hacia el norte (por donde podía ir el ataque) se estiende una estensa planicie limitada al O. por el mar i al E. por unas serranías que son prolongación de los contrafuertes de la cordillera. Desde el Morro esta

planicie se domina completamente hasta larga distancia.

A más de los fuertes del Morro, existían en la planicie, a la orilla del mar, tres baterías a barbeta separadas por una distancia de 150 metros i dotadas de sendos cañones Vavasseur de 250 lbs. La última (San José) tenía, además, un cañón Parrot de 100 lbs.

Existía además, una línea de trincheras que partiendo de la plaza, inmediatamente al N. de la batería San José, seguía al E. i S. E. describiendo una curva que, después de pasar por el hospital, iba a terminar en el mismo Morro.

Casi todo el terreno al frente i la subida al Morro se hallaba sembrado de minas subterráneas que hacían esplosión al ser tocadas o a voluntad de los peruanos por medio de una estación eléctrica, establecida en el hospital. Es de advertir, que esta estación estaba protejida por la Cruz Roja de Jinebra.

5) Asalto i toma del Morro.—Entraremos ya de lleno a la descripción de la batalla. A última hora el Coronel Lagos recibió como refuerzo el Rejimiento Lautaro de 1,000 plazas, con lo que sus fuerzas llegaron a sumar 5,300 hombres.

El plan de ataque de Lagos fué mui sencillo. Dispuso que el Rejimiento 4.º de línea atacara el Fuerte del Este i que otro rejimiento atacara el Ciudadela. Como se disputaran este honor el Rejimiento Buin i el 3.º de línea, Lagos hizo que lo decidiera la suerte, saliendo favorecido el 3.º

El ataque quedo así acordado, en dos líneas. La primera línea iba a ser formada por el 3.º i 4.º que atacarían respectivamente el Ciudadela i el Este i la segunda por el Buin destinado a juntarse con la primera línea, en cuanto ésta cumpliera su cometido, para iniciar en conjunto el asalto a la batería del Morro.

El Rejimiento Lautaro recibió la tarea de atacar las baterías i trincheras que rodeaban el pueblo i la artillería tomó posiciones en el llano que le permitían apoyar el asalto.

La víspera de la batalla (6 de Junio) los tres rejimientos que debían atacar el Morro se adelantaron al amparo de la noche hasta quedar el 3.º a 1,000 i el 4.º a 1,500 m. de sus respectivos objetivos. El Buin quedó con el 4.º Aquí permanecieron en el más absoluto silencio hasta el amanecer, hora en que se pusieron en movimiento el 3.º i el 4.º Eran un poco más de las 4 de la mañana. A las 5 se movió Lagos con el Rejimiento Buin.

Sigamos en su ataque al 3.º de línea. Con su Comandante, don José Antonio Gutiérrez a la cabeza, marchaba adelante el I Batallón i tras él, a la cabeza del II Batallón, iba el Comandante del Rejimiento, don Ricardo Castro.

Avanzaba este rejimiento contra el fuerte Ciudadela i, a pesar del cuidado con que marchaba, fué visto por los centinelas, los que dieron la voz de alarma a las 6 de la mañana. El fuego se abrió inmediatamente i, por consiguiente, puede decirse que el asalto se inició a las 6 A. M.

Descubierto el avance, aun cuando faltaban aún tantos metros que el asalto era imposible, el 3.º se lanzó a la carga, trepando con rapidez asombrosa por la abrupta pendiente. En un solo esfuerzo llegaron hasta las trincheras mismas del fuerte i rompiendo con los yataganes los sacos que les servían de parapeto, penetraron en él, con el Subteniente don José Ignacio López a la cabeza i arriaron el pabellón peruano.

Pero el fuerte no estaba tomado aún.

Eran valientes sus defensores i opusieron tenaz resistencia en una lucha a quema ropa i cuerpo a cuerpo. Los chilenos, según su costumbre, hacían más que todo uso de la bayoneta i del cuchillo.

Interrumpieron por un momento la lucha dos tremendas esplosiones producidas por las minas que los peruanos habían colocado por todas partes. Voló con ellas buena parte del fuerte i numerosos soldados de ambos bandos i el resto del rejimiento chileno, enfurecido por este procedimiento que él juzgó indigno, se lanzó como un torrente por la ancha brecha que en las trincheras abrió la esplosión i sin piedad, acuchilló a todos los que encontró por delante. Vanos fueron los esfuerzos que los oficiales hicieron por contenerlos: a nadie dieron cuartel.

Antes de la 7, el fuerte Ciudadela estaba en poder de los chilenos.

Sigamos ahora al 4.º en su ataque contra el Fuerte del Este.

Como el 3.°, a las 6 A. M. fué descubierto por el enemigo i atacado acto continuo por violentos fuegos de infantería i artillería. También como el 3.° contestó corriendo hacia el asalto, destruyendo a bayonetazos las trincheras de sacos i penetrando a sangre i fuego en el fuerte. Los oficiales, también esta vez, iban adelante.

La resistencia no fué aquí tan recia. Muerto el bravo Comandante del fuerte, Coronel Inclán, la tropa abandonó las trincheras, después de unos diez minutos de lucha. También antes de las 7 estaba tomado este fuerte.

Coincidiendo en el tiempo la caída de los fuertes, ambos rejimientos se hallaron a la vez listos para continuar su avance hacia la cumbre i sin esperar—según la orden espresa que tenían—la llegada del Buin, comenzaron a trepar rivalizando en celo i pujanza.

Ni las minas de que el suelo estaba sembrado, ni la lluvia de proyectiles que de la cumbre les llegaba, fueron capaces de contener su avance i después de pasar por el Cerro Gordo, donde barrieron con los pocos defensores que allí habían buscado refujio, avanzaron en demanda de la última trinchera.

Saltando por sobre el parapeto en revuelta confusión de oficiales i tropa, llegaron como torrente desbordado al centro de la meseta, cambiaron por la chilena la bandera peruana i comenzaron a herir a diestra i siniestra.

Viendo el Coronel Bolognesi que toda resistencia era inútil, hizo suspender sus fuegos; pero

costó mucho a los oficiales chilenos contener a sus soldados, ya enardecidos por la lucha i por algún tiempo más continuó peleando.

En esta última fase de la batalla, cayeron el Comandante San Martín del 4.º de Línea i los oficiales peruanos Bolognesi, Zavala, Moore i otros.

El Buin había hecho inútiles esfuerzos por llegar oportunamente al sitio de la lucha; pues se lo impidió la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos.

Tan inaudito fué el asalto i tan desesperada la carrera a la cumbre, que el combate no alcanzó a durar una hora, cosa difícil de entender, pues, sin combatir, no se puede hoi día repetir ese asalto. El *ardor del fuego* causó efecto tan estraordinario.

Al Coronel Barbosa, que le tocó la misión de combatir contra los fuertes de la plaza i la trinchera que bordeaba al pueblo, le correspondió una tarea mui fácil, pues allí el enemigo no opuso casi resistencia.

Las pérdidas peruanas fueron de casi 700 muertos i 1,328 prisioneros, entre los cuales figuraron 118 oficiales.

Los chilenos perdieron 473 hombres.

El botín fué de 13 grandes cañones en buen estado i de 1,200 fusiles.

Fué motivo de gran regocijo para todos, el hallazgo del estandarte del 2.º de línea que había sido perdido en Tarapacá. Estaba en la iglesia de Arica.

El Comandante del monitor «Manco Capac», al ver la pérdida de la plaza, abrió las válvulas de su buque i fué con su tripulación á entregarse prisionero á los buques chilenos. ¡Cuánto más le habría valido morir combatiendo i haciendo tal vez grandes daños a los buques chilenos con sus cañones de 500 lbs.!

Con la caída de Arica toda la parte sur del Perú hasta el Sama, quedaba en poder de Chile, la alianza disuelta i el ejército peruano en esqueleto.



CAPITULO XVI

Fuerzas de ambos belijerantes

SUMARIO.—1) Esfuerzos de Piérola para poner al Perú en estado de defensa.—2) Resultados que alcanzó.—3) Preparativos de Chile.—4) Efectivo del Ejército a fines de 1880.—5) Organización del Ejército.

1) Esfuerzos de Piérola para poner al Perú en estado de defensa.—Don Nicolás de Piérola, que gobernaba en el Perú en calidad de Presidente-Dictador—por los amplios poderes de que disponía—era un hombre de una enerjía i tenacidad estraordinarias. Otro en su lugar, habría aceptado la paz después de la caída de Arica, pues ya no le quedaba escuadra, ni ejército, ni armamento, ni nada. I sin embargo, en rendirse no pensó jamás. Parecía como que cobraba nuevas fuerzas al chocar con la desgracia.

Ante el aniquilamiento completo de su Ejército, declaró obligatorio para todos los ciudadanos el servicio militar, fijando las edades entre 18 i 50 años. No tardó mucho en realizar así el programa que se había propuesto, llegando a

contar en las filas con un efectivo de 43,255 hombres.

Desde fines de Abril, presumiendo que la próxima campaña chilena sería contra Lima, había comenzado Piérola a concentrar en los alrededores de la capital todas las tropas que existían disponibles en el país. Las del norte llegaron por mar, conducidas por la Compañía Inglesa de Vapores, que las trasladaba, a pesar de las protestas chilenas, fundándose en que la tropa no iba de uniforme.

Poco después (en Junio), Piérola dictó una nueva orden, por la cual declaraba obligado a servir en la guardia sedentaria a todo varón de 16 a 60 años, sin distinción de fortuna ni posición social, i por este medio, en el plazo de un mes, organizó el Ejército Local de Lima, compuesto de 30 batallones i una brigada de caballería.

Jeneral en Jefe de este ejército fué nombrado el Prefecto de Lima, doctor Echeñique, i después el Coronel Peña.

Antes de terminar el mes de Julio, la defensa de Lima podía contar ya con 30 a 35,000 hombres.

Pero no consistía todo en reunir jente, la mayor dificultad estaba en armarla i vestirla, i aquí fué, precisamente, donde más resaltó el talento organizador de Piérola.

Hizo recojer todas las armas que existían en el Perú, hizo encargos al estranjero i no dejó, en fin, resorte por tocar, hasta conseguir que esas

hordas indisciplinadas se trasformaran én soldados.

Tampoco descuidó la instrucción e hizo que las 10 divisiones en que dividió el ejército, se turnaran para salir de Lima a practicar ejercicios.

Hizo también mucho para la defensa de Lima por medio de obras de fortificación; pero a fines de Julio ordenó suspender los trabajos, pues poco a poco, la inacción chilena lo iba convenciendo de que la campaña a Lima no se realizaría. Sólo el desembarco en Pisco, a mediados de Noviembre, llegó a sacarlo de su error, i su primer cuidado fué poner mano enérjica a los trabajos de fortificación.

2) Resultados que alcanzó.—A mediados de Noviembre las fuerzas peruanas alcanzaban a 45,000 hombres, repartidos en cuatro ejércitos: Ejército del Norte, Ejército del Centro, Ejército de Arequipá i Ejército de Reserva de Lima.

El ejército del centro i el ejército del norte, que eran los encargados de la defensa de Lima, se unieron en uno solo con el nombre de Ejército de Línea, apenas se supo la llegada a Pisco del ejército chileno i se le dividió en cuatro Cuerpos de Ejército.

Los Cuerpos de Ejército eran:

1.er Cuerpo.—Comandante, coronel Iglesias.

Tropas { División Noriega.
» Cano.
» Arguedas. }

Fuerza: 6,000 hombres.

2.º Cuerpo.—Comandante, coronel Suárez.

Tropas { División Aguirre.
» Cáceres.

Fuerza: 4,000 hombres.

3.er Cuerpo.—Comandante, coronel Dávila.

Tropas { División antes Dávila.
» » Iglesias.

Fuerza: 4,500 hombres.

4.º Cuerpo.—Comandante, coronel Cáceres.

Tropas { División Canevaros.
» Marino.

Fuerza: 5,500 hombres.

Fuerza total: 20,000 hombres.

El 23 de Diciembre este ejército ocupó sus posiciones fortificadas al sur de Lima. Desde el 6 permanecía acuartelado en Lima el Ejército de Reserva i el 25 de Diciembre se reunió al sur de Lima con el Ejército de Línea. El Ejército de Reserva constaba de 12,000 hombres i fué dividido en dos Cuerpos de Ejército. Por consiguiente, hasta el 25 de Diciembre la fuerza disponible para la defensa de Lima (toda colocada al sur de la ciudad en posiciones fortificadas) era de 32,000 hombres.

Existía también en Arequipa un ejército llamado, Ejército de Arequipa, que fué organizado por decreto de 30 de Noviembre, i del cual era jefe el prefecto don Pedro del Solar. Constaba de cinco Divisiones:

1.ª Divisiôn, Batallones Ayacucho, Apurimac i Grau.
2.ª » » Lima i 2 de Mayo.
3.ª » » Libres del Cuzco i Tarapacá.
4.ª » » Lejión Peruana, Piquiza i Piérola.
5.ª » » Paruro i Andahailas.

I además tenía artillería, caballería i dos ambulancias. Su fuerza total era de 13,000 hombres.

3) Preparativos de Chile.—Tomado el puerto de Arica, no quedaba sino una alternativa: o se firmaba la paz o se emprendía la campaña a Lima. Rehusadas por el Perú las condiciones que Chile impuso en las conferencias de Arica, hubo que continuar la guerra i preparar, por consiguiente, la campaña a Lima.

¿Qué ejército se necesitaba para esa campaña? Interrogado el Jeneral Baquedano, contestó que bastaban 18,000 hombres para marchar sobre Lima i 4,000 para cubrir las guarniciones de Tacna, Arica i Tarapacá.

Pero el Presidente Pinto, i Vergara, su Ministro de Guerra, juzgaron que sería una imprudencia afrontar la nueva situación con tan pequeño

ejército, pues, a juicio de ellos, no se necesitaban menos de 45,000 soldados, repartidos así:

Ejército espedicionario........		25,000	hombres.
»	de reserva............	20,000	»
	Total....................	45,000	»

De los 20,000 de reserva, 10 servirían para guarnecer las provincias conquistadas i los otros 10 para las necesidades del centro i sur del país.

Resuelto el gobierno a realizar este programa, comenzó por crear nuevas unidades en cada provincia o ciudad, unidades que debían quedar constituidas, esclusivamente, por jente de la rejión. Se estableció así una emulación o competencia entre las provincias que dió excelentes resultados i que habría permitido reanudar luego la guerra, si las conferencias, que en Arica se celebraron, no hubieran mantenido ilusionado al país con la esperanza de la paz. El fracaso de esas conferencias (27 de Octubre de 1880) sacó a Chile de su error i lo impulsó a sus preparativos bélicos.

4) Efectivos del ejército a fines de 1880.—Con el entusiasmo demostrado por las provincias mui luego quedó completo el Ejército Espedicionario que el Gobierno deseaba. Constaba de:

Oficiales..................................	1,208
Tropa......................................	25,205
Total............................	26,413

Caballos	2,508
Mulas	601
Cañones	80
Ametralladoras	8

Tras este ejército se organizó el de Reserva por decreto de 30 de Setiembre i quedó repartido en la siguiente forma:

Protección de Tacna i Arica	6,500	hombres
» » Iquique	800	»
» » Antofagasta	700	»
» » Centro del país	2,500	»
Frontera Araucana	4,500	»
Total	15,000	»
En consecuencia, la fuerza total	26,413	»
movilizada llegó a	41,413	»

5) Organizacion del ejército.—Las primeras i mui acertadas medidas que el Ministro Vergara tomó para la organización del ejército fueron:

1.° Organización en 3 Divisiones de las tres armas, con sus correspondientes bagajes i parque de municiones.

2.° Organización del Estado Mayor Jeneral;

3.° Formación de un Rejimiento con los escuadrones de Carabineros de Yungai. Se puso a las órdenes del Comandante Bulnes;

4.° Organización del Servicio Sanitario;

5.º Envío al norte del hábil i esperimentado Intendente, Dávila Larraín, para que dirijiera la Intendencia del Ejército de Operaciones.

6.º Nombramiento de don Eulojio Altamirano para Secretario Jeneral del Ejército.

7.º Nombramiento de don Isidoro Errázuriz para Secretario del Ministro de Guerra en Campaña.

Se arrendaron 4 buques de vela i se compraron dos trasportes.

Según decreto de 29 de Setiembre, el orden de Batalla quedó estabecido así, en la primera quincena de Noviembre:

Jeneral en jefe: Jeneral don Manuel Baquedano.

Jefe del Estado Mayor Jeneral, Jeneral don Marcos Maturana.

Inspector Jeneral, Jeneral don Cornelio Saavedra.

Comandante Jeneral de Artillería, Coronel don José Velázquez.

Comandante Jeneral de Caballería, Teniente Coronel don Emeterio Letelier,

Auditor de Guerra, don Adolfo Guerrero Vergara.

Intendente Jeneral, don Vicente Dávila Larraín.

Jefe Servicio Sanitario, don Ramón Allende Padín.

1.ª División

Comandante: Jeneral de División don José A. Villagrán.

Jefe Estado Mayor, Coronel don Gregorio Urrutia.

1.ª Brigada de Infantería

Comandante: Capitán de Navío don Patricio Lynch.

Rejimiento Atacama, Teniente Coronel don Juan Martínez.

Rejimiento 2.º de línea, Teniente Coronel del Canto.

Rejimiento Talca, Teniente Coronel Urízar.

Rejimiento Colchagua, Teniente Coronel Soffia.

Batallón Quillota, Teniente Coronel J. R. Echeverría.

2.ª Brigada de Infantería

Comandante: Coronel don José Domingo Amunátegui.

Rejimiento 4.º de línea, Teniente Coronel Solo Saldívar.

Rejimiento Chacabuco, Teniente Coronel Toro Herrera.

Rejimiento Coquimbo, Teniente Coronel José María Soto.

Batallón Melipilla, Teniente Coronel Vicente Balmaceda.

Caballería

Rejimiento Granaderos a Caballo, Teniente Coronel don Tomás Yávar.

Artillería

2 Brigadas con 30 cañones i 3 ametralladoras. (una de campaña i otra de montaña,

Teniente Coronel don José de la C. Salvo,

Fuerza total: 1.ª División, 9,269 hombres, 922 caballos i mulas, 30 cañones i 3 ametralladoras.

2.ª DIVISION

Comandante: Jeneral don Emilio Sotomayor.

Jefe Estado Mayor, Teniente Coronel don Adolfo Silva Vergara.

1.ª Brigada de Infantería

Comandante; Coronel don José Francisco Gana.

Rejimiento Buin, Teniente Coronel don José León García.

Rejimiento Esmeralda, Teniente Coronel don Adolfo Holley.

Rejimiento Chillán, Teniente Coronel señor Guíñez.

2.ª Brigada de Infantería

Comandante: Coronel don Orozimbo Barbosa.

Rejimiento Lautaro, Teniente Coronel señor Robles.

Rejimiento Curicó, Teniente Coronel señor Cortez.

Rejimiento 3.° de línea, Teniente Coronel señor Gutiérrez.

Batallón Victoria, Teniente Coronel señor E. Soto Aguilar.

Caballería

Rejimiento Cazadores a Caballo, Comandante don Pedro Soto Aguillar.

Artillería

Dos Brigadas con 26 cañones i 3 ametralladoras.

Comandante: don José M. 2.° Novoa.

Fuerza total de la División: 8,139 hombres, 815 caballos i mulas, 26 cañones i 3 ametralladoras.

3.ª Division

Comandante: Coronel don Pedro Lagos.

Jefe Estado Mayor, Teniente Coronel don José Gorostiaga.

1.ª Brigada de Infantería

Comandante: Coronel don Martiniano Urriola.

Rejimiento Zapadores, Comandante señor Zilleruelo.

Rejimiento Aconcagua, Comandante señor Díaz Muñoz.

Batallón Navales, Comandante Fierro B.

2.ª Brigada de Infantería

Comandante: Teniente Coronel don Francisco Barceló.

Rejimiento Santiago, Teniente Coronel señor Fuenzalida.

Rejimiento Valparaíso, Teniente Coronel señor Marchant.

Rejimiento Concepción, Teniente Coronel señor Seguel.

Batallón Bulnes, Teniente Coronel señor J. Echeverría.

Batallón Valdivia, Teniente Coronel don Lucio Martínez.

Batallón Caupolicán, Teniente Coronel don J. M. del Canto.

Caballería

Rejimiento Carabineros de Yungai, Comandante don Manuel Bulnes.

Artillería

2 Brigadas con 24 cañones i 2 ametralladoras.

Teniente Coronel don Carlos Wood.

Fuerza total de la División: 8,387 hombres, 766 caballos i mulas, 24 cañones i 2 ametralladoras.

Resumen

3 Divisiones de 6 Brigadas de Infantería (16 Rejs. i 8 Batallones).

3 Rejimientos de Caballería a 2 escuadrones cada uno.

12 Rejimientos de Artillería con 80 cañones.

Fuerza:	Oficiales i tropa......	26,413
	Caballos i mulas.....	3,109
	Cañones................	80
	Ametralladoras.......	8

Quedan en este resumen incluídas las cifras del Alto Comando.



CAPITULO XVII

Ofensiva sobre Lima hasta la batalla de Chorrillos inclusive

SUMARIO.—1) El ejército chileno se traslada al Perú.—2) Estada en Lurín.—3) La posición de Chorrillos.—4) Ocupación de la posición.—5) Plan de ataque chileno.—6) Batalla de Chorrillos.—7) Algunas observaciones sobre la batalla de Chorrillos.

1) El ejército chileno se traslada al Perú.—Listo ya el ejército que debía operar sobre Lima, sólo quedaba determinar la forma del avance i el primer objetivo. Se resolvió enviar primero una vanguardia estratéjica que deberían desembarcar en Pisco i se dió esta misión a la 1.ª División, reforzada por la Brigada Gana. El mando de esta vanguardia correspondió al Jeneral Villagrán.

Terminó su embarque en Arica el 14 de Noviembre, partió el 15 i el 20 ocupó militarmente la ciudad de Pisco.

La fuerza de esta vanguardia era:

	Hombres
1.ª División................	9,296
Brigada Gana............	3,502
Total......	12,798

Contaba, además, con 42 cañones, 3 ametralladoras i 1,338 animales.

El resto del ejército que debía haber seguido inmediatamente, sólo pudo embarcarse en Arica un mes más tarde—el 15 de Diciembre—i después de un viaje afortunado, tocó en Pisco el 19 para embarcar a la Brigada Gana i a la artillería de la 1.ª División i siguió hasta la caleta de Curayaco, donde el 22 de Diciembre se inició el desembarco de la infantería. Desde esta caleta las unidades seguían al valle de Lurín, donde se estableció el ejército antes de avanzar hacia Lima.

Según una orden que oportunamente impartió el Jeneral Baquedano, el Jeneral Villagrán, comandante de la vanguardia estratéjica en Pisco, debía partir de este puerto el 14 de Diciembre en viaje por tierra a Chilca; pero dejando en Pisco la artillería de la División i la Brigada Gana.

Sólo al llegar a Pisco, Baquedano se dió cuenta de que esta orden no había sido cumplida, sino en parte i disgustado con ese proceder, dió

cuenta al Ministro de Guerra. Este, haciendo gala de una innecesaria enerjía, ordenó al Jeneral en Jefe que separara al Jeneral Villagrán i lo mandara a Chile. Fué reemplazado por el Capitán de Navío don Patricio Lynch.

2) Estada en Lurín.—El 27 de Diciembre se halló concentrado en Lurín el ejército chileno de operaciones, con una fuerza que fluctuaba entre 24 i 25,000 *combatientes*, 80 cañones i 8 ametralladoras. Sus parques i bagajes no terminaron de llegar sino el 12 de Enero.

El valle de Lurín dista sólo 30 kilómetros de Lima i estaba unido a la capital por un camino carretero que tenía un sólido puente de hierro sobre el río Lurín.

Durante el tiempo que aquí permaneció el ejército, el Estado Mayor i los altos jefes se preocuparon constantemente de inquirir datos sobre el enemigo, el terreno i las posibles posiciones en que se haría la defensa de Lima.

No se supo emplear la caballería en esta fase de la campaña; pero se acertó con el envío de dos jefes acompañados de algunos jinetes en misión de esploración. Así se supo que el enemigo había ocupado las Alturas de Morro Solar i San Juan. En efecto, estaba allí desde el 23 de Diciembre.

Sabido esto, se intensificaron los reconocimientos tanto por tierra como por mar. El mismo Jeneral Baquedano se adelantó hasta las cercanías de Lima por el Este. Marinos i militares reconocieron i comprobaron la posibilidad de ata-

car la posición enemiga desde el mar, con la artillería de los buques.

El reconocimiento más serio i completo se efectuó el 6 de Enero, i fué dirijido personalmente por el Jeneral en Jefe, acompañado de gran número de oficiales superiores. Llevó 4 cañones i cien soldados montados, con los cuales hizo una demostración contra el frente de la posición. El Jeneral se formó un concepto más o menos perfecto de la situación i dió algunas instrucciones a los jefes sobre las probables misiones que les corresponderían.

El 8 se ordenó todavía otro reconocimiento a cargo del señor Coronel Barbosa, a quien se entregaron 2,000 hombres i 2 cañones. Reconoció el flanco izquierdo de la posición, entablando un duelo de fuegos con las avanzadas de Rinconada, a las cuales obligó a retroceder hasta su posición principal.

3) La posición de Chorrillos.—Doce kilômetros al sur de Lima se halla el pueblo de Chorrillos, lugar de veraneo de la jente pudiente de la capital, e inmediatamente al oeste de ese pueblo, se halla lo parte más alta de una cadena de cerros que corre, por algunos kilómetros, a lo largo de la costa. Este punto se llama Salto del Fraile o Morro Solar, i en él se apoyaba el ala derecha de la posición que habían elejido los peruanos. La altura de este morro es de 262 metros.

Desde el mismo Morro, dirijiéndose primero al sur, se desprende rectamente hacia el Este una cadena de lomas de 30 a 70 metros de altura,

que se prolonga unos 3 kilómetros i hace en seguida un codo para seguir, ya con mayores alturas, en la dirección N. i N. N. E.

Estas serranías separan los valles de los ríos Surco i Rimac, de la gran llanura que hacia el sur se estiende, hasta el valle de Lurín.

Al oriente de la posición i a unos 2 a 3 kms., se levanta otro cordón de cerros algo más bajo, que se desprende del portezuelo de la Rinconada i que sigue de norte a sur por unos 3 $^{1}/_{2}$ kms. Entre ambos cordones queda una pampa, que en su estremo norte, se llama Pampa Grande.

La serie de cerros que desde Morro Solar a Monterico Chico formaban la posición peruana, estaban todos separados por *portezuelos* (gargantas), entre los cuales los principales eran: Santa Teresa, San Juan, Camino de Otocongo i Rinconada.

Esta posición, después de presentar su frente hacia el sur, doblaba casi en ángulo recto hacia el norte, siguiendo la línea de los cerros. Estaba destinada a presentar la primera resistencia al avance de los chilenos. La segunda la debía presentar la posición de Miraflores. Ambas estaban fuertemente fortificadas.

Las fortificaciones consistían en fuertes reductos, baterías abiertas i trincheras. Los revestimientos i parapetos eran de sacos con arena i tierra. Formaban una línea continua desde el Morro Solar hasta el portezuelo de Otocongo; pero especialmente reforzada en Morro Solar i en

los *portezuelos* (gargantas) de Santa Teresa i San Juan.

En el Morro Solar, a más de las trincheras, habían 3 fuertes i 3 baterías que permitían disparar en un arco de más de 180°.

En Santa Teresa habían 6 baterías intercaladas entre las trincheras, i en sus vecindades, 3 fuertes resguardados por líneas de trincheras.

Todo el frente de la posición estaba resguardado por fuertes trincheras en una estensión de 6 kms., i repartidas a su largo, habían 5 baterías con frente bastionado i una con frente recto.

El ala derecha, que se apoyaba en la costa, estaba protejida por el fuerte más poderoso, por el que se llamó Alfonso Ugarte.

Delante de las posiciones i en ciertas partes, aun a retaguardia, el suelo estaba sembrado de minas con el percutor a flor de tierra, listo para producir la esplosión al menor contacto.

4) Ocupación de la posición.—Esta fuerte posición de primera línea fué ocupada por el Ejército de Línea (21 a 22,000 hombres con 80 cañones) el 23 de Diciembre i la posición de segunda línea (Miraflores) fué ocupada por el Ejército de Reserva el 25.

Formaban el Ejército de línea los cuerpos de Iglesias, Suárez, Dávila i Cáceres, que entre todos sumaban 32 batallones.

El ala derecha—Morro Solar i *portezuelo* de Santa Teresa—fué ocupada por el Cuerpo de Iglesias, formado por 10 batallones i con un total de fuerza de 6,161 hombres.

Seguía a continuación hacia el Este, hasta el cerro Sur del *portezuelo* de San Juan, el Cuerpo de Cáceres, formado por 9 batallones i llegando a un total de 5,500 hombres.

El Cuerpo de Dávila, apoyando su ala derecha en el Cerro Norte del portezuelo de San Juan, se estendía hacia el cerro de Monterico Chico, que era el ala izquierda de la posicion. Contaba con unos 6,000 hombres.

El Cuerpo de Suárez quedó en la llanura que se estiende al Norte de Santa Teresa, en calidad de reserva jeneral. Contaba con 4,000 hombres divididos en 6 batallones.

5) PLAN DE ATAQUE CHILENO.—El plan de ataque del Jeneral chileno fué mui simple i lo espresó así, cuando el 12 de Enero reunió a sus altos jefes: «Esta tarde a las 6 marchará todo el ejército para caer sobre el enemigo antes de aclarar. La 1.ª División atacará el ala derecha del enemigo, la 2.ª División el centro, por San Juan, i la 3.ª el ala izquierda. Yo espero que todos cumplirán con su deber. Somos chilenos i el amor a Chile nos enseña el camino de la victoria. ¡Adiós compañeros! ¡Hasta mañana, después de la victoria!».

Aunque en esta orden no aparece, hubo una reserva jeneral que el Jeneral formó con los rejimientos 3.° de línea, Zapadores i Valparaíso, puestos a las órdenes del Teniente Coronel don Arístides Martínez. Recibió la orden de marchar a retaguardia, entre la 1.ª i la 2.ª División, con

la tarea de apoyar a cualesquiera de ellas, según las necesidades.

6) BATALLA DE CHORRILLOS.—En la tarde del 12 de Enero se puso en marcha el ejército desde Lurín, con el propósito de acercarse durante la noche a la posición enemiga, de manera que al amanecer se pudiera iniciar el ataque. Como la distancia era corta, tuvo que hacer alto un poco después de media noche i a las $3\frac{1}{2}$ de la mañana la infantería de 1.ª línea se puso de nuevo en movimiento.

Inició el combate la 1.ª División Lynch, avanzando hacia el Morro Solar, Villa i *portezuelo* de Santa Teresa. Aunque se puso en marcha antes de aclarar, no logró sorprender a los peruanos, pues estos tuvieron oportuno conocimiento del avance del ejército i se hallaban apercibidos para el combate.

Así fué como apenas despuntó el alba, las baterías peruanas del Cuerpo de Iglesias (al Sur de Santa Teresa) rompieron sus fuegos contra tres de las cuatro columnas en que avanzaba la 1.ª División Lynch, sobre Villa i Santa Teresa. Momentos después, rompieron también sus fuegos las líneas de infantería de Villa.

Como por la distancia los fuegos peruanos no fueron eficaces, la División siguió avanzando sin contestar.

Al llegar a los 1,000 m. de la posición, tomó posiciones la Brigada de Artillería del Mayor Gana i rompió sus fuegos contra las líneas de

Villa. La infantería no se detuvo sino a los 300 ó 400 metros del enemigo.

Como la 2.ª División que debía haber entrado en combate a la derecha de la 1.ª no aparecía, Lynch, alarmado, envió aviso al Comando en Jefe i éste, viendo que por ninguna parte aparecía la espresada División, ordenó a la Reserva tomar el lugar que a aquella correspondía. Daba la reserva cumplimiento a la orden, cuando se sintieron nutridos fuegos hacia el Norte que revelaron la presencia de la 2.ª División atacando vigorosamente la posición de San Juan.

Bruscamente se vió así aliviada en su tarea la 1.ª División i, gracias a eso, antes de las 7 de la mañana tuvo ya en su poder la posición peruana de Villa. Esta fué la obra de la 3.ª columna (Rejimiento 4.º de línea i Chacabuco).

A la 2.ª columna (Rejimientos Atacama i Talca) le correspondió atacar los cerros que se levantaban al Norte de Villa i lo hizo, con absoluto desprecio de los mortíferos fuegos de las tropas de Iglesias, en un avanzar incesante. Al llegar a las proximidades de la posición enemiga fué alcanzada por la 3.ª columna que acababa de tomar a Villa, i así apoyada, efectuó un vigoroso ataque a la bayoneta que le dió el dominio de esa parte de la línea fortificada, un poco después de las 7 A. M.

No fué tan fácil la tarea que le tocó a la 1.ª columna (2.º de línea i Colchagua). Encargada de atacar el cerro «Las Canteras», al Norte del *portezuelo* de Santa Teresa. Se estrelló contra el ala

derecha del cuerpo de Cáceres, recién reforzada, que le opuso tenaz i mortífera resistencia.

Hubo un momento en que el 2.°, que atacaba adelante, pareció vacilar ante la eficacia de los fuegos de la defensa; pero, oportunamente reforzado por el Colchagua, logró, después de tres horas de lucha, (desde las 6 hasta las 9) vencer la porfiada i valiente resistencia de los peruanos.

La División Lynch había sido ayudada en esta fase del combate por la reserva de Martínez, que se empeñó con sus tres Regimientos, desde San Juan a Santa Teresa.

Las tropas desalojadas de sus posiciones por la división Lynch fueron, las que no se dispersaron, llevadas al Morro Solar i el resto se refujió en Chorrillos o huyó a Barranco i Miraflores.

Terminada la primera serie de asaltos, le correspondía a Lynch prepararse para el asalto magno al Morro Solar i con este fin a las 9 A. M. dió un corto descanso a su tropa, que le sirvió también para restablecer el orden.

Los defensores del Morro Solar comenzaron a combatir a las 5 A. M., pues a esa hora avanzó contra ellos la 4.ª columna de Lynch (Rejimientos Coquimbo i Melipilla), cuyo jefe al sentirse batido, hizo desplegar en primera línea al Rejimiento Coquimbo, i continuó avanzando hacia la parte Sur del Morro Solar, Este avance fué apoyado por la Brigada de artillería de la división (Teniente Coronel Gana).

Poco a poco, el avance de esta 4.ª columna se fué haciendo más difícil i fué exijiendo de la tro-

pa mayor serenidad i pujanza. Fué necesario que el Rejimiento Melipilla entrara a reforzar la línea formada por el Coquimbo, para dar nuevo impulso al avance i lograr al fin, después de más de tres horas de esfuerzos, apoderarse de las posiciones peruanas en la falda Sur Este del Morro. Estas tropas llegaron al pie del Morro alto en el preciso momento en que la 3.ª i parte de la 2.ª columna, ganaban la parte Este del mismo Morro, es decir, cerca de las 9 de la mañana.

La escuadra, que estaba llamada a cooperar desde el mar, se halló lista desde antes del amanecer; pero como al aclarar las tropas chilenas se habían aproximado ya mucho a las posiciones peruanas, no le fué posible romper el fuego sin grave peligro de tocar las propias tropas. Sin embargo, dispararon siempre que se les presentó un momento favorable i envió la lancha a vapor del «Blanco» armada de ametralladoras, la que fustigó rudamente al enemigo.

Conocida ya la actividad de la 1.ª División, durante la primera parte de la batalla, seguiremos ahora a la 2.ª

El atraso con que llegó al campo de batalla se debió a que, en vez de levantar su campamento a las 3.30 A. M. como lo hizo la 1.ª, lo levantó a las 4.30, hora a la cual inició su avance, sosegadamente. Pero cuando a las 5 A. M. el cañoneo le anunció que la 1.ª División entraba en acción, forzó inmediatamente la marcha i sin dar ningún reposo a sus tropas, a pesar de lo

difícil del terreno, llegó a ocupar su puesto en el combate.

Le tocó a esta División atacar el *portezuelo* de San Juan i el Jeneral Sotomayor dispuso que la Brigada Gana (1.ª) que marchaba adelante, iniciara el combate. Esta brigada desplegó en 1.ª línea al Rejimiento Buin, dejando en segunda i escalonados a la derecha, a los Rejimientos Esmeralda i Chillán.

En esos momentos se hizo saber a la tropa, que el Ministro de la Guerra ofrecía el grado de capitán al primero que clavara la bandera chilera en las trincheras enemigas.

Contra toda prescripción táctica, el Comandante del Rejimiento Buin, señor León García, colocándose delante de su tropa, mandó marchar de frente, sin hacer uso de las armas i sin considerar los efectos del fuego enemigo.

Ante esta actitud, las tropas de Cáceres que defendían el *portezuelo* i las baterías que allí habían, avivaron sus fuegos. Como así tampoco se consiguiera el resultado de hacer detener al Buin, en su incesante avance, las tropas de Suárez, que se hallaban de reserva, comenzaron a reforzar a Cáceres i entraron sucesivamente a la línea del portezuelo los batallones Huánuco, Libertad i Canda. ¡Inútiles esfuerzos! El Buin, que en toda la campaña no había tenido todavía ocasión de combatir, estaba ansioso de probar el temple de su valor i aunque sus filas se raleaban progresivamente, no cesó de avanzar, ganó

la loma del *portezuelo* i bayoneta en mano se abrió paso entre las densas líneas enemigas.

Tocó al sarjento don Daniel Rebolledo, el honor de ser el primero en clavar el tricolor chileno en las trincheras enemigas.

Sin detenerse, apenas desalojado el enemigo, el Buin hizo una conversión a la derecha para atacar el flanco izquierdo de los defensores del cerro San Juan i poco después la espalda de las zanjas que protejían esa parte de la línea. Como era natural, los batallones peruanos se replegaron, i violentamente atacados entonces por el Buin, sufrieron grandes pérdidas.

Ya en esta fase de la lucha, el Buin recibió el apoyo de los Rejimientos Zapadores i Valparaíso de la Reserva Jeneral. Ahora sólo quedaba por conquistar el cerro norte de San Juan i las alturas que existen entre éste i el *portezuelo* de Otocongo, defendidas por las tropas de Dávila.

Como para cumplir su misión el Buin no había necesitado refuerzos, los otros dos Rejimientos de la Brigada Gana (Esmeralda i Chillán), reforzados por los Rejimientos Lautaro i Curicó i por el Batallón Victoria, emprendieron el ataque de esta parte de la línea de combate.

Mui semejante al del Buin fué el ataque de los Rejimientos Esmeralda i Chillán, pues ni aún con el refuerzo del Batallón Paucarpata de la reserva Suárez, le fué posible al Comandante peruano contener el ímpetu del asalto, ni evitar la ruptura de su línea. Poco después de la caída del *portezuelo* de San Juan, flameaban también

en los cerros de más al norte las banderas chilenas, de que casi todos los soldados iban provistos.

I con esto, la brecha abierta en la línea era tan grande, que el ala izquierda (estremo norte) había quedado aislada i al arbitrio de la 2.ª Brigada Barbosa, que recibió la tarea de atacarla,

A las 7.30 el comandante de la caballería (Letelier) recibió la orden de caer sobre los infantes peruanos que huían al norte de San Juan en dirección a Chorrillos. Letelier dió esta misión a los Granaderos a Caballo, quienes, atravesando el portezuelo, se desplegaron en el llano de Pamplona, pasaron el río Surco i cargaron impetuosamente en dirección a Tebes.

Coincidió esta carga con la de los Carabineros de Yungai que, enviados directamente por el Jeneral en jefe, habían atravesado el *portezuelo* de Otocongo, cargando también hacia Tebes. La converjencia de estos dos esfuerzos hizo que fueran desastrosos los efectos en las raleadas filas del ejército de Dávila. La persecución se prolongó hasta la misma hacienda de Tebes, donde una violenta descarga de infantería, parapetada detrás de las pircas (cercas de piedra seca) hizo detener i volver bridas a la caballería.

Un hecho que revela hasta qué punto era sólida la disciplina de esa caballería, es el de haberse retirado los Carabineros de Bulnes, al paso de sus caballos, ante los fuegos de persecución de la infantería de Tebes.

A las 8 A. M., todas las tropas que habían ocupado las posiciones de San Juan se halla-

ban en franca retirada hacia Chorrillos i Miraflores.

Una vez más el Coronel Suárez se distinguió por la disciplina que supo mantener en su cuerpo i por el orden con que se retiró, salvando la mayor parte de su jente, hacia Chorrillos. Es justo reconocer que el Coronel Dávila hizo lo mismo, salvando la mayor parte de su División; pero de una División cuya mayor parte no se había visto comprometida en el combate.

La batalla estaba decidida en casi todo el campo de batalla i sólo faltaba tomar la posición del Morro Solar.

Ya dijimos que esta tarea le había correspondido á la 1.ª División Lynch, i que a las 9 A. M., la 2.ª i la 3.ª columna de esa División habían llegado al pie del Morro. Reforzadas poco después por la 1.ª columna, comenzaron a estrechar al enemigo, consiguiendo los Rejimientos Chacabuco, Artillería de Marina i 4.º de línea llegar, con grandes esfuerzos, hasta un punto denominado «La Calavera».

Aquí la resistencia peruana se hizo tan eficaz, que los atacantes se detuvieron procurando mantener el terreno ganado; pero poco a poco se acentuó tanto la superioridad del enemigo, que se vieron obligados a retroceder.

Junto con esto se terminó la munición de artillería i el Mayor Gana tuvo que retirar sus piezas de la posición que había conquistado, para ponerlas fuera del alcance de los cañones peruanos.

Previendo esta situación, el Capitán Lynch, ya había enviado un aviso al Jeneral Baquedano, pidiéndole refuerzos. Este aviso encontró al Jeneral en San Juan a las 9.30 e inmediatamente ordenó que una de las Brigadas de la 3.ª División, cooperara a la acción de la 1.ª División. Lagos dispuso que esa tarea correspondería a la Brigada Barceló, la que se puso en marcha al momento hacia el Morro Solar.

Mientras estos refuerzos llegaban, la situación de la primera División llegó a hacerse estremadamente crítica, porque cuando las tropas de Iglesias vieron que los chilenos se replegaban, tomaron una enérjica ofensiva, seguida de una estrecha persecución.

Por suerte, estaba aún disponible el rejimiento Atacama i su comandante, señor Dublé A., avanzó en apoyo del 4.º i del Chacabuco—los más comprometidos—i logró detener la ofensiva peruana. En ese mismo momento le llegó más munición a la artillería i la situación se equilibró.

Los refuerzos enviados por el Jeneral llegaron a las 10.30; pero antes llegó el rejimiento Zapadores, perteneciente a la Reserva, enviado por el comandante Martínez, quien procedía por propia iniciativa.

Con todos estos refuerzos ya la División Lynch pudo tomar de nuevo la ofensiva entre 10.30 i 11 de la mañana, escalando resueltamente la falda E del Morro.

Lynch dirijía personalmente sus tropas. Antes de mucho, la defensa comenzó a ceder, viéndose

enérjicamente atacada desde el E. por Lynch i desde el S. O. por la 4.ª columna, que desde las 9 A. M. venía luchando penosamente contra la enérjica resistencia de los defensores i la tenacidad de tres baterías que varias veces lograron detenerla, por algunos momentos.

A las 12 del día cayó el último reducto del Morro Solar, correspondiéndole al mayor Fuenzalida del rejimiento Santiago, el honor de clavar, el primero, la bandera nacional en la cumbre de ese cerro que tantos sacrificios significaba.

Se rindieron en el Morro 1,500 peruanos entre los cuales figuraban el coronel Iglesias i don Guillermo Billinghurst.

Con la caída del Morro Solar, la batalla debió haber terminado; pero el bravo coronel Suárez halló todavía manera de resistir en Chorrillos, reuniendo alrededor del núcleo de tropas que formó con los restos de su Cuerpo, à todos los dispersos i aprovechando las ventajas que la población le ofrecía para una defensa.

Oportunamente avisado, el Jeneral Baquedano envió contra Chorrillos la 2.ª División Sotomayor, la 1.ª Brigada Urriola de la División Lagos i tres brigadas de artillería.

El ataque contra Chorrillos se inició a las 11 A. M. por la 1.ª Brigada Gana de la 2.ª División, que llevaba a la cabeza el rejimiento Esmeralda. Esta brigada atacó por el E. Un poco más tarde, el rejimiento Lautaro de la 2.ª Brigada i el 3.º de línea de la Reserva, que había sido mandado por el Jeneral Baquedano, atacaron por el N. i

acto continuo el batallón Bulnes i el rejimiento Concepción, desprendiéndose del Morro Solar, atacaron desde el sur.

Resultó así Chorrillos atacado por tres lados a la vez i como en este avance por calles i concéntricamente, la tropa se mezcla fácilmente i mantener la cohesión se hace difícil, la unidad de mando se perdió, se produjo una serie de combates pequeños por grupos, i por fin, individualmente, que dieron a la lucha un carácter de especial encarnizamiento.

Los peruanos se defendieron palmo a palmo i aún cuando los fuegos de la artillería produjeron incendios en varias partes i aún cuando el pueblo ardió por sus cuatro costados, ellos no cedieron en esa lucha cuerpo a cuerpo, en que no se pedía ni se daba cuartel.

Tres horas duró esta porfiada lucha, duró hasta que tres de las unidades que Suárez había logrado salvar de la batalla, quedaron materialmente aniquiladas.

Viéndolo todo perdido, mientras muchos se rendían, Suárez, por segunda vez, lograba salvar buena parte de sus tropas, retirándose hacia Miraflores.

Con esto terminó la última resistencia que en Chorrillos presentó el Ejército de Línea. Los restos salvados fueron a reunirse de nuevo en Miraflores, donde en la segunda posición fortificada, esperaba el Ejército de Reserva.

Chile había conquistado esta victoria a costa de 797 muertos i 2,521 heridos. Las pérdidas del

Perú no se conocieron; pero lo innegable es que su ejército quedó casi del todo destruído.

7) ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA BATALLA DE CHORRILLOS.—El punto elejido para la concentración previa del ejército chileno (Lurín) no podía ser más apropiado: lleno de recursos, cerca de la escuadra i a menos de una jornada de la posición que debía atacar.

Terminó su concentración en Lurín el 27 de Diciembre i sólo avanzó sobre Chorrillos el 12 de Enero. ¿Por qué? No hemos encontrado una contestación satisfactoria a esta pregunta.

Cada día que pasaba era una ventaja para los peruanos, pues les permitía reforzar sus posiciones i robustecer la disciplina e instrucción de sus tropas.

El plan de ataque que Baquedano puso en en práctica, fué el reflejo fiel de su propia personalidad.

Ríjido, recto, sin dobleces, sin ductilidad, no conocía sino un camino: el camino recto. Vió la posición enemiga, la observó, dividió su tropa de manera que pudiera abarcarla toda i revelando una ciega confianza en el valor de sus soldados: mandó: ¡de frente, mar!

Con un concepto más claro de su responsabilidad, habría meditado más en todos los medios i en el procedimiento que le habrían permitido economizar sacrificios i asegurar el resultado.

Lo primero que saltaba a la vista, al observar la posición peruana, era el enorme frente en que se estendía: cerca de 16 kilómetros.

La consecuencia fatal de este antecedente, era que no podía ser fuerte en toda su estensión, pues para ello habría necesitado contar con un ejército dos o tres veces más numeroso que el que, razonablemente, le era dable presentar. ¿Qué hacer entonces? Tratar de ser incontrarrestablemente más fuerte en un punto cualquiera, para tener la seguridad de romper allí la resistencia.

Resuelta esta primera parte del problema, habría quedado sólo por determinar cuál era el punto en que se debía ser más fuerte, por convenir más que allí se produjera el rompimiento.

Para dar solución a esta segunda parte del problema, se necesitaba sólo pensar en la conveniencia del ejército peruano, una vez producida su derrota. Ya los chilenos sabían, pues desde el mar lo habían visto, que tras la de Chorrillos se hallaba ya lista la posición de Miraflores, posición que, como la de Chorrillos, estaba destinada a la defensa directa de la capital. Por esto i por tener la posición de Chorrillos al O. el mar i al E. la sierra, la única línea posible de retirada para los peruanos era hacia Miraflores, por consiguiente, si al derrotarlos se les cortaba a la vez su línea de retirada, era irremediable la pérdida de todo el ejército.

De este raciocinio resultaba que el punto más apropiado sería aquel que a la vez permitiera cortar la retirada hacia Miraflores.

¿Estaba ese punto en el frente? No, porque toda ruptura que allí se produjera, arrojaría fatalmente al enemigo hacia Miraflores o Chorrillos.

Estaba, por consiguiente, en el flanco defensivo que la posición formaba hacia el norte.

En la reunión, que con el objeto de acordar un plan de ataque, tuvo lugar en Lurín el 11 de Enero, el Ministro Vergara insinuó la idea de atacar por los *portezuelos* de Rinconada i Ate (el flanco a que nosotros nos referimos); pero fué refutado por el Coronel Velázquez, quien arguyó que semejante plan requería una marcha previa de 40 kilómetros por caminos arenosos, que opondrían serias dificultades al avance de los bagajes i de la artillería; que eso equivalía a perder la línea de comunicaciones con Lurín, que se abandonaba el agua, i que se renunciaba así al valioso concurso de la escuadra.

Estos argumentos tienen sólo un valor aparente. En primer lugar no son 40 los kilómetros del camino a Rinconada, sino 25, como lo probó el reconocimiento que con 2,000 hombres hizo el Coronel Barbosa i en segundo i sucesivos lugares, cuando, como en este caso, se iba jugando la suerte de la campaña a un golpe de dados, la consideración de perder la línea de comunicaciones no debía impedir a un jefe resuelto aprovechar una situación favorable, dar mayor vuelo a una victoria o cambiar el curso de los acontecimientos. El abandono del agua era sólo por unas cuantas horas, pues la victoria, tras la cual se iba, la devolvía de nuevo, i el ataque por ese flanco, no escluía la cooperación de la escuadra, sino que, al contrario, en cierto sentido la hacía más eficaz.

En consecuencia, a nuestro juicio, el plan más eficaz era el de Vergara que atacaba la posición por el lado más débil i que permitía, una vez rota la línea, cortar la retirada de los peruanos hacia Miraflores.

Si se hubiera adoptado este plan, creemos que no se habría producido la batalla de Miraflores.

Nos referimos a la idea solamente, que en cuanto a la ejecución, habría aún bastante que decir.

En la ejecución del ataque a las posiciones fortificadas de Chorrillos, se podrían criticar i aplaudir muchos detalles si hubiera tiempo para hacer un trabajo más prolijo.

A nuestro juicio, los peruanos debieron su derrota a dos grandes errores: a la posición que tomaron i a la repartición que hicieron de sus tropas.

Ocupar con 21 a 22,000 hombres una posición de 16 kilómetros de estensión, equivalía a condenarse de antemano a la derrota, porque no había forma, aún reforzándose con buenos trabajos de fortificación, de ser fuerte en todas partes.

Cinco o seis kilómetros de frente habían podido ser eficazmente defendidos, sobre todo, disponiendo, como se dispuso, de tiempo suficiente para preparar a voluntad un campo atrincherado; pero pretender la defensa de 16 i juzgar que para ello sobraban las fuerzas, es una cosa difícil de entender.

Si no hubieran creído los peruanos que tenían fuerzas sobradas para defenderse en Chorrillos, no habrían dejado atrás, (en Miraflores) casi a tiro de cañón, al ejército de reserva que contaba con 12,000 hombres.

No cabe la menor duda de que si estas tropas se hubieran encontrado en Chorrillos, el jiro del combate habría cambiado completamente.

Opinamos que a los peruanos los perdió el haber pensado en una segunda posición, como se pierde el Jeneral que en el momento decisivo reserva una parte de sus tropas para el caso eventual de que se vea forzado a retirarse. La decisión se busca con todas las potencias del alma o no se la busca.

Si los peruanos no hubieran pensado sino en Chorrillos i en que allí iban a jugar la suerte de su patria, no habrían perdido tanto tiempo, esfuerzos i tropas en prepararse para Miraflores.



CAPITULO XVIII

Batalla de Miraflores i ocupación de Lima

SUMARIO.—1) Desórdenes en Chorrillos.—2) Proposiciones chilenas de paz.—3) Intervención de los diplomáticos.—4) Ruptura del armisticio.—5) Fuerzas de los combatientes.—6) Batalla de Miraflores.—7) Algunas observaciones sobre la batalla de Miraflores.

1) Desórdenes en Chorrillos.—Terminada la batalla de Chorrillos, los jefes chilenos se entregaron a la tarea de reorganizar sus unidades, enterrar los muertos i atender a los heridos.

Las grandes unidades vivaquearon de N. a S., al E. de Chorrillos, entre Morro Solar i el pueblecito de Barranco. Los hospitales se establecieron en Chorrillos i en la hacienda San Juan.

La vecindad de la ciudad de Chorrillos ejerció una funesta atracción sobre la tropa chilena i, como consecuencia, en la noche del 13 al 14 se produjeron numerosos i lamentables desórdenes en que los soldados, excitados por el alcohol, disparaban sus armas en todas direcciones, forzaban

las puertas de las tiendas en que se vendian licores, se batían en duelos singulares, etc.

Los esfuerzos que algunos oficiales hicieron para contenerlos, no dieron resultado i dos de ellos, cayeron víctimas de su abnegación. Balas disparadas al acaso, mataron al Teniente Coronel don Baldomero Dublé i al teniente Weber.

En Lima, como es fácil comprender, la consternación i el desaliento eran enormes. En vano se empeñaba el gobierno i una parte de la prensa en hacer creer que Chorrillos había sido sólo «un combate de retaguardia», porque, poco a poco, los prófugos i heridos que iban llegando del campo de batalla, quitaban toda esperanza a los más optimistas.

2) Proposiciones chilenas de paz.—Los chilenos, deseosos de evitar nuevos derramamientos de sangre, quisieron negociar la paz i, al efecto, el Ministro de Guerra, Vergara, envió en la mañana del 14 de Enero a su secretario don Isidoro Errázuriz, acompañado del Coronel peruano Iglesias, (caído prisionero) para que celebraran una entrevista con el Dictador Piérola i le insinuaran la conveniencia de abrir negociaciones de paz.

Piérola con una altanería impropia de la deprimida situación en que su país se encontraba, se negó a recibir al delegado chileno, so pretesto de que no era Ministro Plenipotenciario con plenos poderes.

El coronel Iglesias regresó al campamento chileno i, caballerosamente, se constituyó de nuevo prisionero.

Revelaba esta actitud de Piérola que no había ningún interés en entablar negociaciones i, por consiguiente, al ejército chileno no le quedaba otro camino que prepararse para atacar a los peruanos en su último reducto de Miraflores.

Preparó Baquedano su plan de ataque, basado, esta vez, en un movimiento envolvente i resolvió comenzar a ponerlo en práctica a media noche del 15 de Enero.

3) INTERVENCIÓN DE LOS DIPLOMÁTICOS.—Este proyecto no se realizó porque a media noche del 14-15 recibió del Decano del Cuerpo Diplomático residente en Lima, una comunicación en que le solicitaba una entrevista, para tratar de un asunto urjente i de importancia.

Contestó Baquedano fijando la entrevista para el 15 a las 7 de la mañana.

A esta hora se presentaron en el Cuartel Jeneral el Ministro del Salvador, (el decano) el de Francia i el de Inglaterra i fueron recibidos por el Jeneral acompañado del Ministro Vergara, del señor Altamirano que revestía el carácter de Ministro Plenipotenciario para las negociaciones de paz, de don Joaquín Godoi, Ministro de Chile en Ecuador i del Secretario don Máximo Lira.

Espresaron los diplomáticos que su misión se reducía a pedir garantías para los habitantes neutrales i para los intereses i propiedades de los estranjeros que hubieran en la capital peruana.

Les contestó el Jeneral asegurándoles todas aquellas garantías que no se hallaren en pugna

con los intereses militares i con los lejítimos derechos de los belijerantes i siempre que el gobierno peruano no hiciese de la capital un centro de resistencia.

Insinuaron en seguida los diplomáticos, la conveniencia de negociar la paz i se ofrecieron para conferenciar con el Presidente peruano, siempre que se les dieran las condiciones en que Chile aceptaría la paz i siempre que se concediera un armisticio prudente para alcanzar a cumplir la tarea que se proponían.

Consintió el Jeneral Baquedano en no abrir los fuegos antes de la media noche del 15/16, reservándose sí, la autorización para ejecutar en el campo de batalla todos aquellos movimientos que fueran necesarios para su más conveniente preparación. Se les dijo, además, a los diplomáticos, que no había inconveniente para discutir directamente con los diplomáticos peruanos las condiciones de paz, sobre la base de la entrega incondicional del Callao a las fuerzas chilenas.

Con esta respuesta los diplomáticos partieron en busca del Presidente peruano para hacerle la proposición.

4) Ruptura del armisticio.—Como para los efectos de la preparación de la próxima batalla, el armisticio nada significaba, Baquedano continuó dando cumplimiento al proyecto que tenía sobre la colocación preventiva de sus tropas i así fué como la División Lagos comenzó a ocupar la línea que se le había indicado al N. de Barranco, más o menos a 1 kilómetro de la posición peruana

de Miraflores. A las 2 de la tarde estos movimientos habían terminado, pues todas las unidades de la División, excepción hecha del Rejimiento Aconcagua que todavía se hallaba en marcha hacia el campo de batalla, habían ya ocupado su posición preventiva de combate.

Como complemento de esta disposición, ordenó que la 1.ª División Lynch avanzara hasta Barranco i se desplegara a la derecha de la División Lagos.

En seguida, para formarse un juicio claro sobre la situación i para reconocer bien la posición enemiga, avanzó con su Estado Mayor i varios altos jefes i observando la posición llegó hasta mui cerca de ella por el lado N. de Barranco. Se detuvo allí un momento i luego volvió bridas para encaminarse a su campamento. En este preciso momento, una granizada de proyectiles de infantería lo amagó por todos lados a él i a su comitiva, obligándolo a apresurar su retirada.

Eran las 2 de la tarde i con esto se había roto un armisticio, que por tácito consentimiento de los peruanos, debió haber durado hasta la media noche.

El Jeneral i su comitiva fueron perseguidos por un nutrido fuego de infantería, hasta que llegaron a las líneas chilenas.

Sorprendidos los soldados chilenos por estas descargas, corrieron a sus armas i un momento después contestaban los fuegos. Así quedó entablada la batalla de Chorrillos.

5) Fuerza de los combatientes.—La fuerza con que los peruanos se defendieron en Miraflores no es conocida de una manera exacta; pero puede calcularse en:

7,000	hombres salvados de Chorrillos
1,000	de dos batallones que llegaron del Callao
12,000	del Ejército de Reserva
20,000	hombres en total.

Para dar por salvados sólo 7.000 hombres en Chorrillos, hai que suponer una pérdida del 65%. lo que es verdaderamente estraordinario, sobre todo si se piensa en que con 20% de pérdida, casi siempre se ha dado por decidida una batalla.

Los peruanos no dan cuenta sino de 10,000 hombres del Ejército de Reserva, presentes en Miraflores i, aunque no dicen donde estaban los otros dos, aceptaremos esa cifra i así se puede llegar a la conclusión de que la posición de Miraflores se hallaba defendida por unos 18,000 hombres.

El ejército chileno había recibido un refuerzo de 600 hombres con el Batallón Quillota, que acababa de incorporarse a la 1.ª División i se le podían restar 3,300 perdidos en Chorrillos i 1,000 enviados hacia el flanco poco antes de la batalla i que no tomaron parte en ella. Suponiendo en 24,500 su número primitivo quedarían así, 20,800 hombres.

En materia de artillería los peruanos deben haber contado con unos 40 cañones, pues de las 120 piezas de que disponían el día de la batalla de Chorrillos, consideramos prudente calcular unos 80 para la línea de Chorrillos y 40 para la de Miraflores.

Como los chilenos no habían perdido ningún cañón, mantenían sus 88 piezas i es también posible que alguno de los cañones tomados al enemigo les hayan servido para reforzar su artillería.

Con el refuerzo que el Ejército de Reserva recibió del Callao i de Chorrillos, le fué necesario organizarse de nuevo.

Encargado el Jeneral Silva de este trabajo, lo dividió así en 6 Divisiones;

1.ª	División	Coronel	Noriega
2.ª	»	»	Ceballos
3.ª	»	»	Canevaro
4.ª	»	»	Iglesias
5.ª	»	»	Aguirre
6.ª	»	»	Pereira

Con cada dos de estas divisiones, se organizó un Cuerpo de Ejército, de lo que resultó el siguiente agrupamiento:

Las divisiones Noriega i Ceballos quedaron unidas, a las órdenes del Coronel Cáceres, las de Canevaro e Iglesias, a las órdenes del Coronel Suárez i las de Aguirre i Pereira, a las del Coronel Dávila.

A cada uno de estos cuerpos le tocó la defensa de un sector de la linea: Cáceres ocupó el sector derecho, Suarez el centro i Dávila el sector izquierdo.

6) Batalla de Miraflores.—Como ya dijimos, a las 2 de la tarde, cuando Baquedano inspeccionaba, el campo, los peruanos rompieron el armisticio dando así lugar a que se iniciara la batalla.

Los chilenos aceptaron el reto a pesar de que en esos momentos no estaba en línea frente a la posición peruana sino la 3.ª División Lagos que ni siquiera estaba completa. La 1.ª División Lynch que debía formar el centro de la línea de combate, iba en camino desde Chorrillos i en ese instante se hallaba descansando al S. de Barranco. La 2.ª División Sotomayor, destinada a formar el ala derecha de la línea de combate, se encontraba en Chorrillos, lista para ponerse en marcha hacia Miraflores. La caballería se hallaba en el llano al E. de Barrancon. La reserva se estaba colocando a unos 750 metros a retaguardia.

No podía, pues, ser para los peruanos más oportuno el momento de romper las hostilidades.

Dijimos que la única División que se hallaba en situación de combatir (la 3.ª) no estaba completa, porque el Batallón Bulnes había quedado de servicio en Chorrillos i porque el Rejimiento Aconcagua iba todavía en marcha al campo de batalla.

La División Lagos se hallaba colocada por alas, con la 2.ª Brigada Barceló en el ala izquierda (al lado del mar) i la 1.ª Urriola en el ala derecha.

La Brigada Barceló se desplegó así, de izquierda a derecha: Rejimiento Concepción (ala izquierda) Batallones Caupolicán i Valdivia (centro) Rejimiento Santiago (ala derecha).

La Brigada Urriola no se hallaba en contacto con la Brigada Barceló, porque entre ésta i su ala izquierda había dejado un gran claro que debía ocupar el Rejimiento Aconcagua, todavía en marcha desde Chorrillos. El batallón Navales formaba el ala derecha de esta Brigada i, por consiguiente, de la División.

Colocada así la división, la Brigada Barceló quedó frente a las Divisiones peruanas Noriega i Ceballos, mandadas por el Coronel Cáceres.

La División chilena se hallaba a unos 1,000 metros de la posición enemiga; pero a su frente había colocado una cortina de guerrillas que por propia iniciativa, contestó los fuegos de las posiciones peruanas.

Como se creyera al principio que la ruptura de los fuegos se debía a una equivocación, en las filas chilenas se tocó ¡Cesar el fuego! i durante un cuarto de hora, se interrumpieron en absoluto.

Sin embargo, fué preciso reanudarlos, porque los peruanos no interrumpieron los suyos, sino que, al contrario, los intensificaron. A las 2.30 la batalla se había formalizado en todo el frente i los buques de guerra chilenos comenzaron a to-

mar parte bombardeando el ala derecha peruana, i especialmente, el reducto «Alfonso Ugarte».

Este bombardeo duró hasta que las tropas chilenas se hubieron acercado tanto a las posiciones peruanas, que su continuación resultaba peligroso. Parece que fué bastante eficaz no sólo contra la línea fortificada, sino contra la población de Miraflores.

Entre las 2.30 i las 3 la situación de la División Lagos fué bastante crítica, pues con sólo 4,400 hombres tenía que soportar la presión de todo el ejército peruano. Comprendiéndolo así Cáceres, quiso decidir la acción antes que llegaran refuerzos chilenos i tomó violentamente la ofensiva. Como contaba con una marcada superioridad numérica, intentó envolver a la brigada Barceló por sus dos flancos, atacándola a la vez por el frente.

Gracias al claro que existía entre las dos Brigadas chilenas, (claro en que se esperaba al Rejimiento Aconcagua) el movimiento envolvente de Cáceres era viable.

Como era de esperar, Suárez siguió el movimiento de Cáceres i arremetió resueltamente contra el batallón Navales que era la única unidad de la Brigada Urriola que se hallaba en primera línea.

El batallón resistió valientemente, pero sólo pudo hacerlo por breve plazo, pues la abrumadora superioridad del adversario, lo obligó bien pronto a retroceder.

El primer batallón del Rejimiento Aconcagua, que en ese momento iba entrando a la línea, sufrió también el golpe de Suárez i, como Navales, tuvo que comenzar a retroceder. Ambos batallones cedieron terreno, pero no huyeron, ni logró Suárez desorganizarlos. La valiente actitud de estos batallones, como también la de la Brigada Barceló, que si cedió terreno, (no hai constancia de ello) lo hizo con serenidad e inquebrantable disciplina, salvaron la situación crítica en que se encontraba la causa chilena i dieron tiempo a que entrara en acción otro de los batallones del Aconcagua i a que llegaran los Rejimientos Zapadores i Valparaíso que estaban de reserva.

Con estos refuerzos, no sólo se mantuvo la División Lagos, sino que comenzó a ganar terreno, cuando faltaban sólo algunos minutos para las cuatro de la tarde.

Tan pronto como se rompieron los fuegos, el Jeneral Baquedano envió orden a todas las unidades que se hallaban a retaguardia para que apresuraran su avance; pero a ninguna de ellas hizo falta, pues al ruido de los disparos, todos los jefes habían puesto a sus unidades en precipitada marcha hacia adelante.

Gracias a esto, un poco antes de las cuatro comenzaron a llegar las unidades de la División Lynch, que debía desplegarse a la derecha i sin pérdida de tiempo, a medida que llegaron, se fueron desplegando el 2.º de línea, el Atacama, el Talca i el Colchagua. Tras ésta, que era la Brigada Martínez, entró más a la derecha la Briga-

da Amunátegui, quedando así en primera línea toda la División Lynch.

Mientras entraba en acción esta División, el Jeneral Baquedano había ordenado a los carabineros de Yungai que avanzaran contra el flanco del C. de ejército de Suárez, que en esos momentos persistía aún en su ofensiva.

Coincidió con el avance de esta caballería, la aparición, por el lado noreste del campo de batalla, de la caballería peruana, que llegaba con la misión de apoyar la ofensiva de la infantería. El efectivo de esta caballería era de 365 jinetes i tenía, por consiguiente, fuerza sobrada para atacar a los carabineros de Yungai que sólo eran dos escuadrones.

Bulnes se lanzó resueltamente contra la caballería peruana; pero ésta rehusó el encuentro, retirándose del campo de batalla.

Más o menos a las 4 comenzó a entrar también en línea la 2.ª División Sotomayor i pocos minutos después de esta hora, toda la línea chilena asumía la ofensiva.

Para tomar el desquite, Lagos pretendió a su vez envolver por ambos flancos a las tropas de Cáceres, dando a los Rejimientos Santiago i Concepción, la orden de atacar el flanco izquierdo i derecho, respectivamente. Parece que la oportuna retirada del enemigo impidió el envolvimiento i las tropas chilenas se fueron entonces, con incontenible empuje, contra la línea de trincheras, arrojaron de allí a los defensores i se adueñaron de una parte del sector que defendía Cáceres.

Reforzada por la reserva, poco después de las 4, toda la División Lagos tomó la ofensiva i a las 4.30 todas las trincheras que correspondían a su frente se hallaban libres de enemigos.

Sólo quedaba en su puesto el Cuerpo del Coronel Suárez, ya fuertemente atacado en el frente por la División Lynch i por la Brigada Barbosa de la 2.ª Divisiôn i se habría mantenido sin duda alguna por bastante tiempo aún, si en ese momento no hubiera caído sobre su flanco derecho la División Lagos, que de vuelta de Miraflores, hasta donde había perseguido a las tropas de Cáceres, completaba la obra de Lynch, poniendo en precipitada fuga a las tropas de Suárez.

No podía pedírsele más a esas tropas colecticias con que se quiso, a última hora, improvisar la defensa del país.

Poco después se retiraron las tropas de Dávila i a las 6 P. M., ya todo el ejército peruano corría disperso por la llanura.

La 1.ª División Lynch había iniciado la persecución; pero el Jeneral Baquedano le ordenó regresar, pues ya se hacía tarde i era peligroso que el ejército se acercara demasiado a Lima.

Mandó en jefe el ejército peruano el Jeneral Silva, oficial valiente que no tuvo influencia ninguna en la batalla, porque no disponía de tropa para hacerla sentir.

La 1.ª i la 2.ª Divisiones acamparon en la pampa i la 3.ª acantonó en Miraflores.

Esta batalla costó al ejército chileno 2,124 bajas, de las cuales 304 eran oficiales. Sumando las

bajas de Chorrillos i Miraflores, se llega a un total de 5,443, lo que equivale al 22.7% de la fuerza total.

Las bajas peruanas no se conocen exactamente.

Con la caída de Lima i el Callao (18 de Enero) quedó en poder del vencedor un botín de 222 cañones, 15,000 rifles i 4.000,000 de tiros.

7) Algunas observaciones sobre la batalla de Miraflores.—Mui infundada i perjudicial para los intereses peruanos fué la actitud de Piérola, al no recibir al delegado que el Jeneral chileno le envió para tratar de la paz.

Al más lego en materias militares no se le podía ya escapar que la situación peruana, después de la destrucción de su ejército de Línea, era sencillamente desesperante i no es un momento así, el más oportuno para mostrarse altanero con el vencedor que le tiende la mano,

Al acceder Baquedano a la insinuación de los diplomáticos i al conceder el armisticio, dió una prueba elocuente de su deseo de evitar un nuevo derramamiento de sangre. La más elemental prudencia aconsejaba a los peruanos aprovechar tan felices disposiciones; pero, por desgracia, no lo hicieron.

La ruptura del armisticio fué una falta que sería imperdonable si hubiera sido intencional; pero se hace difícil creer tanta inconsciencia de parte de las autoridades o jefes peruanos.

Creemos que el armisticio se rompió porque es mui difícil que, estando los adversarios a tiro de

rifle, no haya en alguno de los bandos un exaltado o un imprudente que produzca la ruptura.

Aunque el Jeneral Baquedano se había reservado el derecho de mover sus tropas, como lo creyera más conveniente, creemos que abusó de la situación al adelantarse tanto frente a la posición peruana i que con ella provocó la imprudencia de los peruanos.

Roto así el combate, muchas horas antes de lo que creía posible el Jeneral chileno, la situación que se presentó a los jefes peruanos fué escepcionalmente favorable i tal vez les habría dado la victoria, si la hubieran sabido aprovechar.

Habiendo pasado todo el día frente a frente, debieron haber sabido de la manera más exacta, cuál era la cantidad de tropa enemiga que tenían al frente i, por consiguiente, no tuvieron para que esperar media hora para tomar la más enérjica ofensiva. Si así lo hacen, dada su gran superioridad, la División Lagos habría tenido que abandonar el campo, tal vez sufriendo una seria derrota.

La media hora que demoraron en tomar esa resolución, dió tiempo a la División Lynch para llegar al campo de batalla, frustrando la única espectativa de vencer que tuvo el ejército peruano.

La ofensiva que con este motivo tomaron las tropas peruanas, fué una hermosa prueba de valor i disciplina en jente tan bizoña, pues ese Ejército de Reserva era en su totalidad formado por reclutas.

Una vez más, los jefes peruanos distribuyeron mal su tropa. Pudiendo oponer a los chilenos 20,000 hombres no opusieron más de 12,000, pues 2,000 quedaron distraídos en objetivos secundarios i 6,000 fueron enviados a la posición Vásquez, que distaba 6 kilómetros del ala izquierda de la línea defensiva de Miraflores. Como es natural, estos 6,000 hombres fueron fuerzas completamente perdidas i se retiraron al caer la tarde sin haber disparado un tiro.

Todo el día 14 pasó inactivo el ejército chileno, sin razón ninguna.

Para una tropa que se defiende, cada día i a veces cada hora que pasa es una ventaja i por esto no se debió haber perdido el día 14 en un descanso que no era indispensable.

En esta batalla la cooperación de la escuadra fué oportuna i de bastante valor.

La actitud de la caballería peruana, una vez más, fué desairada, tal vez debido a que los peruanos, ni son buenos jinetes, ni tienen buenos caballos.

Virtualmente Miraflores, batalla decisiva, habría terminado con la guerra; pero la falta de autoridades que asumieran la responsabilidad i la representación del país, colocó al Jeneral chileno en la estraña situación de tener que entenderse con el cuerpo diplomático residente en Lima.

A las 11 de la noche del 15 de Enero, Baquedano se dirijió al Decano del cuerpo diplomático i le comunicó que en vista de que los peruanos

habían violado el armisticio, él exijía la entrega incondicional de Lima, con la advertencia de que si no se hacía así, procedería inmediatamente a bombardear la ciudad.

Con una tenacidad incomprensible i en alto grado funesta para los intereses peruanos, Piérola, en vez de convenir en las condiciones de la paz, huyó de la capital hacia la sierra, dejando a sus connacionales entregados al arbitrio de un enemigo que bien podía cometer toda clase de crueldades i atropellos.

¿Qué perseguía Piérola? Ostensiblemente, hacer el papel de héroe nacional; pero, en realidad, agravar aún más la situación de su patria, derramar más sangre sin esperanza racional de vencer i ahondar más los daños ya cuantiosos causados a sus conciudadanos.

Piérola no tuvo el valor de afrontar la situación que su patria, por sí misma, se había creado. Perú quiso ir a la guerra, sería pueril decir lo contrario i mucho más, sostener, como ya lo ha hecho el Perú, que por Chile fué arrastrado a la guerra. Al tener que pactar la paz—al terminar esa guerra—en condiciones desfavorables, sufría sólo las consecuencias de *haber querido ir a la guerra sin estar suficientemente preparado para tal empresa*.

Por suerte, el alcalde de Lima, don Rufino Torrico, pidió a los jefes de las fuerzas navales francesas, inglesas e italianas en el Callao, que accidentalmente se hallaban en Lima) que lo acompañaran al Cuartel Jeneral del ejército chi-

para acordar las condiciones en que se rendiría la ciudad.

Esta comisión se presentó ante Baquedano en la mañana del día 16 i apenas habló de condiciones, el Jeneral le contestó que bombardearía la ciudad si no se rendía luego incondicionalmente.

Con esta respuesta volvió a Lima el alcalde Torrico; pero para regresar al día siguiente a solicitar que el ejército chileno ocupara la ciudad.

Era que la situación en la capital se había hecho ya insoportable. Apenas producida la derrota de Miraflores, comenzaron a llegar a Lima los dispersos i fujitivos del ejército, i unidos con la plebe, iniciaron el saqueo de las pulperías primero i de las casas particulares, después, cometiendo toda clase de excesos i atropellos.

Llegó así el momento en que la ocupación de la capital por el ejército chileno se presentaba como una salvación para los pobladores i por eso el alcalde Torrico se vió obligado a *solicitar* la ocupación de la ciudad.

El mismo día 17 algunas fuerzas chilenas ocuparon a Lima i con eso volvió a reinar el orden i la tranquilidad en la consternada ciudad.

En el Callao pasó algo semejante. Estaba allí de Gobernador un Comandante Astete que, en cuanto tuvo noticia de la derrota de Miraflores, ofreció al Gobierno ir a Lima con los dos batallones de que disponía, diciendo que con ellos derrotaría a los chilenos.

Se fué en efecto a Lima; pero en vez de pelear con los chilenos, sus batallones se unieron a la turba saqueadora i el Comandante tuvo que regresar solo al Callao.

En este puerto se repitieron los excesos de Lima i para contenerlos — como en Lima — se formó una guardia de estranjeros que hubo de librar verdaderas batallas con los saqueadores.

En la mañana del 18 de Enero la 1.ª División Lynch ocupó el Callao; pero cuando ya el Comandante Astete había hecho volar los fuertes i varado los buques.

En la tarde de ese mismo día el Jeneral Baquedano entraba en Lima con el resto de su ejército e iba a establecer su Cuartel Jeneral en el Palacio de los Virreyes.

Con la entrada del ejército todo volvió en Lima a la normalidad i los ciudadanos pudieron descansar tranquilos i seguros.

El ejército dió pruebas, durante la ocupación, de una estricta disciplina.



CAPITULO XIX

Campaña de la Sierra

§ 1

Espedición Letelier i combate de Sangra

SUMARIO.—1) Cambios de jefes.—2) Nuevo gobierno peruano.—3) Primera espedición a la Sierra.—4) Regreso de la espedición.—5) Combate de Sangra.

1) CAMBIOS DE JEFES.—Pocos días después de la ocupación de Lima, Baquedano regresó a Chile, dejando en su lugar al Jeneral Saavedra. Pasaron algunos días más i Saavedra partió también a Chile, siendo sustituído por el Coronel Lagos. Este se mantuvo hasta la llegada del Contra-Almirante don Patricio Lynch, que asumió definitivamente el mando del ejército, cuatro meses después de la batalla de Miraflores.

2) NUEVO GOBIERNO PERUANO.—La actitud de Piérola le creó a Chile i al Perú una situación molesta. A Chile, porque no sabía con quien pactar

la paz i al Perú, porque le retardó el momento, ya ansiado, de normalizar su vida republicana i de trabajar para reponerse del gran golpe recibido.

Convenía por eso a los dos países dar por depuesto a Piérola i nombrarle un reemplazante, i con este fin, el 22 de Febrero de 1881, en una convención o congreso de 114 miembros, se elijió presidente del Perú a don Francisco García Calderón.

Tenía este nombramiento el inconveniente de producir una división en el país, pues Piérola no lo reconocía, sino que al contrario lo repudiaba, condenando como traidores a los que lo apoyaran. Lanzó un decreto en el cual conminaba con someterlos a un Consejo de Guerra, a todos los que tomaran parte en el Gobierno.

El ejército de Arequipa se pronunció en favor de Piérola i éste convocó un congreso que se reunió en Ayacucho el 6 de Junio. Dividida así la opinión i producida una dualidad de gobierno, todas las puertas de un arreglo de paz quedaban cerradas i no cabía a Chile otro recurso que buscar la destrucción del gobierno de Piérola, por medio de las armas.

3) Primera espedición a la Sierra.—Para atender a los numerosos enfermos que el ejército tenía, se estableció un gran hospital al oriente de Lima, en un lugar llamado Chosica i con el objeto de protejerlo contra la acción de los montoneros que se organizaban en la Sierra, el Jeneral Lagos despachó un destacamento de las

tres armas al departamento de Junín, que era el foco de esos montoneros.

Junín era un departamento de gran importancia por la densidad de su población india, por su estensión, por sus enormes riquezas naturales i agrícolas i hasta por su clima benigno.

Jefe de la espedición chilena fué nombrado el Comandante de artillería, don Ambrosio Letelier.

Esta espedición fué mal organizada, no se la dotó de oficiales apropiados, no se le dieron instrucciones concretas i precisas ni se le fijaron sus atribuciones i de esa imprevisión resultaron muchos daños para el país i no poco desprestijio para las armas chilenas.

4) Regreso de la espedicion.—Tan pronto como Lynch se hizo cargo del mando superior del ejército, envió orden a Letelier de regresar a Lima, para cortar así los abusos i las reclamaciones a que los procedimientos de este jefe daban lugar.

Letelier se desentendió por algún tiempo de la orden i hubo que reiterársela hasta por tercera vez.

Llegó a Lima el 4 de Julio de 1881 i, tan luego como rindió sus cuentas, Lynch lo hizo procesar. Condenado por un Consejo de Guerra, fué remitido a Santiago, donde interpuso el recurso de nulidad ante la Corte Suprema, del procedimiento seguido por el Jeneral en jefe.

La Corte, sin ninguna razón de peso, se declaró competente para conocer en ese asunto i el Consejo de Estado le dió la razón.

5) Combate de Sangra.—Si por algo merece ser recordada esta espedición de Letelier, es por haber dado orijen a uno de los más gloriosos combates de la campaña a la sierra: el combate de Sangra.

Para regresar a Lima, Letelier tenía que pasar por el territorio de Canta, lugar al cual se había retirado un cuerpo de línea peruano, para servir de instructor de un cuerpo cívico organizado por el Coronel Bedoya. Previendo, con mucho fundamento, que este Coronel aprovecharía esas tropas para hostilizar a la División durante la travesía de una rejión como la de Canta, tan llena de fragosidades, desfiladeros i malos caminos, se envió al capitán don José Luis Araneda, al mando de una compañía del Buin de 78 plazas, para que llegara hasta un lugar próximo a Canta, llamada Cuevas i se instalara allí como destacamento avanzado i de observación.

A más de Araneda, figuraban en esa compañía los oficiales don Ismael Guzmán, don Eulojio Saavedra i don José Dolores Ríos i un corneta de sólo 11 años de edad.

Al llegar a Cuevas, vió Araneda que no había allí comodidades para alojar a toda su tropa i dejando en ese lugar a un sarjento con 14 soldados, continuó marchando con el resto hasta llegar a las casas de una hacienda llamada Sangra, que distaba de Cuevas unas 10 cuadras.

En territorio ocupado por el enemigo, este fraccionamiento fué ya una imprudencia; pero lo fué aún mayor, el destacar, apenas llegado a

Sangra, otros 12 soldados con la misión de buscar i recojer ganado en las estensas serranías que circundaban la comarca. Quedó así reducido el núcleo principal que se debía acantonar en Sangra, a 53 soldados.

Militarmente, era mui mala la situación en que se había colocado el capitán Araneda, pues las casas de la hacienda de Sangra se hallaban situadas en una pequeña planicie rodeada de altos cerros por tres de sus lados.

Las murallas de las casas eran de piedra i el techo de zinc. Rodeando las casas existían unas chozas pajizas, a cierta distancia, una pequeña iglesia techada también con paja i a su frente, tenía un corralón cerrado con murallas de piedras sobrepuestas (pirca) que servía para guardar las bestias de carga.

El 26 de Junio de 1881, algunos días después de su llegada, Araneda envió a Canta en busca de algunos víveres que ya iban escaseando, al sarjento Bisivinger, acompañado de cuatro soldados, un cabo i un arriero.

Caminaban tal vez sin precaución alguna i esa fué la causa de que cayeran en una emboscada de las tropas del Coronel Vento, que se dirijía a Sangra.

Por la mula del arriero, que llegó corriendo a Sangra, se dió cuenta Araneda de lo que había pasado i, previendo que en pocos momentos más sería atacado, comenzó a tomar sus disposiciones. Valiéndose de la misma mula del arriero se adelantó a reconocer i vió que se trataba de un

enemigo mui numeroso. Esto no lo intimidó i regresó a su compañía, reducida ya a 47 hombres, a dictar sus primeras medidas de defensa.

Dividió sus tropas en dos fracciones, confió al Sub-teniente Guzmán, con 12 hombres, la defensa de la iglesia i él, con los 35 restantes, ocupó el corralón inmediato a las casas.

La casa grande quedaba así desocupada i entre las dos fracciones de tropa.

Más o menos a la una de la tarde, se presentó el enemigo i bien informado de la situación, atacó simultáneamente a los 14 soldados i el sarjento que habían quedado en Cuevas, a Guzmán que defendía la iglesia i a Araneda que se había colocado en el corralón.

La tropa de Cuevas, viéndose aislada i atacada por fuerzàs mui superiores. se retiró hacia Casapalca, punto situado a unas 3 leguas de allí i donde se encontraban una compañía del Esmeralda i otra del San Fernando.

En Sangra, entre tanto, las dos partidas se defendían bravamente.

Viendo los peruanos que, a pesar de su gran superioridad, no lograban rendir a Guzmán, recurrieron al arbitrio de prender fuego al techo pajizo de la iglesia en que se defendía, obligándolo así a retirarse, replegándose hacia Cuevas i Casapalca, tenazmente perseguido.

Quedó así la lucha circunscrita a Araneda i sus 35 hombres, contra todas las tropas de Vento, cuyo verdadero número no se conoce; pero que, según declaración del Jefe peruano hecha

algún tiempo después en Lima, llegaba a 3,000 hombres, contando numerosos indios auxiliares.

Con gran empuje se lanzaron los peruanos al ataque, empuje al que Araneda opuso igual grado de serenidad, para no desperdiciar ningún esfuerzo, i de lo cual resultó infructuoso todo el esfuerzo peruano. Atacados por tres frentes a la vez, los chilenos se defendían con grandes dificultades, poniendo especial empeño en aprovechar bien su munición para poder prolongar la resistencia, hasta la llegada de las tropas que esperaban de Casapalca.

Desgraciadamente, esto se hacía mui difícil, porque la gran superioridad peruana daba pocas esperanzas de prolongar tanto la lucha. A la hora de combate, ya no quedaban en pie sino 9 chilenos i. para prolongar un poco más la defensa, Araneda les ordenó replegarse a la casa. Esta especie de retirada, hizo creer a los peruanos que era favorable el momento para intimar rendición. El Coronel Vento—un caballeroso adversario—hizo tocar «cesar el fuego» i adelantándose ofreció al capitán Araneda aceptables condiciones de rendición. Araneda, hombre de pocas palabras, le contestó haciendo que su corneta, el muchacho de 11 años, tocara «calacuerda» o «a degüello».

Siguió pues la lucha, ahora implacable, i los chilenos, en un alarde de valor, abrieron de par en par, las dos ventanas de la casa.

Fácil es imajinar el cuadro que ofrecería Sangra, cuando al anochecer, después de 6 horas de

matanza, ya no quedaban sino 7 de los defensores en pie, agobiados de sed, hambre i cansancio i no oyendo otra cosa que estampidos de fusil, gritos de rabia i lamentos de heridos.

Los peruanos, valientes i tenaces, no querían renunciar a esta ocasión de rendir a los chilenos i viendo frustrados todos sus intentos, una vez más recurrieron al fuego, arrimando a las puertas i ventanas de la casa, haces de paja. Subieron también al techo, arrancaron algunas planchas de zinc i estrecharon así el cerco. Pero los chilenos, atentos a todo, siguieron defendiénse con acierto e hicieron fracasar también este último esfuerzo peruano.

Eran ya cerca de las dos de la mañana cuando los peruanos, temiendo que llegaran refuerzos de Casacalpa, renunciaron a la lucha, iniciando su retirada. Retiraron del campo sus heridos i sus muertos, que fueron mui numerosos. Entre estos iban tres oficiales que cayeron como bravos: Falcón, Patiño i Calderón.

Quedaron así los chilenos dueños del campo después de 13 horas de combate i cuando ya no estaban en pie sino 7 soldados i 3 oficiales. Todos los demás estaban muertos o heridos.

Si de alguien hubiera de hacerse mención especial, sería del sarjento Olave, del más viejo; pero, a la vez, del más alentado i entusiasta de los defensores i al lado de él, formando un bello contraste, del pequeño corneta Avila, cuyo brillante comportamiento servirá siempre de ejemplo a la juventud chilena.

§ 2

Guerra de Montoneras

Combate de Concepción

SUMARIO.— 1) Campaña de Lynch contra las montoneras.—2) Avance del Jeneral Gana.—3) Avance de Lynch.—4) Paso de la Cordillera.—5) Actividades del Coronel del Canto.—6) Dificultades de la ocupación.—7) Se inicia la desocupación—8) Ejército de Cáceres—9) Fraccionamiento de las tropas.—10) Combate de Concepción.

1) Campaña de Lynch contra las montoneras.— Radicada en la sierra la resistencia del Perú, tomó el mando de las numerosas montoneras que allí se formaron el hábil guerrillero, Coronel don Avelino Cáceres i como mientras esa resistencia no se dominara no había esperanza de firmar la paz, el Gobierno de Chile resolvió abrir una campaña contra ella.

El plan que con este objeto ideó el almirante Lynch, consistió en el avance de dos columnas, destinadas, la una a atacar a Cáceres por el frente, i la otra, a hacerlo por la espalda.

Tomó el mando de la primera, fuerte en 1,556 hombres, (los batallones Lautaro, San Fernando i Aconcagua, dos baterías de montaña i un escuadrón de Cazadores) el Jeneral Gana i partió de Lima el 5 de Enero de 1883.

La segunda, que iba al mando del mismo Lynch, partió cinco días antes (el 1.º de Enero); porque para efectuar su movimiento envolvente, necesitaba hacer una marcha mucho más larga. Constaba de 3,067 hombres de las tres armas i estaba formada por los batallones N.º 3, Santiago, Esmeralda i Maule, dos compañías del Buin, dos baterías de artillería i el Rejimiento Carabineros de Yungai.

Lynch emprendía esta campaña contra toda su voluntad, pues estimaba inapropiada la estación i opinaba que esa operación debía portergarse hasta Abril, fecha en que no existen lluvias ni nevazones en la sierra.

2) Avance del Jeneral Gana.—El Jeneral Gana debía avanzar, a lo largo de la línea férrea, hasta Chosica, con el objeto de amenazar el Cuartel Jeneral enemigo que se encontraba allí i el Almirante Lynch debía ir a Canta, para seguir desde ese punto rectamente al sur por la quebrada de ese nombre i caer sobre la retaguardia de Cáceres.

Ante el avance de Gana los peruanos se retiraron sin oponer resistencia. Los chilenos siguieron tras ellos separados por una jornada de distancia i dándose cuenta por las huellas, de que el ejército de Cáceres se retiraba en la más completa desorganización.

Lo natural habría sido aprovecharse de esa situación forzando la persecución; pero Gana no lo hizo, tal vez para no entorpecer la combi-

nación a que iba ligado su movimiento, ya que debía dar tiempo a Lynch para llegar a Canta.

Gracias a esta circunstancia, Cáceres pudo llegar a Tarma, donde se reorganizó.

3) Avance de Lynch.—De acuerdo con las predicciones de Lynch, la marcha se hizo mui dura para la división que marchaba por Canta i, como consecuencia, la combinación fracasó, pues en vez de llegar a Chicla el 8, sólo lo pudo hacer el 14 i en la más desastrosas condiciones. Baste decir que nueve soldados habían perecido de frío i que la artillería había tenido que regresar a Lima, porque los animales se hallaban completamente rendidos a causa de los pésimos caminos.

Ante tal resultado, Lynch agotó sus esfuerzos para conseguir del Gobierno que esa espedición se postergara hasta llegar a una estación más propicia. Todo fué inútil, el Gobierno no cedió i Lynch, contra su voluntad, tuvo que llevar adelante la operación, encomendándosela al Jeneral Gana. El regresó a Lima.

4) Paso de la cordillera.—Era, pues, necesario, preparar la travesía de la cordillera i para eso, el lugar indicado era Casapalca, situado al pie mismo de la mole andina, que en ese punto tiene 6,000 metros de altura. Allí se acumularon todos los elementos: víveres i forraje en abundancia, 1,250 animales, entre tiro y carga, etc.

Todo listo, se emprendió la travesía sin ningún inconveniente, a pesar de que las tropas chile-

nas, oriundas de las rejiones bajas, tenían mucho que sufrir con la *puna* o *soroche*, al pasar por alturas que llegaron a 5,500 metros.

El 22 de Enero, a las 3 de la mañana, la mitad de la división emprendió la marcha desde Casapalca i el 23, ya se hallaba toda ella en el pueblo de Oroya, al oriente de la cordillera. El 24 siguió a Tarma, que se entregó sin resistencia el 25. De aquí siguió a Jauja, a donde llegó el 1.º de Febrero.

5) Actividades del Coronel del Canto.—En este punto, el Jeneral Gana delegó el mando en el Coronel del Canto i regresó a Lima.

Canto trató inmediatamente de imprimir mayor actividad a la persecución de Cáceres i, al efecto, dividiendo en dos columnas su división, entregó una al Coronel Robles con orden de marchar hacia el pueblo de Concepción, a lo largo del Río Grande i él, por la otra ribera del río, siguió en la misma dirección con la segunda columna.

En este avance Canto alcanzó a tomar contacto con la retaguardia de Cáceres en los cerros de Pucará, donde la atacó enérjicamente. Ya formalizado el combate, llegó la columna de Robles que hizo más fácil la derrota de Cáceres,

Una gran quebrada, la Quebrada Honda impidió la persecución de la caballería, haciendo posible la retirada de Cáceres hacia Ayacucho. Había perdido 60 a 70 muertos i 38 prisioneros. Canto se retiró a Huancayo donde se acuarteló,

en cumplimiento de las instrucciones que Gana le dejó al partir a Lima.

6) Dificultades de la ocupación.—Situadas así las tropas chilenas, a una enorme distancia de su base de operaciones, tenían que vivir de la comarca i esto en una rejión ya agotada por la guerra i en su mayor parte poblada de indios. Estos se negaban a entregar aprovisionamientos, obligando así a las tropas chilenas a recurrir a la fuerza, en algunas ocasiones.

A esta complicación siguieron las enfermedades, entre las cuales la tifoidea, hizo grandes estragos. Llegó un momento en que el 25% de la división estaba muerta o gravemente enferma.

Para remediar este mal, se ordenó a Canto, enviar a Lima al Batallón 2.° de línea i ocupar con el resto de su división las guarniciones de Concepcion Jauja i Tarma.

7) Se inicia la desocupación.—Para evitar que los indios aprovecharan la desocupación de Huancayo para sublevarse, esta operación debió prepararse en secreto; pero hubo una indiscreción, i luego se hizo pública. Cáceres dió al Coronel don Juan Gastó las instrucciones pertinentes para que con sus fuerzas i las guerrillas de que disponía, se aprestara a hostilizar a los chilenos en toda su retirada i, especialmente, en el trasporte de sus víveres i de sus enfermos.

Puestas en actividad las guerrillas, la inquietud de las tropas chilenas fué incesante. La compañía del Batallón Santiago, destacada en Marcavaye, fué asaltada el 3 i el 28 de Junio, sien-

do en ambas ocasiones rechazados los asaltantes.

En el segundo asalto cayeron dos soldados chilenos i sus cadáveres fueron llevados por los guerrilleros. Después de algunos esfuerzos uno de esos cadáveres fué rescatado; pero sin cabeza i con más de 50 lanzadas. Tal era el carácter que había asumido la guerra. El mismo Cáceres dijo en un documento oficial:«Ignoro las bajas del enemigo. Sólo he visto con impresión algunas cabezas de ellos en las puntas de las lanzas, que los indíjenas traían como trofeos de guerra».

Un diario peruano refirió lo siguiente:

«Al entrar el Jeneral Cáceres en Ascotambo fué recibido por los indios con gran entusiasmo. La mayor parte ostentaba en la punta de sus lanzas las cabezas i los miembros mutilados de los chilenos muertos en el combate. En las paredes de las casas i en los muros de las chacras, se divisan los mismos trofeos sangrientos, recordando los horrores de la guerra de la Edad Media.»

8) Ejército de Cáceres.—Cuando Canto terminaba sus preparativos para abandonar a Huancayo, Cáceres terminaba también la reorganización de su ejército en Ayacucho. Era éste un ejército que podía considerarse perfectamente regular: estaba completamente uniformado i constaba de las tres armas. La infantería había sido dotada de rifles Peabody. Su fuerza (la del ejército) fluctuaba entre 3 i 4,000 hombres; pero iba seguido de numerosas *indiadas* que, aunque indisciplinadas i armadas sólo de mazas, hondas i lanzas, constituían un valioso continjente en el combate.

9) Fraccionamiento de las tropas.—La ocupación de la sierra se hacía con numerosas compañías destacadas en los puntos más importantes i la orden que Canto recibió, más que de desocupación, fué de restricción del frente i por eso, en vez de continuar la línea, apoyada en Marcavaye, quedó en Concepción.

La desocupación de Huancayo se inició el 6 de Julio para ser terminada el 9, con la partida del Chacabuco i los enfermos. Ese mismo día 9 debió salir Canto de Huancayo; pero no lo hizo porque en la mañana Cáceres atacó con gran violencia a la compañía destacada en Marcavaye i hubo que acudir en su ausilio. Fué así como en vez de partir el 9 para Concepción, lo hizo el 10, cuando ya era tarde para salvar a sus valientes defensores.

10) Combate de Concepcion.—Concepción era una aldea de cuatro manzanas, rodeada de cerros i asentada a orillas del río Jauja.

Uno de los costados de la pequeña plaza lo formaba la iglesia i un tosco edificio techado con paja, que servía de cuartel a los 66 soldados de la 4.ª compañía del Chacabuco, que cubría la guarnición.

La verdadera fuerza de la compañía el 9 de Julio era: 3 oficiales, 66 individuos de tropa, 1 oficial i 8 soldados convalecientes de tifoidea, agregados a la unidad i 3 mujeres casadas con soldados de la compañía. Una de éstas se hallaba encinta. El Comandante de esta compañía era el capitán don Ignacio Carrera Pinto, de 32 años

i los oficiales, cuya edad fluctuaba entre 18 i 20 años, eran don Julio Montt, don Luis Cruz i don Arturo Pérez Canto. Escluyendo a las mujeres, la fuerza total era, por consiguiente de 78 individuos.

Concepción distaba 20 km. de Huancayo i necesitaba, por consiguiente, muchas horas para ser socorrido, si podía dar oportuno aviso. Esto último no era fácil para Carrera Pinto, porque carecía de caballería. Había, pues, razón para temer constantemente un ataque de las montoneras i al destacar compañías (habían varias) a tanta distancia, se cometía una verdadera imprudencia.

De esta desfavorable situación se dió cabal cuenta el Coronel don Juan Gastó, en su marcha hacia los desfiladeros de Apata, i resolvió aprovechar la enorme superioridad de su fuerza, para alcanzar un triunfo seguro.

Tenía a sus órdenes Gastó dos cuerpos de infantería, los Libres de Trujillo i el Pucará, de una fuerza aproximada de 300 a 400 hombres cada uno. Estaban bien armados i uniformados e iban precedidos por una gran masa indíjena, mandada por el Comandante de guerrillas don Ambrosio Salazar, cuyo número es difícil precisar.

El Capitán Carrera Pinto tuvo oportuno aviso de que iba a ser atacada su compañía; pero parece que no le dió importancia, porque no pidió refuerzos, ni envió siquiera la noticia. Tal vez la

frecuencia con que recibía esta clase de avisos, lo hizo dudar de que éste fuera fundado.

Desgraciadamente lo era.

Serían, aproximadamente, las dos de la tarde del día 9 de Julio de 1882, cuando las fuerzas peruanas comenzaron a coronar los cerros próximos al pueblo i momentos más tarde, una enorme masa de indios, con gran vocerío, se precipitó por las quebradas i por los caminos que conducían hacia la plaza.

La compañía chilena, que se hallaba apercibida, acudió rápidamente a cerrar las cuatro entradas de la plaza, donde contuvo el ímpetu del primer ataque.

La forma exacta en que este combate se desarrolló es desconocida, porque no sobrevivió ningún chileno para narrarla i porque los peruanos se han abstenido siempre de referirse a ella. Sin embargo, en sus líneas jenerales, es conocida gracias a los antecedentes, a las huellas i a la narración que de él hizo al Coronel del Canto, un súbdito español que lo presenció desde un rincón de la plaza.

Las entradas de la plaza fueron defendidas hasta la caída de la tarde, hora en que la compañía se replegó a su cuartel, para seguir resistiendo durante toda la noche.

En la mañana del 10, exasperados los peruanos con una resistencia tan tenaz i que, seguramente, era mui mortífera, subieron a la torre de la iglesia i desde allí, arrojando estopa impregnada de sustancias inflamadas sobre el techo pa-

jizo del cuartel, lograron incendiarlo i obligar a sus ya escasos defensores a salir a la plaza.

Simultáneamente con esto, practicaron algunas aberturas en las murallas, por donde lograron penetrar en gran número en el cuartel i atacar resueltamente a la bayoneta. Fué un duelo a muerte i sin cuartel, del cual lograron escapar sólo el Sub-teniente Cruz i cuatro soldados. Huyendo del humo i del fuego, salieron éstos a la plaza donde, rodeados de enemigos, pudieron rendirse porque los peruanos les hicieron reiteradas proposiciones, proposiciones a las cuales contestaron cargando a la bayoneta. En esta carga cayeron Cruz i dos soldados i los otros dos llegaron hasta el atrio de la iglesia. Aquí deliberaron un momento, tal vez sobre lo que debían hacer, al ser los últimos i hallarse sin jefes, i su resolución fué desabrocharse las casacas i cargar de nuevo sobre la masa enemiga, donde encontraron gloriosa muerte.

Nada habría que reprochar a los peruanos en esta ocasión, si no hubieran manchado su victoria—si victoria se puede llamar,—matando también a las mujeres que acompañaban a los soldados i, lo que es peor, asesinando al niño que en esa noche épica, dió a luz una de ellas. No contentos con esto, mutilaron a todos los cadáveres.

Con razón no quieren ellos acordarse de este episodio, tan honroso para Chile, como denigrante para el Perú.

El combate terminó a las 9 de la mañana del 10 de Julio, después de 19 horas de incesante batallar.

Hora i media más tarde, las tropas chilenas llegaban al pueblo, ya desalojado no sólo por el enemigo, sino por todos los pobladores que, con razón, temieron las represalias a que podía dar lugar el cuadro pavoroso que ofrecía la plaza cubierta de cadáveres mutilados.



CAPITULO XX

De Concepción a Huamachuco

SUMARIO.—1) El Jeneral Iglesias i la paz.—2) Cáceres detrás de Iglesias.—3) Cáceres detrás de Gorostiaga.—4) Huamachuco.—5) Batalla de Huamachuco.

1) El Jeneral Iglesias i la paz.—Después de Concepción, el abandono de la sierra se hizo inevitable, porque se vió que con la ocupación nada se conseguía.

Todos los esfuerzos de Chile tendieron entonces a encontrar la manera de firmar la paz con un país anarquizado i sin gobierno, manera que al fin encontró, apoyando al Jeneral Iglesias, hombre cuerdo i patriota, que vió un crimen contra su patria en la prolongación de esa situación absurda.

El 3 de Mayo de 1883, después de varias conferencias que tuvieron lugar en Chorrillos, Iglesias suscribió un documento en que se obligaba a firmar la paz en nombre del Perú, sobre las bases propuestas por Chile i que no fueron otras,

que las que más tarde hallaron forma en el Tratado de Ancón.

Como era de esperar, esta actitud de Iglesias levantó grandes protestas entre los partidarios de Cáceres i en Arequipa, asiento del gobierno de García Calderón, recientemente elejido.

2) Cáceres detrás de Iglesias.—Al mando de unos 400 hombres que había logrado reunir para sustentar sus propósitos, Iglesias se estableció en Cajamarca i hacia ese punto se dirijió Cáceres con su ejército, con el propósito de castigarlo, por lo que él consideraba una traición al Perú.

Chile se vió en la necesidad de acudir en auxilio de Iglesias i como, a la vez, le convenía terminar con el ejército de Cáceres, que era el último resto organizado de fuerza en que se apoyaban los enemigos de la paz, envió a la sierra varias columnas, con el propósito de encerrar i batir al audaz guerrillero.

Ayudado Cáceres por los habitantes de la rejión, conociendo perfectamente la comarca i manejando tropa habituada a vivir en esas alturas, le fué fácil burlar por largo tiempo la persecución de que, con grandes sacrificios, lo hicieron objeto los chilenos.

3) Cáceres detrás de Gorostiaga.—Después de hacer a éstos atravesar varias veces la cordillera, después de haberlos desorientado i de haber conseguido que las fatigas, el frío i las enfermedades los diezmaran, cayó sobre la columna que mandaba el Coronel Gorostiaga i que había quedado aislada en el pueblo de Huamachuco.

El ejército que Cáceres mandaba estaba dividido en dos secciones: Ejército del Norte, al mando del Coronel Recabárren i Ejército del Centro, al mando del Coronel don Francisco de Paula Secada. Su fuerza fluctuaba entre 3,500 i 4,000 hombres, sin contar los indios ausiliares. El ejército de Gorostiaga fluctuaba entre 1,500 i 1,600 hombres, casi todos reclutas, muchos de los cuales dispararon por primera vez el día de la batalla. Ambos se componían de tropas de las tres armas.

Hacía apenas 24 horas que todas las fuerzas de Gorostiaga se hallaban en Huamachuco, cuando a medio día del 8 de Julio de 1883, aparecieron por el sur las tropas del Jeneral Cáceres. Los chilenos preparaban su almuerzo en ese momento i ante el peligro de verse atacados en sitio tan desfavorable, se retiraron apresuradamente a las posiciones que con anterioridad habían elejido en el cerro Sazón, al norte de la población. Consecuencia de esta retirada precipitada, fué la pérdida del rancho i de algunas mulas.

4) Huamachuco.—La población de Huamachuco, que en esa época contaba con unas 8,000 almas, se hallaba situada entre un río (por el occidente) i una gran llanura (por el oriente). El nombre de esta llanura es Purrubamba i se halla rodeada de cerros, cuya altura declina hacia el norte. Haciendo frente al cerro Sazón (al sur, por consiguiente, de Huamachuco) está el cerro Cuyulga, de mayor altura, i en él se estableció Cáceres, el mismo día de su llegada.

La distancia aérea entre ambos cerros era de 2,200 metros, pero la que había que recorrer para ir de uno a otro, era de 4,500.

Quedaron así los adversarios frente a frente, en sendas posiciones i con el ánimo ambos, de defenderse, o por lo menos, de no atacar, mientras el enemigo no abandonara su posición.

Con parte de sus tropas, Cáceres se adelantó hasta el pueblo i en esta situación permanecieron los ejércitos durante la tarde del 8 i todo el día 9. Cáceres ocupaba el pueblo i el cerro Cuyulga i Gorostiaga el cerro Sazón. De tarde en tarde, las artillerías hacían algunos disparos que, por la distancia, quedaban sin efecto.

Para hacer creer a Gorostiaga que otra de las columnas chilenas lo atacaba por retaguardia, Cáceres simuló durante el día 9 un combate al sur de los cerros que ocupaba, haciendo una especie de simulacro de combate. Gorostiaga se dió cuenta del ardid i no abandonó sus posiciones, que era lo que Cáceres quería.

No queriendo mantenerse por más tiempo en la incertidumbre que esta situación le creaba, el jefe chileno resolvió, oyendo a sus oficiales, efectuar el 10 en la mañana un reconocimiento ofensivo sobre las posiciones enemigas, para orientarse sobre las fuerzas i situación de él i poder tomar una resolución definitiva.

Para conocer con más aproximación las fuerzas contendoras daremos algunos detalles.

Cáceres contaba con las siguientes unidades: Infantería: Pucará, Tisagua, Tarma, Huallaga, Junin,

Jauja, San Jerónimo, Apata, Concepción, Marcavaye, Tarapacá i Zepita; artillería: once piezas mandadas por el Coronel don Federico Ríos, i caballería: dos escuadrones; de los cuales uno servía de escolta a Cáceres. Este se llamaba Tarma i el otro Cazadores del Perú.

Gorostiaga disponía de los batallones Talca i Concepción; de dos compañías de zapadores, de siete piezas de artillería i de los Cazadores, que mandaba Novoa teniendo como segundo a Parra, a ese oficial invulnerable que habiendo hecho la guerra de estremo a estremo (desde Calama a Huamachuco) i habiendo cargado con incontenibles bríos cada vez que tuvo enemigos al frente de su escuadrón, jamás fué alcanzado por las balas enemigas.

5) Batalla de Huamachuco.—Con el fin de dar forma a su propósito de efectuar un reconocimiento en fuerza, Gorostiaga comisionó al ayudante de Zapadores, capitán Canales, para que con las dos compañias de su cuerpo avanzara hacia el cerro Cuyulga i provocara a los enemigos.

Avanzó Canales i, cuando lo juzgó oportuno, ordenó que ambas compañías (mandadas por los capitanes don Amador Moreira i don José Antonio Maldonado) se desplegaran en guerrillas i continuaran su avance, comenzando ya a escalar las laderas del cerro.

Cáceres, que no quería mostrar su juego, se limitó a hacer avanzar contra las compañías chilenas las fuerzas de los batallones Jauja i Junín, con las cuales se estableció el tiroteo.

Viendo Canales que con esto no conseguía el objetivo que llevaba, sin considerar su manifiesta inferioridad, continuó avanzando.

Cierto era que el objetivo de obligar al enemigo a mostrar sus fuerzas no se había conseguido; pero no lo era menos que al continuar el avance, se esponía Canales a comprometerse a fondo, cosa que le estaba vedada. Gorostiaga, que desde el cerro presenciaba el combate, vió este peligro i envió a Canales la orden de retirarse.

La orden llegó tarde, porque ya las Compañías se habían comprometido tanto, que al enemigo le era fácil impedir la retirada, por medio de sus fuegos. La impetuosidad de Canales había creado así para Gorostiaga una alternativa implacable: o dejaba abandonados a los zapadores, condenándolos a una destrucción completa, o acudía en auxilio de ellos, comprometiéndose a fondo.

Gorostiaga no vaciló: tomó inmediatamente sus disposiciones para acudir en apoyo de sus tropas comprometidas.

Entre tanto, Canales, viendo que el enemigo reforzaba constantemente su línea, que él no tenía probabilidades de ser apoyado i que se le acababan las municiones, se dió cuenta del atolladero en que se había metido i de que, a pesar de todo, le convenía retirarse. Dió pues la orden i la tropa comenzó a bajar por la pendiente.

Como era lójico, los peruanos tomaron inmediatamente la ofensiva con toda su primera línea;

pero haciendo adelantar a la vez sus dos alas para dar a las pocas tropas chilenas el abrazo mortal. Coincidió con estos movimientos el avance del resto de las fuerzas chilenas, dislocadas así: ala derecha, Batallón Concepción; ala izquierda, Batallón Talca, en segunda línea, hacia la izquierda, la artillería, i detrás, protejida por una eminencia, la caballería.

El combate se formalizó, en cuanto a Gorostiaga le fué posible reforzar con una o dos compañías la línea de Canales, para facilitarle su retirada.

Por cada compañía chilena que entraba en la línea, Cáceres mandaba un batallón, pues tal era la proporción que las respectivas fuerzas permitían, (habían 12 batallones peruanos i 2 chilenos) de manera que la retirada se hacía cada vez más penosa.

Llegaban ya al llano las tropas chilenas, cuando en su flanco se vieron atacadas por la tropa que Cáceres tenía en el pueblo de Huamachuco. Careciendo la linea de sostenes, este golpe habría sido mortal, si el ayudante del Batallón Concepción, capitán don Luis Dall'Hortto, no hubiera acudido inmediatamente con una compañía para oponerse al avance de las tropas flanqueantes. Atacando con resolución, logró su objetivo.

A medida que las tropas chilenas descendían hacia el llano, las peruanas—que no les daban cuartel—estrechaban las distancias, de manera que al ganar la llanura, se había llegado ya a

esa distancia en que la superioridad numérica adquiere todo su valor, por la intensidad i proximidad con que se hace sentir.

Todas las tropas peruanas, en refuerzos sucesivos, habían entrado ya en acción i avanzando en direcciones converjentes se hallaban casi encima de las tropas de Gorostiaga, estrechando especialmente el ala izquierda formada por el Talca i la artillería.

Ganada tan ventajosa situación, las tropas peruanas intensificaron sus esfuerzos contra el ala izquierda, rebasándola i amenazando su retarguardia. Ya todas las tropas de Cáceres habían tomado la ofensiva i, viendo llegar el momento decisivo, la artillería abandonó también sus posiciones para poder tomar una parte más directa en la acción.

El ala izquierda chilena, sostenida por la compañía del Talca que mandaba el capitán don Julio Z. Meza, hizo una brillante resistencia, prolongando por bastante tiempo la lucha; pero llegó al fin el momento en que las tropas peruanas se sintieron vencedoras, gritaron vivas al Perú, sonaron las trompetas i clarines i las bandas hendieron el aire con las notas de sus marciales dianas. Las campanas del pueblo se echaron a vuelo, haciendo coro a ese alegre concierto.

Las municiones se agotaban en el campo chileno, las distancias se habían estrechado demasiado i no quedaba ya otro recurso que jugarlo todo a una sola carta, haciendo el último esfuerzo: a la infantería se le tocó calacuerda i a Pa-

rra se le dió orden de cargar. El choque fué tremendo. Con el brío i el valor que dan la desesperación, cargaron los reclutas chilenos, recordando tal vez que conmemoraban el primer aniversario del glorioso combate de Concepción, i Parra, respondiendo a lo que de su tradicional empuje se esperaba, cargò como una tromba sobre las densas filas enemigas, sableando sin piedad.

Reacción tan brusca i violenta, desconcertó a los peruanos, los desorganizó, retrocedieron i se declararon por fin en derrota, derrota que mui luego se convirtió en desesperada fuga.

No hubo persecución porque la caballería, completamente agotada con el último esfuerzo hecho, no respondió el requirimiento de sus jinetes, que en vano emplearon sus espuelas.

Cáceres logrò escapar a uña de caballo, gracias al cansancio de los caballos chilenos. El alférez de Cazadores don Abel P. Ilabaca lo persiguiò i llegò a tenerlo tan cerca que pudo dispararle algunos tiros de revólver, pero el agotamiento de su cabalgadura lo obligò a suspender la persecuciòn.

La derrota del ejército peruano fué completa i con ella desapareciò la última organizaciòn armada en que apoyar una sombra de resistencia o la negativa a firmar la paz.

Toda la artillería peruana i 700 rifles cayeron en poder de los chilenos. Las bajas sufridas por las tropas de Cáceres fueron mui grandes; pero no se conocen exactamente, porque nadie se preocupò de ellas. Se viò el campo sembrado de ca-

dáveres que quedaron insepultos, porque Gorostiaga se retiró de Huamachuco sin haber cumplido con ese deber de humanidad.

Las pérdidas chilenas fueron relativamente escasas.

Con esta victoria chilena quedó afianzado el poder de Iglesias i fué ya posible entablar las negociaciones de paz.



CAPITULO XXI

Tratado de Ancón

Iglesias, prestijiado ya con el reconocimiento que de su gobierno hizo el gobierno de Chile, procedió a nombrar sus delegados para la firma del tratado definitivo de paz. Fueron éstos don Mariano Castro Zaldívar i don J. A. de Lavalle. El representante de Chile fué don Jovino Novoa.

El tratado que estos delegados firmaron, que se llamó Tratado de Ancón, porque allí se convino entre Lavalle i Novoa en su redacción definitiva, fué firmado en Lima el 20 de Octubre de 1883.

Decía así:

Tratado de paz i amistad entre las repúblicas de Chile i el Perú

La República de Chile, de una parte, i de la otra la República del Perú, deseando restablecer las relaciones de amistad entre ambos

países, han determinado celebrar un Tratado de Paz i Amistad, i al efecto han nombrado i constituído por sus plenipotenciarios, a saber:

S. E. el Presidente de la República de Chile, a don Jovino Novoa, i S. E. el Presidente de la República del Perú, a don José Antonio de Lavalle, Ministro de Relaciones Esteriores, i a don Mariano Castro Zaldívar;

Quiénes después de haberse comunicado sus plenos poderes i de haberlos hallado en buena i debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo primero. Restablécense las relaciones de paz i amistad entre las repúblicas de Chile i del Perú.

Art. 2.º La República del Perú cede a la República de Chile, perpetua e incondicionalmente, el territorio de la provincia litoral de Tarapacá, cuyos límites son: por el norte la quebrada i río de Camarones; por el sur, la quebrada i río del Loa; por el oriente la República de Bolivia, i por el poniente, el mar Pacífico.

Art. 3.º El territorio de la provincia de Tacna i Arica, que limita: por el norte, con el río Sama desde su nacimiento en las cordilleras limítrofes con Bolivia hastá su desembocadura en el mar; por el sur, con la quebrada i río de Camarones; por el oriente, con la República de Bolivia i por el poniente, con el mar Pacífico, continuará poseído por Chile i sujeto a la lejislación i autoridades chilenas, durante el término de diez años, contados desde que se ratifique el presente

Tratado de Paz. Espirado este plazo, un plebiscito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente del dominio i soberanía de Chile, o si continúa siendo parte del territorio peruano. Aquel de los dos países a cuyo favor queden anexadas las provincias de Tacna i Arica, pagará al otro diez millones de pesos moneda chilena de plata o soles peruanos de igual lei i peso que aquélla.

Un protocolo especial, que se considerará como parte integrante del presente Tratado, establecerá la forma en que el plebiscito deba tener lugar i los términos i plazos en que hayan de pagarse los diez millones por el país que quede dueño de las provincias de Tacna i Arica.

Art. 4.° En conformidad a lo dispuesto en el supremo decreto de 9 de Febrero de 1882, por el cual el Gobierno de Chile ordenó la venta de un millón de toneladas de huano, el producto líquido de esta sustancia, deducidos los gastos i demás desembolsos a que se refiere el artículo 13 de dicho decreto, se distribuirá por partes iguales entre el Gobierno de Chile i los acreedores del Perú cuyos títulos de crédito aparecieren sustentados con la garantía del huano.

Terminada la venta del millón de toneladas a que se refiere el inciso anterior, el Gobierno de Chile continuara entregando a los acreedores peruanos el 50 por ciento del producto líquido del huano, tal como se establece en el mencionado artículo 13, hasta que se estinga la deuda o se agoten las covaderas en actual esplotación.

Los productos de las covaderas o yacimientos que se descubran en lo futuro en los territorios cedidos, pertenecerán esclusivamente al Gobierno de Chile.

Art. 5.º Si se descubrieren en los territorios que quedan del dominio del Perú, covaderas o yacimientos de huano, a fin de evitar que los gobiernos de Chile i del Perú se hagan competencia en la venta de esa sustancia, se determinará previamente por ambos gobiernos de común acuerdo, la proporción i condiciones a que cada uno de ellos deba sujetarse en la enajenación de dicho abono.

Lo estipulado en el inciso precedente rejirá asímismo con las existencias de huano ya descubiertas que pudieran quedar en las islas de Lobos, cuando llegue el evento de entregarse esas islas al Gobierno del Perú, en conformidad a lo establecido en la cláusula IX del presente Tratado.

Art. 6.º Los acreedores peruanos a quienes se concede el beneficio a que se refiere el artículo 4.º, deberán someterse, para la calificación de sus títulos i demás procedimientos, a las reglas fijadas en el supremo decreto de 9 de Febrero de 1882.

Art. 7.º La obligación que el Gobierno de Chile acepta, según el artículo 4.º, de entregar el cincuenta por ciento del producto líquido del huano de las covaderas en actual esplotación, subsistirá, sea que esta esplotación se hiciere en conformidad al contrato existente, sobre venta de un millón de toneladas, sea que ella se verifique

en virtud de otro contrato ó por cuenta propia del Gobierno de Chile.

Art. 8.º Fuera de las declaraciones consignadas en los artículos precedentes i de las obligaciones que el Gobierno de Chile tiene espontáneamente aceptadas en el supremo decreto de 28 de Marzo de 1882, que reglamentó la propiedad salitrera de Tarapacá, el espresado Gobierno de Chile no reconoce créditos de ninguna clase que afecten a los nuevos territorios que adquiere por el presente Tratado, cualquiera que sea su naturaleza i procedencia.

Art. 9.º Las islas de Lobos continuarán administradas por el Gobierno de Chile hasta que se dé término en las covaderas existentes, a la esplotación de un millón de toneladas de huano, en conformidad a lo estipulado en los artículos 4.º i 7.º Llegado este caso, se devolverán al Perú.

Art. 10. El Gobierno de Chile declara que cederá al Perú, desde el día en que el presente Tratado sea ratificado i canjeado constitucionalmente, el cincuenta por ciento que le corresponde en el producto del huano de las islas de Lobos.

Art. 11. Mientras no se ajuste un tratado especial, las relaciones mercantiles entre ambos países subsistirán en el mismo estado en que se encontraban antes del 5 de Abril de 1879.

Art. 12. Las indemnizaciones que se deban por el Perú a los chilenos que hayan sufrido perjuicios con motivo de la guerra, se juzgarán por un tribunal arbitral o comisión mista internacional,

nombrada inmediatamente después de ratificado el presente Tratado, en la forma establecida por convenciones recientes ajustadas entre Chile i los gobiernos de Inglaterra, Francia e Italia.

Art. 13. Los gobiernos contratantes reconocen i aceptan la validez de todos los actos administrativos i judiciales pasados durante la ocupación del Perú, derivados de la jurisdicción marcial ejercida por el Gobierno de Chile.

Art. 14. El presente Tratado será ratificado, i las ratificaciones canjeadas en la ciudad de Lima, cuanto antes sea posible, dentro de un término máximo de ciento sesenta días, contados desde esta fecha.

En fe de lo cual los respectivos plenipotenciarios lo han firmado por duplicado i sellado con sus sellos particulares.

Hecho en Lima, a veinte de Octubre del año de Nuestro Señor mil ochocientos ochenta i tres. —(L. S.) *Jovino Novoa.*—(L. S.)— *J. A. de Lavalle.* —(L. S.)—*Mariano Castro Zaldívar.*



ÍNDICE

QUINTA PARTE

Guerra del Pacífico


00024468887
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL